



ADVERTENCIA



Los sucesos militares de la frontera araucana durante la revolucion de nuestra independendencia, han sido narrados por historiadores de nota.

Don Diego Barros Arana los consigna en su *Historia Jeneral* por órden cronolójico i con el acopio de pormenores que caracteriza esta obra. Don Benjamin Vicuña Mackenna reunió esos hechos de guerra en un solo cuerpo i dió forma a un libro lleno de colorido i de vida, aunque con alguna deficiencia en su plan i errores en ciertos detalles, *La guerra a muerte*.

Uno i otro historiador no dieron a la intervencion de los araucanos la amplitud necesaria, por la índole misma de sus trabajos. Con mejores datos i en el ambiente donde se desarrollaron los sucesos, se puede especializar mas el tema i llenar este vacío,

que completará un cuadro de conjunto. Con este propósito se ha escrito el estudio que sigue, i para satisfacer, por otra parte, un deseo del señor rector de la Universidad.

EL AUTOR.



Los Araucanos en la revolucion de la Independencia

CAPITULO I

Desde 1810 a 1816

La poblacion araucana a principios del siglo XIX.—Contraste de los numerosos núcleos indíjenas con las escasas guarniciones militares.—Guarniciones chilenas en 1810.—Las causas de la resistencia de los araucanos.—El nivel de progreso a principios del siglo XIX.—La condicion económica de los indios.—Espansion araucana al otro lado de los Andes.—Impulso industrial.—Formacion de unidades confederadas.—La modalidad guerrera de esta época.—Un parlamento con los patriotas en 1811.—Propaganda de los agentes realistas entre los indios.—Españoles i patriotas se disputan la posesion de la frontera.—Vencen los realistas en 1813.—Agrupaciones al servicio de los españoles—Parlamento de 1816.



Nai historiadores que afirman que la poblacion indíjena del territorio araucano, comprendido entre el Bio-bio i el Valdivia, alcanzaba a 180 mil habitantes en el período de nuestra revolucion independiente (*La guerra de la independencia de*

Chile, por don José Rodríguez Ballesteros, tomo V, página 312).

Este cálculo peca de corto. Igual defecto tienen los que le precedieron i los que le siguieron, si se toma por base el último censo de 1907. Sin ser estrictamente exacto, este empadronamiento puede considerarse como el mas aproximado a la población efectiva de nuestros indíjenas.

Computáronse en 500 mil los indios en la época de la conquista. En el primer tercio del siglo XVIII habia desde el Biobio al Tolten 49 reducciones o grandes comunidades que ocupaban comarcas separadas; desde el último rio hasta Valdivia se diseminaban otras 16; mas al sur las de Ranco, Osorno i Cuncos. Entre los pehuenches se contaban 19 colonias i de los araucanos del otro lado de los Andes se conocian 13 (*Noticias sobre las costumbres de los araucanos*, por Jerónimo Pietas, Gay, tomo I de documentos).

Como se comprenderá, cada uno de esos cantones debió contener una población crecidísima, en plena libertad i desarrollo.

A mediados del mismo siglo estimaba el conde de Superunda, don José de Manso, en 150 mil el número de indios del país. A fines del mismo ordenó el presidente don Ambrosio O'Higgins el levantamiento de un censo secreto a los lenguaraces i capitanes de amigos, que dió 95,504 individuos de raza, entre el Biobío i el Tolten.

Con posterioridad a la independencia se han he-

cho cómputos que adolecen también de manifiesta inexactitud. En el empadronamiento de 1865 se calculó la población indígena en 80 mil indios, número sin disputa muy reducido.

El censo último, 1907, arrojó un total de 101,118 habitantes de raza en el territorio que se dilata desde el Biobio hasta el golfo de Reloncaví.

Corresponde la mayor densidad de la población a la provincia de Cautin, con 46,761 indios, i dentro de ésta a los departamentos de Imperial, con 29,761, i Temuco, 18,936. Las demás provincias aparecen con estas sumas: Biobio, 898; Arauco, 4,706; Malleco, 11,251; Valdivia, 26,134; Llanquihue, 11,358.

El resultado de este censo no corresponde, bien examinado, a la realidad de la población indígena perteneciente al territorio mencionado. En efecto, el indio es desconfiado por carácter, i cada vez que se trata de contar el número de pobladores que reside en una reducción o grupo, oculta la verdad por temor a las contribuciones o a otras medidas que se presentan vagamente a su cerebro. Solo en ocasiones en que el recuento se relaciona con la distribución de las tierras, los jefes de las familias no ocultan el número exacto de las personas de que constan. Fuera de esto, obran otras causas en la disminución del censo. Muchos indios andaban en la república Argentina los días que se verificó la anotación en los padrones. Anualmente efectúan este viaje al otro lado de Los Andes para buscar tra-

bajo o permutar algunas especies por animales. Otros vivían en las poblaciones, como obreros, empleados i estudiantes, circunstancia que se prestaba a la omisión de unos pocos de ellos de su verdadero oríjen (El autor intervino en este censo como miembro de una junta de la ciudad de Temuco).

De manera que sin exajeracion se puede elevar el número total del último censo a 110 habitantes araucanos.

Es una lei de etnología que toda colectividad indígena en contacto con otra raza superior tiende a disminuir. Este principio aparece sobradamente comprobado en la actualidad en algunas comarcas de las provincias de Arauco, Biobio, Malleco i Valdivia, principalmente en aquellas en que la propiedad del natural no quedó amparada por las leyes protectoras en vijencia. La masa evolucionada, en la competencia activa de raza, ha debido triunfar de la ménos preparada, aniquilarla, espulsarla a otras rejiones.

En secciones que al principio del siglo XIX ocupaban comunidades numerosas, no vive hoi un solo mapuche. La estincion ha sido completa. Así, en las subdelegaciones de Mulchen hai al presente 5 habitantes de raza, en Picoltué 1, en Ñanco, del departamento de Collipulli, 1; en Millapoa, de Nacimiento, 1; en Mininco 4, i en Rucapillan, de Angol, 35. La historia, los censos anteriores i los restos de cementerios atestiguan que esos lugares fueron centros de indiadas enormes.

De las tribus tan densas como belicosas de Queuco, del Alto Biobio i del Llaima, interandinas o pehuenches, apénas quedan algunas viviendas aisladas en algun rincón de montaña. En las sub-andinas, desde Quilleco, Villucura, Santa Bárbara al norte hasta Curacautin, Huichahue, Aillipen i Villarrica al sur, han disminuido también hasta el punto de ir dejando solo rastros vivientes de sus antiguas e inaccesibles moradas.

Las reducciones de Santa Fé, todavía con fuerzas disponibles en las contiendas de la independencia, desaparecieron totalmente. Otro tanto ha sucedido con las que atajaron primero a los conquistadores i dieron su nombre a todo el territorio, las que se estienden desde la bahía de Arauco hasta el río Levu.

Las epidemias i la emigracion a la república Argentina han ido raleando las tribus del este. La enajenacion de sus tierras, las enfermedades, el alcohol i la nostalgia que aflige el alma de las razas dominadas por una civilizacion de distinta contesura de la suya, han barrido a los araucanos del centro i de la costa.

Compárense las cantidades que dió el censo de 1875, en algunas subdelegaciones del antiguo territorio de Angol, con las que a las mismas de la actual provincia de Malleco asigna el último de 1907, i se verá una desproporcion notable.

Año 1875.		Año 1907.	
Angol,	5,292	(distrito)	Ninguno.
Chihuaihue,	1,682	(id)	(id).
Tigueral,	3,580		120.
Collipulli,	4,618	(distrito)	Ninguno.
Lumaco,	3,056		2,799.
Puren,	1,968		481.

Estas cifras demuestran que a principios del siglo XIX las provincias de Arauco, Biobio, Malleco i Valdivia contaron con una poblacion indijena no inferior a la actual de la de Cautin, i que la total del territorio, desde el Biobio a Reloncaví i desde el mar a la cordillera, no seria menor de 230 mil indios.

Calcular la poblacion por el número de lanzas que concurrían a los levantamientos jenerales, es un medio de investigacion enteramente inseguro; pues se sabe que a esos movimientos de rebelion no se plegaban todas las agrupaciones, i en las que lo hacian, no todos los hombres aptos para cargar las armas estaban obligados a incorporarse a los cuadros espedicionarios.

Esta apretada poblacion iba a formar en la independencia, como en sus mas célebres guerras, núcleos de peligrosa resistencia, los cuales, solos o unidos, tendrian fuerza suficiente para combatir al enemigo por escalones, cansarlo en detalle cuando los invadiera, o bien amenazarlo por distintos puntos cuando se viese forzado a mantenerse a la defensiva.

Desde la conquista hasta 1810, las guarniciones españolas habian contrastado por su escaso efectivo con esta masa colosal de bárbaros guerreros. En los fuertes de la línea de frontera se acuartelaban destacamentos diminutos, mal armados i vestidos; los indios habrian podido aventarlos con sus lanzas en cualquiera ocasion, a no hallarse bien atrincherados i contar con algunos cañones, única arma que puso siempre a raya la impetuosidad araucana.

En el año de 1810 defendia el territorio contra las irrupciones de los indios una division reducida de las tres armas, compuesta de los dragones de la frontera, con 302 plazas; batallon de infantería Chile o fijo de Concepcion, con 418; algunos piquetes de artillería i los milicianos montados (Biblioteca Nacional, archivo de la contaduría).

En Valdivia existia otra division del batallon del mismo nombre o fijo de Valdivia, con 500 plazas, i algunos destacamentos de cuerpos del norte, que hacian el servicio de los fuertes i resguardaban la frontera por el sur.

Distribuíanse estos cuerpos en las plazas fortificadas de Concepcion i Arauco, i los fuertes de la línea del Biobio, Nacimiento, Anjeles, San Carlos de Puren, Mesamávida, Villucura, Antuco, Santa Bárbara, Tucapel, Santa Juana.

Estas guarniciones no infundian sino un temor relativo al indio i las agredia cuando la oportunidad se presentaba propicia. No sucedia lo mismo cuando una fuerza respetable por su número i su

organizacion invadia sus tierras. La historia de sus guerras nos informa que entónces rehuia todo encuentro campal i buscaba en la retirada el éxito i la seguridad que no habia hallado en un combate serio (Cronistas.—*Historia Jeneral* de Barros Arana).

Favorecian esta movilidad estremada la abundancia de sus caballos i la topografía del terreno. Desde el siglo XVI habian adoptado i reproducido con felicidad el caballo español. En 1810 tenian formada una raza criolla, sufrida i con caractéres propios, que la diferenciaban de la mejor cuidada del mismo oríjen al servicio de sus enemigos. Delgada de cuerpo i de piernas, de cuello largo, uñas endurecidas i jamas con herraduras, cola i crin no tusadas, era resistente a la lluvia, a la nieve i al calor; i aunque no de carrera ni de fuerzas para la pechada, sobresalia por su destreza para atravesar rios a nado i recorrer distancias dilatadas, tragarse las leguas sin mayor esfuerzo.

Cada indio poseia su caballo, sobre el cual pasaba una buena parte de su tiempo. Llegaba por esta razon a adquirir cualidades admirables de jinete.

No se concebía la calidad de jefe i de rico de un cacique sino contaba en sus posesiones por docenas o por centenares las yeguas i los caballos, que le servian para la guerra, la alimentacion i de valores efectivos para sus cambios. Cuando les faltaban en su comunidad i no habia medio de obtenerlos lejítimamente, organizaban empresas de correrías o *ma-*

lones para ir a buscarlos a la Argentina o a las riberas del norte del Biobio o del Laja (Informes dados al autor).

La constitucion física del terreno ofrecia al araucano escondites i lugares de escapes a todos los lados i a cada paso. Entre él i sus perseguidores interponia, cuando el peligro lo amenazaba, una montaña elevada, un pantano o vega inaccesible, un bosque impenetrable, un rio o laguna sin vado. El invierno estendia sobre sus comarcas una barrera infranqueable, dentro de la cual no podia penetrar ninguna unidad armada sin verse detenida o mermada por los obstáculos naturales.

La densidad de la poblacion, la abundancia de caballos, el medio jeográfico peculiar, la organizacion social en cantones independientes que obraban a medida de la necesidad de defenderse, tales eran las causas que por tan largo espacio de tiempo favorecieron la actividad guerrera de los araucanos, comun a todas las colectividades americanas.

Por cierto que no seria cumplir con la verdad histórica si se escluyera de los factores de resistencia el de amor a la patria, pero no es cuerdo exajerar su accion i confundir el patriotismo-grupo del araucano con la solidaridad nacional de las sociedades civilizadas.

Fuera de estas condiciones físicas i sociales que influian en la índole guerrera de los araucanos, hai que hacer notar el hecho de que en este tiempo ha-

bían llegado al mas alto nivel en su desenvolvimiento económico i mental.

Ha dominado, en cuanto a establecer comparaciones sobre el valor étnico de este pueblo en sus diversos períodos históricos, la opinion de que los indios que lucharon con los conquistadores españoles eran de una mentalidad superior a las jeneraciones que les siguieron. En la jeneralizacion de este concepto erróneo ha tomado parte mui directa la idealizacion que de los tipos de esa época hizo la fantasía de Ercilla.

La verdad es, entretanto, que a principios del siglo XIX se habian transformado las condiciones económicas de los naturales i con ellas los medios de existencia. Nuevas necesidades, que no conocieron sus antepasados, creaban una vida nueva tambien, de nivel superior a las épocas precedentes.

La situacion económica de los grupos de familias, se habia mejorado mucho con el aumento de actividad en los trabajos industriales i agrícolas i como consecuencia, con el de las transacciones comerciales.

El acceso de mercaderes al territorio indígena, con salvo-conducto de las autoridades militares i con el beneplácito de los caciques, habia tomado a principios del siglo XIX proporciones desconocidas en los precedentes. De todas las poblaciones fronterizas afluían al territorio araucano con cargas i carretas de mercaderías del gusto de los indios, con pañuelos, cintas, cuentas de vidrio, peines, añil pa-

ra sus tejidos, agujas, cuchillos, pedazos de fierro para lanzas, hachas, tabaco, vino i sobre todo aguardiente, que era el licor preferido i de consumo ostentoso por su precio subido.

En esta época continuaban siendo los animales el medio económico preponderante del indio. Con ellos pagaban las mercaderías i obtenian a veces monedas de plata, que estimaban en extremo para la fabricacion de piezas de adornos para sus mujeres i de arreos de montar.

El indio solia llevar tambien sus animales a los fuertes de las guarniciones para cambiarlos por algunos objetos. Principalmente hacian viajes al otro lado de los Andes con cargas de mantas, adornos de plata i colihues (Chusquea coleu) para lanzas, que trocaban a los araucanos de las pampas argentinas por animales i por sal (Archivo del autor).

Era esta época precisamente cuando la expansion araucana, traspasando la cordillera, se dilatava por las llanuras sin fin de la vecina república, en escursiones bélicas que llegaban hasta la provincia de Buenos Aires o estableciendo en localidades a propósito colonias poderosas, de rápido crecimiento.

Fué una de estas agrupaciones de estirpe araucana la de «Salinas Grandes», que fundó en el primer tercio del siglo un moceton llamado Calvucura, hijo de un cacique de Llaima. Crecian con tanta facilidad estos centros indíjenas, por el natural incremento de sus pobladores i la emigracion de este lado de los Andes, que la mencionada de

«Salinas Grandes» llegó a tener hasta veinte mil personas (Archivo del autor. *Los araucanos*, por Estanislao S. Zeballos).

Tanto esta como otras de anterior formacion, fueron barridas por el ejército arjentino en 1875. Los poderes públicos de este pais comprendieron que, para entregar a la colonizacion los dilatados territorios del sur, habia que solucionar el problema indíjena de un solo golpe.

Vinculados por simpatías de raza i costumbres, de parentesco en muchas familias i de intereses comunes, los araucanos de uno i de otro lado de los Andes se protejieron mútuamente. Los de allá daban paso a los de acá para sus correrías por las provincias de Mendoza i Buenos Aires i a veces los acompañaban. Los de Chile concurrían asimismo con sus lanzas a las empresas bélicas de aquéllos. Unos i otros solían auxiliarse para dar *malon* a algun cacique enemigo.

Los muchos boquetes que en esta seccion de la cordillera abren paso espedito, i algunos durante todo el año, facilitaban la comunicacion guerrera i comercial.

Puede, pues, decirse con toda propiedad que las tribus de las pampas arjentinias constituyeron en la primera mitad del siglo pasado una continuacion de la Araucanía.

No solo en lo económico habian adelantado los indios, sino en todas las manifestaciones de su actividad. El estado industrial i artístico, meras tenta-

tivas en las comunidades indíjenas, alcanzaron desde la primera década del siglo cierto impulso, limitado, si se quiere, pero eficaz para una cultura incipiente. Aunque en la alfarería, en los tejidos de lana i en los adornos de plata se manifestaban vestijios del arte peruano, surgió la confeccion de artefactos de tipo español, como sillas de montar, espuelas, estribos, frenos, etc. Montaron fraguas i talleres de adornos de plata.

La cestería i el trenzado de lazos de cuero, de tanta aplicacion en los grupos americanos, se mejoraron sensiblemente con la fabricacion de cuchillos i algunas herramientas rudimentarias (Coleccion del autor).

Prestaban atencion mui especial a la preparacion de astas de lanzas.

Las tribus mas atrasadas eran las que habitaban los valles andinos o los pehuenches, los cuales, por aislamiento o por carecer de los recursos agrícolas de las del centro i del litoral, llevaban una existencia ménos holgada i sedentaria. En el invierno residian a orillas de rios i lagunas, donde no se acumulaba la nieve; la primavera i parte del verano en las vegas, al pié de las montañas, i al fin del verano i en el otoño trasladaban sus viviendas de cuero a lo alto de los pinares, *pehuen*. Cada familia poseia un espacio con bosques de este árbol (*Araucaria imbricata*), que les proporcionaba la porcion principal del sustento del año.

A pesar de su situacion apartada i condiciones de

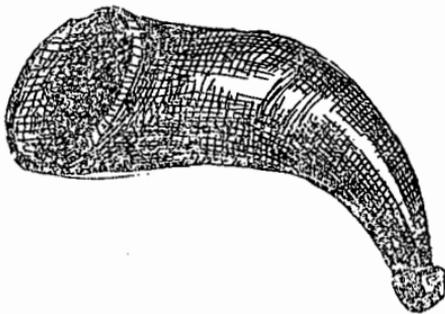
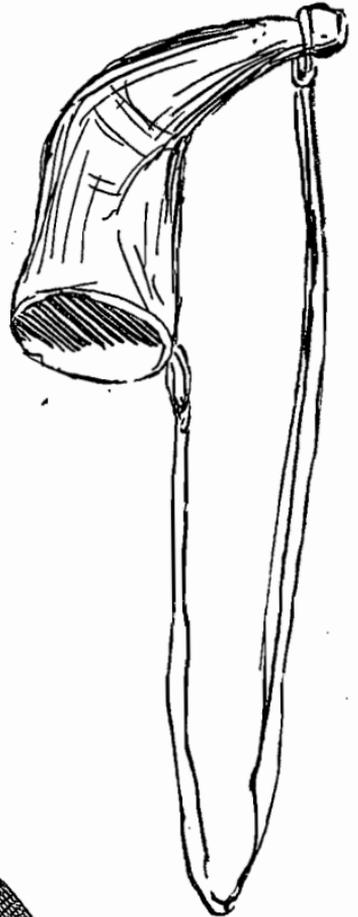
vida desfavorables, llegó hasta ellas el adelanto que el comercio i el crecimiento libre beneficiaban a las otras (Restos sacados de sus enterratorios).

Habíase modificado igualmente la organizacion social en sentido favorable a los grupos. El tipo de la familia araucana correspondia al patriarcal polígamo, cuyo jefe omnímodo era el cacique, *lonco*, *ülmen* o *ñüdol*. Varias familias emparentadas constituian un clan o canton independiente de los demas. Pero en el siglo XIX algunas de estas secciones tribales estendieron su influencia, por alianzas o por el reconocido poderío de sus jefes, a las vecinas, i se formaron vastas unidades confederadas. Llamábanse estas alianzas de grupos *witranmapu*, union de tierras grandes. Establecian un vínculo de fraternidad entre los aliados, que solia mantenerse hasta en el tiempo de paz (Informes dados al autor por caciques viejos).;

En el sistema de dominacion de los españoles primero i despues de las autoridades de la república, entraba el plan de ayudar i robustecer la autoridad i los recursos militares de algunos caciques, tanto para valerse de ellos en el avance de la ocupacion, cuanto para oponerlos a los rebeldes i mantener un estado de agresion perpétua entre zonas rivales.

Estos agregados de familias daban mas cohesion a los cuadros de guerra, por la unidad de mando que ejercia el jefe superior.

En las costumbres de nuestros aboríjenes no apa-



BOLEADORAS I CUERNOS DE GUERRA

rece otra institucion de carácter público que la asamblea militar o junta de guerra, que celebraban los caciques para acordar los pormenores de una campaña i elejir un jefe principal. Convocar, junta se designaba en este tiempo con el término *trawan* o *traun*.

El cacique iniciador mandaba citar a los cabezas de grupos que creia dispuestos a formar la coalicion. El ceremonial antiguo prescribia correr una flecha ensangrentada, el cráneo o algun dedo de prisionero condenado a muerte. En el siglo XIX bastaba que un mensajero o *werken* llevase unos hilos con nudos, *pron*, i el testo de la citacion, que trasmitia con toda fidelidad. Reunidos los caciques i su jente en el sitio fijado, el que convocaba hacia matar una oveja negra; ántes era un *weke* del mismo color. Se le estraia el corazon que circulaba entre los caciques para absorber algunas partículas de su sangre. Seguia el parlamento o los discursos. Se acordaba el *pron* de término o fecha i lugar de la movilizacion i el *pron* de lanzas que correspondia a cada parcialidad. A veces resultaba elejido un director de la campaña. A continuacion venia el consumo del licor i animales muertos con que el cacique invitante festejaba a sus huéspedes.

Estas juntas se verificaban en espacios despejados i ámplios i dejeneraban en ocasiones en riñas; si dos individuos se acometian, los de sus respectivas parcialidades entraban a defenderlos.

Llama la atencion la coincidencia de que los pe-

ruanos tuvieran una forma de eleccion igual a la de los araucanos (*Historia de los incas*, por Pedro Sarmiento de Gamboa). ¿Trajeron a Chile los invasores del norte esta institucion o es una de tantas costumbres comunes a los pueblos inferiores?

Con la formacion de estas coaliciones militares, la direccion de las operaciones quedó sometida en mucha parte al poder i actividad del cacique principal, quien, si concurría a la junta, no se resignaba a desprenderse del mando de sus lanzas.

Quedaban así mas limitadas las antiguas elecciones de jefes directores en algun cacique o valenton cualquiera, diestros en el manejo del caballo i la lanza o con el antecedente de acciones valerosas.

A veces un cacique, sin formalidad ninguna, armaba su jente i salía a practicar rápidas escursiones al territorio enemigo.

Quizas por el contacto con tropas sometidas a cierto réjimen regular, las aptitudes guerreras de los indios tuvieron que mejorarse durante la contienda de la independencía con algunas reglas de somera organizacion que imitaban. A sus estratagemas o arte de engañar al enemigo, de tenderle trampas, característica invariable de los pueblos bárbaros, se agregaban ahora un órden relativo en el ataque i los movimientos en el campo de la accion, una resistencia mas prolongada i algun órden en las retiradas. Al instinto gregario de la masa comenzó a agregarse una nocion un tanto clara del

peligro, voluntad i valor individuales. Abandonaron las armas de otros tiempos i quedaron solo con la lanza, a la que agregaban las tribus del este las boleadoras o *lakai*, que consistia en dos piedras redondas forradas en cuero i atadas con un trenzado de correas. La lanza, de quila (Chusquea quila), colihue (Chusquea coleu) o de otro palo duro, media cinco o seis metros de largo; de un cuchillo, pedazo de fierro aguzado, de sable o de bayoneta, trabajaban el asta, que embutian en el palo o amarraban prolijamente con una correa delgada. Llamábase *riinge*, nombre del colihue, la lanza, i *wayunete* el asta. Ninguno usaba arma de fuego. Se desnudaban de la cintura arriba para entrar en pelea; algunos se pintaban la cara con líneas rojas. Llevaban *trarilonko* en la cabeza i un chamal corto llamado *chuwalltun*. En el instante preciso los jefes daban la voz de prevencion en estos términos: «¡Ya, ya! *chuwalltumen, chuwalltumen*, que quiere decir: «Ya es tiempo, arriba el chamalcillo». Movíanse las filas con una grita espantosa, el *chivateo* del lenguaje chileno i *avavan* de las tribus del centro o *kefapan* de las del sur, producido por la interrupcion de la voz con golpes sucesivos de la palma de la mano en la boca.

Algunos caciques iban vestidos con uniformes viejos, regalados por jefes amigos o quitados a los prisioneros. Esplicase este gusto del indio por la indumentaria resaltante i singular, en su vanidad exajerada, su culto del yo. Por eso el cacique patrio-

ta Venancio Coñoepan, de Cholchol, pedía en 1819 para celebrar una entrevista con el jeneral Alcázar «casaca i cuchillo con vaina de fierro» para sus aliados. Gustábales por esta época llevar sable o espada a los que hacían de jefes.

Maniobraban en el campo de batalla divididos en varios cuerpos, según el número de combatientes. Uno de ellos, el que daba frente a la línea enemiga, echaba pié a tierra, cuando el encuentro no era repentino, formaba una fila espaciada, la cual, dejando los caballos atrás, avanzaba a saltos, lanza en ristre i a la voz de «¡ya, ya!» Este acto de marchar a brincos en presencia del enemigo, llamado *yape-püllimen*, traía su origen de los siglos pasados i tenía por objeto alentar el valor. El padre Rosales noticia que *yape* significaba «echar el miedo afuera, i cobrar ánimo contra el enemigo». Después de esta rara demostración de valor, subían con rapidez a sus cabalgaduras i partían a la carrera, animados por el *kullkull*, cuerno, i en ocasiones por algún clarín viejo.

Una granada certera o una descarga de fusilería, solían detenerlos.

Algunas veces precedía al grueso de la fusilería una fila de infantes, que se arrastraban por el suelo para aproximarse al fuerte o campamento contrario i caer de repente sobre él sin ser vistos ni oídos. Mientras se efectuaba este avance, que tenía el nombre de *winolto*, los otros llamaban la atención de modos diferentes.

Hasta los años de la independencia persistió la afición a los combates singulares en los caciques i simples *konas* reputados por su destreza, quienes desafiaban a menudo a los jefes del otro ejército a batirse en campo abierto i en presencia de todos.

Desde que se iniciaba la campaña hasta su conclusion, los araucanos ponian especial empeño en quemar las habitaciones i sementeras que encontraban, en cautivar mujeres i en arrear animales.

Cuando se producía una derrota, las partidas se diseminaban en todas direcciones para dar con el camino que conducía a sus tierras. Al regreso de una correría, aunque hubiera sido afortunada, el orden solía interrumpirse, por la premura de llegar a sus viviendas i el interes de ocultar el botin, que en ocasiones iba disminuyendo en el camino hasta quedar reducido a nada.

Como ántes, seguían siendo supersticiosos; el vuelo de un pájaro en tal o cual direccion, la carrera de un animal por la derecha o la izquierda, decían su voluntad para continuar una empresa bélica o desistir de ella.

La crueldad característica de todas las sociedades bárbaras no habia desaparecido del todo; aun les agradaba ultimar a los prisioneros. Formábase alrededor de ellos un círculo de indios a pié o a caballo, todos afirmaban sus lanzas en el cuerpo del infeliz i, a una voz de mando, levantábanlo hácia arriba. Caía al suelo i la operacion se repetía hasta que el cuerpo quedaba acribillado a lanzadas.

En este suplicio consistía lo que por entónces se llamaba lancear a un individuo (Datos suministrados al autor por caciques viejos).

Como se ve, la alta frontera o del centro i la baja o de la costa, como se dominaban ya estas regiones, contenian elementos de poblacion, enerjía i capacidad guerrera dignos de tomarse en cuenta en un período de convulsion nacional.

Comprendiéronlo así los patriotas del sur i desde que la revolucion comenzó a tomar tendencias a una franca emancipacion nacional, pensaron en ganarse la amistad de los indios. La junta que se habia proclamado en Concepcion el 15 de septiembre de 1811, compuesta de los vocales don Pedro José Benavente, que la presidia como jefe militar de la plaza, don Juan Manuel de Rozas, coronel don Luis de la Cruz, don Bernardo Vergara i don Manuel Vasquez de Novoa, acordó con este objeto celebrar un parlamento en la misma ciudad.

Despacháronse emisarios a las reducciones de los caciques amigos de las autoridades. El dia fijado para el parlamento, 24 de octubre, penetraron a las calles de Concepcion 13 cabezas de grupos i cerca de 400 mocetones. El gobernador los recibió en el palacio oficial, ubicado en la plaza de la ciudad. Hubo los discursos de estilo, en que se les informó del cambio de gobierno, formacion de tropas, salvas, música, comida, regalos, todo lo que el indio tenia costumbre de ver i recibir en tales ceremonias. Bien impresionados con los agasajos i las pro-

mesas, los caciques ofrecieron su adhesión incondicional, i si los acontecimientos lo exigían, el apoyo efectivo de sus lanzas, en el mayor número posible.

La alianza de los indios era ilusoria en tales circunstancias, porque no se encontraban en aptitud de comprender la alta importancia del movimiento revolucionario para derribar el régimen español, ni de calcular las ventajas que les reportaría un cambio de gobierno.

Los iniciadores de la revolución chilena cometieron un grave error descuidando desde el principio la propaganda entre los araucanos, el trato amistoso i cordial con ellos i, sobre todo, dejando armada a sus espaldas una poderosa máquina de guerra que pertenecía a los realistas.

En efecto, los indios seguían hasta el año del parlamento de Concepción en relación con el personal pagado por el erario real i adheridos por la tradición a los intereses i propósitos de la monarquía.

Durante la colonia los indios estuvieron en relación con los funcionarios que se denominaban capitanes de amigos o intérpretes, que gozaban de ciertas franquicias en las reducciones i vijilaban los derechos de los comerciantes que penetraban al interior del territorio; los capitanejos, intérpretes de las agrupaciones sometidas, a menudo un indio ladino o cacique con funciones de juez árbitro; el comisario, empleado que servía como de correjidor de reducciones sometidas i de cónsul o intermediario

de las independientes; el comandante de plaza, que desempeñaba en su jurisdicción funciones en lo civil, criminal i militar. Todo este cuerpo de empleados del servicio indígena estaba sometido a la dirección superior del intendente de Concepción.

Cuando estalló el movimiento revolucionario, poco había variado ese sistema administrativo de la frontera. Había capitanes de amigos en Arauco, Tucapel, Tirúa, Cholchol, Imperial, Voroa, Angol, Quecherehua, Santa Fé, Ranquihue, Lolco, San Carlos de Puren, Rucalhue, Requen, Lulumahuida, Imperial, Mulchen, Truftruf i uno entre los pehuenches. Unos caciques desempeñaban este cargo por la remuneración de doce duros al mes i nueve otros (Biblioteca Nacional; archivo militar).

Existía también un empleado que el tecnicismo de la época denominaba «lengua jeneral», cuyas atribuciones correspondían a las del comisario de años anteriores. Uno de los últimos «lengua jeneral» fué don Fermin Villagra, de una numerosa familia muy vinculada a los sucesos de la frontera. Empleados de orden inferior, bien que en contacto inmediato con los indios, eran los barqueros de los ríos Bío-bío i Andalien, distribuidos en los pasos o vados de Nacimiento, San Carlos, Santa Bárbara, Santa Juana, San Pedro, Puren i Andalien.

Con fondos del erario se gratificaba, además, a varios caciques. A fines del siglo XVIII disfrutaban de esta gratificación Ignacio Levihueque, de Santa Fé; Catrirupai, de Chacaico; Traipilafquen i Tan-

golaf, de Quecherehua; Milacoyan, de Colhue; Mariluan, de Bureo; Neculhueque i Raquilhueque, de Chacaico; Juan Caullante, José Paillante i la cacica gobernadora, de Villucura; Lienleu, de Pichiñancu; Agustin Curiñancu, de Angol (Biblioteca Nacional. Archivo de la contaduría) Algunos se titulaban «caciques gobernadores», usaban como insignia el baston i tenian el tratamiento de «don».

Todo este cuerpo de empleados se manifestaba profundamente adicto a la causa del rei. Suspendidos los sueldos de muchos por las necesidades del nuevo orden de cosas i el descuido de los servicios de la frontera, creian i propalaban que el antiguo gobierno español disponia de mayores recursos i cumplia mejor sus compromisos; que la situacion creada por los insurjentes iba a derrumbarse pronto i sus sostenedores de todas partes sufririan consecuencias i represalias terribles (Informes dados al autor por descendientes de caciques de esa época). Entre los ajentes realistas, ejercian un influjo directo i decisivo en la opinion del indio los capitanes de amigos i los lenguaraces: hablaban el idioma de sus camaradas, tenian los mismos hábitos, compraban sus mujeres i se hacian compadres con ellos, *laku*, vínculo que estrechaba las relaciones mas allá de la simple amistad. Algunos eran mestizos i no faltaban los de raza pura.

El eco de esta propaganda circulaba por las reducciones, i los caciques, obedeciendo a la gran facilidad de sujestion del araucano, se predisponian

en favor de los españoles. Parecieron olvidar el odio intenso a sus seculares dominadores, que se mantenía como legado atávico en todos los rincones de la Araucanía, con sus tradiciones de atrocidades, i la obra constante, de todos los tiempos, para cambiarles sus costumbres, principalmente las relativas a la constitucion de la familia.

El indio odiaba a la raza antagónica, fuera de españoles natos o de sus descendientes chilenos. Era lo mismo para ellos volver sus armas contra unos u otros: cuestion de oportunidad o de conveniencia.

Infatigables en esta labor de propaganda contra los patriotas se manifestaban en particular los miembros del clero regular i secular, que por algun motivo se hallaban en comunicacion con los indios. Se especializaban en esta obra de sembrar odios políticos los padres franciscanos recoletos de San Ildenfonso de Chillan.

Recorrian algunos las reducciones cercanas a las plazas militares e incitaban a los caciques a prestar su concurso a la la causa del rei. Para decidirlos a obrar con entereza, les presentaban un cuadro de ventura para el porvenir, de comercio ámplio, de respeto a sus costumbres i sus tierras, de apoyo armado contra las agrupaciones enemigas i subvenciones del tesoro real. Presentaban a los insurjentes como unos ladrones, trastornadores del orden público, que pretendian quitar al rei de España los dominios que Dios mismo le habia dado. Agregá-

banles que les quitarian sus hijos i fundarian pueblos a pretesto de civilizarlos (Tradiciones recojidas por el autor).

Los araucanos, diferentes a otras familias americanas, no profesaban al misionero un respeto ostensible; al contrario, lo temian porque estaban persuadidos [de que en pos de él venian las epidemias i los *huincas*. Si ahora prestaban oido a sus insinuaciones, era porque despertaban sus peores sentimientos, el odio i la venganza.

Otros acompañaban a los guerrilleros para sancionar con su presencia i aprobacion los actos vandálicos de sus partidas, o para desempeñar cerca de ellos el oficio de secretarios i redactar órdenes, comunicaciones i altisonantes proclamas.

Entre los curas, distinguíanse por su iracundia contra los insurjertes el de Chillan, don Anjel Gatica; el de Yumbel, don Luis José Brañas; el de Rere, don Juan Antonio Ferrebú, que cambió en lo recio de la lucha la sotana por el uniforme de guerrillero; el de Arauco, don Juan de Dios Búlnes, activísimo ajente de los realistas, a quienes trasmitia las órdenes que recibia del virrei del Perú.

El obispo Villodres de Concepcion, enemigo franco de los revolucionarios, recorria la frontera a pretesto de visitar su diócesis, pero en realidad con el propósito de atraerse a los araucanos.

Todo el territorio indíjena, en sus secciones de la costa, centro i oriente, vino a quedar de este modo a disposicion de los realistas. Esceptuábase una que

otra reduccion aislada, cuyo jefe mantenía amistad con alguna autoridad patriota, pero que en realidad no representaba un poder antagónico apreciable ante la masa jeneral de las tribus. Entre las escasas reducciones adictas a los patriotas se contaban las de Santa Fé que obedecian al cacique Neculpan; las de los alrededores de los pueblos i fuertes; las que aun quedaban en las cabeceras del norte de Nahuelvuta.

Una voluntad superior i enérgica o sucesos que estimularan el espíritu guerrero del indio, producirían, eliminando los inconvenientes de organizacion, una conflagracion en extremo peligrosa para los sostenedores de la independencia.

A pesar de la obra de los propagandistas de la causa del rei, los indios se mantuvieron quietos en sus posesiones todo el año 1812. Pero al arribo a Concepcion del ejército del jeneral español don Antonio Pareja, en 1813, esa tranquilidad comenzó a alterarse.

Los interesados en ganarse a los indios redoblaron sus esfuerzos, alentados por el ningun peligro que ahora corrian. El obispo Villodres de Concepcion, en visita a los pueblos de las dos fronteras, se trasladó a esta ciudad a festejar al jeneral recién llegado i a activar sus trabajos contra los enemigos de la monarquía; los capitanes de amigos i lenguaraces trajinaban de una reduccion a otra; los misioneros franciscanos predicaban i celebraban fiestas para inculcar sus ideas monárquicas a los fieles i

alcanzar la proteccion divina para los suyos (*Historiadores i documentos de la independencia*, tomo IV, páj. 24).

La plaza de los Anjeles, llave del territorio de la alta frontera, se hallaba, ademas, en manos del coronel español don Fermin Zorondo, quien al prestigio de su autoridad agregaba el de ser mui relacionado en la localidad i conocedor de ella.

Era un peligro dejar este puesto avanzado en manos de los españoles. El jeneral en jefe del ejército patriota, don José Miguel Carrera, comisionó al coronel don Bernardo O'Higgins, práctico en esos lugares i ya recomendado por sus cualidades sobresalientes de valor, discrecion e intelijencia.

Escojió O'Higgins 30 hombres de caballería i algunos oficiales i el 23 de mayo de 1813 se puso en marcha desde Collanco, donde acampaba el ejército patriota. En el paso del salto del Laja se le plegó un destacamento de 20 milicianos. El 27 llegó a las cercanías de la ciudad; esperó la noche para sorprenderla. Cuando todo estaba en silencio, penetra a una de sus calles, apresa en el fuerte al coronel Zorondo, que jugaba a las cartas con el cura, i obliga a rendirse a la guarnicion compuesta de 50 dragones, una compañía de milicianos montados i otra de infantería.

Este golpe de audacia dejó dueño a O'Higgins de la comarca. Al dia siguiente manda relevos a los fuertes dependientes de la plaza i se dedica en seguida a juntar rápidamente hombres i elementos de

guerra. A mediados de junio remite a Carrera por el Biobio seis cañones i en julio se mueve con una division de mas de 1,000 hombres para incorporarse al ejército que puso sitio a la ciudad de Chillan.

El jefe del ejército realista comprendió toda la importancia que envolvía la pérdida de los Anjeles, que le quitaba recursos, la amistad de los indios, el camino a la costa i, por lo tanto, la comunicacion con el Perú. Objetivo importante de sus planes fué desde entónces la recuperacion de la frontera. Ayudábanlo eficazmente a la realizacion de este propósito los misioneros franciscanos, sobre todo el guardian frai Juan Ramon, español de nacimiento i con muchas vinculaciones de amistad por el lado de Arauco.

Fué este padre el encargado de llevar, en agosto de este año, al jeneral Sánchez unos pliegos que le habia traído del Perú por encargo del virrei Pezuela el ex-cura de Arauco don Juan de Dios Búlnes, en un bergantin llamado *Potrillo*.

El jefe de la plaza de Arauco, capitán de milicias don Joaquín Huerta, supo lo de los pliegos por un prisionero i un desertor. Preparóse a tomar medidas contra los conspiradores i los planes de Sánchez para apoderarse de Arauco. Los comprometidos huyeron a Ránquil, en la costa norte de Levu; Búlnes se habia hecho a la vela en el bergantin *Potrillo*, con el comandante Jiménez Navia, que se habia pasado a los españoles a la llegada de Pareja i que ahora iba a Chiloé a organizar un cuerpo.

El oficial Huerta no tuvo la precaucion de seguir a los instigadores del trastorno, los cuales, esplotando el disgusto público por las exacciones de los patriotas para reunir caballos i elementos, interesaron a los indios de los contornos de Levu en una empresa para tomarse a Arauco i reconocieron de *jefe de la partida* a un sujeto oscuro, de nombre Bernardo Hermosilla.

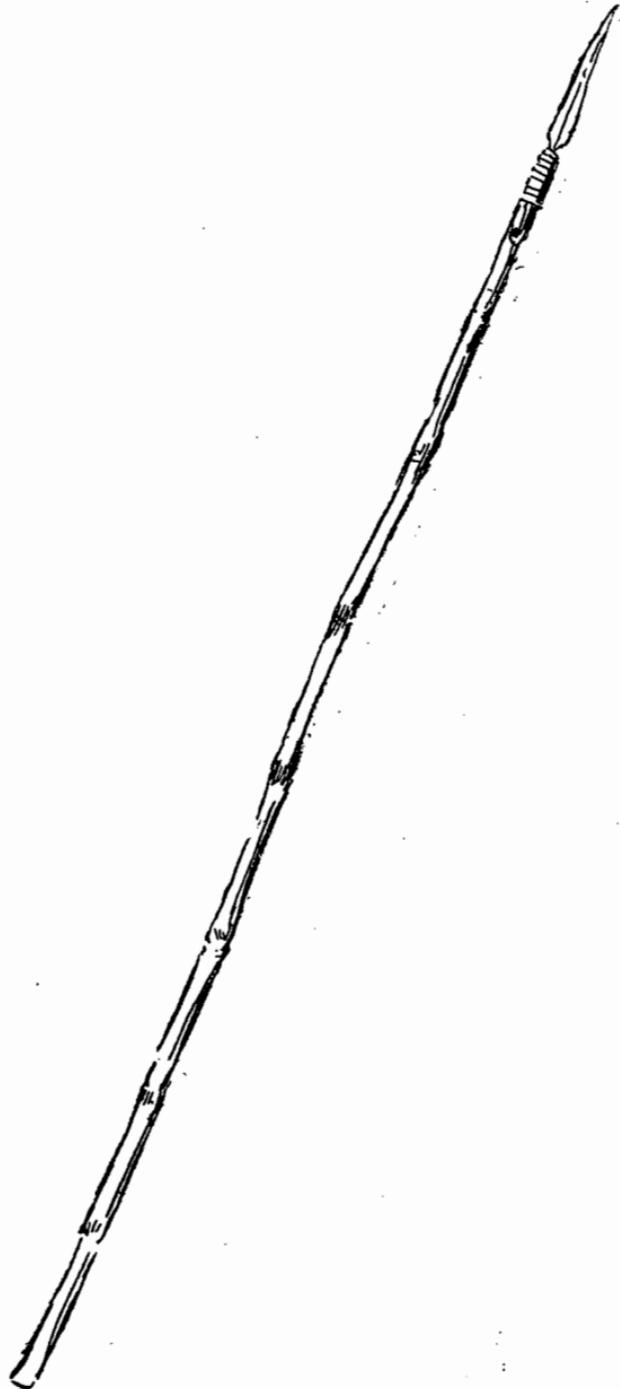
La partida, compuesta casi en su totalidad de los indios del norte del rio Levu, cayó, en efecto, de sorpresa sobre el pueblo i se apoderó de él. Huerta fué despuesto i reemplazado por don Joaquin Martinez. Los indios hicieron en esta primera correría todo el botin que podia darles una aldea miserable. Quedaban, pues, cebados para incursiones posteriores, porque el incentivo primordial para ellos en esta guerra de principios que no comprendian, eran los despojos de ciudades i combates.

La toma de Arauco tuvo honda repercucion en el cuartel jeneral de los patriotas, pues se veia el inminente peligro que corria toda la frontera de caer en poder de los realistas. Carrera despachó en el acto un destacamento de 25 hombres al mando del coronel don Fernando Urizar. Antes del ataque, lo relevó por el capitan don Juan Luna, a quien creyó mas apto para el desempeño de la comision. Luna se acercó a la plaza con 160 hombres. Martinez opuso una débil resistencia, que las tropas insurjentes no habrian dominado a no ser por la enerjía del teniente don Gregorio Allendes.

En estos mismos días una partida de realista se había apoderado de Santa Juana. Vuelto Luna a Concepcion, Carrera le encarga recuperar esta plaza. Consíguelo, en efecto, el 2 de septiembre, pero con tan poca decision, que fué para evacuarla bien pronto por temor de encontrarse rodeado de fuerzas superiores a la suya.

Estalló la ira de Carrera al saber el resultado negativo de estas operaciones, i a no haber sido por perturbar la tranquilidad del ejército, habria hecho procesar i deponer al coronel Urizar i al capitán Luna.

Los realistas cobraron ánimo con este éxito i se resolvieron a emprender operaciones de mas trascendencia. El 13 de septiembre se presentó una gruesa columna delante de San Pedro, a la vista de Concepcion puede decirse. Como en los encuentros precedentes, superaban los indios en número. Desplegaron éstos sus escuadrones; destacáronse algunos grupos de jinetes que comenzaron a correr i gritar por el frente enemigo, blandiendo sus lanzas, especie de reconocimiento i provocacion. La guarnicion patriota se vió forzada a retroceder i el campo quedó por la indiada; mas, en la noche Carrera hizo vadear el rio a 100 hombres al mando de los oficiales don Pedro Vargas i don Gregorio Allendes, el valiente captor de Arauco. Cayó esta tropa repentinamente sobre los araucanos i los puso en fuga, no sin haber tenido ántes algunas bajas i prisioneros.



LANZA DE GUERRA

Dirijia esta campaña el distinguido comandante español don Ildefonso Elorreaga, que tenia como segundo al capitan don Antonio Quintanilla. Los dos habian movilizado en agosto de 1813 una columna de 350 soldados, que Sánchez les entregó, cuando los revolucionarios evacuaron a Chillan, para que invadiesen la alta frontera.

Avanzaron sin dificultad hasta los Anjeles. El teniente coronel don Gaspar Ruiz, antiguo oficial de dragones i miembro de una familia que dió varios héroes al ejército patriota, mandaba como comandante jeneral de la frontera. Impotente para resistir, se replegó a Concepcion. Los Anjeles primero i Nacimiento despues fueron así presa fácil de los españoles e indios; todas las demas fortificaciones corrieron idéntica suerte.

El comandante Elorreaga despues de someter a modo de conquista triunfal toda la Araucanía a las armas del rei, encaminóse a Chillan para sacar mas fuerza con que venir a hostilizar a los patriotas a Concepcion.

El éxito de esa jornada brillante consistia sobre todo en ganarse a firme a los araucanos. Efectivamente, éstos quedarian siempre dispuestos a secundar al bando que se adueñase de poblaciones i fuertes; esto era digno de un poder ostensible que se imponia a su criterio dispuesto a juzgar las cosas por medios concretos.

Habia otro factor que estimulaba su concurso a favor de un aliado, el éxito del botin. La voz de

que los grupos de la última campaña habian regresado con abundantes despojos, traspasando los rios Levu i Tolpan o Renaico, se esparció por todas las reducciones i despertó en todas partes el deseo de obtener iguales beneficios.

Los costinos, acaso por haber estado al habla mas de cerca con los realistas, sobresalian por su adhesion a la causa de la monarquía. El cacique gobernador Millacura encabezaba a los jefes de esta rejion; seguíanle en decision por la alianza i poder entre los suyos, Lincopichun, Antiman, Nagolpar (tal vez Nahuelpan, tigre leon) i otros cuyos nombres aparecen mal escritos en los documentos de ese tiempo.

Acompañaban tambien resueltamente a los españoles, por el lado del valle central, el cacique Guanquelonco (cabeza de avestruz), que residia a orillas del rio Renaico o Tolpan, asiento de belicosas indiadas que lucharon hasta el fin con las fuerzas de la patria; Callelevi (caguelevi, pato lijero), de Quillem, i otros de menor influencia i fama.

Los pehuenches o tribus de Los Anjeles se dejaban arrastrar por las sujestiones de Caullanti (sol escondido), indio batallador i bravío, a quien halagaban los españoles concediendo a su padre una pension de nueve duros mensuales.

En las indiadas de la jurisdiccion de Valdivia contaban los realistas con el apoyo del cacique Chaconahuel, de la comarca de Quetahue, i en las cercanías del Bueno, con el de Calfuñir, de Dallipu-

lli. La mujer del primero, llamada doña Isabel por su procedencia española quizas, se distinguia particularmente por su afecto al partido del rei. Por la comarca del rio Dónguil disponian del cacique Canihuala (*Coleccion de historiadores i documentos de la independencia*).

Por regla fija, el indio, ceremonioso e interesado en gajes, reducía a parlamento la amistad con sus aliados. Sin esta formalidad no estimaba seria ni durable ninguna alianza.

En conformidad a esta inclinacion de su carácter, solicitaron a fines de 1813 una conferencia con Sánchez. Como representantes de las tribus de la costa, llegaron 320 caciques i mocetones a Chillan, donde se encontraba este jefe con su ejército. Lo que casi nunca sucedia, con el séquito de parlamentarios venian algunas mujeres. Quedó convenido que, cuando fuese necesario, prestarian su cooperacion armada i que dejarian traficar sin dificultad por sus tierras a la jente del rei, la cual dispondria para ello de pasaportes (*chilca*).

Reuniones ménos aparatosas i concurridas hubo en las inmediaciones de otras plazas i fuertes de la frontera. El cacique gobernador Millacura era el árbitro de ellas.

El virrei del Perú, Pezuela, comprendia cuánto importaba contar con los araucanos. En su plan de reconquista del pais entraba como punto esencial contar con la Araucanía. En cumplimiento a instrucciones sobre este particular, el jeneral don Gavino

Gainza dió orden al desembarcar en Arauco, a principios de 1814, para que se convocase sin dilacion un parlamento en esta misma plaza.

El 3 de febrero los indios de la costa se hallaban formados para parlamentar. Gainza hizo un despliegue de todas sus fuerzas i para dar solemnidad al acto, él mismo usó de la palabra para agradecer a los naturales su adhesion al rei i exhortarlos a que se mantuvieran invariables en su determinacion. Un intérprete tradujo su discurso. Los indios ratificaron sus anteriores promesas. Siguiéron los festejos usuales, que dejeneraban en borracheras ruidosas con aguardiente. Entre los objetos con que Gainza regaló a cada cacique, se contaban un baston i una medalla de plata con el busto de Fernando VII, el primero como símbolo de mando i la segunda de fidelidad al monarca que habia de corresponderles tan marcadas pruebas de amistad (*Coleccion de historiadores i documentos de la independencia*, tomo IV, páj. 320).

Creyendo que algunas partidas de indios podrian prestar útiles servicios al ejército de operaciones, incorporó un grupo de tucapelinos a una columna de caballería, pero desertaron en 1814 del vado de Bobadilla, donde se encontraban destacados.

La reconquista del pais, despues de la derrota de los patriotas en Rancagua, permitió acrecentar a los españoles el ascendiente que se habian ganado en la voluntad de los araucanos. Reconstituyeron el antiguo cuerpo de empleados i rentaron a varios

caciques, a unos para premiarles su cooperación i a otros para tenerlos gratos en lo futuro.

Los misioneros franciscanos i los curas desplegaron una extraordinaria actividad de propaganda. Como al iniciarse el movimiento revolucionario, recorrían ahora las reducciones para estender el des-crédito contra los insurjentes.

En 1815 las guarniciones de los fuertes i plazas de la frontera, a la vez que en conservar la amistad con los indios, ocupábanse en vijilar sus movimientos. Tanto en este año como en el siguiente, la actividad guerrera de los araucanos se dejó sentir al otro lado de los Andes. Organizaban partidas que iban a dar malones a la Argentina (Datos comunicados al autor por algunos caciques).

En 1816, despues de algunos temores de las autoridades españolas sobre la presencia en la Araucanía de agentes revolucionarios, Ordoñez, entónces intendente de Concepcion, determinó celebrar un parlamento. Verificóse a fines de diciembre en Los Anjeles, en condiciones escepcionales de concurrencia i solemnidad. Vinieron indios por millares de todos los puntos de la frontera. Hubo discursos, festejos, regalos, borrachera, juegos de chueca, todo lo que constituía un programa lucido para estos casos. Nuevamente los caciques prometieron una fidelidad absoluta.

El jiro distinto que tomaron los acontecimientos de la independendencia desde 1817, habria de alcanzar

tambien a todos los ámbitos de la Araucanía, poniéndola en una esfervecencia hasta entónces no sentida.

CAPÍTULO II

VICENTE BENAVIDES

Plan de O'Higgins para apoderarse de la frontera despues de Chacabuco. Acciones de guerra.—Combate de Carampangue.—Nueva organizacion de la frontera.—Combates en la plaza de Arauco.—Freire se apodera de la posicion de Tubul.—O'Higgins viene al sur i forma un plan de ataque contra los indios i guerrilleros.—La Araucanía despues de la batalla de Maipo.—Avanza hasta Chillan una division del coronel Zapiola.—Retrocede otra vez al norte.—El coronel Español Sánchez resuelve trasladarse a Valdivia.—Llegan al sur el coronel patriota don Ramon Freire i el oficial de orijen chileno Vicente Benavides.—Trae la comision de atraerse las tropas de Sánchez.—Falta a su compromiso i reemplaza a Sánchez en el mando de las guerrillas.—Antecedentes biográficos de Benavides.—Los rasgos de la psicologia de este personaje.

Deshecho el ejército español en Chacabuco, sus restos no destruidos huyeron al sur i se refujieron en las fortificaciones de Talcahuano.

En esta posicion quedaban los realistas a las puertas de la frontera, para exigir a los araucanos el cumplimiento de su palabra tantas veces comprometida i para comunicarse por ahí con las guarniciones del sur.

O'Higgins, como hombre del sur, conocia lo que valia el territorio indíjena i se propuso quitar cuanto ántes a las tropas del rei esta base de futuras operaciones. Para poner en práctica su plan, creyó que lo mas acertado seria trasladarse personalmente a Concepcion para tomar sobre el terreno mismo las medidas que el estado de la guerra aconsejara. Al efecto, delegó el poder en el coronel don Hilarion de la Quintana, segun consta del siguiente decreto:

«La necesidad de establecer el órden i de reparar los daños i perjuicios que el enemigo ha ocasionado en la provincia de Concepcion, cuando vergonzosamente la abandonaba a la bizzarria marcial de nuestras tropas, hace necesaria mi presencia en aquel punto por unos pocos dias: entretanto queda de mi substituto el coronel don Hilarion de la Quintana, que con mi Ministro de Estado despachará todos los asuntos ocurrentes por diversos departamentos de Gobierno, Hacienda i Guerra. Lo prevengo a Ud. para que se preste el obedecimiento debido a su resolucion.—Dios guarde a Ud. Ms. años. Santiago, Abril 15 de 1817.—*Bernardo O'Higgins*». (Biblioteca Nacional, archivo de la contaduría).

Orientado en esa ciudad de lo que sucedia, despachó hácia el sureste al capitan don Antonio Cienfuegos i 50 soldados de un cuerpo organizado por el teniente coronel don Ramon Freire con el nombre de «division de frontera».

Cienfuegos ocupó sin resistencia las poblaciones

de Rere i Yumbel i, animado por el éxito, vadeó el Laja i se presentó delante de Los Anjeles. La guarnicion de la plaza huyó i los patriotas la ocuparon sin disparar un tiro.

La conducta bizarra i previsorá de este oficial, natural de Talca i hermano del obispo del mismo apellido, impresionó mui bien a O'Higgins. Engrosó su partida con 20 hombres perfectamente armados i provistos de municiones i le ordenó apoderarse de Nacimiento. En la mañana del 13 de mayo Cienfuegos atacó el fuerte. Sus defensores resistieron con resolucion i solo se retiraron despues de haber causado a los asaltantes una pérdida de 20 hombres. En este asalto perdió el brazo derecho el valiente capitan don Domingo Urrutia, lo que no impidió siguiera peleando con el izquierdo en el curso de toda la revolucion.

El destacamento realista de Santa Juana se replegó al saber estos fracasos a la plaza de Arauco; Freire atravesó el Biobio i se apoderó de San Pedro.

Todas las tropas derrotadas de los españoles iban a refugiarse a las fortificaciones de Arauco. Por esto i para impedir que por aquí se comunicase el ejército de Talcahuano con Valdivia, O'Higgins ordenó que las fuerzas combinadas de Freire i Cienfuegos maniobrasen sobre esa plaza. El comandante patriota al mando de 350 hombres se apoderó primero de las fortificaciones de Colcura i el 27 de mayo en la tarde estuvo a la vista de Arauco, despues de una marcha penosísima, hecha con una llu-

via copiosa i, en consecuencia, con los rios i torrentes invadeables.

Cerca de 200 hombres defendian la plaza, resueltos a jugar el todo por el todo i fanatizados hasta el exceso por los misioneros franciscanos. Tendieron su línea de batalla, reforzada por algunos cañones, en la márjen izquierda del rio Carampangue.

El comandante Freire, bajo el fuego enemigo, despliega tambien sus tiradores. Cuando la noche pudo ocultar sus movimientos, rompen el fuego sus fusileros i él se arroja a las aguas del rio, invadeable por las lluvias, con 50 jinetes que llevan a la grupa otros tantos infantes. Este acto de arrojo costó la pérdida de algunos soldados que perecieron ahogados; el mismo Freire, que cayó al agua estuvo en riesgo de perder la vida.

Al hallarse en la opuesta ribera, forma su tropa i la conduce rápidamente a la pelea por el flanco de los españoles, quienes no sospechaban siquiera tal sorpresa. Luego se apodera de ellos el pánico i la derrota se produce, con 45 muertos i heridos i 40 prisioneros. Los patriotas tuvieron 15 bajas, entre las que se contaba la del oficial don Vicente Muñoz.

Esta victoria se recibió en el ejército chileno con demostraciones de una desbordante alegría. El director O'Higgins concedió a los vencedores de esta jornada tan atrevida como gloriosa, el uso en las casacas de un escudo conmemorativo.

Por este mismo tiempo el director supremo se preocupó de la reorganizacion administrativa de la frontera. Restableció el antiguo réjimen español i nombró de comandante jeneral de la frontera al brigadier don Andres del Alcázar, veterano envejecido en las guerras de la Araucanía, conocedor a palmos del territorio i ligado con algunos caciques por una amistad que databa de muchos años atras.

Alcázar se trasladó a Nacimiento i entró en tratos de alianza con algunos jefes de cantones indíjenas. Si sus trabajos a este respecto no dieron resultados inmediatos, sembraron las primeras semillas de la defeccion de los araucanos a los realistas.

Ordóñez, con la mirada de hábil militar que lo distinguia, comprendió que habia que llamar la atencion de los insurjentes por el lado de Arauco, tanto por intentar la recuperacion de la plaza, cuanto para fraccionar las fuerzas que lo asediaban en Talcahuano. En efecto, despachó un destacamento en una embarcacion a Tubul, donde libremente desembarcó el 12 de septiembre de 1817. Acercóse a la poblacion, pero el capitan patriota don Agustin López, de la «division de frontera» lo rechazó hasta el lugar donde habian desembarcado. Habíase juntado a los realistas un grupo de indios costinos. En Tubul se encontraron los cuerpos; hubo un terrible entrevero o choque de jinetes revueltos i de hombre a hombre. El campo quedó por los defensores de la plaza, que tuvieron 11 muertos por un número mayor de sus enemigos.

Los españoles organizan un plan mas vasto despues de esta derrota. Los oficiales Manuel Pinuer, valdiviano, i Vicente Benavides, reciben la comision de merodear por la frontera. Reunen a los soldados de que disponian, una guerrilla de milicianos i un cuerpo como de 1,000 indios angolinos i de la costa.

Cinco dias despues del choque de Tubul, penetran al rayar el alba a la poblacion de Arauco. Los indios saquean cuanto encuentran i queman las casas; el botin, móvil primordial de su cooperacion armada, se presenta en esta ocasion abundante. Aunque en estas aldeas eran pobres, poco ménos que miserables, las habitaciones i sus menajes, el araucano se conformaba con un pedazo de fierro, con un jiron de traje, con cualquiera baratija. El capitán López rompe el fuego de fusilería i de los cañones, mata 24 de los asaltantes i obliga a los demas a retroceder hasta los suburbios.

El 15 del mismo septiembre habia hecho salir O'Higgins de Concepcion al brillante mayor arjentino don Juan Ramon Boedo, al mando de 200 infantes de la «division de frontera». Desde Colcura divisó este oficial los resplandores del incendio i oyó el ruido del cañoneo. A marchas forzadas siguió su camino i llegó en la tarde para caer sobre los sitiadores i despedazarlos. El dia 19 hacen una salida de la plaza las fuerzas combinadas i acuchillan otra vez a los que aun merodeaban por sus cercanías.

Indios i guerilleros se rehicieron en Tubul hasta formar un núcleo respetable de resistencia. Habia

necesidad de cegar esa guarida. Tal empresa se encargó al comandante Freire, con fama adquirida ya de ser un militar tan afortunado como intrépido. El 21 de septiembre salió de Concepcion con tres compañías de infantes, un piquete de granaderos i un cañon. El 26 llegó a Tubul. Al dia siguiente la columna enemiga compuesta de 100 guerrilleros i 500 indios, ocupó unas alturas. Abí los atacó Freire i los puso en fuga, no sin haberles hecho ántes numerosas bajas.

O'Higgins pensó que la plaza de Arauco, si no podia mantenerse con una fuerte guarnicion, debia arrasarse para quitar a los guerrilleros el aliciente de su posesion. Dió instruccion a Freire i así lo ejecutó este jefe (*Historia Jeneral de Chile*, Barros Arana, tomo XI, páj. 264).

Los guerrilleros se corrieron hácia el norte i a las dos semanas se presentaron delante de Santa Juana como con 200 individuos i 2,000 indios costinos i de Angol. Nótese que desde 1813 hasta este año las fuerzas indíjenas superaban a las realistas de un modo notable; por cada diez de éstos formaban ciento de aquéllos. La guerra era de araucanos mas que de españoles.

Ante tal masa de lanzas, unos cuantos milicianos que guarnecían la plaza se replegaron a Concepcion.

O'Higgins movilizó entónces las columnas que debian operar simultáneamente. El capitán don Agustin López salió a batir a las guerrillas de San-

ta Juana i de las islas del Laja, a las cuales acometería por la retaguardia el capitán de la primera compañía de la «division de frontera» don Francisco Javier de Molina, oficial que se habia conquistado la reputacion de temible entre los contrarios de la patria; de Chillan se movió al sur el teniente coronel don Pedro Ramon Arriagada i de Concepcion, por Yumbel, el capitán don José María de la Cruz. Se contaba, ademas, con que los indios del este de Los Anjeles, de Quilleco, Santa Bárbara, Duqueco, apoyarian esta vez a los patriotas, segun lo convenido con Alcázar.

El capitán López se apoderó el 15 de octubre de Santa Juana. Los guerrilleros i los indios con la extraordinaria movilidad que caracterizaba sus operaciones, retrocedieron hasta Nacimiento. Alcázar se defendió con la resolucion que acostumbraba. Pronto llegó Arriagada en su auxilio i en seguida el capitán López, que habia avanzado por la márjen izquierda del Biobío. Estas fuerzas reunidas hicieron una salida del pueblo el 18 de octubre i alejaron a las guerrillas de sus inmediaciones.

La táctica de los guerrilleros consistia en distraer, en cansar a la division patriota ocupando plazas cuando podian i entrando a saco a ellas. Esto se avenia con la idiosincracia del araucano i contribuia a interesarlo en las correrías de sus aliados. Corridos, pues, de Nacimiento, trasladáronse todos a Los Anjeles, que ocuparon, i a continuacion a San Carlos de Puren, Santa Bárbara i Tucapel.

Los patriotas les siguen los pasos. El capitán López llega por el sur a Los Anjeles i el del mismo grado Cruz por el norte, venciendo a los indios en su marcha. El primero continúa a San Carlos i con una columna de 80 hombres, alcanza a las indiadas que se llevan un botín de varios miles de animales. Vuelve a tenerlos al alcance de sus sables en Santa Bárbara i los ataca con furor, al propio tiempo que aparece Molina i les carga de flanco. El campo quedó lleno de cadáveres en largo trecho.

Rotos, desmoralizados, se desbandan en todas direcciones i buscan refugio al otro lado del Biobío.

Ordóñez había hecho poner también en acción a los guerrilleros del norte del Biobío. Tenían éstos, por lo común, de objetivo de sus correrías la población de Chillán, o ciudad como se llamaba entonces a todo centro poblado de alguna importancia. En sus contornos apareció la banda de José Antonio Pincheira, compuesta en su mayor parte de indios pehuenches. Juntáronse las tropas del teniente José Benito Susso, jefe de la plaza, el capitán del número 1 de Chile, José Antonio Fernandois, con 40 soldados, i las milicias de Cauquén, que obedecían a don Juan de Dios Urrutia. Empezaron una batida contra Pincheira i consiguieron darle alcance el 26 de octubre; le mataron 24 hombres i le tomaron 64 prisioneros i todos los animales que se habían robado.

El destrozamiento de montoneros i de indios había sido completo i el plan de O'Higgins se realizó en for-

ma que nada defraudó sus expectativas. Solo hubo un hecho de armas desgraciado. El capitán Molina, al mando de 140 hombres i en viaje de Nacimiento, se dejó sorprender i perdió 20 soldados i un cañon. Envalentonados con este triunfo, los vencedores fueron a combatir la plaza de Nacimiento, donde Alcázar, Cruz i López los hicieron pedazos (Archivo del Ministerio de la Guerra).

Con estos reñidos encuentros terminaron las campañas de los patriotas en 1817. La guerra del sur iba a tomar un sesgo siniestro i de mayor actividad en 1818.

Evacuado el territorio por el ejército patriota i muchas familias adictas a la causa a la llegada de Osorio, la Araucanía quedaba de nuevo entregada a los realistas. Cuando este jeneral movió sus batallones al norte, quedó en Concepcion el aguerrido coronel don Francisco Sánchez.

Los españoles utilizaron esta vez las bandas de indígenas para incorporarlas al ejército expedicionario. Un cuerpo de araucanos, bien montado i con lanzas de primera clase, marchó con Osorio al norte. En Quechereguas se adelantó Primo de Rivera con una division exploradora; «nuestros dragones de la frontera, dice un jefe español, hicieron prodijios de valor; habrian, sin duda, perecido, al ménos la columna de cazadores i la division de Ordoñez, si el denuedo de los araucanos no hubiera contenido la caballería i vanguardia enemiga» (*Relacion de don Bernardo de La Torre, Documentos de la*

independencia, tomo XVII). Por temor quizás a sus robos i ninguna sujecion a las reglas de la disciplina i por la seguridad de la victoria, los realistas los hicieron regresar a sus tierras; pero quedaron comprometidos a prestar su concurso a Sánchez en cuanto lo exijiera.

El triunfo de las armas chilenas i arjentinas en Maipo vino a cambiar la faz de los sucesos en la frontera. Osorio huyó al Perú i Sánchez conservó el mando de la provincia de Concepcion sin que decayese su tenacidad i decision por la causa de la monarquía.

Sintiéndose débil para resistir a las divisiones que pronto se le vendrian encima del norte, resolvió evacuar la ciudad de Concepcion i retirarse a la de Valdivia, donde podria presentar una resistencia mas enérgica i eficaz, sin dejar de estar a la mano de los indios amigos.

Mientras que Sánchez hace sus preparativos de marcha, las fuerzas patriotas comenzaron a moverse para el sur en la primavera. El coronel don Matías Zapiola, jefe de la guarnicion de Talca, recibió en septiembre un refuerzo de 400 hombres del batallon de infantería Arauco N.º 3, i órdenes superiores de avanzar al sur.

El vecindario i la tropa realista habian huido con Lantaño, llevándose o destruyendo los víveres que habia en la poblacion. Esto i la especie de que los padres misioneros habian envenenado el vino del comercio i de sus propias bodegas, irritó a la solda-

desca, la cual puso fuego a las casas misionales i cometió depredaciones. Este contratiempo i la noticia de que una gruesa guerrilla se interpondria entre Chillan i Talca, lo hicieron perder la tranquilidad i salir para el norte, tan precipitadamente que en el paso del Ñuble una partida enemiga le causó 22 bajas entre muertos i heridos.

Miéntras tanto Sánchez se habia trasladado a Los Angeles con su division i una gran cantidad de emigrados de todas las poblaciones del sur.

El gobierno hizo salir apresuradamente para Concepcion al coronel don Ramon Freire, quien debia tomar el mando de la provincia i del ejército. Partia asimismo en estas circunstancias al sur un oficial de oríjen chileno llamado Vicente Benavides; lo acompañaba su mujer, Teresa Ferrer, i los dos hacian el viaje de incógnitos, en un refuerzo que conducia el coronel don Antonio Merino.

El oficial Benavides llevaba la comision conferida por San Martin de atraerse la tropa de Sánchez, minar su disciplina, disolverla en cuanto fuera posible. Léjos de cumplir sus compromisos, púsose al frente de las indiadas i guerrillas realistas cuando aquel jefe emprendió su retirada a Valdivia.

Benavides pasó a ser la figura céntrica de este drama que se conoce en nuestra historia con el nombre de «guerra a muerte», no por sus méritos sino por la necesidad de circunstancias estraordinarias, pues mas que militar distinguido, habia sido i si-

guió siendo una personalidad opaca, un simple mandon de cuartel.

Algunas noticias biográficas de este oficial, las estrañas aventuras que llenan su vida militar i los rasgos salientes de su carácter, que alcanzaron a recoger de fuentes fidedignas los historiadores chilenos del siglo pasado, permitirán conocer a fondo el alma de este personaje singular i protagonista de tantos actos reprecensibles i sanguinarios.

Habia nacido en la villa de Quirihue el año 1785. Desempeñaba su padre el empleo de alcaide de la cárcel de esta villa. Deslizáronse, pues, sus primeros años como los de cualquier niño de nuestras clases inferiores, es decir, entre la vagancia de la calle i las tareas entónces rudimentarias de una escuela de campo. Este ambiente se hallaba mas viciado todavía con la ocupacion del padre. Su educacion escolar, no pudo pasar, por lo tanto, de las nociones de la lectura, la caligrafia i los números.

Dedicóse en su juventud al humilde oficio de arriero o conductor de las especies de estanco entre Concepcion i su pueblo natal.

Por una de esas resoluciones súbitas que con tanta frecuencia suelen decidir a los hombres i sacarlos de sus ocupaciones cotidianas en los acontecimientos estraordinarios, como el movimiento emancipador de 1810, Benavides, tal vez en un viaje que hizo a Santiago como conductor de recuas, sentó plaza de soldado, el 22 de diciembre de 1810, en el

batallon de infantería «Granaderos de Chile» (Biblioteca Nacional; archivo militar).

Desertó de las filas i se incorporó al batallon de infantería de Chile o fijo de Concepcion, llamado fieles a Fernando VII por el motin que promovieron sus jefes para mantenerlo adicto a la causa del rei. En 1813 figuraba Benavides como clase de este cuerpo, en el que hizo las primeras campañas del sur.

En el cuartel del Membrillar, en marzo de 1814, cayó prisionero de los patriotas; pero, aprovechándose del pánico que produjo una noche en el ejército en marcha la esplosion de las municiones, fugóse del campamento i se reincorporó a su batallon. En la jornada de Rancagua era sarjento 1.º con el grado de teniente. Su comportamiento en el sitio de esta plaza i particularmente su teson para trabajar forados por el interior de las casas, que diesen acceso al recinto principal, le valieron una recomendacion de Osorio. En una lista de oficiales que este jeneral pasó al virrei del Perú para ascenderlos, pidió para Benavides la efectividad del grado de teniente; Pezuela solo le otorgó el de subteniente. (Biblioteca Nacional; archivo militar).

Despues de esta jornada, fué con su cuerpo a la provincia de Concepcion, donde obtuvo los galones de teniente realista. Contrajo aquí matrimonio con Teresa Ferrer

No concurrió a la batalla de Chacabuco, i cuando el intendente de Concepcion, brigadier Ordóñez, se encerró en Talcahuano para resistir porfiada-

mente al ejército patriota que lo sitiaba, Benavides siguió también las banderas del rey a ese reducto que ofrecía muchas penalidades i poca gloria. Pero las privaciones de un asedio que estrechaba como en una caja de fierro a los realistas, no debieron avenirse con el carácter inquieto i las costumbres dudosas del teniente de infantería real, i se dió a la tarea insidiosa de minar la disciplina i murmurar contra el jeneral español para preparar el motin. Aun mas, entró en comunicaciones con el coronel patriota Las Heras, el cual le incitaba a seguir esta obra de zapa i a pasarse en seguida a sus filas.

Ordóñez descubrió sus intrigas i lo redujo a prision; sea que no quisiese causar el descontento entre sus soldados, sea que finjiera creer las excusas del intrigante oficial o que pretendiera alejarlo de Talcahuano, aceptó sus justificaciones i le dió la comision, juntamente con otros oficiales, de ir a la costa de Arauco a levantar guerrillas i promover la revuelta entre los indios. Despues de afortunadas correrías por esa rejion i de haber librado algunos combates en Carampangue, Arauco i Tubul, regresó al cuartel jeneral, donde fué promovido a capitán en recompensa del éxito de su cometido.

Al frente de su compañía del Concepcion asistió a la batalla de Maipo el 5 de abril de 1818. Cayó prisionero en esta jornada gloriosa de las armas aliadas de chilenos i argentinos. Condújose a Santiago con todos los que habian corrido igual suerte.

Por sus crueldades i estorsiones de Arauco, las autoridades militares acordaron, a los cinco dias, hacerlo fusilar, en compañía de un hermano llamado Timoteo, oficial tambien del mismo cuerpo. Intervinieron en su favor algunos patriotas de Concepcion, en particular el coronel Merino. Mediante estos influjos se suspendió la órden i se dispuso que Benavides se marchara a Mendoza con los oficiales realistas deportados a ese territorio.

Insinuóse a la prision de Ordóñez i obtuvo de él cartas para que algunos comerciantes peninsulares le suministraran dinero. Sorprendidos con puñales i una cantidad de onzas de oro, fueron él i su hermano condenados a la pena capital, previo un rápido sumario: esta vez se cumpliria sin remision alguna la sentencia.

Quedó encargado de ejecutarla el teniente de cazadores don Ventura Ruiz, miembro de una numerosa familia de guerreros patriotas del sur. El teniente Ruiz sacó una noche a los hermanos Benavides i los condujo a uno de los suburbios de Santiago, al llano de Maipo. Mientras la comitiva llegaba al lugar de la ejecucion, Vicente no cesó de hacer cínicas i tentadoras proposiciones de soborno al oficial patriota, inflexible a las tentaciones i ruegos del prisionero.

Llega el momento supremo: Ruiz manda hacer alto i bajarse a los Benavides. Como era la costumbre de aquellos tiempos, los condenados a muerte se arrodillaron para recibir la descarga fatal. Cua-

tro soldados, distribuidos de a dos, apuntan sus armas i disparan. Timoteo Benavides queda muerto instáneamente i su hermano, apénas rosado por una bala, se desploma tambien finjiéndose sin vida, un soldado le da como golpe de gracia, un recio sablazo en el cuello que le compromete los tendones yugulares.

Desangrado, sin señal de vida, aunque sin perder el conocimiento, permanece tendido en el suelo algunas horas. Cuando calcula que sus ejecutores se hallan léjos o han vuelto a la ciudad, se levanta, se venda la herida con pedazos de la camisa de su hermano i vaga por el campo hasta que se encuentra con un ovejero, quien le conduce a casa del inspector. Campesino sencillo, cree éste sin dificultad una historia de salteadores que le inventa Benavides, se conduele de su desgracia, le presta algunos auxilios i al dia siguiente lo manda encaminar hasta las goteras de la ciudad. Entra sijilosamente a uno de los barrios del sur, donde, por afortunada coincidencia, vivia su mujer.

Con la ayuda de un misionero i un cirujano realistas, se cura en su hogar la herida. A las pocas semanas estaba sano; solamente el sablazo del cuello le desperfeccionó el rostro echándole un tanto la cabeza hácia atras; este deterioro físico dió al conjunto de su persona, alto, musculoso, moreno, pómulos salientes, pelo tieso i negro, un aspecto que impresionaba desfavoramente a la primera vista.

Cuando Benavides recobró por completo la salud,

su mujer fué a pedir ayuda para él a don Juan Castellon, vecino de Concepcion i su antiguo protector i patron en los tiempos que acarreaba el tabaco de Quirihue. Castellon se interesó por él, lo disuadió de la conveniencia de abandonar la causa del rei, servir la de la patria i lo puso, por último, al habla con San Martin. Quedó convenido en que se trasladara de incógnito a Los Angeles i procurarse la defeccion de la fuerza del coronel realista Sánchez, reconcentrada en esa plaza.

Luego que hubo llegado a la frontera, libre de peligros, tentado con la jefatura de las partidas dispersas, faltó villanamente a su palabra comprometida i se colocó al frente de guerrillas o indiadas enemigas del nuevo réjimen establecido por los fundadores de nuestra nacionalidad.

Los rasgos de la psicología de este personaje de nuestra historia, recojidos con minuciosidad por sus biógrafos, permiten juzgarlo como un individuo anormal, de los que en la ciencia de la psiquiatria se denominan dejenerados superiores o desequilibrados simples.

Los caracteres de su dejeneracion mental eran el producto de su educacion, del medio de presidarios i arrieros en que se desarrolló i del alcoholismo que lo dominaba.

Sus facultades intelectuales no pasaban de una medianía lisonjera. Mas que de insuficiencia, resentíase de desigualdad en su desenvolvimiento. Manifestábase con notable aptitud para un objeto, como

para organizar guerrillas e instruir reclutas; pero le faltaba la iniciativa razonada. Por esto su facilidad de sujestion era evidente: sin vacilar emitia las opiniones de los curas i misioneros que lo acompañaban i seguia la del español Pico que lo asesoraba en asuntos militares (Vicuña Mackenna, *Guerra a muerte*).

Benavides pertenecia, sobre todo, a los dejenerados en que la perversion moral se sobrepone a toda imperfeccion de la intelijencia.

Egoista por excelencia, no miraba al inclinarse a los patriotas o al servir a los realistas el triunfo de la justicia o la salud de la patria, sino su conveniencia personal. Era insensible al dolor moral i en cambio lo afectaba profundamente el físico. «Era la lei de su felino corazon matar a todo enemigo; pero solia tambien matar a los que no cumplian fielmente sus sangrientos mandatos; quiso fusilar a uno de sus mejores capitanes porque se dejó batir; a otro no ménos valiente (el capitan Francisco Rojas) le habria quitado sin remedio la existencia, si sus camaradas no le hubieran amenazado amotinarse; al capitan Cervelló le rebajó en una ocasion a servir como último soldado porque habia cortado sin permiso un poco de *titora* del sur, llamada *paja ratonera*, para remendar su rancho, i por último hasta a su propio compadre i el amigo de su mayor intimidad, el coronel Lavanderos, lo hizo fusilar en la playa de Arauco por sospecha de que queria envenenarlo» (*Guerra a muerte*, por Vicuña M. Este li-

bro es el que contiene el mejor material psicológico sobre Benavides).

Embustero congénito, sus comunicaciones oficiales i sus cartas aparecian como un tejido de mentiras e historias fantásticas. Calumniaba a las personas a quienes tenia la ocasion de aprovechar, como a Ordóñez en Talcahuano.

Su inestabilidad mental lo arrastraba en el servicio militar, cuando fué subalterno, a la indisciplina i a la intriga, que le atraian los castigos, i cuando jefe, de la actividad a la apatía.

Vanidoso como todos los degenerados de este órden, vestíase con trajes abigarrados de jeneral i se imaginaba que la América i la España tenian fija la mirada en él; en sus palabras o sus acciones dominaba su personalidad ántes que las de sus cooperadores. Bebedor de aguardiente (Vicuña Mackenna), sus movimientos de cólera i violencia tenian de ordinario como punto de arranque los excesos alcohólicos.

El sentido jenésico ejercia no menor influencia en su organismo. Su exceso de sensualidad se comprueba con las muchas aventuras galantes que tuvo en el sur i la prole bastarda que dejó en la provincia de Concepcion (Datos de un descendiente de Benavides). Su audacia amorosa llegaba hasta cortejar a las esposas de sus jefes. He aquí un caso de esta osadía patológica. Desempeñaba la comandancia del batallon de infantería de Concepcion don Ramon Jiménez Navia, natural de Puerto Rico i militar es-

perimentado que habia servido en España contra el ejército frances (Biblioteca Nacional; archivo militar). Jiménez Navia tenia fama de ser un jefe irascible i duro. A pesar de esto, cuando Benevides iba a su casa a buscar algunas órdenes, miéntras que su comandante escribía o firmaba, le enviaba besos con la mano a su esposa, señora jóven, recatada i bien parecida (Datos dados al autor por un descendiente de Jiménez Navia).

Otro de los caractéres de estos dejenerados morales es su obsesion mística o simplemente su devocion exajerada. Benavides era fervoroso devoto de la vírjen de Mercedes: vivió invocándola al resplandor de los fusilamientos i murió encomendándose a ella. Antes de algun encuentro serio, comulgaba con uncion (*Guerra a muerte*, por Vicuña Mackenna, páj. 61).

Un sentimiento exajerado del peligro, mui comun en estos individuos, esplica la falta de valor de Benavides para ponerse a la cabeza de sus tropas i darles ejemplo de arrojo en los momentos decisivos (Vicuña Mackenna, *Guerra a muerte*). De ordinario tomaba la delantera en la fuga.

Tal era el personaje que desde la retirada a Valdivia del coronel Sánchez, encarnó la resistencia española en los campos históricos de la Araucanía.



ARAUCANAS, TRAJES DE 1820

CAPITULO III

GUERRA ARAUCANA

El éxodo de la poblacion realista.—Se asilan en varios puntos de la frontera.—La vida que llevan estos emigrados.—Se nombra a Freire comandante en jefe e intendente de Concepcion.—Operaciones que emprende este jefe.—El ejército del sur.—Toma el mando el brigadier don Antonio González Balcarce.—Marcha hácia Los Anjeles.—Preparativos de Sánchez para emprender una retirada al sur.—Estimula a los indios para mantenerse fieles.—Junta que celebra con ellos en Los Anjeles.—Abandona esta plaza i se dirige al Biobío.—Pasaje del rio i encuentro con los patriotas.—Retirada de Sánchez desde Nacimiento a Valdivia.—Freire ocupa a Concepcion.—González Balcarce regresa a Santiago.—Benavides toma el mando de las guerrillas realistas.—Sus capitanes.—Los caciques araucanos.—Mariluan.—Mangin.—Los de otras agrupaciones realistas.—El cacique patriota Colipí.—Coñoeapan.—La guerra araucana.—Benavides entra en accion.—Numerosos hechos de armas parciales durante el año 1819.

A Los Anjeles habia seguido al coronel don Juan Francisco Sánchez una romería enorme de jente de todas condiciones, sexo i edad, que temia caer en manos de los insurjentes i sucumbir a sus persecuciones i aun a sus asesinatos. La consigna era que nadie quedara en su casa. Habian infundido tal terror, ahora como siempre, en las masas de campesinos i habitantes de los pueblos, los misioneros de San Ildefonso de Chillan. Pronosticábanles que serian víctimas de represalias sangrientas i que les

obligarian a renegar de la fé relijiosa de sus padres, porque las filas insurjentes se hallaban llenas de jefes extranjeros, herejes reconocidos, implacables perseguidores de la relijion católica (*Historia de Barros Arana. — Guerra a muerte de Vicuña M. — Historia de Gay*).

De Concepcion emigraron mui cerca de 6 mil vecinos. Contábanse entre ellos las monjas trinitarias, algunas viejas i achacosas. La ciudad i sus alrededores quedaron despoblados, sin la vida que de ordinario ocupaba a sus habitantes, casi desiertos en toda su estension. Bandas de guerrilleros i ladrones brotaron por todas partes i saquearon hasta las ventanas i las puertas para utilizar el fierro i la madera. En Yumbel, Los Angeles i Santa Bárbara, no quedó tampoco una sola familia o persona adicta a la monarquía.

Como 2,000 emigrados fueron a asilarse a San Pedro, de donde se trasladaron pronto a Arauco, Tucapel i costas de Valdivia. Numerosas familias se refugiaron en otros lugares, donde creian estar amparadas por algunos caciques de autoridad i fuera del alcance de los insurjentes. En el llano del Vergara fijaron unas su residencia, otras en Pile, hácia el lado de Mulchen, bajo la proteccion del lenguaraz Rafá Burgos, i las restantes en las cercanías del rio Bureo. Los moradores de Santa Bárbara se establecieron en Quilapalo, en la márjen izquierda del Biobío; cerca de 700 familias quedaron diseminadas entre ese lugar i Huinquen, este

último asiento de un renombrado cacique Coliman.

Formaba esta muchedumbre, en las quebradas, en los prados de los bosques o en las proximidades de las reducciones indígenas, grupos de cabañas improvisadas, con techos de la gramínea que en el sur llaman «paja ratonera».

Obtenían sus provisiones, escasas por lo comun, por compra o cambios por objetos que hacían a los indios vecinos. Cuando los víveres se agotaban por completo, encontraban en el bosque una alimentación de raíces, tallos i frutos, particularmente en el árbol del pan de las comarcas del este, el *pehuen*, que les proporcionaba el piñon.

Hubo algunos que se dedicaban a labrar pequeños espacios de terrenos para siembra de cereales.

Vida medio bárbara llevaban en esas selvas solitarias los tales emigrados: ya se entretenían en carreras de caballos o juego de chuecas, ya concurrían a las fiestas frecuentes con que el araucano llenaba el espacio de sus largos ocios. Algun misionero, que rara vez faltaba en estas aglomeraciones de refugiados, les decía misa, rezaba con ellos i sobre todo les mantenía vivo el odio i el temor a los insurjentes. (Datos recojidos por el autor),

La miseria de esta existencia, la nostalgia del destierro, la incertidumbre del porvenir, las noches pasadas en velas, endurecían el alma de los guerrilleros aquí escondidos i aumentaban el ánsia de vencer.

El mismo ambiente climatérico influía en la ca-

racterística agresiva de estos luchadores: la humedad de las vegas, las rachas de frío que descendían de los Andes, los vientos huracanados que hacían tronar el bosque, las lluvias tan copiosas como frecuentes, aceraban la fibra para la resistencia.

Estos centros de refugiados contribuyeron sin disputa, a prolongar la guerra que se trabó en la frontera entre los sostenedores de los dos rejímenes, por cuanto salían de estos campamentos hombres, noticias i a veces recursos. En ellos encontraban también refugio para reponerse de fracasos, las monteras que se movían de un lugar a otro.

El estado de ánimo de los empecinados defensores del sistema monárquico i la seguridad que las victorias daban a los patriotas, producirían en el sur del país un choque violento de estas dos corrientes, un continuo batallar de varios años, en el cual hallarían espansion los peores sentimientos humanos.

Los sucesos iban a precipitarse. A causa de las noticias alarmantes comunicadas al gobierno por el coronel Zapiola desde el Parral, se ordenó salir apresuradamente al sur al coronel don Ramon Freire, quien asumiría el mando militar i administrativo de la provincia de Concepcion con el título de comandante en jefe e intendente. En pos de él irían los refuerzos.

El activo coronel llegaba a la villa del Parral el 24 de noviembre de 1818 i ponía sin dilacion manos a la obra de combinar un plan de operaciones sobre la frontera. Organizó las milicias de esta pla-

za i las reunió a las tropas regulares. En el acto despachó un emisario al cuartel jeneral de Sánchez, segun las instrucciones de San Martin de persuadir a este jefe a que depusiera las armas por medio de un avenimiento pacífico i honroso para él. Suponia el jeneral arjentino que la division de Sánchez estaria minada por el trabajo insidioso de Benavides.

Con una terquedad honrosa para sus convicciones i hombría de bien, el coronel español rechazó toda proposicion de convenio i aun llegó a prohibir que en lo sucesivo viniesen a sus cuarteles otros parlamentarios, a quienes atribuia una simple comision de espionaje.

Freire, en vista de esta negativa, inició las operaciones. El 19 de diciembre movilizó su division, compuesta de 1,600 hombres i 4 cañones. Al dia siguiente ocupó la villa de San Carlos. Desde aquí despachó al coronel don Manuel Escalada, arjentino i comandante de los granaderos, con encargo de sorprender i apoderarse de Chillan. Perdido en la noche del camino, da tiempo al coronel realista Lantaño para que huya con su fuerza, 700 hombres. Sin embargo, perseguíalo el 24 de diciembre con un destacamento de caballería i algunos milicianos que se le habian juntado, el capitan Cajavilla, reputado de valiente i diestro sableador. Este oficial logra ponerse a la vista de los fujitivos que cierran la retaguardia, estrecha la distancia hasta que consigue alcanzarlos; 30 muertos van que-

dando tendidos en el camino, i 20 prisioneros, caballos, armas i equipajes caen en su poder. El mismo Escalada llega a tiempo para reforzar la persecucion tres leguas mas adelante, pero el coronel Lantaño, consigue distanciarlos i escaparse al fin para estacionarse en el vado del Salto del Laja i despues reunirse a Sánchez en Los Angeles.

Escalada i Cajaravilla regresaron a Chillan; ahí llegó tambien el coronel Freire en la tarde del mismo dia. En esta ciudad se le incorporó el batallon de infantería núm. 1. Con este contingente su ejército llegó a contar 3,385 hombres de las tres armas. Lo formaban los cuerpos que siguen:

Batallon núm. 1 de Chile, de infantería, mandado por el comandante don Juan de Dios Rivera.

Batallon núm. 3 de Arauco, infantería, mandado por el sarjento mayor don Agustin López.

Batallon de infantería núm. 1 de cazadores de Chile, comandante don Isaac Thompson.

Cazadores de los Andes, comandante Alvarado.

Cazadores de la escolta directorial, comandante Alcázar.

Granaderos a caballo, comandante Escalada.

Batería de ocho cañones, capitan Juan Pedro Macharratini, araucano de nacimiento i educado en el colejio de los misioneros de Chillan. Talvez tomó el apellido de algun comerciante italiano, su protector i apoderado, de los que entraban al interior como comerciantes. Juan Tamallanca se llamaba otro indio que servia de teniente en la artillería (Bi-

biblioteca Nacional.—Seccion de manuscritos de la contaduría).

Correspondia el mando de este ejército a un jefe de mas graduacion que Freire, cuya impetuosidad se temia en el estado mayor jeneral. Escusóse San Martin de mandarlo a pretesto del estado de su salud, pero en realidad con la intencion de poner toda su iniciativa al servicio del ejército libertador del Perú. Con las atribuciones que le daba su puesto de jeneral en jefe, nombró para director de la campaña del sur al brigadier don Antonio González Balcarce, arjentino de su entera confianza. Freire quedó de intendente de Concepcion.

González Balcarce era un jefe que por su edad avanzada i las instrucciones que habia recibido, no imprimiria ni rapidez ni enerjía a la campaña. Tampoco lo haria el jefe de estado mayor, coronel don Juan Paz del Castillo, oficial venezolano que habia militado a las órdenes de Bolívar i que hacia poco tiempo servia en Chile, cuyas costumbres i topografía ignoraba por completo.

El brigadier González Balcarce salió de Santiago el 16 de diciembre de 1818. Solo el 26 llegaba a Chillan. Despues de largas dilaciones que alentaron al enemigo, el 15 de enero de 1819 iniciaba la campaña. Freire, con una columna de 200 individuos de caballería, se moveria hácia Yumbel, para engrosar sus filas con los milicianos de Quirihue i seguir a Concepcion, a fin de cortar a los realistas la retirada a la costa. El grueso del ejército segui-

ria directamente al sur para pasar el Laja i caer inopinadamente sobre el enemigo. Mas, el plan no tuvo una ejecucion acertada, i el coronel Lantaño que defendia el paso del Salto por la márjen derecha del rio, pudo retirarse a los Anjeles, con la única pérdida de 10 hombres rezagados.

El 17 de enero el ejército espedicionario esguazó el rio por el paso del Salto sin contratiempo i se adelantó hácia Los Anjeles. Esta marcha causó el pánico en las filas realistas.

La disciplina habia sufrido manifiesto menoscabo con el peligro de que un ejército superior se le venia encima. Muchos oficiales hablaban de capitulacion. Ya en noviembre del año anterior, en la retirada de Concepcion a Los Anjeles, habian abandonado las filas de Sánchez los oficiales españoles don Ambrosio Acosta, teniente coronel graduado de caballería, los tenientes Manuel Valledor i José Méndez Llanos i el subteniente don José Martínez Pallares, todos de la espedicion «Catabria», que habia salido de España para Chile con 2,080 hombres i llegado del todo disminuida a su destino en 1818. Estos oficiales se incorporaron al ejército patriota, en el cual prestaron, sobre todo Acosta, servicios de innegable valia.

Sánchez no cedió un punto a las exigencias de los subalternos que pretendian capitular. Secundaban su tenacidad inflexible los misioneros i todo el conjunto de capitanejos rudos i batalladores, chilenos i españoles, que estaban por sostener hasta el último

trance los derechos del rei i los principios de la religion.

El coronel español se reveló durante su permanencia en Los Angeles jefe de fibra prepotente. Su recia voluntad multiplica la accion. Atendia a la organizacion i enseñanza militar de los reclutas que concurrían a tomar las armas. El campamento presentaba una mezcla orijinal de campesinos chilenos, indios, milicianos, guerrilleros i europeos, todos vestidos con diversos trajes, desde el vistoso uniforme hasta la andrajosa vestimenta civil. Preparaba los detalles de la retirada referentes a las municiones, armamento i cargas; hacia construir lanchas i balsas para el pasaje del Biobío i amansar potradas; no descuidaba la severa vijilancia que impedia la desercion.

No habia descuidado un instante la adhesion de los araucanos. Continuamente llegaban a Los Angeles algunos caciques i sus mocetones a ofrecer sus lanzas i a recibir los agasajos de los realistas. Recibíalos algun jefe superior i se les saludaba con cañonazos i salvas de fusilería, demostracion que ellos correspondian blandiendo sus lanzas i gritando a todo correr de sus caballos.

Sánchez atrajo a su canton militar a los caciques de mas conocido empuje de los que habian mantenido la alianza con los realistas. Les hizo reiterar su fidelidad al rei i prometer que le guardarian las espaldas en su retirada. Todos prometieron ayu-

darlo, particularizándose por su decision al cacique Choiquian.

No contento con esto, envió de emisarios a un Miguel Salazar, de una familia de antiguos lengua-races de Lolco, i al oficial don Domingo Salvo, de Santa Bárbara, famoso despues en las guerras de la Araucanía como capitan chileno, para que fuesen a las tribus del este i del sur a conquistarse la amistad de los caciques Lonquimai, Hueñire, Millalem, Mulato de Collico i otros. Como éstos fuesen aceptando la alianza, los delegados les informaban que la consigna era no perdonar a nadie en la guerra, ni a los niños ni a las mujeres. El cacique llamado Mulato de Collico rechazó indignado esta proposicion, en conformidad a un principio araucano que prohíbe matar al que no ha podido defenderse como hombre ni ha causado daño a los indios. Los niños se utilizaban, por lo demas, para el rescate i las mujeres para aumentar las ya adquiridas (Archivo del autor).

El mismo dia, en la tarde, que González Balcarce pasaba el Laja, 17 de enero, Sánchez evacuaba el pueblo de Los Angeles. Una multitud de personas, que no bajaria de 2,000 hombres, mujeres, niños i ancianos, cargados de lios con ropa i otros objetos, embarazaba la marcha de su columna armada.

La confusion asumia las proporciones de un frenético terror; gritos, llantos, rezos i carreras atronaban el aire. La presencia de las monjas trinitarias, que caminaban a pié como la totalidad de esta jen-

te, contribuía a que se conturbaran los espíritus de civiles i militares.

Sánchez, sobreponiéndose a estas escenas de tumultuosa perturbacion, dió la orden de salida hácia el Biobío por el camino de Santa Fé i tomó las últimas medidas que aconsejaba la prudencia; pero, como sobrevino la noche i temia que la vanguardia patriota se presentase de un momento a otro, tuvo que abandonar treinta cargas de municiones, armas i bagajes.

A la media noche, con el silencio de los campos que atravezaban los fujitivos i la claridad de la luna en menguante, los ánimos se tranquilizaron un tanto i el viaje se pudo continuar sin pérdida de vidas. Al dia siguiente, cuando habian trascurrido varias horas de la mañana, llegaron a la márjen del Biobío.

Comenzó el pasaje en algunas balsas. Para disminuir el peligro de una sorpresa en estos momentos, las embarcaciones dejaban primero a las personas que conducían en una pequeña isla que habia en medio de la corriente, tan comunes en los ríos del sur. Esta operacion se hacia pesada i demorosa i podia dar tiempo a la llegada de los patriotas, que marchaban con una lentitud incomprensible. En efecto, solo el dia 18 de enero de 1819 penetraba a Los Angeles el ejército patriota. Marchaba a vanguardia el rejimiento de granaderos i como partida de esploracion se destacaban 50 individuos de este

cuerpo mandados por el sarjento mayor don Benjamin Viel.

Siguió este jefe tras del enemigo i llegó hasta el vadó en que las balsas acarreaban apresuradamente a la márjen opuesta hombres i bagajes. Cargó sobre un escuadron de milicianos lanceros que encontró al lado norte del rio i lo dispersó causándole algunas bajas i prisioneros. Puso con la mayor premura en conocimiento de su coronel estos hechos i le pedia refuerzo. Llegó Escalada con todo el rejimiento de granaderos i, no pudiendo hacer nada, se conformó con situarse en un punto de observacion, miéntras llegaban los refuerzos pedidos.

Al amanecer del 19 de enero tomaban desde el cuartel jeneral de los Anjeles el camino del Biobío el batallon cazadores de los Andes i una pieza de artillería al mando del coronel Alvarado. Cuando promediaba el dia, llegó esta columna al sitio en que se desarrollaban estas incidencias, en los momentos en que la jente de Sánchez concluia de atravesar el rio. Quedaban únicamente en la márjen derecha algunos grupos enemigos. Alvarado, como jefe mas antiguo, toma el mando de toda la fuerza, la distribuye militarmente i se adelanta a la orilla del Biobío. Los granaderos cargaron, sobre las partidas de caballería realista, las sablearon sin compasion i las empujaron al rio; 27 prisioneros i un teniente español quedaron en poder de los patriotas.

La infantería de Alvarado, desplegada por la

orilla del río i el único cañon que habia, rompieron el fuego sobre las balsas que trasportaban a los fujitivos atrasados todavía. Los de Sánchez hicieron funcionar tambien tres piezas de artillería desde el otro lado i se retiraron luego a Nacimiento. Los realistas tuvieron muchas bajas i los patriotas lamentaron las de 20 muertos i heridos, contándose entre los primeros el teniente don Atanasio Mátus i el abanderado de granaderos don Eustaquio Bruix, oficial frances afiliado hacia poco en el ejército de la patria. Fué destrozado por una bala de cañon al intentar abordar uno de los islotes del río.

Esta jornada pudo haber sido decisiva con mayor rapidez en los movimientos. No obstante, el resultado final no defraudó del todo las expectativas del ejército invasor; fuera de los muertos, ahogados, prisioneros, desertores i pasados, los realistas dejaron tres cañones en la ribera derecha del Biobío i otro que cayó al agua, mucha parte de su ganado, armas i equipajes.

El 28 de enero partió el grueso del ejército a ocupar la plaza de Nacimiento. El jefe de estado mayor hizo la marcha, para ocultar el movimiento al enemigo, en medio de un desórden completo por haber estraviado el camino. El 29 se pasó el río sin que un solo tiro del enemigo perturbase esta operacion. Al día siguiente se continuó en direccion a Nacimiento. Un escuadron de indios se presentó resuelto a pelear con la vanguardia. Fuéronse los granaderos sobre ellos; hubo un recio choque de

frente que obligó a huir a los lanceros araucanos i dejar en el campo algunos muertos.

En la tarde del 30 de enero el ejército ocupaba a Nacimiento. Por la mañana se habia escapado al sur el coronel Sánchez. Los indios incendiaron ántes de huir los galpones del cuartel, pero las primeras tropas que penetraron a la aldea consiguieron apagar el fuego. En la poblacion dejaron abandonados los fujitivos seis cañones, casi todos sus bagajes i una cantidad abundante de tabaco, azúcar i otros víveres (Biblioteca Nacional, archivo militar. *Historia*, Barros Arana, tomo XII).

Miéntas que el coronel español se rehacia en sus cuarteles de Nacimiento, se dejan sentir entre los subalternos síntomas de indisciplina i descontento. Formáronse, como ántes en Los Angeles, dos corrientes de opinion: algunos oficiales i soldados peninsulares, de un nivel de cultura superior a la de los criollos, protestaban de hallarse a las órdenes de nulidades como Sánchez i sus segundos i querian entrar en arreglos con los insurgentes. Los cabecillas chilenos creian que la resistencia debia prolongarse hasta el fin, hasta que circunstancias imprevistas cambiasen la faz de la situacion. Este último sentir se avenia a la terquedad conjénita del comandante en jefe.

A la aproximacion de los independientes, emprendió la retirada por la izquierda de los cerros que bordean el rio Vergara. El convoi se componia de una dilatada línea de jinetes e infantes militares

i civiles, cargas i animales. Las monjas de la Trinidad, las «monjitas» como se las llamaba en el campamento, ocupaban un lugar preferente. Caminaban todas en hilera, a pié, con un crucifijo adelante i cantando el trisajio i las letanías. Eran 32 monjas i 12 legas, a quienes habia aterrorizado el gobernador del obispado de Concepcion, don Joaquin Unzueta, realista rabioso. Las acompañaban su capellan don Bernardino Villagra, el franciscano Baltasar Simó i el dominico Valeriano Rodríguez.

Su itinerario consistia en llegar por tierra a Valdivia i pasar de aquí a Chiloé para embarcarse al Perú.

En esta disposicion llegó el jefe realista a los llanos de Angol, el 13 de enero. Dió un corto descanso i temiendo siempre verse atacado, continuó su viaje al traves de la sierra de la costa llamada Nahuelvuta. Fué este trayecto el mas difícil de toda la expedicion, en particular para las monjas, no acostumbradas a viajar.

El 2 de febrero arribó a Tucapel viejo, al célebre lugar de los tiempos heróico de la conquista.

Aquí se le reunieron algunos grupos de milicianos fugados de Concepcion. A pesar de este contingente, el efectivo de sus cuadros aparecia mui disminuido; no le quedaban arriba de mil hombres, en pésimas condiciones de armamento i vestuario.

Celebró el 7 de febrero una junta de guerra; siempre dominaba la diverjencia de apreciacion que los habia dividido ántes. Se acordó, en conclusion,

que la fuerza se dividiera en dos cuerpos. Formarían en uno los guerrilleros i militares chilenos, que operarían en la frontera a las órdenes de Vicente Benavides; el otro lo compondrían los españoles i marcharían por la costa con Sánchez hasta la plaza fuerte de Valdivia.

Conforme a las instrucciones del virrei Pezuela. Sánchez no perdió de vista al elemento indígena, que constituía un doble objetivo en las futuras operaciones, pues sería base de resistencia contra los independientes i de seguridad para los sostenedores de la causa del rei que aun quedarían peleando en el territorio. Tuvo, en consecuencia, acuerdos con los indios de Tucapel i los de las comarcas vecinas, todos los cuales ofrecieron el concurso de su amistad i el de sus lanzas, si la necesidad lo requería.

Las monjas trinitarias, que durante el viaje habían ido «regando con sus lágrimas cada uno de sus pasos» ántes que ver las caras de los herejes revolucionarios, quedaron asiladas en un lugar llamado Curapalihue, en la márjen norte del rio Levu. Acomódóseles un monasterio improvisado i en él se encerraron, confiadas en los indios vecinos i algunos montoneros (*Historia*, Gay).

Una vez que hubo dejado dispuestos así los asuntos de la frontera, siguió su viaje a Valdivia, en los últimos días de febrero, por la senda del litoral, escabrosa, llena de pantanos, selvas i rios caudalosos. A medida que se apartaba del punto de partida hácia el sur, los indios se le manifestaban hosti-

les; algunas agrupaciones le negaban el paso si no pagaba cierta contribucion de tránsito, usual entre ellos cuando se trataba de adversarios o estraños. El jefe español entraba en arreglos i obtenia al fin víveres i embarcaciones para atravesar los rios; ganábase la confianza de los caciques i los hacia creer que el rei habia hecho salir una formidable espedicion para aplastar a los insurjentes.

El virrei del Perú, Pezuela, desaprobó de la manera mas terminante la conducta de Sánchez, i comunicó al ministro de guerra en España la desobediencia a sus órdenes en que incurrió este jefe al evacuar la frontera araucana, lo que contrariaba su plan de segregar las fuerzas insurjentes i retardar la espedicion al Perú. El jefe acusado se vindicó alegando la inseguridad del apoyo de los indios, la predisposicion en que venian los oficiales i la tropa últimamente llegados de no seguir la guerra, i por fin, no haber recibido con oportunidad las instrucciones del virrei.

Sánchez no se olvidó en Valdivia de Benavides; aconsejábale en sus cartas que resistiese con teson, i a fines de junio le envió con el capitan don Mariano Ferrebú, hermano del cura del mismo apellido, un auxilio de algunas cargas de artículos de guerra.

Poco despues se trasladó al Perú, llamado por el el virrei Pezuela. El majistrado, en vez de hacer justicia a los méritos contraidos por aquél en Chile, lo vejó con una desdeñosa acojida i alusiones hi-

rientes en una junta de guerra. Continuó en ese país luchando bajo las banderas de la monarquía hasta que falleció de muerte natural en la sierra, en septiembre de 1821 (*Historia jeneral*, Barros Arana, tomo XII).

Miéntras que se desarrollaban los sucesos relativos a la invasion de la isla del Laja i fuga de Sánchez a Valdivia, el coronel Freire habia ocupado la ciudad de Concepcion sin resistencia alguna. Salido de Chillan con un escaso número de jinetes al mismo tiempo que el ejército de Balcarce partia para el sur, se detuvo en Yumbel el 17 de enero para reunir algunos milicianos, detener a los desertores del enemigo i proteger a las familias patriotas ocultas hasta entónces por temor a los realistas. El 25 de ese mes entró a la ciudad. Una partida de guerrilleros que la ocupaba, mas para entregarse al pillaje i la devastacion que para resguardarla, huyó a todo correr de sus caballos cuando Freire se acercaba.

El diligente coronel patriota tuvo en sus manos una labor ímproba para reparar los estragos que la guerra habia causado en la provincia. La emigracion forzada que en 1818 pusieron en práctica los independientes, las depredaciones de las bandas de guerrilleros, los robos en poblados i campos, habian dejado reducida a la miseria i la soledad a la cabecera de la provincia i sus alrededores. Compartió, pues, sus atenciones el coronel intendente entre la

tarea de reconstrucción administrativa i de organización militar.

El jeneral Balcarce, víctima de un gran error de hechos, creía definitivamente pacificada la Araucanía. En esta persuasión evacuó la plaza de Nacimiento i se instaló en Los Anjeles para tomar algunas medidas sobre distribución de batallones i regresar después a Santiago. Dispuso que el batallón de infantería número 1 de cazadores de Chile, mandado por el comandante don Isaac Thompson, quedase en Los Anjeles con cuatro piezas de artillería; los batallones número 1, comandante don Juan de Dios Rivera, i número 3, comandante Santiago Díaz, irían a guarnecer la ciudad de Concepción; en Yumbel se estacionaría el cuerpo de caballería cazadores de la escolta directorial, coronel Alcázar. El regimiento granaderos a caballo i cazadores de los Andes se incorporarían al ejército de San Martín, en Curimón.

El 17 de febrero partió para Santiago, recomendando antes a Freire ponerse al habla con Benavides.

Durante la permanencia de Sánchez en Nacimiento, Benavides se entendía con el jeneral arjentino González Balcarce i le suministraba algunos informes sobre la situación de los realistas. Cuando éstos se hallaban en Tucapel viejo, el fusilado del llano de Maipo reunía en Angol, al parecer por orden de los patriotas, a los rezagados i dispersos que por ahí permanecían ocultos. Desde que la junta de

guerra de Tucapel lo habia designado comandante de las guerrillas diseminadas en la frontera, 6 de febrero de 1819, comenzó por dar a conocer a los capitanejos de partidas volantes su calidad de jefe, para reconcentrarlos en lo posible i atraerse la amistad de los indios.

La mediocridad de Benavides en la obra verdaderamente atrevida de reunir elementos de guerra i hostilizar a un ejército regular, aguerrido i triunfante, aparecia compensada con la intelijencia, la práctica i enerjía del grupo de sus segundos.

Hombres vigorosos de cuerpo i de alma, naturales de la Araucanía o residentes en ella desde muchos años, estaban acostumbrados a las inclemencias del medio físico i a las dificultades de sus condiciones topográficas. Sufrian las lluvias largas i torrenciales sin que la salud se resintiera ni en lo mínimo; vadeaban los rios en avenidas, con el agua hasta la cintura, perdido el caballo hasta el pescuezo, sin esfuerzo ni temor supremos, sino como hábito practicado desde la niñez; recorrían distancias dilatadísimas al galope de las cabalgaduras, ya subiendo cerros, ya bajando quebradas; pernoctaban durante las marchas o despues de una derrota en la cima de una montaña o bajo el bosque mojado, que, movido por los vientos impetuosos de esas rejiones, ruje como el mar en el silencio de la noche: el árbol jigantesco del llano i de la cumbre prestaban a estos montañeses batalladores asilo para vivir, ocultarse i vijilar.

En lo moral los tipos aparecían igualmente extraordinarios. Tenían el placer de la pelea i sus estrepitosas cargas de caballería eran una lujuria de sangre. De ordinario sin otros elementos bélicos que su caballo, su sable o su lanza, reemplazaban esta desventaja por el aguzamiento de los instintos, por la habilidad para la sorpresa en la quebrada, en el vado, en el recodo de la selva.

Creyentes exaltados, rezaban con el sable en la mano ántes de cargar i se santiguaban con el escapulario, escondido debajo de la casaca o del poncho i odiaban al insurjente por ser una amenaza para la relijion. Tanto este fanatismo político i relijioso como el ambiente en que se habían desarrollado sus facultades, un escenario de peleas i matanzas, contribuían a llevar a su alma la crueldad i a su rostro un ceño adusto i grave.

Las peculiaridades psicológicas del soldado, del campesino de la frontera improvisado en guerrillero, podrían considerarse como intermediarias entre las de estos capitanes i las de los araucanos.

Entre los capitanes, cabecillas i guerrilleros que entrarían bien pronto en acción a las órdenes de Benavides, sobresalían por su mejor cultura i situación social don Vicente Antonio Bocardo i Santa María i don Vicente Elizondo, ámbos de Concepción, el primero agricultor de Chillán i el segundo hermano del obispo del mismo apellido.

Por su valor a toda prueba i su exaltación realista, figuraba de igual modo en primera línea José

María Zapata, natural de la jurisdicción de Chillan i antiguo capataz de la hacienda de Cuchacucha. No inferiores en valor eran los hermanos Santos i Jervasio Alarcon, hijos tambien del vivero de realistas, Chillan; Antonio Quezada que figuró despues como oficial de ejército.

Otros hermanos yumbelinos, Juan de Dios i Dionisio Seguel, figuraban con no ménos títulos de arrojo i firmeza de convicción en el núcleo del caudillaje reaccionario.

En esta enumeracion de familias corresponde la prioridad por el número, ya que no por el valer personal, a los tres hermanos Pincheiras, orijinarios del distrito de Cato en Chillan, Antonio, Pablo i José Antonio.

Don Juan Ruiz, vecino de consideracion en Nacimiento, aportó a las filas de las guerrillas su concurso personal i el de sus cuatro hijos.

Juan José Gutiérrez del Palacio, montonero de Chillan; Pedro Briones de Maldonado, de Los Anjeles; Hermosilla, Pablo San Martin, Díaz Lavanderos, se destacaban entre una multitud de capitanejos de segundo orden.

Entre los secuaces de los cabecillas se contaban muchos soldados i oficiales realistas, nacidos en el sur, que tenian estrechas vinculaciones de amistad con los caciques de algunas agrupaciones i, por consiguiente, un marcado influjo en su ánimo. En este número se contaba don Domingo Salvo, de Santa Bárbara, depues oficial de la patria i andando el

tiempo jefe militar de la frontera a mediados del siglo XIX i terror de los indios encargados a su vijilancia.

Entre los lenguaraces, ajentes ante los caciques i secuaces activos de los montoneros, aparecian en primer lugar Pedro López, Francisco i Tiburcio Sánchez i Rafael o Rafa Burgos, fundadores de familias chilenas o indíjenas que despues figuraron en los sucesos de la pacificacion de la Araucanía.

No tanto Benavides como estos caudillos de montoneras, lenguaraces i capitanes de amigos, hacian ahora una propaganda mas activa que nunca para conquistarse la voluntad de los araucanos, puesto que todos jugaban la cabeza en la partida i no tenian como ántes un ejército que los apoyase o un jefe superior que los estimulara con ascensos i promesas. Captábanse la cooperacion de los caciques haciéndoles creer embustes groseros, como el de que venia en viaje de España un ejército realista.

Nunca tampoco habian conseguido como en esta ocasion adhesiones tan valiosas. Entre ellas se contaba la del cacique don Francisco Mariluan. Aunque bajo i delgado, tenia fama de luchador valiente i de diestro lanceador. Dueño de dilatadas estensiones de tierra, *ülmén* i *lonco*, lo que significa rico i jefe a la vez, paseaba sus lanzas desde Hualehueico, al oriente de Angol, hasta las orillas del Bureo.

Llamábanse entónces «los llanos» al espacio de eminencias despejadas de bosques, de altiplanicies cubiertas de pasto seco i caldeadas como un horno

en el verano, que encierran las cuatro poblaciones actuales de Angol, Nacimiento, Mulchen i Collipulli. A la rejion de las llanuras pertenecian igualmente las comarcas planas o de lomajes suaves que se estienden al sur de Angol i van a concluir a las inmediaciones de Traiguén por el este i de Puren a Lumaco por el poniente.

Los bosques cubrian por lo jeneral las mas altas montañas o se presentaban en los bajos húmedos a trechos cortos i con árboles de poca elevacion.

En las orillas de los riachuelos i corrientes pequeñas, hoi en muchos lugares estinguidos, levantaban los indios sus viviendas, cercanas al agua necesaria en la estacion del ardiente estío i rodeadas de dilatados campos, que en la primavera se cubrian de pasto para los animales. Se denominaba «llanistas» (*lelvunche*) a los indios que poblaban esa rejion.

Como los dominios de Mariluan se hallaban en el centro de estos lomajes planos i como su poder no tenia contrapeso, venia a ser de hecho señor del *vu-tranmapu* (tierra grande) de los llanistas.

Vivia alternativamente en las alturas de Hualehueico, donde hasta poco se veian los perales de su habitacion, en Bureo i en el lugar llamado Pilhuen, al sur de Mulchen.

Su cultura sobresaliente de la ordinaria del indio, se debia en mucha parte a su amistad estrecha i de muchos años con los misioneros de Chillan. Encontraban los franciscanos en el hogar de Mariluan

sincero i constante hospedaje, i en cambio se lo retribuian en forma espléndida en su convento. Estos padres llevaron su cordialidad hasta pedir al cacique sus hijos para enseñarles algunos rudimentos de lectura, caligrafía i aritmética; uno de éstos, así enseñado, se incorporó mas tarde al ejército de la república i llegó hasta el grado de teniente de caballería.

Fueron estos misioneros los que persuadieron a Mariluan en favor del rei i le infiltraron en su alma un odio profundo a los insurjentes.

Desde 1779 gozaba sueldo del rei como cacique gobernador de Bureo. Habia asistido, pues, en los años precedentes a muchas correrías, por lealtad i conviccion; mas, como la resistencia de años anteriores fué en particular obra de los araucanos de la costa, su nombre no alcanzó a figurar como protagonista de hazañas memorables. En el año que corria, 1819, verificándose con mas frecuencia los sucesos de la guerra en el valle central, en las márgenes de los rios Laja i Biobío, tendria oportunidad de manifestar un valor que admiraban los mismo araucanos i una actividad incansable para dirigir en persona las empresas bélicas en que los suyos tomaban participacion. Metíase a lo mas recio de la pelea i lanza en ristre animaba a sus mocetones con la voz de ira *¡lape, lape!* En los dias de alguna fiesta entre los suyos, de recepcion o parlamento entre los estraños, vestia un traje de jeneral, sombrero apuntado, casaca roja galoneada i pantalon.

Al norte de sus posesiones residían los indios belicosos de las orillas del Renaico. En los principios de las correrías araucanas contra los patriotas estuvieron mandados por el cacique Huanquelonco. Ahora los dirijian otros mas jóvenes, guerreros animosos que pasaron toda su vida peleando con los chilenos. Eran amigos i aliados decididos de Mariluan.

Por el lado de Angol reforzaba su poder su propio yerno José Calvun, cacique de Huequen, el cual ponía a raya, dándoles malones, a los cabezas de grupos que por ahí se declaraban enemigos de su suegro.

Al sur de Mariluan, se dilataban los dominios de otro cacique principal amigo suyo i su compañero en las empresas guerreras, ganado como él a la causa del rei. Llamábase don Juan Mangin Huenu i poseía las tierras que se estendian desde Collico, donde hoi está la aldea de Ercilla hasta Adencul i Chanco, al poniente i al este, respectivamente, de la poblacion de Victoria, bien que su influencia llegaba hasta las riberas del Cautin, por la comarca que en la actualidad ocupa la ciudad de Temuco. Todas estas comarcas estaban en el *vutranmapu* de los arribanos.

Desde el rio Renaico hácia el sur, el terreno se levanta en el valle central i forma una zona alta que alcanza en el lugar llamado Pailahueque a su mayor altura, 369 metros sobre el nivel del mar; son contrafuertes de las serranías del poniente que

se dilatan hácia el este. Desde aquel lugar principian a descender al sur estas planicies elevadas hasta ir a morir a las márgenes del Cautin, en direccion a Temuco.

Estas tierras altas se hallan cortadas de oriente a poniente por rios de lechos profundos, i ántes estaban cubiertas de selvas impenetrables i habitadas por los indios llamados arribanos o *wenteche*.

Mangin provenia por la madre de la familia de los Quilahueques, señores de una seccion de las tierras altas. Un cacique famoso llamado Liupaihueque habia sido el tronco de éstos i de los Quilahueques, dos ramificaciones que ejercieron mayor predominio entre los arribanos i de los cuales salieron varios caciques guerreros, eternos enemigos de la República.

Mozo de veinte años, se puso al frente de un grupo de araucanos, pasó los Andes i llegó al canton de los ranqueles, *rankiülche*. Engrosó aquí su partida i dió con ella un *malon* afortunado en las cercanías de Mendoza. Quedóse entre los ranqueles, donde adquirió reputacion de valiente. A la vuelta de algunos años regresó a sus tierras con nombra-día de gran capitán. Las familias le reconocieron como jefe militar i despues como cacique.

Estaba dotado este caudillo araucano de cualidades de carácter i de intelijencia tan notables, que en la Araucanía gozaba de prestigio ilimitado como jefe de guerra, hombre sabio i de consejo i como poseedor de riquezas en animales i objetos de plata. Sus

mujeres llegaban a once, lo que prueba la abundancia de su fortuna; una de ellas era de oríjen español i se la llamaba en la familia i las relaciones del cacique «la señora».

Al contrario de los de su raza, Mangin se distinguia por su sobriedad en la bebida; nunca se excedia en el aguardiedte, licor de preferencia entre los caciques porque su uso implicaba la ostentacion del rico.

Léjos de someterse en sus actos a los impulsos tan frecuentes del bárbaro, resolvía los trances difíciles o apremiantes en que se veia con calma i moderacion. En las paradas i alojamientos, tendia su almofrej i se echaba en él, silencioso i abstraído en sus pensamientos, miéntras que los de su comitiva se entregaban a un bullicio propio de una multitud belicosa. Esta particularidad de su carácter le atraia la simpatía de todos i la confianza de los que desde lugares distantes llegaban a donde él a consultar su opinion (Datos recojidos por el autor).

Manifestábase siempre deferente a las costumbres de su raza, aunque estuvieran a veces contra sus afecciones personales o sus conveniencias. Un dia uno de sus sobrinos recibió unos cuantos sablazos de un indio de la agrupacion; aunque el desacato habia sido en su presencia, no lo castigó para demostrar su benevolencia con sus servidores. En otra ocasion un padre misionero decia misa en casa de Mangin. Llegó en los precisos momentos una partida de indios que venia a celebrar con él la ceremo-

nia de las pagas de una hija *gapitucada* o raptada. Comentaron los recién llegados el traje del padre, admiraron los galones de sus ornamentos i, por último, uno dijo en medio de las risas de los demás: «Bueno, que ellos sigan su *ngillatun* i nosotros principiaremos nuestro parlamento». Mangin se colocó cerca de ellos para llenar las formalidades del acto; no habría sido prudente contrariar las costumbres por atender al padre. (*Memoria sobre la Araucanía*, por un misionero, 1860.)

En el conjunto de sus rasgos morales descollaba una cualidad esencialmente araucana, la malicia. Desconfiaba de las autoridades chilenas i nunca quiso tener parlamento con ellas. Le escribía sus comunicaciones un intérprete de confianza, que tenía encargo de guardar reserva absoluta sobre su contenido. Su odio a los chilenos provenía en realidad de un exceso de malicia, pues se hallaba persuadido de que tarde o temprano verificarían invasiones para fundar pueblos.

Practicaba la hospitalidad sin las miras estrechas de la recíproca. Los revolucionarios de épocas posteriores a la independencia hallaron en su hogar un asilo seguro.

El aspecto físico de Mangin contribuía a darle mayor autoridad en el concepto del supersticioso araucano. Creíanlo un personaje extraordinario, no brujo, pero con una fuerza misteriosa de dominio i sujeción. Era alto, delgado; cara ovalada. Así él como todos los araucanos, creían en la mezcla de su san-

gre i afirmaban que descendia del padre del jeneral Cruz. Una afeccion cutánea le habia cubierto la piel de placas blancas, que le daban el color que en Chile se llama «overo». Su caballo era tambien overo, i esta coincidencia merecia los comentarios de los admiradores i allegados del jefe de los arribanos. (Datos del archivo del autor).

No vestia con las ostentaciones de Mariluan. Usaba chamal sin calzoncillos, paltó de mangas largas para ocultar su erupcion, capa corta de paño i sombrero, aunque tambien guardaba su uniforme de jeneral (Datos de la familia Quilahueque).

Un deudo de Mangin, primo, llamado Nahuelhuen (tigre de arriba), fundó a principios del siglo XIX un canton en la comarca de Temuco, que vino a ser como un puesto avanzado del *ñidol* arribano. Nahuelhuen, jóven de bríos i ambiciones, corrióse con su jente de Collico, donde residia, hácia el sur i tomó posesion, sin que nadie se lo estorbase, de la comarca que bordea por el norte el rio Cautin, desde el riachuelo de Temuco hasta Pillanlelvun.

«Al correr de algunos años, los dominios de Nahuelhuen habian prosperado: deudos suyos, aliados i dependientes, ocupaban feraces i estratéjicos terrenos; los animales se multiplicaron fácilmente i 300 lanzas podian movilizarse en un momento dado.

Tal prosperidad elevó el crédito i la reputacion del cacique de Temuco a jefe de primera fila, temido para el *malon* i buscado para alianzas. Rico (*uilmen*) i fuerte, constituia la espresion ideal del po-

derío araucano. Hallábase así en condiciones de comprar muchas mujeres. Sus animales sobraban para pagar el valor de las bellezas de su agrado i el poder de sus lanzas era un aliciente para los caciques colindantes: las uniones matrimoniales tenían el carácter de alianzas entre familias de reconocido ascendiente sobre las demas.

Huichacura, su vecino del lugar de Collahue, un poco al sureste de Temuco, le entregó la mejor de sus hijas. Provino de esta union la familia indijena de los Lienan, dueña de la reduccion tomada i estendida por su fundador, i por consiguiente, de las tierras en que se fundó la próspera ciudad de Temuco. Era este Huichacura un cacique belicoso, enemigo de los patriotas i con influencias que se dilataban desde las orillas del Cautin hasta donde alza el volcan Llaima su cono de bruñida plata» (De un artículo del autor titulado *Un episodio de las guerras de tribus*).

Nahuelhuen no solo atajó a los enemigos de su primo Mangin por este lado, sino que los molestaba con terribles *malones* i conseguia con sus vecinos alianzas que ensanchaban el *vutranmapu* de los arribanos. Así fué como entraron en la coalicion realista las tribus comprendidas desde Pumalal, estero de Cajon, hasta Temuco.

En la orilla sur del rio Quepe, cerca de su confluencia con el Cautin, residia una comunidad indijena llamada Voroa o Vorohue, de poblacion densa

i de unos indios que en nada diferian del resto de los araucanos, a pesar de ciertos vestijios de raza blanca i rubia que suele advertirse en algunos de sus miembros i que la historia i la tradicion han exajerado.

La desviacion del tipo racial de algunos de estos indios, así como los de otras reducciones próximas a la cordillera andina, se debia principalmente a las mezclas que se producian con mujeres que cautibaban los caciques de este lado en sus correrías por las provincias argentinas. La antigua familia de los Neculman de Voroa contaba entre sus projenitoras una mujer de esta procedencia.

Al contrario, en esta comarca se agrupaban familias que siempre se distinguian por su actividad guerrera, favorecida por una configuracion topográfica poco ménos que inespugnable. En el año a que alcanzan estos sucesos de la independendencia, 1819, un cacique mui caracterizado en la localidad, Culvuqueo, se habia pronunciado abiertamente por los realistas.

Inclinados a éstos se hallaban igualmente las indiadas de la Imperial, desde la antigua poblacion española hasta la desembocadura del rio.

Vecinos a los voroanos, hácia el oriente, se hallaban las agrupaciones de Maquehua, Chomio, Mentrenco i Quepe, cuajadas de indios bravos i capaces de poner cada una de ellas algunos centenares de lanzas en accion. La de Maquehua, antiguo asiento de la encomienda de Villagran i despues de Juan de Ocampo i Andres Matienzo, superaba a las

otras en habitantes i se hallaba dirigida por el cacique Ancavilu, de vieja estirpe araucana. En esta fecha no se habia decidido por ninguno de los dos bandos el caviloso cacique.

Neutrales permanecian tambien los de Quepe, enemigos de los maquehuanos i como ellos con bastante jente disponible para un *malon*. Por este tiempo sus jefes mas conocidos, Manquelef, Curuang, i Epuñam, ocupaban sus lanzas en las correrias por la provincia de Buenos Aires. Todas estas comunidades independientes, desde Voroa hasta Llaima, vivian en continúa comunicacion con los araucanos del lado arjentino i con ellos aunaban a veces sus fuerzas para invadir el sur de la república vecina hasta las mismas goteras de su capital. (Datos recojidos por el autor en estas reducciones).

Rio por medio con las agrupaciones de Temuco estaban las de Truftruf, en direccion al oriente. Comarca llana i elevada, con muchas vertientes i riachuelos, de terrenos feraces, servia de asiento a un canton de numerosos araucanos, respetados de sus vecinos por la cantidad i la calidad de sus cosas. Los caciques dirigentes, unidos por parentesco a los de Temuco i encabezados por Curiqueo, se hallaban incluidos en el *vitranmapu* de los arribanos i acataban, por consiguiente, el dictámen de Mangin.

Las tribus de la costa desde Arauco hasta la desembocadura del Imperial se mantenian aun acérrimas realistas. Aunque mui raleada la poblacion i perdi-

dos los bríos que cantó Ercilla, las del norte hasta el Levu, dirigidas por los caciques Huenchungir, Lincopi i Cheuquemilla, prestaban sus lanzas a Benavides. En las aglomeraciones del litoral desde Levu hasta Valdivia, habia ido Sánchez sembrando el jérmen de la rebelion durante su retirada.

Los indios del norte de esta ciudad hasta las márgenes del Tolten, las que propiamente formaban la rejion de los huilliches o jente del sur, estaban de parte de los realistas, sobre todo las inquietas comarcas del Donguil, con su cacique principal Caleufu, i Pitrufquen, con Calvuleufu como jefe.

En las reducciones del sur de Valdivia, ménos belicosas que las del norte, habian ejercido un ascendiente preponderante los padres franciscanos con sus establecimientos misionales llamados «conversiones». Permanecian, pues, adictas al réjimen monárquico, así como en la primera época de la revolucion, las comunidades de mayor importancia. Entre estas se contaban las de Dallipulli i rio Bueno, en las que mantenian el mando, respectivamente, las familias Calvungir i Queipul.

Tal era el espíritu que animaba asimismo a los cuncos, *vutahuillimapu*, desde Osorno a Maullin, pacíficas en esta fecha, 1819.

Temibles en especial eran los pehuenches de los valles altos del Maule, del Ñuble, Laja, Duqueco, Biobio i de los afluentes de la derecha del rio Neuquen. Vaciaban al centro de la frontera estas tribus, por Antuco, Santa Bárbara i Lonquimai, cuan-

do se ponian de acuerdo, verdaderas invasiones, ávidas de botin i de oportunidad para hacer funcionar sus lanzas i boleadoras. Los caciques Martin Toriano, Juan Neculman i Chuica, cabezas de cantones en la alta cordillera, estaban comprometidos en favor de la liga realista. Ejercia un marcado predominio en estas indiadas el jefe realista Bocado, el cual como hacendado i antiguo comandante de milicias de Rere, debió tener con ellas antes de la independendencia las vinculaciones oficiales i las del comerciante.

En las faldas orientales de Nahuelvuta, desde Nacimiento hasta donde vacía el Cholchol sus aguas en el Imperial, se escalonaban las comunidades mas jenuinamente araucanas en físico i en espíritu: hurañas dentro de sus comarcas pantanosas i rodeadas de cerros, no habian colgado jamas sus lanzas, desde la conquista hasta la revolucion de la independendencia, para combatir a los que pretendian subyugarlos. Descollaban por su tradicional tenacidad los pureninos. Este elemento de guerra tan valioso para un aliado, se habia puesto ahora del lado de los partidarios del rei, movidos por un cacique afamado de nombre Catrileo, mui comun entre los indios.

Pero, en esta seccion de la Araucania era donde los patriotas habian conseguido sus únicos auxiliares. Alcázar i el sarjento mayor don Gaspar Ruiz, eximios concedores de la frontera i de sus indios, lograron atraerse a la causa de la patria al cacique Lorenzo Colipi. Alzábase la vivienda de este caudi-

llo araucano en el lugar de Remehucico, entre Lumaco i Puren. Mandaba como jefe desde Puren a Lilpulli, cerca del actual pueblo de los Sauces, i ejercia una influencia sin contrapeso desde los límites de sus dominios hasta Angol, Huequen i Tigueral, por el flanco oriental de Nahuelvuta. La tradicion entre los indios asegura que en su resolucion de hacerse patriota pudo mas el odio i el temor a Mangin, su rival implacable, que un sentimiento de simpatía a la república naciente.

El poder i fisionomia de Colipi, así como los rasgos de su alma, infundian respeto a sus dependientes, aliados i enemigos. Era grueso de cuerpo i ancho de cara, un tipo fornido en otros términos.

Prevalido del apoyo de tropas que le proporcionaban las autoridades patriotas, hacia sentir a todos el peso de su mando. Ordenaba con una voz de trueno, embestia con furia en la pelea i condenaba a ser lanceados a los prisioneros i a los indios de su dependencia que cometian cualquiera falta. Mandaba arrastrar atadas de la cola de un animal indómito a sus mujeres infieles i quemar a los que las *machis* señalaban como brujos o autores de algun homicidio por daño. (Datos recojidos por el autor).

Sus riquezas en animales i plateria sobrepasaban del límite comun a los demas caciques; manejaba en su casa plateros que le confeccionaban todas las piezas de su vajilla, de sus arreos de montar i del ajuar de sus mujeres.

Fiel a la característica del bárbaro, gustábale lu-

cir lujosa casaca en las solemnidades a que asistia.

Sus mujeres alcanzaban a 23, i como su émulo Mariluan, entregó sus hijos al ejército, donde uno de ellos se distinguió en la segunda campaña restauradora del Perú en 1838; llamábase en mapuche Llanquilef i murió en Santiago. Otro, Pedro Colipi, heredó la crueldad de su padre, pues mató a sablazos a una hermana i tomó por mujer a otra que habia sido de su progenitor. Tuvo otros hijos que se llamaron Juan, Lorenzo i Luis Marileo Colipi.

El cacique de Lumaco i Angol Ambrosio Pinolevi, hermano de Colipi, sostenia por el norte los planes de ataque o defensa del jefe araucano al servicio de los patriotas. Los contratiempos de la guerra lo habian obligado a radicarse en Tolpan, orillas del Renaico i cerca de Nacimiento, donde buscaba la proteccion de las autoridades militares. Habia otros dos hermanos Pinolevi, ménos conocidos que Ambrosio.

El otro cacique afiliado al ejército de la patria, con sueldo i prerrogativas especiales, fué Venancio Coñoepan, (renuevo de leon), de edad madura en 1819. Sus posesiones estaban situadas en las cercanías del rio Cholchol, entre sus afluentes el Reñaco por el sur i el Quillem por el norte.

Escusado seria decir que Coñoepan habia envejecido con las armas en la mano, dando i recibiendo *malones* i que se hacia notar como lanceador insigne i hábil parlamentador i consejero. Como por su alianza con los independientes se veia rodeado

de enemigos, construyó un sitio apropósito en una montaña de la sierra de la costa una especie de fuerte foseado con una sola entrada para ponerse a cubierto de los *malones*. Ahí encerró a sus mujeres e hijos i ahí tambien solia residir, cuando las obligaciones de la guerra no lo llamaban. Las habitaciones de este jefe se designaban por este motivo «el *malalche* de Coñoepan».

Se le habia dado de alta como oficial en uno de los cuerpos de caballería de la frontera, para asignarle el sueldo respectivo.

Vecino a Coñoepan vivia un cacique renombrado Melillan Painemal, del lugar Carirringi, en la márjen derecha del rio Cholchol. Su padre llamado Quechachoque Iquelme Painemal, mestizo, se habia corrido de los lados de Villarrica i fundado esta comunidad en Cholchol.

Melillan Painemal, aunque solo reconocia dos mujeres, tuvo por hijos a Antonio, sucesor del cacicazgo; Ramon, Necul, Calfuill, Mulato, Curiqueo, Búlnes Painemal, ahijado del jeneral de este apellido, i Martin Salas. Esta familia tan influyente en las comarcas de Cholchol mantenía estrecha alianza con Venancio.

Entraba igualmente en esta alianza el cacique Ligllan de Tromen, lugar que promedia entre Cholchol i Temuco.

Entre los rivales de Coñoepan, ningunos le manifestaban tanto encarnizamiento como los de Voroa. Por cierto que él sabia retribuir con igual in-

tensidad ese odio profundo, que encona hasta las heces el alma del bárbaro.

Quedaba, por lo tanto, la frontera lista para una conflagración jeneral, comparable solo a aquellos levantamientos unánimes de los siglos XVI i XVII, si bien es verdad que, por efecto de la misma organización social de los araucanos, carecía de simultaneidad.

El batallar incesante entre patriotas i realistas que iba a recrudecer este año i los siguientes, debía llamarse, propiamente hablando, «guerra araucana», porque tenía por escenario los bosques, campos i montañas de la Araucanía i porque aquí no se movían, del lado de los guerrilleros, tropas disciplinadas sino escuadrones de indios que constituían el factor primordial de la resistencia, por el número, la bravura de las huestes, la osadía típica de los caciques i el miedo que infundían a los pueblos i soldados enemigos.

I decir «guerra araucana» significa guerra a muerte, puesto que el indio en campaña, sobre todo en ésta, no hacía prisioneros, sino que mataba, i donde quiera que se presentaba, ardían las llamas del incendio, destruía i saqueaba las poblaciones, arrebatava niños i mujeres para llevarlos a sus viviendas, los primeros para las permutas por especies i animales, las segundas para aumentar el serrallo de la ruca.

En febrero inició Benavides las operaciones. La forzosa concisión de este trabajo obliga a presentar

en síntesis las abundantes incidencias militares de 1819, acciones parciales i precursoras de las mas trascendentales de los años que siguieron.

A mediados de febrero se dejó ver en las cercanías de Santa Juana una partida de montoneros. El comandante de milicias de Rere, don Gaspar Astete, pidió auxilios de tropas a Freire para ahuyentarla o destruirla. Envióle éste sin dilacion 50 hombres del batallon número 1 con el teniente don José Antonio Riveros. Astete i el oficial pasaron el Biobío, ocuparon la plaza i dispersaron la guerrilla como de 140 individuos. Permanecieron imprudentemente en la plaza. A causa de este incidente de armas Benavides tomó la ofensiva. El 21 de febrero llega delante de Santa Juana con 300 hombres infantes i jinetes, ataca a la guarnicion que resiste con energía i la obliga a dispersarse despues de haberle hecho muchas bajas; el teniente Riveros cayó prisionero.

El objetivo de Benavides, o propiamente dicho de sus asesores, no podia ser otro que apoderarse de Concepcion, para lo cual amagaria las plazas del norte del Biobío hasta Chillan con las montoneras que se movilizarian donde fuese necesario.

Así conseguiria fraccionar el cuerpo de ejército de Freire.

En efecto, un hervidero de guerrillas surge de todas partes en las jurisdicciones de Chillan, Yumbel, Concepcion i Los Angeles.

Una de estas partidas se dirijió al vado de Ne-

grete a tomarse las lanchas. Salió el 21 de febrero a combatirla el capitán del batallón número 3 don Ramon Romero con 50 soldados. Rodeados por las montoneras i las bandas de Mangin i Mariluan, aplastados por el número de estas masas de lanceros, sucumbieron todos; apénas se escaparon algunos heridos.

Araucanos i guerrilleros se embravecen con este éxito, se reunen, se ordenan i marchan sobre los Anjeles. El comandante Thompson los recibe a cañonazos i detiene su avance triunfal. Los alrededores de la poblacion fueron teatro de las escenas de robos, incendios, muertes i raptos de mujeres a que se entregaban de ordinario indios i campesinos. Los sitiados se sienten flaquear, temen que el asedio se prolongue i resuelven romper el círculo que los comprime. Estaban listos el 1.º de marzo para acometer empresa tan temeraria. Inopinadamente los sitiadores se mueven, corren, se arremolinan. ¿Qué acontecia entre ellos? Era el viejo coronel Alcázar que, sabedor de estos sucesos, habia corrido desde Yumbel en defensa de los Anjeles. Combinaron los cercados el ataque con los recién venidos i pusieron en fuga a indios i montoneros, no sin haberles causado ántes algunas bajas.

Entre los rasgos de la mentalidad de Freire, nótese sin esfuerzo el de ser mui iluso. Así en esta ocasion, en vez de tomar la ofensiva en contra de Benavides sin darle lugar a un instante de reposo, se imaginó que podia atraérselo i pasó a Talcamá-

vida para entrar con él en acuerdos. El jefe de los realistas esquivó todo compromiso i solo entró con el coronel patriota en tratos sobre prisioneros; este entregaria su mujer a Benavides en cambio de los prisioneros chilenos. El 23 de marzo partió a Santa Juana con proposiciones sobre este particular el teniente del número 1 don Eujenio Torres. Benavides no permitió su regreso i Freire a pesar de esta informalidad le remitió su mujer. Solo volvió canjeado el teniente Riveros.

A los pocos dias, despues de haber cenado i departido con Torres, enardecido con el aguardiente, notifica al oficial su resolucion de hacerlo morir con los demas prisioneros, i solo le otorga el permiso de confesarse. Una escena dramática se sucede a ésta: Torres i 14 prisioneros encerrados en un calabozo, mueren, segun informes de ese tiempo, sableados a la luz de un candil, i segun otros, lanceados por los indios. Díjose entónces que el móvil de este acto inhumano del caudillo fueron los celos, pues suponía que su mujer Teresa Ferrer habia sido cortejada por don Ramon Novoa, oficial patriota. (Gaceta Ministerial).

La audacia de Benavides crece con el éxito i el aumento de su montonera. Creyéndose fuerte, pasa el Biobío el 14 de abril i se sitúa en Talcamávida para amagar desde aquí a la capital de la provincia. En la ciudad estalla una esplosion de espanto. Freire corre con 700 hombres a cerrarle el paso. Aunque con fuerzas superiores, Benavides no se atreve

a comprometerse en una accion decisiva, repasa el rio i se corre a los Angeles.

Aquí mandaba el viejo Alcázar, de alma jóven i cuerpo de esa madera férrea que en el sur llaman roble-pellin. A una altisonante intimacion de Benavides para que se rinda, responde sarcásticamente «que tenia bastante pólvora i balas para recibirlo con la mesa puesta», semejante al héroe griego que respondió al que le pedia sus armas, «ven a tomarlas». Tampoco se atreve el comandante de las guerrillas a medir aquí sus armas i se retira un poco al sur, por haber ocupado miéntras tanto Freire la plaza de Santa Juana. Este despliegue infructuoso de fuerzas debió convencer a los jefes superiores del ejército del sur de que tenian de antagonista a un soldado irresoluto, de escasa vista militar.

El grueso de las guerrillas de Benavides se estableció en el valle de Curali, como a diez kilómetros al sur de Santa Juana, lugar a propósito para invernar, asi por sus recursos como por la seguridad que ofrecian sus montañas para una sorpresa.

El comandante en jefe del ejército patriota tuvo la idea feliz de sorprender al enemigo en su campamento de Curali. Preparó una division i el 1.º de mayo salió con una lluvia tempestuosa en su busca. Mandaba la caballeria de vanguardia el coronel don Antonio Merino. Apartando los troncos de árboles atravesados en el camino, este jefe logró acercarse a Benavides; pero al notar el peligro, las guerrillas se fugaron. Las sableó Merino por la espalda i les

hizo muchas bajas i prisioneros. Entre estos cayeron dos de importancia, el empleado de hacienda don Victorino Garrido i el capitan de ingenieros don Santiago Ballarna, que adoptaron el réjimen republicano, se avecindaron en el pais i le prestaron buenos i dilatados servicios. Freire llegó en seguida al campo de la accion tan solo a recojer los beneficios de la victoria.

Benavides huyó a la bahia de Arauco. El 14 de mayo llegó ahí en su persecucion el coronel Freire, que se habia propuesto esterminar al enemigo en la parte vital de sus fuerzas, en la division de Benavides. Dióle varias correteadas hasta dejarlo arrinconado por los montes de Tubul. Siempre iluso este jefe, quien. si tenia la intrepidez nunca amenguada, instinto batallador, carecia de la mirada perpicaz. de las previsiones i aptitudes, en suma, de los capitanes sobresalientes, creyó que la fuerza de Benavides quedaba destruida i volvia a Concepcion (*Gaceta Ministerial* del 16 de mayo de 1818).

Sobrevino lo récio de la estacion de las lluvias, que imposibilita en la frontera toda movilizacion militar. Benavides la aprovechó para trasladarse a Arauco, abandonada con tanta imprevision por Freire, i rehace sus cuadros. Fué aquí donde recibió por tierra el auxilio de municiones que le envió Sánchez con el capitan Ferrebú desde Valdivia.

Fué aquí tambien donde la suerte puso en sus manos una fragata con provisiones llamada «Dolores». Uno de sus espías Juan Manuel Leon, de Pai-

ta, le propuso apoderarse de esta embarcacion anclada en Talcahuano, con tal de que le participara lo que contenian sus bodegas. Aceptó Benavides i Leon con varios marineros reclutados para este objeto, asaltaron la fragata; cortaron las amarras i se hicieron a la vela para Arauco. Celébrase con inusitado regocijo la aventura en el cuartel jeneral realista.

A los pocos dias el capitan de la «Dolores» don Agustin Borne, el pasajero don Francisco Campos i su hijo, niño de doce años, fueron fusilados. Díjose en aquel entónces que Benavides, no tanto por el hecho de ser Borne extranjero sino por venganza, mandó quitar la vida a Borne, pues se hallaba éste ligado por vínculos de familia a la dama que O'Higgins habia ofrecido sus afecciones.

Entretanto el comandante del ejército del sur reiteraba sin descanso al gobierno sus peticiones de hombres, armas, municiones, ropa i dinero para el pago de las revistas atrasadas, i representaba sin cesar su precaria situacion a este respecto, que habia llegado al estremo de la material desnudez de sus soldados. La organizacion del ejército libertador al Perú i la pobreza del tesoro nacional, no permitian atender tan justas peticiones, ni organizar un vasto plan de operaciones que concluyese con las guerrillas e indiadas rebeldes de la frontera.

En cambio Benavides aumentaba sus elementos i mejoraba la organizacion de sus partidos. A fines de julio disponia de escuadrones de guerrilleros i de

los soldados regulares, infantes i de caballeria, que habian ido quedando en la retirada de Sánchez, en un total no menor de 900 hombres.

Dictó Benavides algunas disposiciones referentes a la táctica inorgánica de sus montoneras i a la manera de tratar a los prisioneros. Dispuso que éstos serian pasados por las armas, en particular los extranjeros i los paisanos; no se les dejaria mas tiempo que para confesarse. Los capitanes de montoneras resumian las órdenes del jefe principal a este respecto en una fórmula de sangre: «que a todo insurgente se le quite la vida donde sea aprehendido» (Orden del teniente Antonio Quezada. Archivo del Ministerio de la guerra).

El gobierno quiso responder a esta provocacion sin precedentes en la revolucion chilena, con una medida de igual dureza. Ordenó que fuera fusilado «todo soldado o sirviente del enemigo que se halle disperso.» Los comandantes de montoneras sufririan asimismo la pena capital.

Con la primavera reaparece la actividad bélica de los realistas. En todas partes se ajitan las montoneras; los indios bajan como un torrente a la isla del Laja. Espisodios análogos ocurren en diversos lugares a un mismo tiempo: las cargas vertijinosas, el entrevero sin cuartel, la fuga en el caballo de pelea, la escena trájica de la muerte del prisionero. Los encuentros tienen una fisonomía tan típica i parecida que narrar uno es como hacer la relacion de todos.

Cuando principiaba el mes de julio el lenguaraz Pedro López, se apoderó con un grupo de montoneros de la plaza de Tucapel, a orillas del Laja. El gobernador militar de Chillan, don Pedro Nolasco Victoriano, jefe distinguido, de asombrosa actividad i enerjía, sale de ese pueblo, el 17 de setiembre, i cae sobre la montonera, la sablea i fusila sin compasion. López, por no hallarse en la plaza, escapó con vida.

El capitan realista don Vicente Elizondo, se trasladada por la cordillera, se une a los hermanos Pincheiras i con una columna de mas de 400 hombres se apodera de Chillan i la saquea el 18 de setiembre.

Victoriano contramarcha rápidamente. Elizondo le sale al traves. El 20 se avistan en unas lomas cerca de la poblacion. Victoriano ordena a los suyos: «carguen i degüello». El choque fué sangriento, i el campo, con un monton de cadáveres, quedó por Victoriano.

El mismo 18 de setiembre los hermanos Segueles con un escuadron de indios i montoneros atacaron un destacamento patriota que cuidaba el vado del Laja en el camino de los Anjeles. Una compañía del 3.º de infanteria va en defensa de los asaltados, rodéanla i pónenla en inminente peligro. Por suerte, llega corriendo el siempre oportuno Alcázar i cae sobre los indios i montoneros por la espalda. Entre los prisioneros se encontraba Juan de Dios Seguel. Alcázar lo hizo fusilar en el acto.

Estos fracasos no desanimaban a Benavides. Des-

pachó a Bocado por las montañas hácia Chillan acompañado de Mangin i Mariluan con sus respectivos cuerpos de araucanos; él mismo se adelantó hasta San Pedro i amenazó a la ciudad de Concepcion. No atreviéndose a dar la acometida, retrocede a los Anjeles i el 20 de octubre emprende el ataque. El batallon núm. 1 de Tompson lo rechaza. Se aleja, pero los indios hacen un rico botin tomando unas cargas con vestuario para un batallon, animales i algunas mujeres.

Bocado unido a Elizondo i los Pincheiras, con 500 hombres, ataca a Victoriano que solo mandaba como 100. Lo derrotan i obligan a retroceder a San Carlos. Bocado no se atrevió a ocupar la poblacion de Chillan por temor de que le cerraran el paso por el sur los cuerpos patriotas i se dirijió a Santa Bárbara.

Los indios continuaron haciendo correrías por los campos hasta que llegó el coronel Merino, de Cauquenes, a resguardar la ciudad.

Alentó a Benavides un refuerzo que recibió del virrei del Perú. De dos buques despachados desde el Callao para Valdivia, uno tocó en Arauco el 30 de octubre. Desembarcó una pieza de artillería de montaña, 100 fusiles, municiones, azúcar para las monjas Trinitarias i otros artículos de consumo. A la vuelta de Valdivia de este buque, el gobernador de esa plaza hizo trasladarse a Arauco a varios oficiales i a otros por tierra, que iban a ser cooperadores utilísimos del toscó jefe realista. El mas carac-

terizado era el capitán graduado de teniente coronel don José de Vildósola, oficial del batallón Concepción cuando Benavides servía de sarjento en el mismo. Le seguían en grado i valer don Antonio Carrero, soldado gallego ascendido a oficial en 1816 por su conducta contra los insurjentes; Jervasio Alarcon, de Chillan; el oficial de milicia Pedro Briones de Maldonado, de los Angeles, Eusebio Izabal, capitán; Joaquin Macareñas i Francisco Fernández, tenientes; Agustin Rojas, subteniente; Francisco González, teniente del Concepción; Rafael Yávar, del mismo grado del Valdivia, i soldado distinguido, Francisco Rojas.

Con este refuerzo Benavides activó las operaciones

El 19 de noviembre mandó una partida de 50 individuos a tomarse la plaza de Hualqui. La rechazó la guarnición de 25 hombres del 3.º que mandaba el teniente José Tomas Huerta.

Otra partida realista se posesionó de Santa Juana.

Para recojer animales i para atender a la provision del ejército, Freire organizó una compañía de zapadores de 100 hombres de caballería i puso esta fuerza de caballería bajo el mando de un animoso oficial polaco, capitán de ingenieros don Pedro Kursky. El 6 de diciembre pasó el río i al amanecer del día siguiente llegó a Pileo, pocos kilómetros al norte de Santa Juana, se tomó esta plaza, donde pereció un piquete de 15 individuos que la ocupaban. Daba cumplimiento a su comisión cuando se vió rodeado

de grupos numerosos de montoneros e indios. Aceptó el combate diciendo: «los soldados de la patria no huyen delante de los ladrones». Resistió con heroísmo, pero al fin sucumbió con 30 de los suyos; los demas se arrojaron al rio para salvarse.

Freire en persona habia corrido con un refuerzo a salvarlo; en la imposibilidad de pasar el rio, no pudo hacer otro papel que el de simple espectador de tan desgraciado lance. «Tan pronto como se supo en el campamento de Benavides que se hallaba desguarnecida la plaza de Yumbel, punto estratéjico de primera clase, salió por el lado de la cordillera a tomarla una division compuesta de 200 fusileros, 108 milicianos de caballería, 350 indios. Mandábala en jefe Bocardo i tenia como tenientes a los cabecillas Elizondo, Zapata, Pincheira, Briones de Maldonado, Jervasio Alarcon i los intérpretes Pedro López, Francisco i Tiburcio Sánchez. Al frente de los araucanos iba Mariluan.

Comandante del canton de Yumbel era el capitán don Manuel Quintana, resuelto i aguerrido como el que mas i a quien sus compañeros designaban por su color con el nombre de «El moro». Apénas contaba con 56 cazadores, 33 infantes i 20 artilleros con dos cañones.

En la mañana del 9 de diciembre los realistas se acercaron a la villa, bien convencidos de que aventarian al puñado de patriotas. Quintana no pensó ni por un instante en la retirada, al contrario, animado de una impetuosidad temeraria, situóse en el

cerro del Centinela, vecino al pueblo, i esperó la hora del ataque. Allí lo acometieron los grupos enemigos en una arremetida vigorosa que él rechazó valientemente. Dos veces mas intentaron desalojarlo de la altura i otras tantas los hizo volver caras i los acuchilló por la espalda. Los asaltantes perdieron 30 hombres muertos i mucho ménos los asaltados. Entre éstos se distinguió el jóven teniente de cazadores don Manuel Búlnes, futuro jeneral i presidente de la república. Teníalo ya al alcance de su lanza Mariluan, cuando una bala hirió en el brazo al terrible cacique. Una gran parte de los indios, temerosa de la artillería, se habia quedado en la villa entretenida en el saqueo e incendio de las casas. Lucido papel desempeñó igualmente en esta jornada el sarjento Juan de Dios Montero, famoso ya i despues en las proezas del sur.

Sin embargo, Quintana habria sucumbido al mayor número si no hubiera llegado en su auxilio un corto refuerzo de Rere.

A la vista de este piquete i temiendo la llegada de otros, los guerrilleros se retiraron al sur en direccion a los Angeles. Como a una legua del pueblo les salió al traves el denodado anciano Alcázar, i en el lugar llamado el Avellano cruzaron sus lanzas los escuadrones. Desfavorable el choque para el coronel, tuvo que replegarse con algunas bajas a la poblacion, donde los infantes y la artillería rechazaron a sus perseguidores causándoles algunas pérdidas. Capturóse en esta accion al lenguaraz Pedro López, desalmado i tan bárbaro como aquellos a quienes tra-

ducia el pensamiento. A las pocas horas de su captura, Alcázar lo mandó colgar en la horca de la plaza de armas.

Este nuevo fracaso no desanimó a los realistas, que contaban con sobrados recursos i decision para seguir sus correrías e intentonas de tomarse pueblos. El mismo Benavides abrió otra vez las hostilidades. En los últimos dias de diciembre se dirigió a San Pedro con una division de 500 hombres de caballería, 200 de infantería, 4 cañones i masas compactas de indios costinos, que marchaban a retaguardia. El 29 de este mes llegaron al fuerte i lo atacaron. Lo defendió el capitan don Agustin Elizondo, hermano del comandante realista. Sin atemorizarse por el número que lo acometia, rompió al instante el fuego de artillería con cuatro cañones que se habian montado poco ántes. Benavides, tímido en esta ocasion como en todas las anteriores, levantó el sitio para retirarse a su cuartel jeneral, contentándose con incendiar cuanto pudo i recojer los animales de los contornos. Elizondo perdió 14 individuos de su destacamento». (*Historia de la civilizacion de Araucanía*, por el autor, tomo III).

Tal fué el tejido de encuentros parciales que hubo durante el año 1819. A pesar de las derrotas de los montoneros i de los indios, su coraje no disminuia un punto i se disponian a continuar la guerra, que en 1820 habria de tomar un aspecto mas encarnizado.

Freire habia vencido, pero el hecho de haber estado a la defensiva contribuía a que su ejército perdiera ante el enemigo su prestigio moral.



CAPITULO IV

DERROTA DE PANGAL I TARPELLANCA

Escasez de recursos i alimentos en el ejército del sur.—Se organiza el regimiento de caballería dragones de la patria.
—Marcha al sur.—Combate de San Carlos i Monte Blanco.
—Toma de Valdivia por Lord Cochrane.—Consecuencia de esta victoria en la frontera.—Actitud de algunos caciques.—Desgraciada expedición de Alcázar al interior de la frontera.—Freire en Santiago.—Numerosos choques parciales.—Agasajos a los indios amigos.—Aparición de Pico i nueva organización de las tropas realistas.—Los cuerpos patriotas.—Nuevos combates en toda la frontera.—Plan de Pico i Benavides.—Derrota de los patriotas en Pangal.—Derrota de Alcázar en Tarpellanca.—Carnicería de prisioneros.—Odisea de las mujeres cautivas.

Las peticiones de auxilio del comandante en jefe del ejército del sur, reiteradas al gobierno hasta la súplica oficial i privada, fueron atendidas, al fin, en

una de las deficiencias mas premiosas de llenar, en la caballería. A fines del año 1819 se ordenó que el rejimiento «dragones de la patria» se adelantara desde Curicó.

La accion del caballo en esta guerra de montoneros i de indios, tenia una importancia primordial. Miéntras que esos grupos irregulares se encontraban dotados de una gran aptitud de movilidad, que les facilitaba el ataque o la fuga a distancias considerables, los patriotas carecian del número necesario de cabalgaduras i aun las que poseian se hallaban en un estado poco ménos que inútil. Falta-
ba, pues, un elemento que cooperaba al éxito con mayor eficacia que la pólvora.

Aunque los caballos para el ejército valian en este tiempo de 12 a 15 pesos, Freire no podia obtenerlos ni a este bajo precio por carecer en absoluto de fondos (Biblioteca Nacional, archivo de la Contaduría). Tampoco era posible valerse de las requisiciones que en otras épocas habian ayudado a la dotacion de la caballería del sur, por cuanto esta medida levantaba protestas entre los mismos partidarios de la independencia i mui especialmente porque los campos de la provincia se veian despoblados de animales, consumidos en la guerra o trasladados a otros lugares.

La guerra habia arrasado en la provincia de Concepcion las industrias i la agricultura. Faltaban en primer lugar brazos que les diesen vida, porque los trabajadores de los campos habian ingresado a

los dos ejércitos belijerantes; solo para la espedicion libertadora del Perú se reclutaron en esta seccion del pais cerca de mil hombres. Los establecimientos agrícolas de salar carnes o matanzas habian paralizado sus trabajos por la inseguridad del territorio i la falta de esportacion al Perú de los artículos que elaboraban. Las siembras se reducian al consumo de familia o necesidades de la hacienda; la industria, al telar que manejaban manos femeninas para la venta que remediaba la ingrata miseria del hogar.

La escasez de animales no se reducía a los caballos tan solo; comprendía en igual proporcion al ganado vacuno. Siendo la carne fresca i la salada o charqui la base de la alimentacion del ejército, se comprende que las guarniciones tendrian que recurrir a la comida casi del todo vegetal i a veces tan escasa que tocaba los límites del hambre.

Esta deficiencia de alimentacion de la tropa se regularizó en los años que siguieron a los de la guerra activa de la frontera. Recibian los cuerpos raciones en proporcion a su efectivo. El número 3 consumia mensualmente estas cantidades de víveres:

- 12 fanegas i 3 almudes de trigo;
- 12 fanegas i 5 almudes de arvejas;
- 32 almudes de frejoles araucanos;
- 4 fanegas i 7 almudes de frejoles arvejillas;
- 8 quintales i 7 arrobas de charqui;
- 264 libras de sal;

7 almudes de ají, con 309 pares el almud.

332 velas;

1,506 panes;

296 arrobas de carne;

11 cargas conducidas al rio, 9 a Arauco i 2 a Colcura (Biblioteca Nacional, archivo de la contaduría) (1).

La venida de un cuerpo de caballería se consideró que aportaría una positiva ventaja a la contienda que iba a recrudecer en la Araucanía.

Los «dragones de la patria» era un cuerpo que principió a organizarse en Santiago en abril de 1819, como escuadron con dos compañías. Despues se elevó a rejimiento con dos escuadrones i cuatro compañías. Pasó el primero a Rancagua, donde estuvo los meses de mayo i julio, a continuar su aprendizaje militar i a aumentar su efectivo. En seguida se trasladó a Curicó, pueblo en que per-

(1) El ejército del norte se hallaba mejor atendido que el del sur.

Los cuerpos acantonados en las Tablas tenian, sobre los artículos apuntados, arroz, vino, aguardiente, azúcar, yerbamate i cigarros.

En el sur faltaban asimismo los recursos de hospital. Los medicamentos usados en esta fecha eran por lo comun éstos: tártaro, láudano, crémor, unguento cáustico, sal de ajenjos, opio, alcanfor, aceite de almendras, sal de nitro, polvos de ipecacuana, ruibarbo, vino emético, kermes mineral, goma arábica, cascarilla, cardenillo, azafran, sal cantártica, ratania, cantáridas, guallacan, purga de casia, mercurio dulce, piedra lipe, hilachas, piezas de Pontivi (Biblioteca Nacional, archivo de la contaduría).

maneció desde agosto a diciembre i dondese verificó su verdadera organizacion.

Componian su personal en 1820 los siguientes jefes i oficiales:

Comandante, el teniente coronel don Cárlos María O'Carrol.

Sarjento mayor, José Agustín Molinare.

Porta estandarte, Antonio Graso.

1.ª Compañía.

Capitan, Manuel Labbé.

Capitan agregado, Miguel María O'Carrol.

Tenientes, Gregorio Pradines i Pedro José Riveros.

Alféreces, Juan de Mata Valdes i Justo Navarro.

2.ª Compañía

Capitan, sarjento mayor graduado Manuel Renoret (en Santiago todo el año).

Capitan, Gregorio Albano Millan.

Tenientes, Francisco Arias i José María Silva.

Alférez, José Ignacio García.

Cadete, José Verdugo.

En este cuerpo como en los demas del ejército figuran algunos cadetes. No habiendo existido ántes de la revolucion ni despues un establecimiento especial de enseñanza militar, los jóvenes que se dedicaban a la carrera de las armas ingresaban a los batallones en calidad de cadetes. No solo en los

cuerpos de línea se proporcionaba esta enseñanza sino también en algunos de milicia. Un oficial de reconocida competencia militar i de los conocimientos científicos de ese tiempo, llamado «maestro de cadetes», corría con los tres cursos que tenía el programa. Rendían sus pruebas anuales estos jóvenes, cuya edad no se fijaba, ante una comisión de jefes.

Era el jefe de los dragones de la patria, de origen irlandés, un militar de relevantes servicios, inteligencia i prendas personales. A los veintiseis años de edad obtuvo el título de teniente coronel del ejército inglés, condecorado con la cruz de Carlos III de España i la de la Flor de lis de Francia. Durante seis años asistió en España a la guerra contra los franceses,

Invitado por Lord Cochrane, llegó a Chile después de Maipo. O'Higgins dispuesto a aceptar de ordinario los servicios de los extranjeros, lo recibió con agrado i le confió el mando del tercer escuadrón del regimiento escolta directorial. El 1.º de abril de 1819 el gobierno dispuso que tomara el comando de los dragones.

El segundo jefe don Ambrosio Acosta, tenía una hoja de servicios no menos brillante que el primero. Español de noble linaje, natural de Tarija, desde niño su familia lo había dedicado al ejército, donde militó desde 1807 hasta 1816. Siendo joven todavía, ingresó a Chile en la expedición Cantabria i se entregó a las autoridades patriotas en la retirada de Sánchez a Valdivia.

Distinguíase como instructor de caballería i por su preparacion militar, adquirida en la escuela de una de las mas célebres guerras del siglo XIX.

Entre las particularidades personales de Acosta resaltaban un carácter impetuoso, intelectualidad no vulgar i vista militar superior en el terreno. Vinculóse por matrimonio a la familia chilena Gana.

En nuestro ejército alcanzó el grado de coronel. Fué desterrado del país por creérsele complicado en un movimiento revolucionario. Se trasladó a Cuba, donde anduvo tambien mezclado en conspiraciones de independendia i perseguido por las autoridades españolas.

Fué partidario i amigo íntimo del jeneral Freire, en cuyo hogar murió de repente en 1849 (1).

En los primeros dias de enero de 1820 habian llegado a Chillan los dragones de la patria.

Por los mismos dias, ignorando este hecho, des-

(1) Su hoja de servicios anota estos datos.—Chile, 5 de diciembre de 1818, sarjento mayor con grado de teniente coronel, 3 años, 4 meses, 29 dias. 14 de mayo de 1822, teniente coronel efectivo, 3 años, 5 meses, 29 dias. 17 de noviembre de 1825, comandante de Granaderos Lanceros, 5 meses.—España. Cadete 10 de enero de 1807; subteniente, 8 de agosto de 1808; teniente de infantería el 24 de septiembre de 1808; graduado de capitán 10 de mayo de 1809; capitán en comision 12 de octubre de 1802; con respectivo despacho en infantería, 28 de septiembre de 1803; con respectivo despacho en ésa de cazadores 1.º de diciembre de 1805; comandante en comision, 13 de abril de 1806. Entre sus acciones de guerra se consigna esta noticia: «en la batalla de Bailen, el 18 de julio, con las guerrillas de su mando derrotó a 800 infantes».

cendieron por el boquete de Alico, de su campamento del «Roble Huacho» los hermanos Pincheiras i un cuerpo de indios pehuenches. Cayeron como un alud sobre los campos i el pueblo de San Carlos el 4 de enero. El capitán de la guarnición don Justo Muñoz, tuvo tiempo, sin embargo, de encerrarse en el cuadro foseado de la plaza i recibir con un nutrido fuego a los asaltantes. Disemináronse las indias por los contornos en pequeñas partidas i comenzaron a dar *malones* a las casas i haciendas; botin numeroso recojieron, de animales, objetos, niños i mujeres, que colocaban en el anca de sus caballos; quemaban las casas despues de saquearlas. Este asalto no era una función de armas sino un malon araucano; por consiguiente, cuando la comarca estuvo talada, huyeron hácia la cordillera. El capitán Muñoz los persiguió como una legua i trabó con ellos un reñido combate, en el que de nuevo la guarnición retrocedió a la plaza lanceada por los indios. Perecieron aquí algunos vecinos de San Carlos que se habian asociado a la persecución.

Muñoz logró mandar con oportunidad un emisario a Chillan con la noticia del asalto. El comandante Victoriano salió a toda prisa con el escuadrón de dragones que mandaba el mismo O'Carrol. A las tres de la tarde dieron alcance en el lugar de Monte Blanco al cuerpo de indios. O'Carrol habia destacado al ayudante del cuerpo don José Agustín Molinare con una partida avanzada. Este oficial, sin experiencia en la guerra de araucanos i dejándose

llevar de su ardor bélico, manda echar las carabinas a la espalda, desenvainar los sables i cargar. Métese la descubierta entre los indios, quienes al ver su poco número, vuelven caras i, esgrimiendo con furia sus lanzas, acometen. Molinare cae atravesado el pecho de una lanzada; igual suerte corren varios soldados. A no haber llegado el capitán Labbé con su compañía, ninguno habria salvado la vida.

Se emprende la persecucion en un largo trecho, en el cual los indios van perdiendo las mujeres, arrojando objetos i votando o degollando niños. Abandonan de este modo los animales que habian robado en San Carlos.

Las mujeres salvadas lloran enternecidas i abrazan arrodilladas las piernas de los oficiales.

El 5 de enero entraron los vencedores a Chillan en medio del regocijo público, que en aquel entónces se manifestaba con repiques de campanas, luminarias i petardos (*Historia*, Barros Arana; *Guerra a muerte*, Vicuña M.; Biblioteca Nacional, archivo de la contaduría) (1).

El comandante O'Carrol continuó su marcha de Chillan a los Anjeles.

Con el aumento, bien que mui escaso, de hombres

(1) El gobierno concedió una pension a la viuda de Molinare, segun el decreto que sigue:

«Santiago, Mayo 10 de 1820.

Declárase a favor de doña Martina Claveria, madre del finado Ayudante Mayor del Escuadron de Dragones de la Patria, don Agustin Molinare, que murió gloriosamente en la accion del 4 de Enero último, la pension que por Orde-

i recursos recién llegados a la provincia, Freire meditaba un plan de invasión al territorio araucano, que en su concepto produciría resultados de mucha trascendencia para la conclusión de la guerra: el coronel Alcázar penetraría por el centro a las agrupaciones de los llanos i él entraría por la costa hasta más allá de Arauco. Hubo de postergar la realización de este proyecto para prestar su atención a una empresa verdaderamente magna, el ataque de Valdivia por Lord Cochrane.

Este marino inglés al servicio de Chile tuvo la jenial idea de tomar esta plaza fortificada i la de Chiloé. Quiso cooperar al plan de pacificar la Araucanía con este golpe de audacia, que iba a ser fecundo en buenos resultados para la causa de la república.

La índole de este trabajo escusa no entrar con detención a la dramática del encuentro desigual i heróico, tratado con amplitud por los historiadores chilenos. Basta para la hilación de los sucesos de la guerra araucana, hacer referencia a detalles relacionados con el ejército del sur i a los efectos que esta acción de armas produjo en el desarrollo de los acontecimientos. A mediados de enero de 1820,

nanza le corresponde sobre el montepío militar que deberá recibir desde el referido 4 de Enero, por consideración a la digna memoria de este benemérito i esclarecido oficial, cuya temprana muerte ha robado a la República uno de sus más bizarros defensores.—Tómese razón: O'Higgins—Zenteno.—Se tomó razón en 10 de dicho».

Lord Cochrane exploró la costa de Valdivia i apresó el bergantín «Potrillo.» El 20 de este mes fondeó en Talcahuano.

El intendente de Concepcion acogió al marino inglés como correspondia a su grado i a su fama. Se entendieron desde el primer momento: en los dos habia el cuño comun de la bravura.

Freire aceptó de lleno el atrevido plan de Lord Cochrane i le ofreció la fuerza que pedia, todo bajo su esclusiva responsabilidad i sin órden del gobierno.

Se necesitaba un jefe militar de primera talla para que mandase la tropa i el asalto de los fuertes. Llamaron al palacio de la intendencia al mayor frances don Jorje Beauchef, del batallon de infantería número 1.

Habia llegado a Chile ántes de Chacabuco. En el asalto de Talcahuano el 6 de diciembre de 1817, cayó gravemente herido despues de haber sido de los primeros en llegar a las palizadas. Antes de venir a Chile habia asistido desde niño a las principales campañas de Napoleon. Emigrado a los Estados Unidos, vínose en seguida a Chile por Buenos Aires.

Freire le dió órden de que seleccionara 250 soldados de los batallones número 1 i número 3. Beauchef escojió las dos compañías de granaderos.

Componian el personal de esas compañías estos oficiales: del número 1, capitan don José María Vicente; teniente 1.º, Francisco Javier Bascuñan; teniente 2.º, Rafael Correa de Saa; subteniente, Ma-

nuel Gómez. Del número 3: capitán, don Manuel Baldivinos; tenientes, Francisco Barra i Domingo Anguita; subteniente, Marcos Lenvancini (ascendido de sarjento 1.º).

Cochrane salió de Talcahuano con su escuadrilla el 28 de enero. En la tarde del 3 de febrero inició el asalto. Beauchef desembarca con su destacamento i emprende el ataque de los fuertes, empresa admirable de arrojo i discrecion militar, como de negligencia de los realistas. El 5 de febrero ocupó la ciudad de Valdivia.

Para impedir la reaccion de las fuerzas realistas i alguna intentona de recuperar a Valdivia, Beauchef emprendió una campaña al interior con 200 hombres i abundantes elementos i caballos suministrados por los vecinos de Valdivia. Al llegar al rio Bueno los indios i los campesinos lo acogieron amistosamente, le proporcionaron bueyes i canoas para el paso de la tropa. El 25 de febrero ocupó a Osorno sin disparar un balazo, los realistas habian continuado al sur completamente desmoralizados e inculpándose unos a otros del desastre de sus armas.

Se refugiaron en el territorio de Carelmapu. El gobernador de Chiloé, coronel español don Antonio Quintanilla, pasó al continente a formar una division para atacar a los patriotas en Osorno i recuperar a continuacion la plaza de Valdivia. Dió el mando de ella, que alcanzó a contar hasta 300 infantes, un escuadron i 2 cañones. al comandante don Gaspar Fernández de Bobadilla, i designó como jefe de la

caballería al capitán don Miguel Senosiain, de mucha reputación entre los realistas i célebre mas tarde por su tenacidad en la lucha.

Beauchef supo estos aprestos i salió al encuentro de los españoles con una reducida columna de 153 hombres. Como a tres leguas de Osorno se encontraron las fuerzas. Hubo una refriega corta i enérgica de los dos lados, que dió por resultado la derrota de los realistas, con pérdida de 40 muertos, 106 prisioneros, 12 oficiales, cañones, fusiles, municiones i otros elementos.

Beauchef regresó a Osorno despues de esta victoria i de aquí a Valdivia.

La noticia de la toma de Valdivia causó la consternación en el campamento de Benavides. Veíanse desde ahora sus guerrillas encerradas entre dos murallas infranqueables i con la retaguardia cortada, lo que en el juego estratéjico de un ejército significa tener un factor moral en contra i quedar espuesto a jugar el todo por el todo. Además, perdía por ese punto la fuente de recursos que desde el principio de la campaña habia contribuido a sostener su situación.

En cambio, los patriotas habian obtenido ventajas incalculables, como la posesión del primer puerto fortificado del Pacífico, armas, cañones, buques, dinero i hombres. Concretamente para la frontera importaba la toma de Valdivia el conocimiento de los planes realistas por las pérdidas de sus papeles i la adquisición de un punto estratéjico para manio.

brar en un momento dado desde ahí hácia el norte i tomar a Benavides entre dos fuegos.

Coincidió con los acontecimientos de Valdivia la ejecucion del plan de invadir la Araucanía por la costa i el centro, que habia ideado Freire.

Al principiarse el año 1820, algunas agrupaciones pehuenches se manifestaban dispuestas a entenderse con el gobierno i permanecer por lo ménos neutrales. En el mes de enero, poco despues del combate de Monte Blanco, bajaron de sus tolderías de Pañucheño, Millagum, Malarhúe i Neyen, del lado oriente de los Andes (33° 35'), i pasaron a Santiago tres caciques de autoridad, segun consta de esta presentacion: «Excmo. señor Supremo Director: Los caciques Paillar, Millagum, Millatrur, pedimos permiso a V. E. para pasar a sus plantas a varios asuntos pertenecientes a la seguridad de la patria, para lo que se serviria V. E. buscar lenguaraz que nos entienda.—Santiago, Enero 26 de 1820, los Ministros de Hacienda proporcionen a estos caciques i sus mocetones un cómodo alojamiento en esta capital, suministrándoles, de consiguiente, todo lo necesario para su subsistencia diaria de comida i bebida por todo el tiempo que permanezcan aquí.—O'HIGGINS.—*Echavarría*» (Biblioteca Nacional, archivo de la Contaduría).

Los caciques aliados del valle central, Colipí i Coñoepan, no cesaban de pedir a Alcázar la inmediata invasion de la frontera para marchar unidos

a las tierras de Mariluan i Mangin e inflinjrles el castigo que merecian.

Desde mediados del año precedente venia comunicando Colipí al coronel Alcázar la formacion de un *vutranmapu* para atacar a los dos rivales. Le informaba que a esta coalicion entrarian los caciques Choiqueman, de una reduccion de Angol; Juan Huilliman, de Chichelemu, cerca del pueblo actual de los Sauces, i Maripil, de Quecheregua, al norte del rio Traiguen. Inclínados a entrar en la confabulacion se encontraban asimismo los caciques Ancapi, Dumoleo i Pailamilla, de las comarcas del Huequen; Pilquiñir de Collico, i Marin de Trarulemu, lugares de la zona de Angol.

Coñoepan insistia tambien en la entrada de los patriotas. Tanto él como sus hermanos Calvupan. Buenchenahuel i Millapan, trataban por todos los medios posibles para atraer partidarios a la causa de la patria. Inclínábanse ya a una alianza algunos caciques de Maquehua i Tolten.

Para la fácil conquista de adhesiones, Coñoepan solicitaba casacas i cuchillos con vaina de fierro.

No solamente habia prometido tomar terribles represalias contra Mangin i Mariluan, sino tambien enviar las cabezas de Bocardo i otros guerrilleros. A pesar de tantas promesas i amenazas, nada serio ejecutó Colipí; sus proyectos no pasaron de simples palabras, de farsas i baladronadas. No obstante, en septiembre de 1819 vino a pedir a Alcázar 400 hombres para ejecutar su plan, no atendido por en-

tónces. En diciembre envió emisarios para reiterar su peticion, los cuales en enero de 1820 permanecian aun en los Anjeles.

Esta vez Alcázar envió a Colipí la buena nueva de su próxima entrada al interior de la frontera. Le comunicaba que disponia de una gruesa division, la cual esperaba ver acrecentada con las fuerzas que él i Coñoepan agregarian para caer sobre Mariluan, perseguir hasta el riñon de la Araucanía a Mangin, si era posible, e intentar en seguida un alcance a Benavides por el lado de la costa.

Alcázar, aunque envejecido en las peleas araucanas i sabedor como el que mas de la facilidad con que se movian al traves de la configuracion tan quebrada del territorio, se habia sujestionado con las ideas de un escarmiento para los indios rebeldes, de una cooperacion eficaz de los amigos i hasta de un desbando en las guerrillas de Benavides. Componian la division espedicionaria 400 individuos de infantería del número 1 de cazadores de Chile, con su comandante Thompson; dragones de la patria, mandados por O'Carrol; un escuadron de milicias de Cauquénes, a las órdenes del coronel don Antonio Merino; 4 cañones, varios destacamentos de jinetes milicianos; en todo pasaban de 1,000 hombres.

El 1.º de marzo emprendió la marcha hácia el Biobío por el camino de San Cárlos de Puren. Dejó aquí la infantería i los bagajes, continuó orillando el rio hasta el vado de Coihue, cerca de Nacimien-

to, donde lo atravesó con sus jinetes i los cañones.

Cumpliendo el itinerario que se le habia trazado de acuerdo con los caciques amigos, se dirijió a Tolpan, llamado ahora Renaico, en el lugar en que el rio Vergara vacia sus aguas en el Bio-bio i donde residia Ambrosio Pinolevi. Pensaba trasladarse de este punto a Angol, en compañía de las reducciones aliadas que encabezarian Colipí i Coñoepan.

Pero no lo aguardaban todos los caciques, segun lo convenido. Solo habian concurrido a la cita Colipí i sus aliados Melingür, de la comarca donde se juntan el Malleco i el Rehue; Cayumilla i Collompillan, tambien de por esas direcciones. Faltaban al compromiso de hallarse presentes en este lugar de reunion, Coñoepan i los jefes con él comprometidos, acaso por temor de verse asaltados en su tránsito por indiadas mui superiores a las suyas. Sin embargo, Alcázar i Colipí entraron en comunicacion con los de Angol para conseguir que se les plegaran a la columna patriota. Miéntras tanto el coronel patriota se situó en uno de los cerrillos bajos i tendidos de esa zona, en el que tenia pastos para los caballos i podia hacer funcionar los cañones, arma temida por los araucanos.

Las tribus batalladoras de las orillas del Renaico, donde habia caciques de fibra e influencias, se pusieron pronto en son de guerra i enviaron con presteza sus *werken* o emisarios a los de Mariluan i Mangin. A los dos dias la fuerza de Alcázar estaba

rodeado i sostuvo su posicion únicamente por la accion de la artillería.

Colipí, sin jente i temeroso de entrar en pelea en condiciones dudosas o de segura derrota, quiso huir para salvar su vida que tanto ambicionaban sus dos implacables rivales. Aconsejó a Alcázar la conveniencia de suspender ese bloqueo en el acto i retroceder al Biobío; se aplazaría la venganza para mejor oportunidad.

Atívose a este parecer el prudente coronel i contramarchó sin vacilar. Los indios se envalentonaron con esta retirada i siguieron tras la columna, engrosándose por momentos. El cuerno sonaba por los costados i a retaguardia; los escuadrones pasaban a todo correr cerca de la fila de los patriotas i acechaban la ocasion de lancear a los rezagados o grupos que se apartaban de las filas: los soldados marchaban con la lanza del indio sobre los riñones.

Así llegó Alcázar a la márjen izquierda del Biobío, frente a San Carlos, en la noche del 13 de febrero. Esperó la luz del dia para que lo vieran de la plaza i vinieran en su auxilio.

Comenzó la tarea larga i peligrosa de pasar el rio. Llegaron embarcaciones i piquetes de fusileros que, desde las balsas de la orilla derecha, rompian el fuego sobre los indios cada vez que se aproximaban. A medida que en la ribera de la izquierda iba quedando ménos tropa, los indios redoblaban las arremetidas estruendosas. El coraje de los araucanos creció cuando al final de este episodio llegan

algunos fusileros enviados por Benavides, que se hallaba al corriente de lo que sucedía. Al fin, con algunas pérdidas, la columna concluyó de pasar el río.

El viejo coronel, despechado, ardiendo de ira contra los indios, se propone renovar la entrada al interior al día siguiente; cree que el fracaso de su empresa se ha debido al error de no haber llevado consigo la infantería.

Deja en San Carlos 30 hombres de resguardo i un cañon i repasa el río. Se proponía ahora llevar sus armas al Bureo, a las mismas posesiones de los caciques Mariluan i Mangin.

El primero de estos jefes indíjenas se encontraba imposibilitado para entrar en campaña, pues la herida que le fracturó un brazo en el combate de Yumbel, el 9 de diciembre del año anterior, lo obligaba a una forzada inacción. Recobró al cabo de algunos meses su actividad guerrera, mas no así el uso del brazo izquierdo que le quedó inmóvil para toda su vida. Llamósele por esta causas entre indios i chilenos «el manco Mariluan». Como no podía manejar a la vez el caballo i la lanza en las refriegas en que tomaba participacion personal, desmontábase de su cabalgadura i enristraba a pié su arma con un brio no conforme a su edad avanzada.

Pero ahora dirijiria las indiadas contra los invasores del suelo de sus padres su compañero Mangin, no ménos animoso i mas jóven que él.

Alcázar ordenó su división de manera de no dejarse sorprender por los indios: marchaba en la des-

cubierta el oficial de Nacimiento Luis Salazar, conocedor minucioso de esas rejiones i tenido como valiente a toda prueba; a continuacion formaban los dragones, seguian los infantes i cerraban el convoi los milicianos de Cauquénes. Protejian los flancos piquetes de milicias i tres cañones.

Los arribanos estaban preparados para recibir a sus enemigos. El cuerpo indíjena habia aumentado con grupos que llegaban de distintos cantones. De manera que la division de Alcázar caminaba llevando a sus costados i retaguardia escuadrones de indios que la hostilizaban. De vez en cuándo los dragones i las milicias cargaban sobre las partidas de araucanos, los cuales abandonaban el campo cuando entraban en línea los infantes o los cañones.

No obstante, el avance en tales condiciones llegaría a comprometer la seguridad de la division. Hubo una junta de jefes, en la que se acordó la contramarcha.

Se repitieron los mismos choques, peligros i esfuerzos de la primera espedicion, sobre todo en el paso del rio. El peso de la campaña gravitó en parte sobre los dragones, que se condujeron brillantemente en la jornada; esta conducta les mereció la distincion de ser felicitados por el gobierno.

El 17 de febrero entraba Alcázar a Los Angeles. Las dos espediciones nada habian remediado; al contrario, dejaban a los indios poco ménos que vencedores.

En conformidad al plan acordado por Alcázar, Freire organizó en Concepcion un cuerpo espedicionario de 800 hombres escojidos i el 17 de febrero se dirijió a la costa. Al otro lado del Biobío supo lo acontecido a Alcázar. Se adelantó hasta Colcura sin dificultad. Informáronle aquí sus espías que Benavides se preparaba para evacuar la plaza de Arauco i dirigirse a la frontera central. Por esta noticia i la persuacion de que la toma de Valdivia reduciría a la impotencia a las fuerzas realistas, dispuso regresar a Concepcion. Fué por la sierra de la costa i ocupó a Santa Juana, en la que dejó una guarnicion de 50 hombres de cazadores de la escolta a cargo del capitan de este cuerpo don Francisco del Rio. El 4 de marzo estuvo de vuelta de Concepcion (Archivo del Ministerio de Guerra.—Biblioteca Nacional, archivo de la Contaduría).

Como Alcázar, nada provechoso hizo en su escurcion. Los montoneros quedaron impunes i envalentonados. Como la estacion de las lluvias sobrevendria pronto, Freire tomó las disposiciones necesarias para cubrir las guarniciones i garantizar la seguridad de la provincia: Alcázar quedaba en Los Angeles con el batallon cazadores núm. 1, cuatro cañones de campaña mandados por el capitan don Gregorio Amunátegui i algunas milicias; en Concepcion, los batallones núm. 1 i 3 i 30 hombres de caballería; en Tucapel, sobre el Laja, los dragones; en Talcahuano, un destacamento de infanteria; en Yumbel, un escuadron de cazadores de la escolta.

Una vez que hubo dispuesto las medidas conducentes a la seguridad del ejército, solicitó permiso para trasladarse a Santiago en busca de auxilios, aunque en realidad con la esperanza de ingresar a la expedición al Perú. Dejó en su lugar, a principios de abril, al coronel don Juan de Dios Rivera.

Léjos de sentirse decaídos, manifestaron las montoneras, actividad en el radio estratéjico en que operaban. Un guerrillero Espinosa i un lego franciscano habian aparecido en el mes de enero en la montaña de Chillan cometiendo todo jénero de excesos. El gobernador Victoriano despacha a tomarlos al subteniente don Francisco Arriagada. Este oficial los alcanza en el lugar llamado Palpal, al sur del Diguillin, el 29 de enero i les mata 20 hombres i les fusila 2.

Pocos dias despues aparece en el distrito de Chillan el guerrillero Hermosilla. Victoriano manda a su encuentro al capitan Riquelme i él mismo sale al campo. Dos veces los tiene a su alcance, el 13 i el 16 de febrero, por el distrito de Coihueco, les mata algunos hombres i fusila a otros. El cabildo de Chillan acusó a Victoriano de crueldad con los prisioneros i de mantener por este motivo el encano de los montoneros. El gobierno, con manifiesta inconsecuencia, lo exoneró de su puesto, que confió al coronel don Pedro Ramon Arriagada. El carácter especial que habia tomado esta guerra irregular, obligó a este nuevo funcionario a valerse de

los mismos medios de represion que adoptaba Victoriano.

El 10 de abril los guerrilleros Peña i Barriga asaltan la caballada de los dragones en Tucapel. O'Carrol hace montar en los caballos de los oficiales 23 soldados i corre en su persecucion; consigue recuperar en gran parte la caballada i matar algunos montoneros.

El 30 de abril el cura don José Antonio Ferrebú asalta el pueblo de Rere, de donde habia sido ántes párroco, al frente de una partida de indios i fusileros; comete las depredaciones acostumbradas i se retira.

Una vorájine de encuentros pequeños se sucede por todas partes, siempre con sus rasgos típicos, el asalto inopinado, el saqueo, la muerte de los prisioneros i la fuga a la montaña.

Tuvo mayores proporciones uno que dirijió Benavides en persona. En la noche del 2 de mayo se acercó a Concepcion por la ribera sur del Bio bío, como con 400 hombres a caballos. Con mucho sigilo i aprovechándose de la luz de la luna, lo atravesó en balsas un poco al poniente de la ciudad i salvó al galope la distancia que lo separaba de Talcahuano.

Sabia por sus espías que esta plaza estaba guarnecida por un piquete insignificante de 30 hombres del núm. 1, que mandaba el capitan de la 3.^a compañía don José María Calvo. Así la guarnicion como el vecindario, vivian confiados en que por ahí

no habian andado ni andarian nunca montoneros.

Los asaltantes cayeron de improviso i como una avalancha sobre la poblacion dormida. El cuartel fué tomado sin resistencia; el capitan, dos oficiales i varios soldados quedaron prisioneros. El pueblo fué teatro de un saqueo jeneral, favorecido por la luz de la luna en una noche despejada. Las familias que no buscaron en la fuga i en el escondite su salvacion, sufrieron las vejaciones consiguientes al desenfreno de estas turbas.

Muchos vecinos fueron tomados en calidad de prisioneros, otros fueron victimados ahí mismo.

A las dos horas de saqueo se retiraron poredel mismo camino. El intendente Rivera les salió de traves con la guarnicion de la ciudad, 100 infantes de núm. 1 i 30 cazadores de la escolta, i teniéndolos a tiro de fusil en el lugar denominado Litrinal, les mató 20 hombres con pérdida de 5 de caballería.

Llenó de orgullo a Benavides esta aventura audaz, que vino a salvar su reputacion minada por el descontento i la murmuracion de sus lugartenientes. Acusábanlo de inactivo, de voluntad floja i falta de aptitudes para dirigir con éxito la campaña contra los insurjentes.

Los mismos indios se hallaban descontentos i dispuestos a sublevarse. Amotinados a fines de marzo, mataron al comandante don José Vildósola, uno de los militares de mayor consejo de los que seguian a Benavides. Hasta las indiadas de Mariluan i sus aliados de algunos grupos de Angol i Huequen se

manifestaban resentidos i amenazaban pasarse a los patriotas.

Benavides sacó todo el partido posible del golpe de Talcahuano i lo comunicó a los cuatro vientos de la frontera como un triunfo enorme. Agregaba en sus comunicaciones embustes groseros, encaminados a levantar el ánimo de sus guerrillas. Decía-les que Freire se habia fugado de Concepcion a Santiago, que Carrera i Artigas marchaban a Chile desde la Argentina; San Martin se preparaba a huir i el virrei del Perú enviaba a sus partidarios del sur de Chile recursos de todas clases. Los exhortaba a mantenerse firmes a la causa del rei para bien de la patria i la inmortalidad de sus nombres.

El gobierno i los jefes patriotas destacados en la frontera, conociendo la índole versátil del araucano, trataban de mantener la amistad con los que eran aliados i de conquistarse la de los que seguian a los guerrilleros. Varios caciques de los indios angolinos se manifestaban por esta fecha inclinados a los patriotas. Estas indiadas se decidian en favor de los que les presentaban mejores expectativas de botin. Estuvieron con Sánchez i cuando este jefe dominaba en la Araucanía, hacian irrupciones a los pueblos de la frontera. Despues entraron en convenio, con González Balcarce e impidieron que aquél marchara por los llanos en su retirada a Valdivia. Ahora seguian trabajando por la paz, que les permitia el libre comercio i los viajes a las plazas militares, Colipi i Juan Colqueman, de Angol; Marini i Juan

Millanamú, de Trihuelemu; Pilquiñir, de Collico, de la zona de Angol; Maripil, de Quecheregua; Paillaman, Ancapí i Dugulf, de Huequen. Decididos estaban también Venancio de Cholchol; Paillalef, de Lumaco, i Marihuala de Santa Fé. Para agasajar a los indios amigos el director O'Higgins, por jestionés de Freire, decretó la inversión de dos mil pesos en la compra de objetos, según consta de la pieza que sigue:

«Santiago, Mayo 18 de 1820

Los Ministros de la Tesorería Jeneral invertirán dos mil pesos en la compra de especies i bujerías que han de remitirse a Concepcion para agasajar a los indios de la frontera aumentando o rebajando en proporción de lo que alcance el dinero, en las prendas siguientes:

Veinticinco chaquetas de paño encarnado i en su defecto azulejo galoneadas con franjas falsas.

Veinticinco chaquetas ordinarias de paño azul con cuello i vuelta encarnada.

Un jarrón de añil.

Doscientas sartas de chaquiras de varios tamaños, blancas i encarnadas.

Treinta sombreros negros i ordinarios con cintillo encarnado.

Treinta pares de espuelas.

Treinta frenos.

Doce docenas de pañuelos colorados ordinarios;

Treinta camisas de balleta.

Veinte calzones o pantalones.

Tres docenas de argollones, para las indias, de plata i de lata.

Seis docenas de cascabeles grandes i pequeños.

Veinte tupos de plata i lata con aguja de fierro .

Cuatro docenas de alfileres i agujas grandes.

Y acopiadas que sean estas especies, darán oportunamente aviso para determinar su remesa.

O'HIGGINS.

D. Rodríguez»

Alcázar habia regalado a cada cacique angolino chaqueta, dos libras de añil, cuatro pañuelos i cuatro pesos en plata, pero no habian quedado conformes porque no se les habian dado sables i espuelas (Gaceta Ministerial).

En este mes de mayo salieron a parlamentar con Alcázar i Ruiz cuatro caciques principales de los pehuenches, Calvunqueo, Huancamilla, Trecaman i Lailo. El último, que residia cerca de la hacienda de Canteras, se llamaba compadre de O'Higgins. Disculpáronse de su participacion en las correrías anteriores i prometieron su cooperacion al gobierno.

Era efectivo lo de los auxilios de que hablaba Benavides en sus comunicaciones, como próximos a arribar del Perú. Habia mandado éste un agente de absoluta confianza al virrei en solicitud de socorros. Desempeñaba esta comision un español llamado Juan Manuel Pico, de aptitudes intelectuales mui superiores a las de su jefe, comerciante que por

amor a su patria i a las instituciones monárquicas se habia improvisado en militar poco ántes.

Pico se embarcó, en efecto, en una lancha en la bahía de Arauco, a mediados de marzo. Llegó á Arica al mes de viaje i de aquí siguió en un buque mercante al Callao.

El virrei Pezuela recibió a Pico en Lima con una complacencia estremada. Asintió a todo lo obrado por Benavides en la Araucanía i quedó de comunicar al rei los sacrificios de sus servidores en esta seccion de América.

Por temor a la expedicion que se organizaba en Chile i a la escuadra de Cochrane, no le concedió un continjente de soldados, pero le suministró algunas armas, municiones i veinticinco mil pesos, i le remitió tambien artículos para agasajar a los naturales, medallas con diplomas en blanco para las personas dignas de distincion. Le encargaba al propio tiempo comunicara a los partidarios del rei la salida de España de una gran expedicion contra el Rio de la Plata, anarquizado en esa fecha por Artigas. Pico se embarcó en la mitad de mayo en un buque ballenero ingles fletado por el virrei. El 15 de junio arribó a Arauco. En el campamento de Benavides, en sus guerrillas i en los cantones de emigrados, se recibió la noticia del regreso de Pico i del éxito de su mision con demostraciones de un júbilo semejante al de una victoria.

«Era el sujeto que desempeñaba con tanto acierto esta comision, un vizcaino que se había establecido

en 1815 en la villa de Vallenar para dedicarse a trabajos de minas. Su carácter insinuante i jovialle conquistó las simpatías del vecindario, que lo honró ántes de un año de residencia con el cargo de alcalde. Cuando el ejército libertador restableció la república en 1817, Pico huyó disfrazado al sur, i llegó, se cree, hasta las fortificaciones de Talcahuano, donde se incorporó a las fuerzas de Ordóñez.

No estuvo en la batalla de Maipo i cuando Sánchez se retiró a Valdivia, él quedó en la frontera con Benavides, de quien habia sido compañero en el asedio de Talcahuano.

Pico no tenia igual entre todos los caudillajos que rodeaban al antiguo arriero de Quirihue: de inteligencia mejor cultivada, severo en la disciplina, diligente en la organizacion, inquieto, de una audacia incomparable en la pelea, era en realidad la primera cabeza i la primera espada en las turbas realistas. Desde que se hizo militar, mostróse implacable con los insurgentes, a quienes odiaba con el fanatismo religioso i político de un español de raza.

Aunque su edad de treinta i cinco años habia pasado los límites de la juventud, su resistencia física se manifestaba en todo su vigor. Su estatura mediana pero fuerte i de cierta gallardía, su color pálido, mirada penetrante, labios gruesos i cubiertos de espeso bigote, que le mericieron el apodo de «Rocanegra», daban a su continente un aspecto de energía no comun.

Benavides hizo circular con profusion las comunicaciones del virrei, para que se conocieran las promesas que hacia este funcionario a los que peleaban contra el nuevo réjimen i el aplauso que desde luego les discernia. Con los recursos recibidos i el estímulo de la autoridad suprema del Perú, los directores de las montoneras duplicaron la actividad para llenar sus cuadros, adiestrarlos en los ejercicios e introducir en ellos disciplina i confianza. Su primer jefe parecia dispuesto a salir de su sistema defensivo i de quietud a que se habia aferrado desde el principio de las campañas dirigidas por él. Inspirador inteligente de Benavides i alma de esta preparacion bélica, era don Juan Manuel Pico, jefe de estado mayor i comandante de un rejimiento de caballería que se denominó «Dragones de nueva creacion», armado de sable, lanza i tercerola o fusil recortado. Figuraban como oficiales de este cuerpo José María Zapata, jefe del primer escuadron, i los capitanes Jervasio Alarcon i Dámaso Herquíñigo; el español Carrero, jefe del segundo escuadron, i los capitanes Antonio Cervelló i José María Calvo, hecho prisionero en Talcahuano; Mariano Ferrebú, jefe del tercer escuadron, i los oficiales José Ignacio Neira, de Santa Juana, i Joaquin Mascareñas; Agustin Rojas, jefe del cuarto escuadron, i los oficiales Francisco Rojas, su hermano, i un hijo de don Fermín Zorondo. Habia otras agrupaciones armadas que Benavides llamaba «infantería montada, mili-

cias i naturales» (*Historia de la civilizacion de Araucania*, del autor, tomo III).

El ejército patriota, bien que veterano i acostumbrado a la guerra irregular de montoneras e indias, no habia experimentado aumento en su efectivo sino mejoras mui sensibles en sus condiciones materiales. Constaba de las mismas unidades del año anterior, esto es, de los batallones números 1 i 3 de infantería, el número 1 de cazadores de Chile, llamado tambien de Coquimbo, de la misma arma; el primer escuadron del rejimiento de dragones, dos compañías del rejimiento de caballería cazadores de la escolta, una compañía de artillería i algunas milicias destacadas en las plazas i fuertes.

El batallon de infantería número 1, de gloriosos antecedentes en la historia militar de la independencia, cubria las guarniciones de la ciudad de Concepcion. Componian su personal a principios de 1820 los siguientes jefes i oficiales:

Comandante, coronel don Juan de Dios Rivera.

Sarjento mayor, don Jorje Beauchef; se le dió el grado de teniente coronel el 24 de abril de 1820.

Ayudante mayor, Domingo Correa de Saa.

Abanderado, Ramon Alvarado.

Id. Pedro Muñoz.

Teniente agregado, Vicente Benavente.

COMPAÑÍA DE GRANADEROS

Capitan, José María Vicente.

Teniente 1.º, Francisco Javier Bascuñan.

Teniente. 2.º, Rafael Correa de Saa.
Subteniente, Manuel Gómez.

1.ª COMPAÑÍA

Capitan, sarjento mayor graduado, Manuel Alvarez.

Teniente 1.º, Dionisio Vergara.

Id. 2.º, Juan de Dios Vial Contreras.

Subtenientes, Nicolas Donoso, Francisco Latapiat
(pasó a la marina en julio de 1820).

2.ª COMPAÑÍA

Capitan, Dámaso del Rio.

Teniente 1.º, Santiago García.

Id. 2.º, Andres Pavez.

Subtenientes, José Tomas Huerta i Juan de Dios
Castañeda.

3.ª COMPAÑÍA

Capitan, José María Calvo.

Teniente 2.º, Eduardo Muñoz.

Subteniente, José Guevara.

4.ª COMPAÑÍA

Capitan, Francisco del Rio.

Teniente 1.º, Ignacio Gana.

Id. 2.º, Agustin Vidaurre Garreton.

Subteniente, José Riofrio.

CAZADORES

Capitan, Agustin Elizondo.

Teniente 1.º, Gregorio Salvo.

Id. 2.º, Nicolas Moya.

Subteniente, Ildefonso Rodríguez.

El número 3 de infantería o batallon Arauco, habia nacido i vivido entre las lanzas de los indios. A fines de febrero de 1817 se formó en Talca una compañía o division de infantería con un efectivo de 116 hombres, que mandaba el capitan Pascual José Tenorio. Esta compañía sirvió de base a un cuerpo que se denominó «Division de Fronteras,» comandado por el teniente coronel don Ramon Freire. A fines de noviembre de 1817 tomó el nombre de batallon Arauco, en recuerdo de sus campañas en el territorio del mismo nombre. Para mandar el rejimiento de cazadores a caballo, dejó el comando de este cuerpo el comandante Freire i lo tomó el sarjento mayor don Juan Ramon Boedo, brillante oficial arjentino que murió en el asalto de Talcahuano en 1817. En 1820 se le dió el nombre de Carampangue, en memoria del combate que en el lugar de ese nombre libró el coronel Freire. El batallon Arauco número 3 usaba traje de brin blanco en 1820, con vivos, bocamanga i hombrera amarillos; gorra alta en forma de morrion, vicera recta. Por el color de su traje, el pueblo daba a la tropa el apodo de «canarios». Cuando se cambió el nombre

por el de Carampangue, se varió el traje de brin por el de paño azul gris. Componian su cuerpo de oficiales en 1820 los que se enumeran a continuacion.

PLANA MAYOR

Comandante, teniente coronel, don Santiago Diaz.
Sarjento mayor, Fernando Rosas (arjentino).
Ayudante mayor, José Manuel Basan.
Abanderados, Pedro Dávila, José Manuel Molina.
Capellan, Domingo Loriet.

COMPAÑIA DE GRANADEROS

Capitan, mayor graduado, Manuel Baldovinos.
Teniente primero, Francisco Barra.
Teniente segundo, Santiago Aguayo.

PRIMERA COMPAÑIA

Capitan, José Manuel Millas.
Teniente primero, Fernando Contreras.
Teniente segundo, Pedro Alarcon.
Subteniente, Marcos Levancini.

SEGUNDA COMPAÑIA

Capitan, Francisco Borcosque.
Teniente primero, Vicente Zañartu.
Teniente segundo, Francisco Arriagada.
Subteniente, José María Cotar.

TERCERA COMPAÑIA

Capitan, Francisco Meneses (licenciado).
Teniente primero, Tomas Renjifo (id).
» segundo, Estanislao Anguita.
Subteniente, José Miguel Cabrera.

CUARTA COMPAÑIA

Capitan, Miguel Luarte.
Teniente primero, José Labbé.
Tenientes segundos, José Maria Carvallo, Domingo Anguita.
Subteniente, Luis García.

CAZADORES

Capitan, Agustin Casanueva.
Teniente primero, Pedro Antonio Alemparte.
Teniente segundo, José María Quinteros.
Subteniente, Francisco Pinto.

El batallon núm. 1 de Cazadores de Chile (1817-1821) se fundó en Santiago en 1817. Su primer jefe fué el coronel don Luis de la Cruz i sárjento mayor, don Isaac Thompson. Este último recibió la comision de llevar este cuerpo a la provincia de Coquimbo para completar su dotacion, lo que hizo en cincuenta dias. En el mes de enero de 1818 conta-

ba con 803 hombres. Este batallon desempeñó en la batalla de Maipo un papel sobresaliente por su valor, disciplina i su famoso asalto a las casas de lo Espejo. En mayo de 1818 se le destinó a cubrir la guarnicion de los Anjeles. En 1820 componian su oficialidad las personas que siguen:

PLANA MAYOR

Teniente coronel i comandante, don Isaac Thompson.

Ayudante mayor, Pedro Godoi.

» » José Tomas Uribe.

Subteniente abanderado, José María Solis.

» » Fernando Romero.

Capellan, frai Bernabé Castro.

Cirujano agregado, Juan Rueda.

Tambor mayor, Eujenio Barria.

Cabo de pitos, Cárlos del Rio i cuatro soldados zapadores.

COMPAÑÍA DE CARABINEROS

Capitan, Rudecindo Flores.

Teniente segundo, José Domingo Orrego.

Subteniente, Pablo Villanueva.

1.^a COMPANIA

Capitan, Mariano Reyes.

Teniente 1.^o, Francisco Durac.

Teniente 2.º, José Honorato.

Subteniente, Pascual Rios.

2.ª COMPAÑIA

Capitan, José Silvestre Aros.

Teniente 1.º, Santiago Rios i Canto.

Teniente 2.º, Francisco Porras.

Subteniente, José Rafael Flores.

3.ª COMPAÑIA

Capitan, José Miguel Gómez.

Teniente 1.º, Juan José Caballero.

Teniente 2.º, Anjel Melo.

Subteniente, Juan José Figueroa.

4.ª COMPAÑIA

Capitan, Manuel Gregorio Quiroga.

Teniente 1.º, Mateo de Campos.

Teniente 2.º, Manuel Rios i Cantos.

Subteniente, Pascual Cantuarias.

COMPAÑIA DE TIRADORES

Capitan, Francisco Melo.

Teniente 2.º, Ignacio Arteaga.

Subteniente, Francisco Calderon.

Cubrian la guarnicion de Yumbel las dos compa-

ñas del rejimiento de cazadores de la escolta directorial (1).

Tal era el efectivo de las unidades de Concepcion cuando los realistas organizaron sus fuerzas en un nuevo pié de guerra a la llegada de Pico del Perú. El intendente de esta provincia habia solicitado en frecuentes ocasiones su aumento, en particular de la caballería. En virtud de tan apremiantes solicitudes, el gobierno despachó al sur en el mes de junio el cuarto escuadron del rejimiento granaderos a caballo, a las órdenes del teniente coronel don Benjamin Viel, antiguo militar frances del ejército de Napoleon, i de los capitanes Bernardino Escribano i Juan Lavalle.

El mismo Freire regresó al sur a fines de septiembre, llevando consigo una remesa de fusiles, tercerolas, sables, municiones, vestuarios i treinta mil pesos para el pago de la tropa. A él i a Alcázar les confirió el gobierno el título de mariscal, igual en prerrogativas i rango al jeneral de brigada de ahora. Creia el director O'Higgins que su conocimiento de los negocios del sur hacia indispensable su presencia en Concepcion hasta que concluyese

(1) Estos datos han sido tomados del archivo de la contaduría de la Biblioteca Nacional i principalmente del mejor ordenado de don Nicanor Molinare. Este caballero, que sobre ser un meritorio veterano de la guerra del Pacífico i un escritor militar distinguido, es el bibliófilo mas conocedor del rol del ejército de nuestra independenciam, del cual se ha dado el trabajo de sacar copias detalladas.

con las guerrillas, para que llevara en seguida una expedición al último baluarte realista, la isla de Chiloé.

Con las fuerzas que recibieron los realistas, crecieron su actividad i sus expectativas de triunfo. Comienza entónces otro período de incesantes asaltos, en el que se dan i reciten golpes de uno i otro bando.

«Desde el mismo mes de junio, columnas de jinetes realistas comenzaron a invadir el norte del Biobío i a trabar combates parciales, mas bien adversos que favorables a sus armas.

El teniente de cazadores don Manuel Búlnes destruyó un grupo de montoneros en Rafael, en el centro del actual departamento de Coelemu.

El 21 de junio se aproximó a Chillan, de órden de Bocardo, el jefe montonero don Jervasio Alarcon al mando de un cuerpo respetable por su número. El gobernador Victoriano, que habia salido a detenerlo en su avance, lo halló el 22 en la colina de Quilmo i lo derrotó completamente causándole muchas bajas.

El 28 de este mes el coronel Merino puso en fuga a otra partida en el lugar llamado Puñural, i le mató a su capitan don Santos Alarcon i cinco de sus compañeros.

En los meses de julio i agosto continuaron estos encuentros de poco momento en las cercanías de los Anjeles, donde fué envuelto i destruido un piquete del batallon número 1 del Coquimbo; en la

hacienda de Hualpen, cerca de la desembocadura del Biobío; en Cuchacucha, a orillas del Itata; en Palpal, del departamento de Yungai; en Hualqui, lugar en que el alférez don Francisco Porras se defendió heroicamente dentro de una pieza con siete soldados despues de haber perdido ocho i muerto al capitan Campiño, que lo asaltaba. En la zona montañosa de Chillan, el gobernador reemplazante de Victoriano, don Pedro Ramon Arriagada, contuvo las cuadrillas de malhechores i pehuenches que al mando de Pincheira bajaban al llano como un torrente devastador. En julio 8, una partida de fusileros realistas ocultos cerca de los Angeles asaltó al teniente Domingo Orrego que habia salido a buscar víveres, le mató nueve soldados i al abanderao Solis.

Las operaciones iban a tomar, pues, un jiro de estrema gravedad. El infatigable Pico ideó un plan de campaña que Benavides aceptó sin modificaciones. Tenia por objeto sacar a Freire de Concepcion, caer rápidamente sobre esta ciudad i poner al jeneral patriota entre dos fuegos o en la precision de replegarse al otro lado del Maule. Para conseguir este fin, maniobrarian dos divisiones por puntos distintos: Pico atravesaria el Biobío por Santa Juana o Monterrei i amagaria a Yumbel, i Benavides, puesto en acecho en Colcura, lo pasaria por San Pedro cuando Freire hubiera salido en auxilio de aquella plaza.

Los espías que los patriotas tenian en Arauco,

llegaron a Talcamávida a comunicar la próxima invasion. Pero ocultando Benavides sus propósitos, hizo circular con maña la noticia que el punto atacado por su ejército seria los Anjeles i no Concepcion. Dando asenso Freire a esta especie i sabedor de la escasez que aflijia a la guarnicion del primero, ordenó que desde Chillan saliera, a principios de septiembre, el comandante Viel con sus granaderos a situarse en Yumbel como un punto avanzado de observacion entre aquellas dos poblaciones. El capitán don Luis Rios, al mando de cuarenta cazadores de la escolta i dos cañones de campaña, se situó en Hualqui. Quedó designado como jefe de esta línea de observacion, al que estaba incluido el destacamento de Talcamávida, el comandante O'Carrol.

En la primera mitad del mes de septiembre se comenzaron en el campamento realista los preparativos relijiosos, últimos en el conjunto de los que precedian a la movilizacion: los frailes franciscanos i los curas celebraron misiones para estimular con pláticas i exhortaciones el celo de los soldados en favor del soberano de España i para hacerlos confesarse i comulgar. Valíanse los párrocos de proclamas i pastorales a sus feligreses para mantener firme la opinion de sus partidarios: el 5 de septiembre dirijió una de estas piezas el cura Ferrebú a los fieles de Rere, su curato (Biblioteca Nacional, tomo 34 de documentos de Gay, cedidos por la señora viuda de Morla Vicuña).

El 18 de este mes, Pico atravezó con mucho sigilo el Biobío por Monterrei, cerca de su confluencia con el Rere, a la cabeza de 400 de sus dragones i algunos grupos de indios.

Al dia siguiente continuó su marcha sin la menor dificultad i fué a pernoctar a la hacienda de San Cristóbal, de propiedad de los Segueles i como a cinco o seis kilómetros del suroeste de Yumbel. El 20 se desprendió del grueso de su tropa con un piquete de exploradores i se adelantó hácia la villa. Al propio tiempo salia de ella el comandante Viel que iba a reforzar la guarnición de Rere. Cuando ámbos se avistaron, tomó este jefe como tropa de O'Carrol la que venia a encontrarse con él; pero desengañado de su error, se pone a la cabeza de una mitad de su escuadrón i la acomete impetuosamente. Pico avanza lleno de coraje, lanzando improperios a sus enemigos. Chócanse las dos partidas i Viel arrolla a su contendor. A Pico lo acomete un soldado que lo hace huir hasta un monte vecino i de aquí a una quebrada, a pié. El grueso de la fuerza realista al sentir el fogueo, se precipita al galope al lugar del combate i logra llegar a tiempo para acometer al jefe patriota, para aplastarlo con el mayor número i dispersarle sus jinetes en todas direcciones.

Esta derrota de los granaderos, si bien no tenia consecuencias serias, era de efecto moral desastroso. Por eso Viel se rehizo con la mayor prontitud para seguir defendiendo la plaza. El soldado que

persiguió a Pico le arrebató el caballo, que trajo al campamento de los suyos. En una pequeña maleta que el comandante español llevaba a la grupa, se hallaron sus papeles i por eso se impuso Viel del peligro que corria la población de los Angeles si no se unia acto seguido a O'Carrol. En efecto, abandonó la defensa de Yumbel i corrió a Rere. Los dragones realistas ocuparon la plaza i cometieron como de costumbre actos de refinada crueldad.

Cuando Freire supo lo sucedido en Yumbel, despachó aceleradamente en la tarde del 20 hácia Rere una compañía de 50 cazadores de la escolta al mando de su comandante don José Maria de la Cruz. En la mañana del 21 este jefe se juntaba con O'Carrol. Como el último recibiera un propio de Viel, salieron en direccion a Yumbel con toda la fuerza disponible, a la que se incorporaron los 40 jinetes de don Luis Rios. En la tarde del mismo dia, las dos columnas se reunieron en San Cristóbal.

Miéntas tanto, no creyendo Pico decisiva su victoria, se corrió hacia el Laja con el propósito de esperar por ahí refuerzos que debian llegarle de distintos puntos de la frontera.

Despues de una disputa entre Viel i O'Carrol acerca de la primacía del mando en jefe, resuelta por una junta de guerra en favor del último, la división emprendió la marcha el 22 en busca de Pico. En la noche del mismo dia fué a detenerse a un paraje conocido con el nombre del Manzano, un poco al este del sitio en que hoi está la estacion de Yum-

bel. A corta distancia, tal vez a tres o cuatro cuadradas, se hallaba alojada la fuerza realista» (*Historia de la civilizacion de Araucanía*, por el autor, tomo III). Semejante falta de precaucion de dos divisiones en campaña para saber dónde están i a quién tienen cerca, dan testimonio de lo atrasados que se hallaban en esa época los servicios de seguridad i exploracion.

Cuando aclaraba el dia 23 de septiembre, Pico supo la presencia del enemigo a su mismo costado por unos milicianos que enlazaban en el campo algunas yeguas indómitas. Sus tropas preparaban en ese instante el rancho; ordena abandonar toda ocupacion, ensillar i montar a caballo en el acto. Formó dos columnas de caballería i colocó a retaguardia la infantería; en esta disposicion avanzó hácia el enemigo. Los patriotas, desplegados en batalla en una loma, lo recibieron con un vivo fuego. No encontrando ventajoso el terreno, emprendió la retirada por la márjen derecha del Laja, protegido por 40 dragones. Dos cañones i una compañía de infantes patriotas, lo molestan en un trecho mas o ménos largo.

Siguieron avanzando las tropas de Pico, i a la vista continuaron tras ella los patriotas. El jefe español, con una perspicacia digna de elojio, se proponia fatigar a sus perseguidores i engrosar su division a las pocas jornadas, propósitos que consiguió con toda fortuna. Esa misma noche se le habia reunido Bocardo, que venia con un grupo de indios i

le comunicaba la aproximacion de un refuerzo de araucanos i guerrillas que venia por el Biobío i el Duqueco. Los indios que venian a engrosar las filas de Pico, eran de las reducciones de Quilapalo i obedecian al famoso cacique Coliman, de Huinquen.

Los realistas caminaban con mas rapidez que los patriotas, por cuanto éstos se veian forzados a seguir la marcha lenta de los bueyes que arrastraban los cañones. Sin embargo, donde el terreno lo permitia, piquetes de ámbas divisiones se acometian con rápidos choques para replegarse inmediatamente a sus filas.

O'Carrol, seguro de la superioridad de su tropa i, en consecuencia, del éxito en el encuentro inevitable, caminaba con todo pensativo, casi abstraído. Supónese que el incidente con Viel lo habia impresionado desagradablemente. El dia trascurria en esta persecucion sin término; eran las dos de la tarde i los realistas no presentaban combate; los caballos comenzaban a fatigarse.

En el sitio llamado Pangal se reunieron a Pico cerca de 300 fusileros e indios llanistas que habian pasado por los vados de arriba del rio. Cambióse por esta circunstancia a su lado la superioridad del número.

Esos lugares de la márjen derecha del rio Laja son despejados, arenosos, por lo comun, solo con algunos grupos de árboles de poca elevacion que quitan al panorama el aspecto de una llanada con

ondulaciones: era el terreno mas apropiado para un encuentro.

Como a las dos leguas de esta marcha tan violenta i llena de zozobras, los patriotas estrechan la distancia con ánimo de obligar a los realistas a presentar batalla.

Pico acuerda con Zapata, el hombre de sus afeciones i de su confianza, un plan de ataque en una breve conversacion. Ordena en consecuencia, dar frente a retaguardia i desplegarse en línea de batalla con prontitud i resolucion no sospechada por los patriotas. Repuestos de su sorpresa, éstos estienen tambien su línea, que resulta mas estensa que la otra i por consiguiente ménos sólida para el empuje de los indios i de las guerrillas montadas. Los dragones, mandados por Acosta, ocupan el centro, los cazadores de Cruz la derecha, los granaderos de Viel la izquierda; la infantería i los cañones se ordenan para tomar el centro.

Las distancias se acortan. Picó prohibe disparar un solo tiro. Ordenó cargar de frente a su caballeria, que se vió obligada a detenerse por el fuego de los infantes patriotas. Los dragones no recibieron orden de acometer. Quedaron así algunos momentos ámbas caballerías separadas por algunos cuantos metros, los realistas enristradas sus lanzas i los patriotas con sus sables en guardia. Unos i otros se lanzaban denuestos. El guerrillero Zapata con vista i rapidez de águila, desfila hácia la derecha de los patriotas, la copa sin dificultad i cae por la retaguardia.

de los infantes i cañones. Los cazadores de Cruz se trasladan a la izquierda desmoralizados por este movimiento. Sus caballos se enredan en los lazos que arrastraban los cañones i se dan vuelta.

El escuadron de Ferrebú ataca la izquierda de Viel i la empuja al centro. Pico entretanto continúa su embestida por este lado. Cuando la lucha se habia jeneralizado, forma una segunda línea en en horca que rebasa los flancos patriotas, los entretiene i encierra. La derrota se pronuncia en pocos minutos, despues de un corto entrevero o choque a arma blanca.

Grupos de chilenos huyen en todas direcciones; presentan una resistencia tan heróica como inútil, como la del oficial de cazadores don Manuel Búlnes. Los indios lancean sin descanso, cebados en los rendidos; en este campo llano hacen funcionar el arma tan segura para ellos como sus lanzas, las boleadoras, que enredan las patas del caballo i lo derriban.

Entra en accion tambien el lazo para la caza de los fujitivos. Sobre la cabeza del mismo O'Carrol serpentea una lazada que envuelve sus brazos; un tiron violento lo arroja al suelo: habia sido Jervasio Alarcon el héroe de esta hazaña.

Llevado a presencia de Pico, le presentó sus felicitaciones por el valor de su tropa. El terco español le contestó con ironía: «son unos pobres huasos, señor», i lo mandó fusilar, ántes que a nadie por su calidad de extranjero.

Todo quedó en poder de los realistas, hombres,

armas i bagajes. Solo consiguieron escapar hácia Chillan el mayor Escribano con casi todo el escuadron de granaderos, Cruz hácia Concepcion con una buena parte de sus cazadores i unos pocos dragones que seguian al comandante Acosta i al mayor Ibáñez; Viel con una docena de sus soldados tomó el camino de Yumbel.

La persecucion de los derrotados se prolongó entre muchos incidentes de grupos i personales, por espacio de tres leguas, i a no haberse fatigado los caballos de los vencedores, la matanza habria tomado proporciones mayores.

Cupo participacion principal en la victoria al comandante Zapata, a los jefes de escuadron Ferrebú i al capitan Agustin Rojas. Pico recomienda tambien por su valor al cura Ferrebú.

Solamente pereció el jóven oficial Zorondo, de los Anjeles, que se apartó demasiado de los suyos en la persecucion (Ministerio de la guerra. Biblioteca Nacional, partes de Benavides al virrei Pezuela).

Todo el peso de la matanza recayó sobre los infantes i los artilleros; quedaron en el campo del Pangal 300 cadáveres patriotas, despojados de sus ropas i armas por los indios i montoneros. Pico ordenó su division, que habia experimentado pocas pérdidas, i siguió rio abajo para atravesarlo en el pasaje de Curanilahue, como a 8 o 9 kilómetros al este del salto del Laja.

La noticia de esta derrota circuló como un rayo

en la provincia de Concepcion al dia siguiente; la consternacion conturbó los ánimos i hasta el mismo Freire que supo la noticia la noche del 23, se sintió profundamente impresionado. Preveia desastrosas consecuencias, porque antes habia ordenado a Alcázar que se replegase a Chillan, protegido por la caballería destruida en el Pangal.

El 24 de septiembre Alcázar dió cumplimiento a la órden, prévia junta de jefes i oficiales. El 25 salieron de la poblacion las tropas i las familias que huian presurosas temiendo caer en manos de los indios montoneros. Como mil civiles de todas edades i condicion social, seguian a la division de Alcázar. Militares i paisanos iban a pié, porque jefes i oficiales ocupaban unos cuantos malos caballos i los soldados enfermos, seis carretas. El itinerario de Alcázar era pasar el Laja por el vado de Tarpellanca i dirigirse a Yumbel o acercarse a Concepcion, para lo cual contaba con ser protegido por la caballería.

Benavides, que sabia la inmovilidad de Freire en Concepcion, resolvió juntarse a la division de Pico para operar unidos e irresistibles sobre la frontera. El 23 llegó al Biobío por el vado de Tanahuillin, cerca de Gomero. Sabedor aquí de la victoria, pasó el rio i se dirijió a la hacienda de San Cristóbal, donde se encontraba una columna de vanguardia de la division de Pico. El 25 se verificó la union del ejército realista. Pico recibió a Benavides con salvas de los cañones quitados en Pangal, los cuales.

hacian vibrar de orgullo i entusiasmo a los vencedores, que prorrumpian en «vivas» al rei. Agració aquél a su segundo con el título de coronel del ejercito real.

Ahí mismo se acordó avanzar sobre los Anjeles, que no podria resistir a las fuerzas realistas de 2,400 soldados de línea, montoneros e indios auxiliares.

En la mañana del 26 de septiembre Alcázar llegó al paso de Tarpellanca, como a diez kilómetros al oriente de San Rosendo. Estiéndese ahí el rio i deja, como todas las grandes corrientes de la frontera, un islote en medio de las aguas. Dispuso que sin perder un instante se diera principio al paseje del rio.

La tropa i la jente que que huia de los Anjeles lograron ganar el islote. Preparábanse para atravesar el otro brazo cuando se presentan de repente avanzadas de Benavides, quien, al saber la retirada de Alcázar, habia corrido a cojerlo en su marcha.

La columna del mariscal se componia de 330 hombres del batallon número 1 de cazadores, 50 de caballería i como 200 indios de Santa Fé, adictos al gobierno desde el principio de la revolucion, i de la seccion de Angol, de los que seguian a Colipi. Tan pronto como nota la presencia del enemigo el viejo animoso, reliquia del ejército del sur i personificacion de esos militares sufridos i resignados, toma las medidas necesarias para la defensa. De los equipajes i monturas forma un parapeto. Be-

navides dispone que Pico cargase por el izquierdo i Bocardo por el centro. Dos piezas de artillería de campaña, sostenidas por un escuadron a las órdenes de Antonio Carrero, harian fuego sobre la isla. A las dos de la tarde se rompe el fuego. A pesar de su inferioridad numérica, Alcázar contuvo a los realista, que en canoas i balsas llegaban al islote i cruzaban sus armas con los patriotas. Algunos soldados realistas, con el agua hasta la cintura, ejecutaban furiosas cargas a la bayoneta i los indios metíanse tambien al rio para arrebatat mujeres i niños. La noche puso fin a la contienda. Los patriotas no soltaron sus armas de las manos i Benavides repartió las fuerzas de su mando de manera que no pudiera fugarse la columna sitiada.

Pico, siempre activo i previsor, habia ganado la orilla opuesta del rio en medio de las balas de los patriotas.

La batalla quedaba indecisa, pero el terror se apoderaba de los civiles i de las tropas de Alcázar i la catástrofe iba de consumarse a las orillas del rio.

Benavides habia perdido ya al capitan Henriquez, 14 infantes, 17 dragones, 2 capitanes *conas* i 17 naturales de Arauco.

Los indios angolinos i de Santa Fé que estaban con Alcázar, pelearon con denuedo al lado de sus aliados, encabezados por los caciques Quilapi, Millaleo i Meligür.

En la noche pasó del islote al campamento de Be-

navides, acaso por salvar su vida que por otro móvil de altruismo, el vecino de los Angeles don José Antonio Pando i lo impuso de la situacion desesperada de los patriotas i de lo fácil de llegar con ellos a una capitulacion. Aceptó el parecer i envió al comandante de milicias don Felipe Díaz de Lavandero con instrucciones sobre el particular. Alcázar aceptó á su vez la capitulacion, no por miedo sino por falta de municiones i por salvar de la deshonra i del cautiverio a las familias que se habian confiado a su proteccion i que en la pelea habian manifestado una resolucion espartana ayudando a romper los cartuchos a los soldados. Solo resistió una tregua el comandante don Gaspar Ruiz, segundo de Alcázar i su amigo íntimo.

Al dia siguiente comenzó el desarme, que partia el alma de los patriotas i llenaba de alegría a los realistas. Los prisioneros fueron conducidos al campamento de San Cristóbal.

Pronto comenzó la violacion del tratado. Los arribanos, con Mangin a la cabeza, habian llegado a tiempo. Fueron ellos los que se lanzaron contra los indios amigos de Alcázar i esterminaron a los que no pudieron huir. Esta fué la señal de la matanza. Benavides hizo morir a sable i a lanza, cerca de la casa en que se hallaba, a los paisanos mas conocidos por sus ideas repúblicas (1).

(1) Muchos vecinos hallaron en la fuga su salvacion. Entre ellos se cuenta don José Ignacio Ruiz, que se arrojó al

En seguida ordenó que los militares fuesen trasladados a Arauco, pero en las cercanías de su campamento perecieron a sable i lanza en manos de los montoneros i de los indios que los escoltaban. De manera tan ingnomiosa i aleve murieron los capitanes Flores, Reyes, Aros i Gomez; los tenientes Durac, Caballero, los dos hermanos Rios i Canto, Orrego i Melo; los subtenientes Figueroa, Villanueva, Rios i Cantuarias; abanderados Romero i Ramírez i el cirujano Juan Ruedas. Sus hábitos salvaron de la muerte al capellan frai Bernabé Castro.

La tropa quedó agregada a los cuerpos de fusileros realistas (Ministerio de la guerra. Biblioteca Nacional, parte de Benavides de Pezuela).

Alcázar i Ruiz tuvieron un fin mas desgraciado. Los indios pidieron al *toquiquetu* (jeneral) que tantas veces los hizo temblar de terror i huir a sus montañas. Despues de obligarlos a presenciar la muerte de los oficiales, los amarraron a sus caballos, como era costumbre con los prisioneros i los condujeron por donde estaban los indios, los cuales al tenerlos a su alcance, los acribillaron a lanzazos. El primero en acometer a Alcázar fué el cacique Catrileo, de Puren, el enemigo de los Colipi en esa rejion.

Así sucumbió el mas antiguo i meritorio de los je-

rio a caballo. Casado con doña Manuela Riquelme, hermana del jeneral de este apellido, se radicó en el pueblo de Curicó, donde se habian establecido las familias del sur Roa, Merino, Rodríguez i Riquelme.

nerales de la patria, el que en 1796 era ya capitán de dragones de la frontera, a la edad de 44 años i 31 de servicios (1). Desde 1811, fecha en que condujo a Buenos Aires la columna de auxiliares chilenos, hasta su muerte, había asistido a todas las campañas de la revolución independiente, distinguiéndose por su incomparable denuedo, por su actividad i costumbre de organizar tropas.

El comandante Thompson del número 1 abandonó su batallón desde que comenzó el combate, por lo que se le procesó i redujo a prisión. El ayudante Uribe que hizo lo mismo, pereció ahogado en el Laja.

Los niños i las mujeres cayeron en manos de los indios, los cuales, como se ha dicho, tuvieron particular interés en apropiarse de las últimas para venderlas o aumentar el número de las ya compradas. La posesión de una mujer de origen español halagaba la vanidad del araucano; era elogio decir de un cacique «tiene una señora por mujer», *chiñura piñom niei*.

Algunos de estos niños crecieron entre los indios i fueron rescatados años después. Las mujeres, algunas de condición no inferior, pasaron a aumentar las del cacique raptor i murieron en las reducciones con una descendencia indígena ya perdida en los

(1) La familia de Alcázar se estinguió en Curicó. Ahí murió su hijo don Antonio Alcázar i Sumelzu, militar que hizo la campaña del 38 al Perú, i su nieto don Evaristo Alcázar, comerciante.

nombres araucanos, otras, al ser rescatadas, preferían quedarse entre los indios para no pasar por la vergüenza de que se le señalara en tierra de cristianos con apodosos humillantes.

De su cautiverio, rescate o fuga quedan tradiciones entre los araucanos.

La relacion de una dará a conocer la odisea de lágrimas i desventuras de estas desgraciadas. Una de las que cayeron en Tarpellanca, mujer jóven i bien parecida, de apellido Sandoval, fué a dar a una *ruca* de los caciques de Temuco, lugar situado entre el Cautin i Tromen. Ni la maternidad, indiferente, odiada quizas por ella, le hizo agradable o la encadenó a la vida indíjena. No ajitaba su alma otra idea que el recuerdo de su familia, ni abrigaba otra aspiracion que volver al seno de los suyos. El cacique su dueño, el que la habia tomado o comprado en los dias de esas jornadas tristes de la patria, la hizo su mujer predilecta i la encargaba de continuo a la mas antigua, la jefe del hogar araucano.

Esta preferencia despertó [los celos de las otras mujeres, los celos bárbaros, que tienen una intensidad tan honda i una tendencia tan marcada al instinto material. Mil asechanzas amenazaban la existencia de la cautiva, escudada solo por la afeccion del cacique.

Un moceton del grupo vecino se interesa por hacerla suya. Las mujeres se aunan para incitarla a caer en una pendiente que le habria costado la vida, por venganza de su poseedor: dan ocasiones

al galan, rodean a la chilena, prométenle el secreto. El cacique, al fin, sospecha los propósitos de quien desea hacerle un robo, el mas infame de los atentados contra la propiedad. Guarda silencio, porque el indio es caviloso i oculta con teson sus designios de venganza, se encierra en sí mismo.

En un juego de chueca asalta i hiere al moceton, estimulado por los celos i el alcohol. Un *malon* era inevitable. Temiéndolo, trasporta a la chilena a tierras lejanas de unos parientes. El *malon* llega pero la mujer no está ahí; se ha salvado. A los seis meses, cuando el negocio se hubo arreglado, vuelve a la vivienda primitiva.

Continúa la ira del serrallo del cacique i se estien- de poco a poco a la comunidad del grupo. Las *machis* miran de reojo a la chilena i únicamente se contienen en imputarle un daño por temor al cacique.

Han trascurrido cinco años de cautiverio. Un dia llega la noticia de que un mensajero indio viene a la agrupacion con un misterioso encargo de la tierra de los españoles. Sospecha el cacique de lo que se trata e interna a la señora a otra parcialidad. Llega el emisario. Espone que viene a pagar el rescate de la chilena, comisionado por su padre, que espera en Nacimiento. El cacique le dice que hace tiempo la vendió a un jefe del otro lado de los Andes, le señala sus mujeres i da al intermediario algunos animales para el padre de la chilena como valor equivalente recibido por ella.

Han trascurrido seis años. El jefe se alista para una gran escursion a la Arjentina. Antes de partir encarga vijilancia a la mujer mas antigua.

Una noche la chilena rompe cautelosamente la parte pajiza de la vivienda frente a su lecho; sale al campo, que conoce en sus detalles, se hunde en las sombras de la oscuridad i huye por quebradas, cerros i sendas. Al pasar por alguna habitacion de indios, se desliza, se arrastra por el suelo para que el ladrido de los perros no despierte a la jente.

La luz del dia siguiente la encuentra léjos, mui léjos de la vivienda de su dueño. Su traje i habla araucanos le facilitan la compañía de un indio montado, que la conduce, con esperanza de pago, a casa de un cacique amigo de Venancio i de los chilenos patriotas, refujio seguro contra *malones* i perseguidores. Coñoopan se hallaba en esta fecha vencedor i temido.

Cuando las primeras luces del dia penetran a la ruca de la mujer fugada, se nota la ausencia de la española, como dice el indio. Un movimiento inusitado se advierte en los contornos de la vivienda: unos buscan el rastro, la mujer mas antigua da órdenes i otros suben rápidamente a sus caballos i se lanzan por caminos i senderos. Solo las mujeres del cacique manifiestan una secreta complacencia por la fuga i esclaman:» ¿para que buscan a esa perra?» La comunidad parecía participar de este desprecio. Al medio dia vuelven los persegui-

dores. Era tarde; la española había ganado campo enemigo.

Venancio la devuelve en la primera oportunidad al hogar de sus padres, a los Anjeles (Comunicado al autor por descendientes del cacique poseedor de la mujer).

El cacique Nahuelhuen, de estas mismas indias de Temuco, cautivó en Chillan una española que adoptó por esposa. Muerto en la Argentina, uno de sus mocetones llamado Callfu, la obtuvo por mujer. Proviene de esta union la familia indígena de los Llanquihuen (Datos de un descendiente de Nahuelhuen).



ARAUCANO ANTIGUO



CAPITULO V.

LAS DERROTAS REALISTAS

Freire abandona a Concepcion i se fortifica en Talcahuano.—Benavides ocupa la ciudad.—Medidas que toma.—Pide refuerzos al virrei del Perú para apoderarse de todo el pais.—Pánico en los pueblos i tropas adictas a la patria.—Viel i Arriagada abandonan las plazas de Chillan i San Cárlos.—Las montoneras de Pincheira las ocupan.—Las recuperan en seguida.—Renuncia de Viel por la falta de auxilios.—Penuria del gobierno para atender la defensa del sur.—Se organiza una segunda division del sur.—Se entrega su comando al coronel don Joaquin Prieto.—Plan de movilizacion.—Envío de auxilios a Freire.—Errores militares de Benavides.—Destaca a la zona del Ñuble a Zapata.—La psicología de este guerrillero.—La Araucanía despues de las victorias de los realistas.—Combate de Cocharcas.—Situacion afflictiva de Freire en Talcahuano.—Combate de las vegas de Talcahuano.—Batalla de la Alameda de Concepcion.—Fuga de Benavides.—Renuncia.

Freire el mando del ejército.—Benavides propone un armisticio.—Campaña asoladora de Pico al norte.—Batalla del río Chillán.—Muerte de Zapata.—Retirada de los indios.

El mariscal Freire, tantos días en la incertidumbre por el resultado del encuentro inevitable de O'Carroll con los realistas, supo en la media noche del mismo día 23 de septiembre la derrota del Pangal, que le comunicó el comandante de armas de Rere, don José Tejada.

La noticia de un desastre de tal magnitud, que no entraba en sus cálculos militares, le causó una honda emoción que abatió su espíritu hasta la desorientación i la incertidumbre. Sin embargo, en momentos tan críticos i de tanta responsabilidad, no habría sido cuerdo ni digno de un jefe de su temple i experiencia cruzarse de brazos. Esa misma noche comunicó al director supremo O'Higgins el revés que habían sufrido las armas de la república, lo instaba a que tomase el mando de las fuerzas disponibles en el norte i atajara al enemigo en la línea del Maule, mientras él se replegaba también a esa barrera estratégica.

Al día siguiente comenzó a tomar las medidas que la gravedad de las circunstancias exigían: hizo salir de avanzada hacia Hualqui al comandante Cruz, que se había replegado a Concepción, para que observara el avance de Benavides. Su objetivo principal consistía ahora en salvar al mariscal Alcazar en los Anjeles.

Freire vacilaba en presencia del peligro inminente; convencido el mismo día 24 de septiembre de que no podía detener la marcha triunfal de Benavides hacia Concepcion por falta de caballería, se resolvió a evacuar esta ciudad i encerrarse en las fortificaciones de Talcahuano.

El día 26, cuando ya tenia la certidumbre de que Alcázar marchaba en retirada hacia el Laja, reiteró al director supremo su peticion de auxiliarlo en trance tan apurado, su insinuacion de que se pusiera en campaña personalmente i su propósito de retirarse a las orillas del Maule, si se perdía la plaza de los Angeles. Le indicaba al propio tiempo la necesidad de enviar a Talcahuano dos o tres embarcaciones en qué salvar a las familias refugiadas dentro de los muros.

El 27 decretó la evacuacion de la ciudad, que comenzó a efectuarse inmediatamente. La capital del sur, centro desde el principio de la guerra de la independencia de las fuerzas beligerantes, habia sufrido a menudo las consecuencias de ocupaciones militares i del éxodo consiguiente de las familias. Ahora inspiraban tal terror el desenfreno de los montoneros i el afan de los araucanos de tomar mujeres i niños, que no quedó en la poblacion ninguno de sus habitantes reconocido como partidario de la república.

El mismo día 27 de septiembre ordenó el comandante Viel, al mando de un destacamento de caballería, ocupar la villa de Quirihue, con encargo de

engrosar su tropa con los milicianos de ese distrito para defender la ciudad de Chillan, si la amagaba alguna partida realista.

El 28 le comunicaba al comandante Cruz desde Hualqui la presencia en Gomero de algunas avanzadas del ejército de Benavides, al parecer ya dueño de Yumbel i Rere. El jeneral patriota se resolvió a cerrarles el paso con una division combinada; pero en el momento de partir, en la mañana del 29, llega a Concepcion el comandante Thompson, despues de muchos peligros i peripecias en su viaje, e informa a Freire del combate de Tarpellanca i de la probable derrota de Alcázar. Justifica su conducta con la excusa de haber sido «cortado» al iniciarse la accion. El jeneral manda ponerle una barra de grillos i someterlo a juicio, por los delitos de cobardía i desercion al frente del enemigo. De su prision de Talcahuano fué llevado por mar a Santiago, donde lo absolvió un consejo de guerra; continuó prestando servicios positivos en el ejército hasta el año de su fallecimiento, 1843.

Freire varió de plan con la noticia traída por Thompson. Toda tentativa de atajar a Benavides en su marcha a Concepcion parecia inútil; dispuso, en consecuencia, apresurar la concentracion en Talcahuano.

El 30 de septiembre el jefe de las montoneras e indiadas ocupaba el villorrio de Hualqui i el 1.º de octubre sus avanzadas se dejaron ver en las cercanías de Concepcion; a su aproximacion, el coman-

dante Cruz se retiró con la caballería a Talcahuano. El 2 de octubre de 1820 la estrella de Benavides marca el punto mas elevado de su gloria militar: en este dia ocupó, como un jeneral vencedor, la ciudad en cuyos cuarteles i tugurios se habian deslizado los mejores años de su juventud. Alojóse en la casa de gobierno i agregó a su título de comandante en jefe del ejército del rei, el de intendente de la providencia de Concepcion.

El jeneral Freire se ocupó en Talcahuano en restablecer algunas obras de defensa que existian en la plaza cuando se fortificó en ella Ordóñez, trabajos que ejecutaban a la vez la tropa, los civiles i hasta las mujeres i los niños. Hizo abrir los fosos cegados que existian desde la bahía hasta la caleta vecina de San Vicente i construir otra línea de doce reductos provisionales, que artilló con catorce cañones; armó, por último, una lancha cañonera para el servicio de vijía del puerto.

Las fuerzas defensoras de la plaza formaban una division de las tres armas capaz de contener al engraido Benavides. Componíanla los batallones de infantería veterana 1 i 3, i otro de milicias, 65 artilleros, que mandaba el mayor don Ramon Picarte, el capitan don Gregorio Amunátegui, tenientes José Alejo Oyangúren i Pedro Nolasco Uriarte, alféreces Rafael Dueñas i Manuel Figueroa; 92 individuos del rejimiento de caballería cazadores de la escolta directorial i 48 dragones de la patria. Encontrábase tambien dentro del recinto parte de la 2.^a compañía

del número 1 de Coquimbo, destacada en Hualqui desde ántes de Tarpellanca, fraccion que mandaban el teniente 2.º Francisco Porras i el subteniente Rafael Flores.

Formaban parte, por último, de la division el batallon de infantería n.º 2 de guardias nacionales de Concepcion, los escuadrones de caballería cívica recién formados i una compañía de caballería de plaza (Biblioteca Nacional, archivo de la contaduría. Listas de la revista pasada en Talcahuano en el mes de octubre, por el comisario don Pedro J. del Rio).

Pero, si esta division constituia un poder militar efectivo en número i ánimo, se hallaba, en cambio, en un pié incompleto porque carecia de municiones, víveres i otros elementos indispensables para una defensa prolongada. Embarazaban su accion, por otra parte, i consumian sus escasas provisiones, los emigrados que habian ido a cobijarse bajo el amparo de las bayonetas de la patria.

Con los obstáculos consiguientes a la ocupacion de caminos i pueblos por las montoneras, Freire no cesaba de enviar comunicaciones al director supremo, en que le pedia con todo apremio que viniese en socorro de la provincia i le remitiera por mar los recursos necesarios a la defensa. A fin de obtener una pronta i favorable resolucion a este respecto, despachó para la capital, en un buque pequeño que le habia traído algunos víveres, al asesor letrado de

la intendencia don José Gabriel Palma i a don Pedro Zañartu, alcalde de Concepcion.

Dueño de Concepcion, Benávides pretendió reaccionar acerca de la libertad que habia concedido a sus bandas de montoneros i de indios para saquear i matar. Pero tal intento no pasaba mas allá de una *simple fórmula*, pues ni él tendria carácter para sostenerse en sus propósitos, ni sus tropas colecticias, disciplina para respetarlo: desterrar un hábito arraigado ya, sobre ser obra larga i sistemada, podia esponerlo a un desbando.

El 4 de octubre dictó, fiel al plan de orden que se habia propuesto, un bando en que otorgaba a nombre del rei un indulto jeneral a los que se presentasen en el término de tres dias, «aun cuando hubiesen cometido los mas graves crímenes, incluyendo en esta gracia a todo desertor del ejército real, como de los enemigos, que serán incorporados en los cuerpos militares». Ordenaba, ademas, entregar los bienes de los insurjentes o dar noticias de ellos, con gratificacion de la tercera parte para el delator i el de su libertad si era esclavo. Los contraventores de esta orden fueron conminados con la pena de «ser pasados por las armas». Igual castigo tendrian los que no entregaran las armas que tenian en su poder, de fuego o blancas. Prometia, por último, garantías a las personas que regresaran a sus hogares.

El 12 del mismo mes publicó otro bando en que amenazaba con graves penas a quienes insultaran.

de palabra o de hecho a los que habian pertenecido a la causa de la república, i a los individuos que cometiesen exacciones en las casas i haciendas sin órden competente. Ofrecia a los que tenian vinculaciones con los patriotas salvoconducto, para que se trasladaran a Talcahuano o Santiago, siendo protegidos por las avanzadas i partidas hasta salir fuera de la línea del ejército (Bandos publicados en el apéndice de *La Guerra a muerte*).

Aparentando ceñirse estrictamente a los bandos i órdenes jenerales que habia dictado, hizo fusilar por robos, desórdenes i desercion a unos cuantos infelices soldados, pero se abstuvo de aplicar la misma severidad a los capitanejos de su ejército, quienes continuaron como siempre dando libre curso a sus pasiones brutales, tomando víveres, mercancías i animales con pretexto de estar destinados a las necesidades de las tropas del rei e imponiendo servicios obligatorios para el transporte acelerado. Los que dieron crédito a las promesas de los bandos i solicitaron pasaportes, sufrieron toda clase de vejaciones. Tanto abuso i atropello acabaron de producir en campos i poblados un profundo terror.

Benavides creó una junta de secuestros para apoderarse de las propiedades de los patriotas i distribuir las entre los mas teñidos partidarios de la monarquía. Componíanla don Juan Antonio Rodríguez, el padre franciscano Isidro Vásquez i el cuñado de Benavides, Pedro Ferrer. Esta junta asignó al coronel, primer comandante del rejimiento



PEHUENCHES DEL LADO ARGENTINO

de infantería montada i jefe de la vanguardia del ejército real, don Vicente Antonio Bocardo, la estancia del insurjente don José María Vásquez, a quien se acusaba de haber irrogado perjuicios en los bienes de aquél. Impuso, además, el comandante jeneral de los realistas contribuciones forzosas i contrajo empréstitos, a los cuales respondia con créditos contra el tesoro real. Como escaseaba la moneda corriente, exijia plata chafalonía, avaluada a nueve pesos por marco. Ordenó, asimismo, una colecta de aguardientes, vinos, trigo i otros cereales para espendarlos en la tesorería de la provincia en calidad de especies estancadas, i lo que es mas, del plomo i fierro diseminado en la ciudad, sin escluir ventananas, rejas i cerraduras de puertas.

Se comprende lo violenta que debia ser la aplicacion de estos cupos de guerra.

A estos recursos así allegados, para lo que se avenia primorosamente la aptitud al detalle de Benavides, se juntó el pequeño socorro que le envió el virrei del Perú en el buque ingles *President*, que vino a las costas del sur a buscar trigo a mediados de octubre. Dió gran estrépito al arribo de este barco i echó a circular que era el primero de una série que le traeria sobrados auxilios de hombres, armas i provisiones. Remitió en esta fragata, que no tocó en el Perú sino que se dirijió a Inglaterra, una correspondencia minuciosa al virrei, la cual cayó en aquel pais en manos del representante chileno don Antonio José de Irisarri (Esta correspon-

dencia se halla en la seccion de manuscritos de la Biblioteca Nacional).

En esa comunicacion apremiaba Benavides al virrei por el envío de refuerzos, con los cuales se comprometia, ofreciendo su garganta en garantía, a reconquistar «en breve término i sin ninguna duda la capital de Santiago i todo el reino».

El afan primordial de Benavides era incrementar sus fuerzas. Con este fin creó un nuevo cuerpo de infantería que se denominó Batallon de la Concordia de Concepcion, en recuerdo del que llevó en Lima el mismo nombre en tiempo del virrei Abascal.

Segun los estados que Benavides pasó al virrei Pezuela, con fecha 12 de noviembre de 1820, su ejército constaba de estos cuerpos:

Real cuerpo de artillería	46	hombres
Rejimiento de artillería montada . .	905	»
Id. de dragones de nueva creacion	800	»
Doce escuadrones de milicias disciplinadas	2,400	»
Batallon de la Concordia de Concepcion	400	»
	<hr/>	
	4,551	hombres

Segun la informacion de historiadores i militares contemporáneos a estos sucesos, Benavides mentia al virrei al presentarle un cuadro a todas luces exa-

jerado, sin disputa, para interesarlo en su fantástica empresa de conquista. El efectivo de su ejército no pasaba de 2,200 hombres, la mitad de tropas medianamente regularizadas i la otra de columnas móviles de guerrilleros e indíjenas. Carecia, por lo tanto, esta unidad armada de homojeneidad, que es la base de una organizacion eficaz. Tampoco recibian remuneracion pecuniaria estas tropas, fuera de los soldados del batallon prisionero número 1 de cazadores, cuya fidelidad se queria asegurar con la gratificacion de un real diario.

Sobre el mayor número, los realistas tenian en su favor el factor moral del éxito. Las poblaciones del norte se hallaban, en efecto, poseidas de un verdadero pavor, i lo que era mas peligroso para las próximas operaciones, igual estado de alma aflijia a los milicianos, que constituian por el momento la unidad mayor en la zona estratégica del Itata al Ñuble.

Aunque el gobernador de Chillan don Pedro Ramon Arriagada se prevenia de antemano a la defensa de esta ciudad, los sucesos desgraciados del sur desbarataron sus planes. Viéndose amenazado de un peligro cercano e inafrontable, instó al comandante Viel, destacado en Quirihue, a que se le uniera sin dilacion con los 85 granaderos que mandaba. En conformidad a las instrucciones que este jefe tenia del jeneral Freire, se trasladó con rapidez a Chillan, donde llegó el 2 de octubre.

Los granaderos i los escuadrones de milicias a las órdenes de Arriagada, sumaban cerca de 1,000

hombres. Tal era el pánico que dominaba a los últimos, que ni la presencia de una columna regular i aguerrida contuvo la desercion que desde dias atras venia verificándose. A fin de precaverse de esta desbandada de milicianos, los dos jefes se vieron precisados a correrse al norte; así creian alargar la distancia de las montoneras tan temidas a las milicias i quedar en mejor situacion de recibir los refuerzos de Santiago. El 3 de octubre abandonaron la poblacion i en la noche de este dia llegaban a San Carlos.

Desprendióse de aquí Arriagada en direccion al norte, para reunir algunos auxiliares ménos desmoralizados.

En San Carlos continuó la desercion; en la noche del 5 de octubre se fugaron 37 individuos de la infantería de Chillan i todas las milicias de Cauquenes. Temió Viel que este desbande tomara las proporciones de una huida jeneral i el 6 de octubre avanzó hasta el pueblo del Parral.

Solo quedan disponibles los granaderos, un escuadron de las milicias de Quirihue i una pequeña columna de voluntarios formada en Chillan, en la que se habian afiliado individuos de malos antecedentes i, por lo tanto, sospechosos e inútiles para una campaña que requeria una disciplina bien probada.

Tan pronto como los caudillos de las montoneras de esa zona tuvieron conocimiento de que las poblaciones de Chillan i San Carlos se hallaban des-

guarnecidas, bajaron de la montaña i cayeron sobre la primera, acaudilladas por Antonio Pincheira. Su secuaz Herмосilla se adelantó sobre San Carlos i se posesionó del pueblo indefenso. A esta fácil ocupacion siguió el saqueo, la muerte i el incendio, complemento obligado del éxito de estas bandas de malhechores e indíjenas serranos. Los dos pueblos fueron materialmente destrozados.

Flaqueó en esta ocasion el ánimo del aguerrido comandante Viel i pensó en retroceder a la línea del Maule; pero, disuadiéronlo de tal intento los consejos de algunos patriotas, en especial los del gobernador del Parral don Jacinto Urrutia, i la noticia de que venia en su auxilio un escuadron miliciano de 200 hombres. Era esta la verdad; mas el miedo a las guerrillas del sur, como el viento de esa latitud, habia llegado hasta las orillas del Maule i a su impulso incontinente, desertaron en el trayecto de Talca a Linares 150 de aquellos lanceros.

Sin embargo, la inmovilidad de los montoneros, hizo comprender a Viel i Arriagada que no habian sido auxiliados por Benavides i se prepararon a atacarlas. Arriagada se adelantó a mediados de octubre hácia San Carlos con 150 hombres i ocupó la plaza sin la menor resistencia. El dia 17 Viel recuperó la ciudad de Chillan, abandonada por los montoneros. Herмосilla i Pincheira tomaron la direccion de la montaña, por Pumuyeto, ribera sur de Ñuble a pocos kilómetros al sureste de San Carlos. Perseguidos de cerca, fueron dejando por el

camino algunos rezagados i no escasa porcion del botin que habian acumulado.

Aumentaron las fuerzas de Viel despues de esta jornada a 104 soldados regulares i 719 milicianos. Con este incremento i la fuga del enemigo, levantóse el espíritu de la tropa, i la serenidad, tanto tiempo perdida en las filas, fué reapareciendo paulatinamente.

Con todo, se vieron precisados a retroceder de nuevo a San Carlos, por la escasez de pasto i de recursos en que las montoneras habian dejado la comarca de Chillan, por la noticia de que Benavides se corria hácia el norte por la costa i para acercarse a los refuerzos que se esperaban de Santiago i que se pedian con cansada insistencia desde la derrota de Pangal.

Exasperado Viel con esa guerra de merodeo, que no se avenia con sus hábitos de militar de escuela europea i, sobre todo, con la negligencia para enviarle socorros, elevó la renuncia de su puesto de comandante en jefe de esa zona estratéjica, por intermedio de la comandancia de armas de Talca, en términos que envolvian un reproche al gobierno.

La situacion del pais era de tal manera aflictiva en esta época, que todo cargo que se formulara al gobierno por no enviar auxilios al sur, carecia de fundamento serio. Un prolijo análisis de los hechos así lo demuestra. Véase asediado el director supremo O'Higgins de todas partes donde las armas de la república estaban en accion: la espedicion liberta-

dora del Perú habia agotado al pais de soldados i recursos, i al desembarcar San Martin en Pisco, pedía con premura víveres para su ejército; el gobernador militar de Valdivia, don Cayetano Letelier, temia una invasion de Quintanilla, dueño de Chiloé, i solicitaba tambien socorros, que se le remitieron en la corbeta «Chacabuco», destinada al resguardo del puerto; las autoridades de la provincia de Cuyo mandaban, asimismo, al emisario teniente coronel don Manuel Corbalan en busca de auxilios para contener a las partidas de Carrera, los cuales se concedieron con la liberalidad posible i un subsidio pecuniario de dos mil pesos al contado i mil mensuales por el término de un año; Freire, profundamente enconado por el abandono en que se le tenia en Talcahuano, exijia tropas, municiones i bastimentos; Viel apremiaba a su vez desde el canton de Ñuble al gobierno por el envío de los elementos de guerra indispensables; Santiago i algunas poblaciones secundarias necesitaban, por último, el respeto de la fuerza armada para ahuyentar a los grupos de malhechores i prevenir las perturbaciones propias de un período de organizacion (Archivo del ministerio de la guerra).

Las noticias de los sucesos del sur, aminorados al principio, llegaron al fin a Santiago en sus verdaderas proporciones i obligaron a los poderes públicos a preocuparse de la defensa de la república en la frontera. O'Higgins pidió al senado que le concediera facultades extraordinarias en una emerjen-

cia tan grave, solicitud que la corporacion despachó sin demora el 3 de octubre.

El director supremo se dedicó en el acto a formar una division auxiliar del ejército del sur i a recojer los elementos necesarios para equiparla. Se pidió el concurso público en suscripciones de dinero i caballos, que no se dejó esperar en forma que superó a las esperanzas de O'Higgins i al agotamiento nacional (Listas que existen en la Biblioteca Nacional, archivo de la contaduría).

Entre los pueblos del sur sobresalió Cauquenes por su liberalidad para socorrer al ejército en compañía con milicias, víveres i animales. Pagaba el vecindario a las partidas de milicianos, asignando 4 pesos a los soldados, 5 a los cabos, 6 a los sarjentos i 15 i 20 a los oficiales; compraba los caballos a 8 pesos, las mulas a 10, las reses de matanza a 8, los bueyes a 10, las ovejas a 2 i la fanega de harina tostada a 12 reales (Gaceta Ministerial N.º 4 de 1821).

La nueva unidad que se organizó con tanta prisa, titulada «segunda division de operaciones del sur», constaba de estos cuerpos.

Un batallon de infantería, que se formó con la mitad del cuerpo cívico de Santiago «infantes de la patria» i todo el de Talca, en buen pié en esa fecha; mandábalo el comandante don Santiago Pérez García, natural de Arequipa.

Cuatro piezas de artillería, mandadas por el capitán don Domingo Márquez, «oficial de mérito que

habia ascendido de soldado i murió de fraile».

Cuarto escuadron de los cazadores de la escolta directorial, mandado por el mayor don José María Boil, argentino, i con las compañías 1^a i 2^a bajo las órdenes, respectivamente, de los capitanes Salvador Puga i Luis del Rio.

Segundo escuadron de dragones de la patria, que se formó con la base de la compañía de plaza de Santiago o policia de seguridad i se puso bajo la direccion del teniente coronel don Domingo Torres, oriental, con la siguiente oficialidad.

1.^a COMPAÑIA.

Capitan, don José María Luque.

Teniente, » Antonio Espinosa.

Alférez, » Fernando Hermosilla.

Cadete, » José Santiago Zenteno.

2.^a COMPAÑIA

Capitan, don Francisco Búlnes.

Teniente, » Juan N. Franco.

» » Manuel Zañartu.

Alférez, » Francisco Saavedra.

Pertenecian, por último, a la segunda division del sur los escuadrones del rejimiento de milicias de San Fernando, dedicados de preferencia a la conduccion del parque i el equipaje.

Entregó el gobierno el comando de este cuerpo de ejército al coronel de artillería don Joaquin Prieto.

Era natural este jefe de la ciudad de Concepcion, i desde su juventud se habia dedicado a la carrera militar. Como oficial de milicias se incorporó a la espedicion del coronel don Luis de la Cruz al traves de la cordillera i de las pampas hasta Buenos Aires. En 1811 regresó a Chile en la columna auxiliar que llevó a la Arjentina el coronel Alcázar i tomó parte en las campañas del primer período de la revolucion chilena.

El descalabro de Rancagua lo arrastró a Mendoza, donde se afilió en el arma de artillería al ejército libertador. En los momentos inciertos de Maipo, Prieto atrincheraba el cuadro de la plaza de Santiago, entregada a su pericia de artillero. En los empleos de comandante de armas de la capital i jefe de la maestranza, habia concurrido a la defensa de la patria con servicios no ménos dignos de consideracion que los que se prestan en los campos de batalla.

Este nombramiento no carecia de acierto i oportunidad. No podia suponer el gobierno que las fuerzas inorgánicas de Benavides, con un comando superior que no salia, ademas, del círculo del lugar comun, llegasen algun dia a las puertas de la capital i amenazaran la estabilidad de la república; suponía que tarde o temprano, cuando desapareciese la penuria del estado, tendrían que ser aplastadas.

En tal caso, convenia un jefe negociador, de astucia reconocida para vencer con las armas i con el tratado.

En efecto, Freire era uno de los capitanes de mayores bríos que registraba la historia de los tiempos heróicos de la independendia. Encarnaba todas las particularidades del alma popular, aptitudes de caballista, valor personal sobresaliente en el fragor de la accion o en el encuentro aventurado por el número inferior, curtido en las penalidades e interperie del campamento, demócrata por la idea i por la estrechez de fortuna en una juventud huérfana, pero le faltaban el talento del estratéjico i la capacidad del arbitrista.

Al revés, Prieto no ejecutaba proezas de sable en mano, i refinado en la vida de salon i de oficina, carecia del temple de hierro para echarse a nado en los rios invadeables o pasar las noches bajo la lluvia o la helada. Aristócrata por el ambiente en que habia vivido, poseia la ríjida soberbia del jeneral antiguo, herencia quizas del espíritu colonial. Sin alcanzar la talla de un estratéjico de nota, podia considerarse como uno los militares mas aptos e intelectuales de su época. Rasgos acentuados de su psicología eran la malicia habitual i la propension al trámite argucioso como medio dilatorio i de predominio.

El 6 de octubre se desprendió apresuradamente el mayor Boil con su escuadron hácia Talca i el 18

partió Prieto con toda la division para la misma ciudad, adonde llegó el 20 de este mes.

Llevaba un plan de movilizacion que habia formado el ministro de la guerra, jeneral don José Ignacio Zenteno. Encargábale este funcionario la defensa de la línea del Maule, que no debia traspasar sino en caso de una empresa de éxito seguro, i la organizacion de partidas móviles que hicieran a los enemigos una guerra de merodeo semejante a la puesta por ellos en uso. Mas terminantes fueron las órdenes que sobre este particular recibió el comandante Arriagada, jefe ahora del canton militar del Nuble por renuncia de Viel.

Prieto observó al jeneral ministro la conveniencia de no dar cumplimiento a las instrucciones en lo referente a practicar con el enemigo la guerra de retaliacion, vale decir en términos propios, poner en práctica su mismo sistema de saqueos i esterminio. Veia el coronel de la 2.^a division que al usar de estos medios impropios de un ejército regular, iba a introducir en sus batallones la indisciplina i el desórden i a dar márjen a la desconfianza de los habitantes i propietarios de esa zona, quienes confundirian, como animados de tales propósitos, a los defensores de un poder organizado i a las gavillas saqueadoras de montoneros i araucanos alzados. Debió creer sobre todo Prieto que, sin reaccionar en el sistema de represiones sangrientas, no podria poner en práctica su política de atraerse a los caudillos de la resistencia realista (Instrucciones de Zen-

teno i contestacion de Prieto, publicadas en el apéndice de *La Guerra a muerte*).

Revocadas las instrucciones, Prieto se dedicó a completar la enseñanza militar de sus tropas.

La instruccion militar de esta época, aunque mui dificiente, presentaba al recluta largo i dificultoso aprendizaje. Se enseñaba a la tropa de infantería el manejo del arma, el tiro, conversiones, marchas, etc. En las batallas se practicaba la formacion en tres filas o en cuadro i se avanzaba hácia el enemigo en columnas cerradas, que se desplegaban a corta distancia de él. Despues de hacer fuego las líneas, se iban a la bayoneta.

La caballería aprendia, fuera del manejo de su arma, diversos movimientos, marcha en columnas, en batalla, aumentar i disminuir el frente, volver caras, etc. Los jinetes sabian, asimismo, combatir como infantes, doblando su frente i asegurando los caballos. al cuidado de algunos hombres. Su principal rol consistia en las cargas, siendo desconocidos los servicios modernos anexos a ella. Colocábase en las alas de la línea.

La artillería aunaba su accion a la infantería i producía de ordinario efectos morales mas que materiales, pues los proyectiles no causaban estragos a distancias que pasaban de 800 metros. Aterrorizaba en particular a los indios.

Miéntas tanto, el jeneral Freire permanecia encerrado en Talcahuano con su division. Si bien es cierto que ésta podia contener las acometidas de

Benavides, en cambio, la escasez de recursos hacia en extremo crítica su situación; carecía de vestuario para sus soldados, de víveres para éstos i la población civil que se había recojido a las fortificaciones, i lo que era mas grave, escasez de municiones con que resistir los ataques de un asedio prolongado; no quedaban sino dieciseis tiros por cañon, diez a bala i seis a metralla i dos paquetes de cartuchos para cada soldado. A las peticiones de socorro, tantas veces renovadas por Freire, respondió al fin el gobierno con el escaso envío por mar, como lo permitia el estado angustioso de la nacion, de cien reclutas i algunos prisioneros españoles, para tomar en ellos represalias de las crueldades de Benavides.

Poco despues se remitieron en el bergantín *San Pedro* municiones en cantidad que habría bastado para salvar las dificultades en que se hallaba la division, pero resultaron, de treinta barriles de pólvora, veintiseis falsificados, revueltos con ladrillo molido. Atribuyóse esta felonía, que produjo una impresion de jeneral enojo en el ejército, al deseo de lucro del contratista don Santiago Arcos. El gobierno vino a saber como un mes despues fraude tan grosero, del cual hizo responsable al contratista. A consecuencia de esto Arcos se vió en la precision de salir de Chile.

Para reparar el mal causado por los especuladores, el gobierno dispuso una buena remesa de víveres i municiones abundantes, que salieron de Valparaiso en tres buques el 28 de noviembre. Llegaron

a su destino cuando ya se habia jugado por las armas la partida decisiva.

Despues de la victoria de Tarpellanca i de la ocupacion de Concepcion, Benavides dió testimonio de su ineptitud militar. En vez de operar con la mayor prontitud sobre los patriotas para aprovechar las ventajas obtenidas i el pánico de las poblaciones, se entregó a un largo reposo para ocuparse en promulgar bandos i acaparar plata labrada i trigo como empréstito forzoso i en otras futilidades que se avenian con su carácter minucioso.

Cometió otro error en que no habria incurrido un militar mediocre; comenzó a segregar sus fuerzas que debia haber mantenido unidas para obrar con ellas sobre la línea del Ñuble. En los primeros dias de octubre destacó al norte a Zapata con su escuadron i algunas partidas de guerrilleros para que maniobrasen en la zona de Chillan, miéntras que él estrechaba i rendia a Freire en Talcahuano, segun sus cálculos. Acompañaban al comandante de la columna el coronel Lavanderos, que tenia encargo de Benavides para ocupar el puesto de gobernador de Quirihue, i el guerrillero Vallejos, comisionado para ocupar el mismo empleo en Cauquénés.

El comandante Zapata de los guerrilleros, orijinario del partido de Chillan, contaba con las simpatías unánimes de sus camaradas i de los indios, tanto por su liberalidad personal para gastar con ellos cuanto caia en sus manos, como por su tolerancia para permitir a sus partidas todo jénero de

excesos. Caudillo que condensaba la psicología de esos tipos extraordinarios de la montonera, manifestaba natural inclinación a los vicios, placeres i preocupaciones de la muchedumbre, con la cual bebía, jugaba i particularmente se entregaba al ruidoso i constante galanteo, instinto que se sobreponía a cuantos trabajaban su ser inquieto: era un vividor alegre i popular.

Por cierto que su popularidad habría sido incompleta sin lo que enaltecía en el concepto de estos batalladores infatigables, la bravura. Aunque delgado i bajo, de color blanco-enfermizo, de voz débil i de aspecto que en nada revelaba al guerrero fuerte, de músculos acerados como el resto de sus compañeros, poseía una destreza excepcional como jinete i lancero, i un valor sin límites para meterse a la voráGINE del combate o para la carga impetuosa. Sus bríos caudillescos lo arrastraban a la turbulencia i a la hazaña desigual.

La torpeza de Benavides i el cariño de Pico, extraviaron la elección: este hombre sin rival para ser dirigido, no servía para dirigir una campaña. En efecto, se estableció en la hacienda de Cuchacucha, a unos 25 kilómetros al poniente de Chillan, donde había sido capataz en sus mocedades. Perdió aquí el tiempo sojuzgado por su sensualidad i entretenido en escursiones sin importancia por esos contornos.

El ascendiente de Zapata atrajo a su columna un número crecido de afiliados; llegó a contar cerca de

700 hombres i 300 indios, ávidos todos de tener cuanto ántes un reñido encuentro con los insurjentes.

Zapata se movió, al fin, con su division hácia la plaza de San Cárlos, para destruir la escasa fuerza que la guarnecia. El 26 de noviembre se hallaba cerca del vado de Cocharcas, por la márjen derecha del rio Ñuble.

La guarnicion de San Cárlos, en presencia de tal peligro, se corrió al Parral. Fué en estas circunstancias cuando Viel entregó al comandante Arriagada el mando de las fuerzas para trasladarse a Santiago.

Otro error inescusable de Benavides: permitió que las indiadas de Mangin i Mariluan volviesen a sus tierras, siendo que en esa ocasion podian haberle sido auxiliares útiles. Las partidas de indíjenas habian pasado a ser entre ese conjunto colectivo de montoneros una porcion necesaria para la guerra, por su movilidad para trasladarse de un punto a otro, por el miedo que despertaban en las poblaciones i hasta en las filas patriotas i porque sus primeras cargas servian de ordinario para escalonar las que seguian de tropas mas regularizadas.

Los indios, que rara vez interrumpen sus hábitos, se daban prisa en volver a sus tribus para entregarse a sus diversiones i prácticas de índole religiosa, verificar sus cosechas i en especial castigar con terribles *malones* a los caciques partidarios de los independientes.

Estaban persuadidos por lo que habian visto, de

que la causa de los patriotas se hallaba perdida para siempre, i que comenzaba la era de la sancion ejemplar contra los traidores de la raza, llamados tales por ser los ménos.

Abandonaron muchos de éstos sus hogares i se refugiaron en las montañas, donde construian alguna defensa o *malal*, que los pusiera a cubierto de sorpresas i les diera tiempo de buscar en la fuga su salvacion. Nunca les faltaba un espía en las tierras enemigas que los informase de las intenciones i movimientos de los jefes rivales.

Colipi, el alma del *witranmapu*, tierra grande o alianza, que apoyaba a los patriotas, huyó con sus mujeres, sus *conas* o soldados i sus animales a las espesuras de los montes i vegas infranqueables de los riachuelos Panqueco i Volleco, que nacen de la sierra de Nahuelvuta i afluyen al rio Puren.

Aunque Colipi no tomaba parte personalmente, como se ha visto, en las campañas contra los indios i guerrilleros realistas, servia en el carácter de ajente activo para ganarse a las reducciones vecinas a los lugares en que ejercia predominio. Esto, mas que la participacion individual en la pelea, le concitaba el odio de sus émulos.

Sus tierras de Remehueico fueron invadidas i arrasadas. Sus habitantes, dispersos por las montañas, perdieron sus animales i espermentaron las consecuencias de una hambruna terrible.

Un cacique de los lados de Idaico que tenia el nombre de Cadiñ (Cadiñ), pariente de Colipi, fué

su perseguidor mas implacable. Antes de esta época habia tenido Cadiñ con su poderoso deudo una riña deméstica por un asunto nimio de una harina tostada. Creyéndose vejado el ménos fuerte, entrevistóse primero con Mangin para pedirle su concurso armado i en seguida con Nahuelhuen, de Temuco. Se irritó profundamente Colipi por esta traicion de familia.

El hecho es que Cadiñ i Nahuelhuen dieron a la familia de los Colipi grandes *malones*, que obligaron a Ambrosio Pinolovi a dejar sus posesiones de Lumaco i emigrar a Tolpan, orillas del Renaico.

Ahora Cadiñ en alianza con otros jefes de grupos acorraló a los Colipi en su escondite. Entre los confabulados se encontraba otro deudo del cacique patriota, su primo Coliman, de un lugar próximo a la confluencia de los rios Lumaco i Colpi llamado Rapanilahue.

Colipi resistió con entereza estos ataques, para lo cual hizo algunos trabajos de fortificacion, como foscar la montaña en el sitio en que se hallaba guarecido.

Sus adeptos de Angol, Huequen i Trarulemu, tuvieron que experimentar, asimismo, las persecuciones i *malones* de los araucanos realistas, envalentados ahora con las victorias de las orillas del Laja i del Biobío (Datos dados al autor por Lorenzo Coliman, Ramon Lienan, Juan Lipai i Lipin, descendientes de los caciques protagonistas).

Coñoepan, Melillan Painemal, del lado poniente

del Cholchol, i Ligllan, de Tromen, buscaban su salvacion en la sijilosa retirada i otras ocasiones presentaban combate en el *malal* o fuerte que cada uno habia construido; quedan todavía algunos de estos lugares que conservan el nombre de Malalche, en recuerdo de estas construcciones. Estos i otros caciques solian trasmontar los Andes para evadir la saña feroz de sus enemigos.

El esforzado Quilapi, de Queuque, cerca del actual pueblo de Los Sauces, se habia quedado con la division de Freire despues de la matanza que hicieron entre sus compañeros los caciques vencedores de Tarpellanca; idéntica precaucion tomó tambien un puñado de los decididos araucanos de Santa Fé.

Estas últimas reducciones, dirigidas por los caciques Marihuala i Neculpan, fueron los mas decididos por la patria i sufrieron, en consecuencia, constantes agresiones de los indios realistas.

Liempi, de Lumaco, el valiente rival de Catrileo, se hallaba por incidente tras los muros de Talcahuano, porque Venancio lo habia mandado en solicitud de auxilio.

De manera que, desde el mes de octubre hasta fines del año 1820, la Araucanía se hallaba totalmente dominada por las lanzas de los indios realistas.

Mariluan se enseñoreaba en las zonas de los llanistas, desde los rios Bureo i Mulchen por el norte hasta el Malleco por el sur.

Mangin paseaba sus lanzas como señor absoluto

en la zona de los arribanos, desde Collico hasta las márgenes del Cautin.

Dentro de estos límites obedecian sus órdenes los caciques del rio Renaico i los de las familias Pailahueque, de Collico i el lugar que lleva en la actualidad aquel nombre; Quilahueque, de Chanco, Nahuelcura, de Perquenco i Quillem i Puiña, de Salto.

Aliados, eran tambien, aunque no de su dominio tribal como los anteriores, los siguientes caciques:

Curiqueo, que estendia su influencia por Pillanlélvun, Pillomallin, hoi Cajon, i Llaima. En Truftruf, de esta seccion, mandaba, ademas, eljefe de grupo don Juan Quidel.

Cadiñ i Catrileo de Puren, enemigos mortales de los lumaquinos i ya de actuacion conocida en los episodios de la guerra araucana, i otro Catrileo de Nielol, no ménos famoso que su homónimo i acaso de mayor poder que él por las agrupaciones que dirijia.

Nahuelhuen, de Temuco, antepasado de los Lienan; Calvuqueo de Voroa, canton indijena de marcada preponderancia i que aparecia unido al de la Imperial.

Huichacura de Collahue, tras de las cerrilladas que limitan por el sur con la ciudad de Temuco.

Leon Alcavilu, Ancamilla i Loncomilla, todos parientes, figuraban como caciques principales de la estensa i poblada reduccion de Maquehua. Si no estaban francamente afiliados en la confederacion de Mangin, tampoco lo hostilizaban; retraíalos una

enemistad antigua con sus vecinos voroanos i con los de Collahue.

En igual condicion de neutralidad se encontraban las agrupaciones del sur del Tolten o los huilliches.

No sucedia lo mismo con las indiadas de los valles sub andinos, desde Antuco hasta Curacautin, que simpatizaban con los arribanos, quizas por razones de vecindad i sujestion colectiva.

No habia cambiado la opinion de los costinos, la seccion ménos importante de las rejiones indijenas en lucha por su disminuida poblacion, pero la mas trabajada por la propaganda realista. Continuaban aun del lado de los realistas los indios de Santa Juana, sometidos a Freire momentáneamente despues de Curalí; los de Carampangue, mandados por el cacique Pichihuala; los de la seccion de Colcura a San Pedro, que obedecian al reputado i ya antiguo en estas contiendas Manuel Millacura; los de Arauco, encabezados por Nolasco Millangür, i todos los que se estendian al sur por la costa (Archivo del autor).

Tampoco se habia modificado la actitud de los pehuenches de uno i otro lado de la cordillera, todavía bajo el mando de Toriano, Juan Neculman i Chuica i del influjo de los Pincheiras (Datos de los caciques Painevilu, de Maquehua; Calvucura, de Perquenco).

Tal era el estado de la Araucanía a fines de Noviembre de 1820 cuando Zapata llegaba al valle de Cocharcas sobre el rio Ñuble.

El comandante Arriagada, sucesor de Viel en el

mando de las fuerzas de vanguardia de la segunda division, se hallaba bien informado de los movimientos de Zapata. Resuelto a batirlo, salió a su encuentro desde San Carlos pocos dias ántes, con el mayor sijilo para caer de sorpresa sobre él.

El mayor Boil, avanzando desde Talca, se habia incorporado a la columna de Arriagada, que con este refuerzo pasaba de 800 hombres. Este cuerpo de tropas se componia de las siguientes fracciones: un escuadron de Granaderos, mandado por el mayor Bernardino Escribano; un escuadron de cazadores, mayor José María Boil, capitan Casanueva.

Milicias de Itata, a las órdenes del capitan Dionisio Fernández.

Milicias de Talca, capitan Juan Casao.

Partidas de guerrilleros, dirigidas por sus jefes Mateo Rubilar, Arteaga i Jiménez.

La columna del popular i temible Zapata ascendia como a 700 plazas i 300 indios llanistas i arribanos. En marcha para San Carlos i sin sospechar que mui cerca a él se encontraba Arriagada, acampó el 26 de noviembre cerca de una capilla del lugar de Cocharcas, allegado a la orilla norte del Ñuble.

Tenia por aquí el rio un pasaje para balsas, en el camino de San Carlos a Chillan Viejo, i a sus lados altas i verticales barrancas, donde venia a morir un campo despejado de árboles i de obstáculos naturales

El comandante Arriagada, veterano en la guerra

de la independencia, militar decidido por la causa, a la par que acaudalado propietario de la jurisdiccion de Chillan, conoedor, por lo tanto, de esas localidades, vió que en ese tablero de combate podia desbaratar fácilmente al descuidado cabecilla realista.

El 27 por la mañana avistó al enemigo. Ordena sus escuadrones i manda a la carga con tanta resolucion i premura, que los contrarios no tuvieron tiempo para ordenarse ni para reponerse un instante siquiera de la sorpresa. Fuese a estrellar primero con los grupos de guerrilleros i los indios, todos arrollados por la vertijinosa embestida de los patriotas. Replegáronse al escuadron aguerrido de Zapata, pero en tal tropel, que lo obligaron a perder su formacion i a huir con ellos.

No fué un combate lo que siguió a esta arremetida inopinada, sino una persecucion sin cuartel: los sables caian sobre las cabezas de los fujitivos, muchos de los cuales se lanzaban al rio para salvar la vida i con mas seguridad para perecer ahogados.

Cuenta la tradicion que el oficial realista don Jervasio Alarcon ejecutó en tan críticos momentos una proeza memorable. Siguiendo la práctica de nuestros campesinos perseguidos, sacó el freno a su caballo, le tapó la vista con la manta i animándolo con la voz i la espuela, lo lanzó al rio para salvar ileso a la opuesta orilla.

Zapata encontró su salvacion en la bondad de su caballo.

Como 400 realistas perecieron al filo de los sa-
bles patriotas o en las aguas del Ñuble.

Las bajas de los escuadrones de la patria solo se redujeron al insignificante número de 4 muertos i 6 heridos.

No produjo esta jornada brillante las ventajas que debian haberse sacado de ella, por la inaccion de los patriotas i la falta de un plan de operaciones que hubiera continuado con vigor i rapidez el aniquilamiento del enemigo, ya amedrentado. El coronel Prieto solo vino a mover su division de Talca el 1.º de diciembre, cuando supo las victorias obtenidas en el sur; haciendo una marcha lenta i con precauciones inútiles en estas circunstancias, llegó el 12 de este mes a Chillan, evacuada por las guerrillas realistas.

Mientras que la seccion mas amenazada e importante del norte entre el Ñuble i el Maule quedaba libre de enemigos, Freire hacia prodijios de valor i tenacidad en la plaza fortificada de Talcahuano. A pesar del abandono en que se le habia tenido i que iba dejando en el fondo de su alma el residuo de la peor de las pasiones humanas, el rencor, su actividad i su fé de que la república triunfaria en la provincia de su mando ántes de terminar el año, no habian decaido un momento.

Como sabia que Prieto se aproximaba con su division al sur, no queria emprender solo una tenta-

tiva contra el enemigo. Esperaba que una accion combinada diera resultados seguros. En este sentido escribia al director O'Higgins a fin de que dispusiera que Prieto se adelantara por Coelemu para encerrar a Benavides en un círculo sin salida.

Pero nada se le contestaba, ni nada sabia de la marcha de la segunda division, pues una balandra que le trajo comunicaciones a Talcahuano, no pudo aproximarse por la fuerza de los vientos contrarios. Los bastimentos se agotaban i ya la tropa i las familias no tenian que comer, si no era el sustento que les suministraba el mar. Concluíanse tambien los pastos de las cercanías de Talcahuano para la caballada, por lo cual habia necesidad de enviarla a forrajear a la isla de la Quiriquina.

El 10 de noviembre, Freire reiteraba su peticion de municiones, las que proponia que le remitieran por mar. Por lo que mas apremiaba era por el envío de jente de caballería desmontada, la que él se comprometia a dotar de las cabalgaduras necesarias, pues los realistas la tenian en exceso, tanto regular como irregular.

Trascurrían los dias i su aislamiento no se modificaba. Comenzaba a temerse una suerte análoga a la de Alcázar. Sin embargo, era preciso esperar mas.

La guarnicion languidecia de tedio i de hambre, sin otras incidencias que algunas escaramuzas entre piquetes contrarios, o ciertos lances personales que se verificaban a la vista de las tropas contendientes.

Alentó mucho el ánimo de la guarnición un encuentro favorable a los patriotas i del que fué protagonista don Luis del Río, de la compañía llamada de zapadores de la escolta directorial.

Pico, que estuvo destacado en Santa Juana, i por lo tanto, inactivo por algun tiempo, se habia incorporado a fines de octubre al ejército de Concepcion. En el acto comenzó a desplegar la actividad que lo caracterizaba. El 29 de octubre se ocultó por el lado de San Vicente, favorecido por la neblina, para sorprender la caballada de los patriotas que salia a forrajear por ese lado. Correspondióle salir ese dia al capitán del Río. Volvia a Talcahuano con sus soldados, que traian cada uno su fardo de pasto sobre el pescuezo del caballo, cuando de improviso le sale Pico al traves. El alentado capitán, a quien sus compañeros le atribuian sobrada fibra para las aventuras arriesgadas, mandó botar el pasto, desenvainar los sables i cargar. Al primer choque, vuelven cara los de Pico i huyen a Concepcion. Perseguidos por del Río hasta la puntilla de los Perales, fueron dejando en el camino hasta cerca de 40 muertos.

Los encuentros en pequeño de piquetes que se encontraban en las vegas de Talcahuano, semejantes al anterior, eran frecuentes i contribuian a estimular el deseo de una i otra parte de pelear pronto una batalla campal.

Entre los lances individuales de los valientes que de los dos ejércitos se adelantaban de sus líneas a

«torear» al enemigo o a provocar un duelo singular, tuvo resonancia en uno i otro bando el desafío de un guerrillero español Molina, llamado el «catalán,» pasado al campo patriota i tenido como hombre de bríos no comunes. El 13 de noviembre se deslizó Molina por un porton, sin permiso de nadie, i se adelantó al campo realista llamando con grandes voces i denuestos a quien quisiera batirse con él. De pronto se desprende un jinete del lado realista a todo el correr de su caballo, brilla su sable al sol, atropella al débil animal del provocador i tiende muerto a éste de un golpe. Era el montonero de Santa Juana José Ignacio Neira, reputado como uno de los caudillos de mayores impulsiones de las filas realistas (Oficio de Freire. Ministerio de la guerra). El historiador peninsular Torrente llama alluchador vencido de este episodio romancesco «desleal i feroz español Molina, que halló en esta ocasion el castigo debido a su sangriento carácter, marcado horriblemente con el degüello de cuantos paisanos suyos habian caido en sus manos desde que habia adoptado la divisa rebelde» (*Historia de la revolucion de Chile*).

Entretanto, el ejército de Benavides estrechaba el asedio i las provisiones se concluian en Talcahuano. Jefes, oficiales i tropa, irritados por sus desventuras, habian perdido la paciencia de los crueles sufrimientos i anhelaban salir a pelear cuanto ántes. Habia llegado, pues, la hora de la resolucion suprema.

Freire, convocó a un consejo de guerra a los jefes de la division para acordar un plan de ataque. Todas las opiniones estuvieron uniformes en la necesidad de emprender las operaciones sin dilacion alguna, pues la carencia de víveres i la poca prisa que se daba la segunda division en llegar, aconsejaban una medida perentoria i definitiva. Creian los jefes que era fácil abrirse pasó por entre el ejército de Benavides i juntarse a las fuerzas de Prieto. Pensaron quizás que en caso de fracasar, les quedaria espedita la retirada a Talcahuano i apremiarían al gobierno en el envío de alguna brigada de refresco.

Quedó, pues, resuelto un ataque jeneral. El comandante don Ambrosio Acosta, a cargo de los dragones de la patria salvados en Pangal, tuvo en esta reunion la oportuna idea de proponer una salida prévia de la caballería veterana para acometer a la enemiga, que estaba acampada a pocas cuadras de Talcahuano. Se probaría el empuje de que la última era capaz i, en la seguridad de vencerla, se llevaría la desmoralizacion al ejército sitiador. Aceptóse unánimemente este parecer.

Desde el 25 de noviembre de 1820 se iniciaba en la provincia de Concepcion el período de desastres irreparables para los sostenedores de la causa del rei.

En la mañana de ese dia se vió desde Talcahuano que la caballería realista avanzaba en perfecta formacion por el lado de San Vicente, a pesar del fuego de los cañones de la plaza. Freire ordena que se

recoja apresuradamente la caballada que forrajeaba en las cercanías i que se alistén los escuadrones Sin perder un instante, los hace salir en columna por el porton que daba frente a las vegas i desplegarse en seguida en batalla.

A la derecha formaron los dragones, i cerrando la línea por este costado, se estendia el grupo de indios amigos que habian permanecido en el campamento de los patriotas desde la derrota de Tarpellanca. Mandábalos el cacique Quilapi, de Queuque, hácia el sureste del actual pueblo de los Sauces, adicto a Colipi i comprendido, como los demas que apoyaban a este jefe, en la denominacion jenerica de «indios angolinos».

Las distancias se habian acertado. Acosta hizo enristrar sus lanzas al grupo de indíjenas. Antes de que les ordenara cargar, el oficial Silva de dragones les dijo por chanza la frase de animacion: «Ya, ya, cho ... o ... oh!» Lanzáronse sin mas que esto, compactos i furiosos, contra una mitad de caballería que tenian al frente i chocaron con ella violentamente.

En estos precisos momentos Freire se destaca de la línea de escuadrones i con voz sonara i enérgica manda a la carga. Blandíanse los sables, retumba el suelo mojado por una lluvia reciente i la columna se va a estrellar como una mole contra la caballería contraria, que espera a firme, i la arrastra en su fuerza de impulsión. Perdida la union de los atacados, acometidos con furor, «cortados» una par-

te de ellos, vuelven todos las riendas i se dispersan revueltos hácia Concepcion. Síguenlos las compañías patriotas i van sableándolos hasta la vista de la ciudad.

En el trayecto de la persecucion quedaron como 150 cadáveres. Perecieron en el combate varios oficiales, entre ellos el capitan del escuadron de Ferrerú don Joaquin Mascareñas, de cierta notoriedad por sus propensiones crueles.

Del lado patriota murieron el teniente coronel don Enrique Larenas, gobernador de Talcahuano, un oficial i 2 soldados; salieron heridos un oficial i 6 individuos de tropa. Lamentada fué, sobre todo, la muerte del jefe Larenas por la manera casual como se produjo i la cobardía con que la ejecutaron los realistas. Habiéndosele desbocado el caballo, por tener riendas poco firmes de un trenzado de lana, fué a dar a un escuadron enemigo donde un oficial le disparó un pistoletazo a quema ropa i otros se encarnizaron en el cuerpo exánime.

Cayeron en poder de los patriotas muchas armas i 30 prisioneros, de los cuales la mayor parte sufrió en el mismo campo la pena capital.

La refriega habia sido nada mas que a arma blanca, i con la fisonomía propia de todós los encuentros de esta guerra: la carga impetuosa que desde la accion, el rol del caballo en que se huye o se persigue, la escena trájica de la muerte a sable de los prisioneros, los indios que esgrimen sus lanzas tras de los fujitivos.

La nueva de esta victoria llevó la esperanza al corazón de los civiles refugiados en la plaza asediada i enardeció el furor bélico de la tropa. En cambio, la derrota abatió el orgullo de los realistas, que conocieron la resolución de que estaban animados los independientes. Freire hubiera querido continuar las operaciones sin dar aliento al enemigo, pero se lo impidió una lluvia intempestiva que cayó al día siguiente.

Tuvo que postergar un día más el ataque. En este intervalo hizo activar los aprestos i traer de la isla Quiriquina una porción de la caballada, que se había colocado ahí por la abundancia de pastos i por la seguridad (1).

Un movimiento febril, precursor de las batallas definitivas, reinaba en los cuarteles de Talcahuano. La población civil sentía las inquietudes de lo incierto i los militares se manifestaban alegres de la ocasión que se les ofrecía al fin de hacer espíar a los guerrilleros i los indios sus victorias del Pangal i Tarpellanca. Al terminar el día, todo estaba listo para la salida.

En la mañana del 27 de noviembre la división principió a desfilarse en dirección a las Vegas de Talcahuano. Componíanla como 800 hombres de las tres armas.

La artillería arrastraba cuatro cañones, transporte

(1) En las Vegas de Talcahuano había, además, en el verano una cantidad asombrosa de zancudos, que atacaba al ganado caballar.

que se hacia en extremo dificultoso porque la lluvia del dia anterior habia formado el lodo i los charcos tan comunes en los terrenos vegosos del sur. A pesar de este inconveniente, la division llegaba por el poniente ántes del medio dia a las inmediaciones de Concepcion.

Situó los cañones el jeneral en jefe en las alturas de Chepe, que se levantan como a dos kilómetros al oeste de la ciudad i próximas a la orilla norte del Biobío. La infantería se ocultó tras un pajonal que existía entre la ciudad i los cerrillos de Chepe i la caballería formó en los dos flancos de la línea.

Ahí estaban tambien a retaguardia los indios de Quilapi, resueltos i ávidos de entrar cuanto ántes en pelea para vengar pasadas injurias.

Las posiciones que tomaron las fuerzas realistas eran, sin duda, superiores a las de los patriotas. La artillería ocupó la colina llamada entónces de Gavilán i hoi cerro Amarillo, al lado noreste de la ciudad e inmediata a la laguna conocida con el nombre de las Tres Pascualas. La infantería se ocultaba en unos pajonales que habia entre las dos alturas mencionadas, i los escuadrones, divididos en dos cuerpos, cerraban la línea de batalla por sus dos estremidades.

Los realistas no se imaginaban por un instante que los insurjentes tomase la ofensiva, pues los suponian cautelosos por su menor número. De manera que su presencia llevó al ánimo de Benavides i sus tenientes cierto asombro que se tradujo en la de-

sorientacion de las primeras medidas, las mas esenciales en toda accion de guerra.

Freire dió órdenes al mayor Picarte de romper el fuego con sus dos cañones. Protejidos por estas dos piezas de artillería, los infantes con los otros dos cañones, salvan al trote un terraplen que en el camino carretero se estendia al frente en un trecho como de un kilómetro. En pos desfilan los escuadrones.

Una vez que se hubo atravesado este obstáculo, que constituía un verdadero peligro, restablécese la línea de batalla, quedando a la izquierda Acosta con los dragones, reforzados por un destacamento de milicianos de Concepcion que dirigía Barrenechea, i los cazadores a la derecha mandados por Cruz.

Este avance tan resuelto como feliz, atemorizó a Benavides, el cual dispuso atolondradamente, desalojando sus ventajosas posiciones, bajar su artillería de las alturas en que estaba i correr sus infantes hácia la alameda para quedar mas cerca de la ciudad.

Tan torpe i vacilante maniobra fué aprovechada en el acto por los jefes independientes: la infantería, a corta distancia ya, hizo una descarga cerrada i, envuelta por el humo, ejecutó a la bayoneta una carga furiosa que desordenó a la enemiga. Freire manda cargar en este instante a la caballería: el comandante don José María de la Cruz acomete por la derecha patriota a los escuadrones enemigos de la izquierda; por el ala opuesta dirige el ataque el te-

niente coronel don Ambrosio Acosta con los dragones de la patria i las milicias de Barrenechea i del mayor Manzano.

Los soldados patriotas, segun la seña dada por un cabo que ántes se habia fugado del campamento realista, gritan al batallon prisionero ¡«Coquimbo, Coquimbo!» En lo mas recio de la pelea el teniente Porras llama por sus nombres a varias clases i soldados. Aislada así la tropa del núm. 1 de cazadores de Coquimbo, fué juntándose con sus antiguos camaradas i al grito de «¡viva la patria!» volvieron sus armas contra las filas en que hacia pocos momentos formaban.

Antes de media hora de resistencia, el pánico se produjo en la division de Benavides, que se desbandó por las calles de Concepcion hácia el Biobio i los campos vecinos. Perseguidos por los patriotas que los copaban en la retirada, trábanse reñidos choques de fracciones pequeñas, en especial de caballería.

Así empujados hasta la orilla del Biobio, ganaban algunos grupos las balsas, en las cuales se amontonaban para disparar sus fusiles o para ser el blanco de los soldados patriotas; los que no alcanzaban a tomar las balsas, se arrojaban a las aguas del rio, donde se ahogaban casi todos, particularmente los infantes.

La persecucion se jeneralizó por todas partes donde habia derrotados, con el encarnizamiento que señalaba esta guerra funesta. Cerca de 200 comba-

tientes realistas perecieron, mas que caidos en la refriega, a efecto de la persecucion.

Benavides huyó seguido de un puñado de jinetes suyos en direccion a Hualqui. El comandante Cruz iba tras él, pero consiguió el primero alargar la distancia que lo separaba del último mediante la bondad del caballo que montaba. Teresa Ferrer, corrió el riesgo de perder la vida o caer prisionera: refugiada con un grupo de soldados en una de las balsas, tuvo que sumerjirse en el agua como ellos hasta el cuello para librarse de las balas. En este escondite fué tomada por un soldado patriota que la conocía i la ocultó; consiguió despues llegar al lado de su marido.

La partida volante del cacique Quilapi se multiplicó para dar alcance a los que huian; nunca habian trabajado tanto sus lanzas como ahora. La noticia de esta jornada, que llevarian él i los suyos al interior de la tierra, restuiría la serenidad en los ánimos de los jefes adictos a la patria.

Quedaron en poder de los vencedores 240 prisioneros, pasados casi en su totalidad despues de la batalla, fuera de 261 individuos de tropa pertenecientes al núm. 1 de Coquimbo. Hasta un padre franciscano, metido tambien entre los combatientes, fué alcanzado por el oficial de dragones don José Verdugo.

En la mañana del dia siguiente el jeneral Freire ordenó que se fusilaran en la plaza de la ciudad 19 prisioneros, casi todos desertores de los cuerpos

independientes, i entre ellos una mujer conocida como activa espía i amparadora de los que en este carácter servian a Benavides.

El campo de la accion quedó cubierto de trofeos de guerra; recojiéronse 118 fusiles, 6 cañones, 26 tercerolas, 399 lanzas, 14 mil tiros a bala i muchas fornituras i arreos de montar.

Las bajas de la division patriota fueron 30 heridos, i muertos 2 sarjentes, 9 soldados i el capitan de la 4.^a compañía del núm. 3 don Miguel Luarte, meritorio oficial que habia conquistado sus galones desde soldado del antiguo dragones de la frontera (Gaceta Ministerial, mes de noviembre).

Tal fué la batalla que los documentos de la época llaman de la «Alameda de Concepcion».

Sobre el arzon de la silla, puede decirse, comunicaba el jeneral Freire el mismo dia la noticia de la victoria al director O'Higgins.

Siendo director supremo el afortunado vencedor de los realistas, dictó un decreto el 21 de abril de 1823 en que recordaba la gloria alcanzada por las armas de la república en esta batalla i concedia a los que en ella tomaron parte el uso de un escudo en el brazo izquierdo de la casaca con esta inscripcion: «La patria agradecida a los restauradores de Concepcion, noviembre 27 de 1820».

Ante este doble descalabro que experimentaron los sostenedores de la monarquía, rebajóse la voluntad de Benavides hasta perder la última muestra de enerjía: sin acordarse de nada ni de nadie, no aten-

dió sino a huir. En Hualqui pasó en balsa el Biobio i corrió a refugiarse a la plaza de Arauco, su asilo tantas veces ocupado en los años precedentes.

Después de reparar las consecuencias de la batalla en la ciudad de Concepcion i de hacer regresar a sus casas a las familias ausentes, Freire elevó al gobierno el 4 de diciembre la renuncia de su cargo de intendente i jeneral en jefe del ejército del sur. Hondamente ultrajado por los desdenes del gobierno i el abandono en que se le había tenido durante dos años, dejaba ver en el fondo de ese documento cierto dejo de ironía i descontento. El arribo a Talcahuano en estos días de tres buques cargados con todo jénero de auxilios, aminoró un tanto el enojo que había echado ya hondas raíces en su alma sana.

Sin embargo, la prolongada escasez del ejército no alcanzó a remediarse del todo con este socorro; Freire exigió mas. Solicitó sobre todo dinero con qué pagar a los oficiales i soldados, insolutos de sus haberes desde algun tiempo atras. «Es de urjentísima i forzosa necesidad, decia al director supremo en comunicacion del 20 de diciembre, que se haga un esfuerzo para pagar estas tropas, pues temo que por falta de dinero experimentemos una catástrofe. El enemigo pagaba un real diario a la tropa del batallon núm. 1 de cazadores i desde que la hemos recuperado, no ha recibido un centavo».

Los sueldos del ejército chileno continuaban siendo los mismos que se asignaban desde el año 1817. Los capitanes de caballería percibían 80 pesos de

renta al mes, 40 los tenientes, 35 los alféreces, 12 los sarjentos, 7 los cabos i 6 los soldados. Inferior era el prest, como se decia entónces, de los infantes: un capitan ganaba 50 pesos, 32 el teniente, 25 el subteniente, 12 el sarjento 1.º, 10 el 2.º, 7 el cabo i 6 el soldado. El arma de artillería gozaba de una remuneracion superior a las otras: un capitan tenia 70 pesos de sueldo, 45 el teniente 1.º, 40 el 2.º, 35 el subteniente, 12 el sarjento 1.º, 10 el 2.º, 7 los cabos i 6 el soldado. La renta de los jefes alcanzaba a estas cifras: coronel de artillería 250 pesos, de infantería 200, de caballería 240; tenientes coroneles 150, 135, 160, respectivamente; sarjentos mayores 150, 85, 115; comandantes de batallon, 135; de escuadron, 160; ayudantes mayores, 55, 45, 55, respectivamente; capellanes i cirujanos, 30 (Biblioteca Nacional, archivo Gay cedido por la señora viuda de Morla Vicuña. Biblioteca Nacional. Archivo de la contaduría).

Un exámen imparcial acerca de la conducta de Freire despues de sus victorias, informa que se dedicó a desempeñar las diversas tareas pequeñas con que estaba sobrecargado con olvido de la esencial de perseguir i destruir por completo al enemigo al otro lado del Biobio. Siempre con la obsesion de la llegada de Prieto, ahora mucho ménos necesaria que ántes, no hizo cruzar el rio ni a un destacamento volante siquiera. Esta falta incomprensible de elemental estrategia, comprende tambien a los

jefes que lo rodeaban, hombres de tanto discernimiento en asuntos de guerra.

Cometió otro error de mas trascendencia: entró en armiticios con Benavides, versátil hasta la vulgar falsedad en esta clase de negociaciones. No se le escapaba a éste que una sostenida persecucion de los patriotas lo pondria en condiciones de perderse irremediabilmente. Acaso por inspiracion de sus consejeros i con la mira de ganar tiempo i rehacerse, mandó el 1.º de diciembre a Freire, con un sarjento español, Tomas Godez, un oficio en que le proponia una tregua para entrar en arreglos de paz, i en subsidio lo amenazaba insolentemente con una guerra devastadora que emprenderia con sus indios auxiliares de la Araucanía.

Freire, dispuesto a dejarse dominar por las ilusiones de un espíritu crédulo, contestó el 8 de diciembre a Benavides que podia mandar un parlamentario con los poderes correspondientes para ajustar un arreglo. Cuenta la crónica de esta guerra que el comandante del fuerte de San Pedro arrojó al rio, amarrada en un palo, la contestacion del jeneral chileno.

El 15 de diciembre llegaba, en efecto, a Concepcion en el carácter de emisario el antiguo cura de Rere, don Juan Antonio Ferrebú, exaltadísimo realista desde las campañas de la patria vieja i ahora consejero íntimo de Benavides, asistente asiduo a las juntas de guerra i los combates, predicador violento contra los insurjentes. La presencia de tal enviado

era en verdad una afrenta amarga para los patriotas.

Las proposiciones de Benavides aparecían inaceptables en todas sus partes. Establecía este proyecto de pacto como línea divisoria de los belijerantes el río Laja hasta San Rosendo i el Biobio hasta el mar; la libertad de los prisioneros, el sometimiento del acuerdo a la ratificación del virrei del Perú i el envío de un oficial realista en un buque chileno con el tratado i las comunicaciones que él remitiese. Freire rechazó en absoluto el contenido del pliego de proposiciones i solo ofreció olvido i garantías para los que se sometieran, los cuales podrian trasladarse a Lima con un salvoconducto o a sus residencias del país (*Guerra a muerte* de Vicuña M., apéndice).

La demora equivalía a un triunfo táctico. Benavides rehizo i reanimó sus tropas, i el mismo día que el jeneral patriota conferenciaba con el parlamentario, aquél, faltando con todo cinismo a la tregua convenida, avanzaba a la cabeza de sus fuerzas sobre Santa Juana i hacia cruzar el Biobio al escuadrón del propio hermano de Ferrebú para que se adelantase hácia Chillan.

Cuando Freire se impuso de estos movimientos, mandó perseguir al clérigo Ferrebú, despachado de Concepcion el mismo día 15 de diciembre; pero no fué posible darle alcance porque montaba un excelente caballo (*Gaceta Ministerial*).

Dispuso, además, que su lugarteniente Pico, que no habia tomado parte en el encuentro de Concep-

cion por hallarse en Santa Juana, alistase una brigada para que emprendiera una correría a sangre i fuego desde San Pedro hasta Chillan, sin dejar ni una sola poblacion o villa en pié. Debian juntársele Zapata en Nacimiento i Bocardo en Yumbel, cada uno con su contingente de indios amigos.

Despedazada la columna de Zapata en Cocharcas, el 27 de noviembre, él i sus secuaces corrieron a buscar asilo a las tierras de Mariluan, en los llanos. Despues del desastre de la Alameda de Concepcion, Bocardo huyó a las viviendas andinas de los pehuenches. Ambos recibieron instrucciones de hacer valer sus influencias ante los jefes de esas agrupaciones para que movilizaran sus contingentes.

Toriano, uno de los jefes principales de los pehuenches, bajó de sus posesiones andinas, deseoso de conocer personalmente a Benavides i secundarlo con sus lanzas en la nueva campaña.

Pico atravesó el Biobio por Monterrei, frente de San Rosendo, e invadió la isla del Laja. Las poblaciones de San Pedro, Santa Juana, Talcamávida, Los Angeles, Nacimiento, San Carlos, Puren, Santa Bárbara, Tucapel Nuevo, cayeron sin resistencia a manos de los montoneros i de los indios, los cuales, despues de saquearlas, las redujeron por el incendio a montones de escombros.

El 23 de diciembre se reunian en Yumbel Pico, Bocardo i Zapata, al mando de cerca de dos mil hombres entre montoneros e indíjenas pehuenches i llanistas, de las parcialidades de Mariluan. Despues

del saqueo e incendio de Yumbel, dirijiéronse a Chillan, echando por delante a los indios para que sembraran el terror. Atravesaron el Itata i su afluente de la derecha el Dañecalqui, entre los pueblos de Yungai i Pemuco. Los jefes únicos de esta fuerza eran Pico, que le imprimia direccion reposada con su carácter frio e implacable, i Zapata, que le comunicaba ardor guerrero con su fogosidad e influencia. Todos, impacientes por restablecer el prestijio de sus armas, se prometian concurrir a la próxima pelea con un valor que sobrepasara al ordinario.

Desde que el coronel Prieto arribó a Chillan, se preocupó en organizar una columna móvil que operase contra las montoneras que merodeaban en la zona de la montaña.

Confió esta operacion preliminar al teniente coronel don Domingo Torres, quien partió con el segundo escuadron de dragones de la patria, que mandaba como jefe, i de algunos milicianos. Acompañábanlo dos oficiales de primera nombradía en las campañas del sur, el mayor don Manuel Quintana, ahora segundo jefe de dragones, i el capitán don Pedro José Riquelme.

El dia 14 de diciembre halló Torres a los montoneros por las orillas del rio Diguillin. En un desfiladero esperó a una partida de 80 guerrilleros unida a otra mucho mas numerosa de indios. Los atacó vigorosamente i los deshizo por completo, causándoles 60 bajas entre muertos i heridos.

Militar lleno de capacidad i exaltacion por la causa de la independenciamericana, pocos jefes aventajaban en merecimientos al comandante Torres. Natural de Montevideo, procedente de ilustre familia, habia iniciado su carrera militar en la misma España i peleado en este pais contra el ejército frances, a las órdenes del que mas tarde seria ilustre libertador de media América, de don José de San Martin.

En 1816 se presentó al jeneral San Martin en solicitud de un puesto en el ejército espedicionario a Chile. Su antiguo jefe le otorgó el grado de teniente coronel, i en 1817 lo honró nombrándole su edecan.

En varias comisiones que desempeñó en la Argentina i en el Perú como enviado del ejército patriota, se manifestó hombre de juicio sano i entero, a la vez que sagaz para obrar fuera de la órbita oficial en favor del réjimen republicano.

Desde 1820, su accion de militar experimentado se dejó sentir en el ejército del sur hasta años despues, como habrá de verse en la relacion de estas campañas (1).

Prieto no aprovechó acto continuo la ventaja alcanzada por el comandante Torres para tomar la ofensiva. Mas contenido que impetuoso, manteníase a la espera de los sucesos, tanto por tener su unidad i la de jeneral Freire sectores independientes

(1) El coronel Torres se casó en Chile con una dama Baeza de Rancagua i murió en 1854 en Santiago, relegado por la venganza política a humillante olvido i estrechez.

que vijilar i proteger, cuanto por la noticia que entonces circulaba de que don José Miguel Carrera se alistaba para atravesar los Andes por Curicó o San Carlos i trastornar el órden público en el pais.

Así las cosas, el dia 23 de diciembre comenzaron a llegar a Chillan grupos de moradores de las zonas que se estienden al norte de los rios Laja e Itata, que huian aterrados a la aproximacion de las indias i montoneras.

El incendio de las habitaciones de los campos vecinos a la poblacion, manifestó a Prieto que una próxima agresion lo amenazaba. Puso inmediatamente sobre las armas a toda su division, i con ellas en las manos permanecieron esa noche sus soldados. Tomó, ademas, todas las medidas de seguridad que el peligro aconsejaba: hizo fosear algunas calles, guarnecer el cuadro de la plaza, preparar emboscadas, destacar avanzadas i acercarse al enemigo algunos vijías o «vichadores», como se decia entonces.

Entre siete i ocho de la mañana siguiente, 24 de diciembre de 1820, los realistas tendian una dilatada línea de batalla en las alturas inmediatas a la márjen izquierda del rio Chillan.

El primer objetivo que tuvieron Pico, Zapata i demas caudillos fué la destruccion del pueblo por el incendio; pero desistieron de tal propósito por temor a que Prieto maniobrara sobre ellos cuando ejecutaban ese acto i los encerrara.

Al ver la actitud amenazante de los realistas, el

coronel Prieto se movió con la infantería para defender la entrada del pueblo i destacó la caballería a las orillas del rio. A tan corta distancia quedaron los combatientes, que se oían mui bien los denuestos i amenazas que se gritaban mútuamente.

En el arrebató de su odio a los patriotas i acaso por infundir valor a los suyos, José María Zapata, segundo de Pico en el comando de la columna, atravesó un brazo del rio i llegó a un islote que habia en medio de las aguas. Iba en camisa, porque habia cambiado su casaca a los indios por una mujer cautiva. Desde aquí, blandiendo la espada quitada a O'Carrol en Pangal, retaba a duelo singular a quienquiera que se le atreviese, especialmente al capitan de la partida de voluntarios don Pedro José Riquelme. De repente sonaron tres disparos hechos simultáneamente por otros tantos soldados patriotas i Zapata cayó desplomado sobre el pescuezo de su magnífico caballo, ántes de propiedad del jeneral Freire.

Lanzáronse al rio algunos indios para favorecerlo, pero con anterioridad a ellos se habia adelantado con rapidez un hermano del capitan Riquelme, llamado Juan, quien, enlazando al moribundo, lo arrastró a la orilla. Aquí lo puso al anca de su caballo el capitan Vega i corrió a entregarlo al coronel Prieto.

Junto con el capitan Riquelme, habíase arrojado al rio el alferez de cazadores don Eusebio Ruiz; derribado del caballo por los indios, tuvo que defenderse con su sable miéntras le llegaba auxilio de

sus compañeros. Su caballo i el de Zapata fueron arreados por los indios, a la márjen donde los realistas presenciaban este rápido episodio (*Guerra a muerte* por Vicuña M.).

Lamentada en extremo fué en las filas de Pico la muerte del caudillo mas popular de las bandas realistas. Sobre todo los indios, supersticiosos en la guerra como en el hogar, espermentaron honda zozobra por el fin trájico e inesperado del compañero que siempre toleraba sus excesos i que ahora acababa de incitarlos al saqueo i a la caza de niños i mujeres por los campos, sembrados i viñas de las inmediaciones de Chillan.

Casi al propio tiempo que se verificaba este incidente tan característico de esta lucha, el coronel Prieto ordenó el asalto. Los comandante Boil i Torres cruzaron el rio i atacaron los flancos enemigos, el primero con los cazadores, los granaderos i la partida de voluntarios por la izquierda contraria i el segundo, con los dragones i milicianos de San Fernando, por la derecha. Los realistas resistieron con valor el choque i hasta desordenaron a los escuadrones patriotas. El jefe de estado mayor, coronel Elizalde, los pone de nuevo en línea i, con un refuerzo de reserva manda una segunda acometida. Indios i montoneros ceden a este empuje i se retiran sin precipitacion.

El coronel Prieto temió que fuese simulada esta retirada para hacerlo perder sus posiciones i mantuvo firmes sus tropas; tomó en seguida las pre-

cauciones necesarias para evitar en la noche alguna sorpresa. Aunque habia llegado de la montaña una partida de refuerzo conducida por el guerrillero Hermosilla, al dia siguiente la retirada se hizo jeneral.

Bien caro costó a la division de Prieto esta victoria, pues tuvo 27 heridos i como 100 muertos de tropa i un oficial, correspondiendo de estos últimos 21 a los cazadores, 41 a los dragones 8 a los granaderos, 25 a las milicias i 2 a la artillería.

Las pérdidas del enemigo no fueron inferiores; entre ellas se contó la de un cacique acreditado de guerrero i principal (Ministerio de la guerra, parte del coronel Prieto).

Los cuerpos de Pico, despues del combate del rio Chillan, marcharon al sur para atrevesar el Biobío i llegar a la Araucania, donde quedaban a salvo de toda persecucion. Benavides se sintió aliviado con esta reconcentracion, porque, temiendo un ataque de Freire, anhelaba que se verificara cuanto ántes.

El coronel Prieto pudo haber dilatado el radio estratéjico de su division, pero se hallaba cohibido por las órdenes del gobierno, i no podia, en consecuencia, proceder conforme a las necesidades del momento. Contentóse con no tener ya un frente amenazado i con haber libertado la zona del Ñuble de las depredaciones de los montoneros.

En esta campaña del coronel Prieto se vió repetido el mismo error táctico de Zapiola, de González Balcarce i en ocasiones de Freire, que habia sido

no obrar con prontitud i concierto despues de las ventajas de operaciones afortunadas, sobre todo disponiendo de una caballería veterana. Ahora como tantas veces, creíase aniquilado al enemigo e impotente, por lo tanto, para tomar la ofensiva.

Militar reposado i de consumada prudencia, puso en juego en esta ocasion las sutilezas de su espíritu para hacer con la astucia lo que no podia obtener por las armas.

Todo el distrito de Chillan se habia distinguido desde el principio de la revolucion independiente por su adhesion al réjimen monárquico. Desde entónces hasta la fecha, trabajaba el ánimo público la propaganda constante i activa de los misioneros franciscanos, que tenian en la ciudad cabecera el centro de su cruzada, cuando las armas del rei se encontraban victoriosas. Hacendados de reconocida influencia se enrolaban en el ejército realista o armaban destacamentos volantes con la jente de su dependencia, para hacer la guerra de merodeo o secundar a las unidades mayores en sus campañas a la zona del Ñuble. Prieto se propuso atraerse a muchos.

El 26 de diciembre hizo promulgar, sin anuencia del gobierno, un bando de indulto jeneral, en que garantia a los realistas la vida i sus propiedades si se acojian a este perdon en el término de 15 dias.

Muchos asilados de la montaña aceptaron este indulto. Era el mas caracterizado de ellos el propietario de Diguillin don Pablo San Martin, a quien

obedecía una agrupacion numerosa de estos refugiados de la serranía. «Entre los secuaces de espada sobresalia un guerrillero llamado Francisco Rodriguez, mas conocido con el nombre de «Macheteado», por las cicatrices que llevaba en su rostro, i de quien dice uno de sus propios jefes, «que era hombre mui vivo, vaqueano, valiente i mui griton para pelear» (*Guerra a muerte*, Vicuña M.).

Valiéndose Prieto de agentes hábiles que estaban en comunicacion con la guerrilla de la montaña, remitió a los dos montoneros nombrados comunicaciones en que los invitaba a pasarse a la causa de la patria. Ambos aceptaron de buen grado la invitacion i solo postergaron un tanto su ingreso a las filas que hasta entónces habian combatido, para no caer bajo el puñal de los espías realistas que habia en el campamento. Pero Rodriguez envió desde luego al coronel patriota la promesa de matar a Pico, i San Martin, una carta en que éste le anunciaba una próxima escursion a Chillan.

A estas defecciones siguieron otras de menor importancia, de algunos capitanejos que podian ser útiles en lo futuro por su actividad, valor i conocimiento de la rejion. Hasta algunos padres franciscanos, eternos i bulliciosos adversarios de la independencia, ofrecieron su adhesion i sus servicios a Prieto. Así quedaba, pues, ganada una gran parte de la guerrilla del Ñuble.

Hasta en las familias godas de las jurisdicciones de Chillan i Concepcion, sea que hubieran abando-

nado sus hogares o manifestado su hostilidad al régimen republicano desde las poblaciones, se habia producido una franca reaccion o un sometimiento tácito i resignado, debido a las últimas victorias patriotas i a las favorables noticias que por entonces circulaban sobre la expedicion libertadora del Perú.

Solo se mantenía íntegra la montonera de los Pincheiras, a la cual continuaron refugiándose los mas desalmados, comprometidos o empecinados.

El 12 de febrero de 1821, fecha en que se conmemoraba por entónces la declaracion de la independencia, hubo en Chillan fiestas públicas que reflejaban el espíritu francamente patriota de todas las clases sociales; «funcion de iglesia, iluminacion por tres noches consecutivas, salvas, cantos, reuniones familiares i divertidas, juegos de rueda i bolas en la plaza i una alegría jeneral. Completó nuestra funcion, dice el documento que da cuenta de este aniversario, la llegada de don Pablo San Martin, hombre de mucho séquito entre los enemigos i bastante racional, i la del Macheteado Rodríguez, Seguel i sus partidas. Fueron recibidos entre vivas, se les auxilió para que se divirtieran, i brindaron i cantaron himnos a la patria en union nuestra» (Carta de Prieto al director O'Higgins).

Las fiestas públicas duraban tres dias desde el 11 al 13 de febrero, i sus pormenores se hallaban reglamentados por un decreto supremo (Gaceta Ministerial, núm. 80, año 1821).

Desde su triunfo de la alameda de Concepcion el jeneral Freire habia permanecido en la inaccion, i permitido que el enemigo continuara rehaciéndose en proporcion a la negligencia de los patriotas. Por fin, cuando hubo recibido bastimentos i municiones de Santiago i refuerzos de caballería de Chillan, se resolvió a operar sobre el territorio araucano, a fines de diciembre de 1820.

La órden impartida por el jeneral Freire al coronel Prieto para que lo reforzara con la caballería veterana, dió márjen a que se ahondara la diferencia que existía entre los dos jefes.

Desobedecida por el último, el gobierno dispuso que la cumplierse sin dilacion.

Quejóse a su vez el coronel Prieto de la terquedad de su jefe jerárquico i creíase ultrajado por un tratamiento que no correspondia a su grado. Inició con este motivo una serie de cartas al director O'Higgins, en la que indisponía a Freire i tocaba en su alma la desconfianza política, tan vidriosa en aquellos tiempos de organizacion. Bien examinados esos documentos i la conducta de Freire, la verdad histórica no puede dejar de reconocer la rectitud de miras de éste i la ambicion de su émulo, mal oculta en un vano disimulo.



JENERAL DE DIVISION
DON JOSÉ MARIA DE LA CRUZ



CAPITULO VI.

LA REACCION PATRIOTA EN LA FRONTERA

Entrada del mayor Ibáñez a Lumaco.—Campana de Freire al interior de la Araucanía.—Las piraterias de Benavides.—Nueva organizacion de sus tropas en Arauco.—Las fuerzas patriotas.—Estado de la Araucanía.—Operaciones militares en el invierno de 1821.—Benavides emprende las operaciones.—Maniobras de los patriotas.—Batalla de las Vegas de Saldías.—Persecucion de los derrotados.—Ocupacion de la plaza de Arauco.—El coronel Prieto en Concepcion.

Conforme con el plan de invasion a la frontera que Freire habia formado, a instancias de los caciques amigos, el 28 de diciembre de 1820 hizo salir de Concepcion una columna de 300 jinetes al mando del sarjento mayor don Francisco Ibáñez, militar de caballería, poco instruido a la verdad, pero vigoroso de cuerpo i alma, que habia conquistado sus

galones de jefe desde el humilde empleo de soldado i despues de todas las campañas de la patria.

Componíase la fuerza de Ibáñez de los dragones de la patria, mandados por el capitán Noalles, argentino, i el teniente José Silva, de Curicó; un destacamento de cazadores que dirijia el capitán Luis Ríos; la compañía de plaza de Concepción, a las órdenes del oficial Julian Astete, i la guerrilla del capitán Luis Salazar, acreditado ya por su rara bazaría i su conocimiento de las cosas i de los hombres de la frontera.

Ibáñez llegó a Yumbel i de aquí bajó a Nacimiento, pueblos recién arrasados por los realistas i los araucanos en su incursión al norte. Siguió por los llanos de Angol. Encontróse en este trayecto, en los primeros días de enero de 1821, con algunas bandas de indios de los vencidos cerca de Chillán que se dirijian a sus tierras. Viniéronse sobre su columna, pero bastaron algunas arremetidas de los escuadrones patriotas para ponerlos en fuga. Continuando su camino, arribó a Lumaco el 6 o 7 de enero.

El plan de Ibáñez era combinar sus fuerzas con las que habían prometido tener listos los caciques amigos, llegar hasta las márgenes del Cautín i hostilizar con toda energía a los cantones indígenas contrarios a la patria.

Liempi, Quilapi i Pinolevi concurren a la cita; mas no así el principal iniciador de esta campaña, el infatigable Venancio Coñoepan. Hallábase éste

atrincherado tras de sus fosos i corrales o fuertes que habia construido en la montaña de Malalmeu, al lado poniente del rio Cholchol i hácia dentro de la sierra de Nahuelvuta. Quizas no habia alcanzado a bajar con oportunidad o se lo habian impedido los caciques enemigos que lo rodeaban.

Este contratiempo desbarataba los proyectos del jefe de la columna, el cual solo pensó en regresar al norte. Sintieron los cacique aliados la prontitud de esta vuelta, que los esponia a los ataques inevitables de sus enemigos; a las instancias premiosas que interpusieron ante el mayor patriota para que no los desamparase en trance tan crítico, se resolvió a dejarles la partida del capitan Salazar i piquetes de dragones i cazadores que quisieran correr el peligro de esta apartada guarnicion. En el número de los que aceptaron quedarse estaba el sarjento Juan de D. Montero, popular en las hazañas individuales de la guera i llamado a ejercer mas tarde marcada influencia en algunas reducciones de las comarcas del Cautin.

El coronel español Pico, dotado de la vijilancia insomne de los hombres de accion, al saber la entrada de Ibáñez al interior de la Araucanía, se propuso encerrarlo en Lumaco, atajándolo personalmente por el norte i esponiéndolo por el sur a los ataques de los indios aliados a Benavides.

Para poner en ejecucion este plan, el jefe español Carrero se corrió por la costa hácia Tucapel con los indios amigos, atravesó por Puren la cordi-

llera de Nahuelvuta i siguió a Lumaco. Por su camino fué incorporando a los indios hostiles a los patriotas hasta completar cerca de 600 lanzas, entre las cuales se contaba la del fiero Catrileo de Puren.

Pico avanzaba a su vez por el llano central con algunos tiradores i las indiadas de Mariluan i Mangin.

Ibáñez, miéntras tanto, habia ganado la delantera en direccion al Biobio. El capitan Salazar supo el avance de Carrero i Catrileo i se unió al cacique Liempi, que ardia en impaciencia de venir a las manos con su rival de la misma raza.

El dia 12 de enero se avistaron las dos columnas enemigas; embistiéronse con furor i despues de un encuentro recio, en que cayeron cerca de 200 indios realistas, el campo quedó por los patriotas. Dejando Carrero su convoi i el cadáver de un cacique de los de Catrileo, emprendió una veloz retirada por donde se habia venido.

Pico no habia alcanzado a llegar a tiempo. Siguiendo una práctica antigua de guerra, tapáronle los indios con troncos i árboles derribados un paso estrecho del rio Lumaco. Tuvo que regresar al norte, con las esperanzas desvanecidas de cojer de flanco a Salazar i repetir una hazaña semejante a la del Pangal (Ministerio de la guerra, parte de Ibáñez).

Esta victoria no tuvo un alcance estratéjico de importancia, pero moralmente significaba humillar a los indios enemigos, envanecidos hasta el

delirio con el papel de vencedores que desempeñaban, i alentar a los partidarios, acorralados hasta entónces en las montañas: no trascurriría mucho tiempo sin que los primeros fuesen pasando de la hostilidad a la alianza.

Venancio Coñoepan recibió la noticia de la derrota de sus mas encarnizados enemigos con tumultuosa alegría, esteriorizada en las fiestas características del araucano, de extraordinario consumo de animales i de licor. Trasladóse en seguida a Nacimiento con un séquito numeroso de mocetones para acordar con Freire un plan de invasion a las tribus contrarias, a las cuales se proponia esterminar o reducir a la paz.

El jeneral del ejército del sur, asintiendo a este plan, resolvió trasladarse a Nacimiento para operar al centro de la Araucanía en union de Venancio.

Disponia de fuerzas suficientes para dejar resguardada la línea del Biobio i emprender una campaña de persecucion contra los indios i las montoneras fieles aun a la causa del rei. Su division se componia a mediados de enero de 1821, de las siguientes unidades:

Artillería	80 hombres
Batallon núm. 1 de infantería	268
Batallon núm. 1 de cazadores de Coquimbo	330

Batallon núm. 3 de Arauco	335 hombres
Batallon de guardias nacionales	59
Escuadron de la escolta directorial	220
4.º escuadron de granaderos (Húsares de la Muerte)	123
Dragones de la Patria	79
Escuadron de la mayoría de plaza	124
Escuadron de Quirihue	136
» de caballería cívica	89
Partida del capitan Chavez	50
Partida del capitan Salazar	50
	<hr/>
	1,982 hombres.

El 3 de febrero movió Freire hácia Talcamávida casi la totalidad de su division, donde se detuvo hasta el 17 para avituallarla. Al dia siguiente arribó a Santa Juana i desprendió una avanzada de caballería a las órdenes del comandante Viel, para que se adelantase hasta Nacimiento i detuviera a Venancio que habia resuelto pasar a sus tierras despues de una larga espera.

El 21 de enero consiguió llegar el jeneral a Na-

cimiento. En su marcha pudo cerciorarse de que el enemigo no contaba en esta fecha con fuerzas suficientes para infundir temor i que principiaba su desorganizacion, a juzgar por los muchos desertores, cerca de 200, que se le presentaron para pedir una amnistía o para tomar servicio en las filas de los patriotas. Entre estos presentados, los documentos de esta campaña dan mucha importancia al teniente español Manuel Canario, guerrillero cruel hasta entónces con los independientes i que desde ahora experimentó ménos sensibilidad de corazon por sus paisanos o antiguos compañeros.

Embarazosa fué la entrevista de Freire con el cacique Venancio. A los ceremoniosos discursos, presentaciones i saludos, siguieron las exigencias de los regalos que en tales parlamentos se acostumbraban. «Ya sabe Ud. decia el jeneral a su amigo i superior O'Higgins, lo majaderos que son. De todo me pedian. Mi contestacion era decirles que en esta ocasion no llevaba el ejército mas que pólvora i balas, que despues les regalaria i que esperaba los agasajos de esa. Hasta hoi no han llegado. Sírvase Ud. mandarme algo, pues lo merecen, se están conduciendo bien; no puede Ud. figurarse la sangre que está corriendo entre ellos».

Por otra parte, Venancio se manifestaba indiscreto, exorbitante, en sus pretensiones de que todo el ejército marchara con él a batir a sus émulos Mangin i Mariluan. Apénas se avino Freire a dejarle 250 hombres; pero fué a encaminarlo hasta Angol,

porque se temia que Mariluan le saliese de traves con un cuerpo superior de lanzas. Fácilmente fueron batidas algunas guerrillas que merodeaban por esos contornos.

Freire procuró volver al norte cuanto ántes para expedicionar sobre Arauco, donde Benavides contaba con una partida de 200 hombres i se rehacia apresuradamente sin que nadie lo inquietase. Sus bandas comenzaban de nuevo a presentarse en distintos puntos; una llegó hasta Santa Juana i puso fuego a las pocas i desmanteladas casas que aun quedaban en pié.

El 25 de febrero llegó Freire a esta plaza. Desde ella emprendió la marcha hácia Arauco, el eterno escondite de Benavides. En una semana de viaje lento i pesado, llegó al fin a Carampangue. Desde aquí observó que el enemigo, huyendo a Colcura, habia incendiado las casas de techo pajizo de la aldea i todas las viviendas de los campos inmediatos. Creyó inútil su presencia en esos lugares i dió la vuelta a Concepcion, donde penetró el 7 de marzo con su tropa desbandada por una lluvia (Ministerio de la Guerra, oficio de Freire sobre esta campaña).

En la misma fecha de la llegada del jeneral a la ciudad, fuerzas patriotas lograron sorprender en el distrito de Puchacai la partida del guerrillero realista Juan Ignacio Chávez, conocido por sus continuas correrías; la jente que la componia se afilió a los cuerpos de la division independiente.

En esta campaña tan infructuosa, el general del ejército del sur no aparecía dotado de la vista superior de un militar de experiencia. Manifestóse negligente, al contrario, no llegando hasta la misma plaza de Arauco para establecer aquí una guarnición permanente i destacar columnas móviles que persiguiesen a los contrarios hasta en sus últimas guaridas.

Reconcentrar en esta zona un fuerte destacamento equivalía a proteger las fronteras, privar a los realistas de los recursos que podían obtener por mar e impedir que de nuevo incorporasen a sus cuadros un número crecido de rezagados i desertores que se ocultaban en esos campos.

El coronel Prieto tenía por lo que a esto respecta miras mas estensas i exactas que Freire. Para él, Arauco era, dada la situación de la contienda, el eje de la guerra: sin ocupar esta plaza a firme, fortificarla i resguardar el puerto con un buque de la escuadra, las operaciones se harían interminables. Como su jefe jerárquico había descuidado este objetivo primordial en su entrada a la Araucanía, calificó esta campaña, con espíritu fino i cáustico, de paseo militar (Cartas de Prieto a O'Higgins). Luego que, con la retirada de los patriotas, hubo desaparecido todo peligro para Benavides, regresó a su favorita i socorrida aldea de Arauco, donde pensaba rehacerse pronto i elevar su partida de 200 montoneros a la categoría de una división no menos arrogante que las de sus mejores días.

Sucesos imprevistos vinieron a favorecer sus proyectos.

Desde que asediaba a Freire en Talcahuano, dominaba el ánimo de Benavides, o mas propiamente del círculo de sus consejeros, la idea de poseer una embarcacion que le sirviese para hacer curso en la costa de Arauco i comunicarse con el virrei del Perú i el gobernador de Chiloé.

Para llenar este vacío mandó construir un barco en la desembocadura del rio Tubul. Comisionó para que dirigiera esta construccion a un aventurero italiano llamado Mateo Maineri. Este sujeto era un antiguo hombre de mar, que habia navegado en las costas del Pacífico en calidad de piloto de buques mercantes. Bajaba a menudo al Callao, donde tenia a su mujer. En una ocasion se apoderó de uno de los buques confiados a su pericia i lo convirtió en pirata. Apresada esta embarcacion en Guayaquil por el bergantin *Galvarino* en diciembre de 1819, Maineri pasó a formar parte del personal de la fragata *O'Higgins*. Cochrane, por motivos que se ignoran, lo hizo bajar a tierra en Talcahuano, en el mes de enero de 1820. Encontrábase aquí cuando Benavides asaltó esta plaza en la noche del 2 de mayo de 1820, i tal vez voluntariamente se enroló desde entónces al ejército realista con el grado de oficial del rejimiento de dragones.

Maineri era el tipo del aventurero vulgar: en su vida de guerrillero aparece cruel, desalmado i sin lealtad.

Dióse tal diligencia el armador de los montoneros para concluir su obra, que a fines de enero fué botada al agua la embarcacion. Equipada con toda prisa, Benavides dispuso que se embarcase en ella el comisario del ejército don Calisto de la Fuente, para que fuese en busca de elementos de guerra que debía solicitar del virrei Pezuela. A causa, quizas, del estado afflictivo en que se hallaban en ese pais las autoridades españolas, de la Fuente no podría cumplir su encargo i vendió para sí el barco en seis mil pesos.

Si Benavides habia salido burlado en esta empresa marítima, el arribo a la isla de Santa María de algunas embarcaciones mercantes le iba a proporcionar la oportunidad de proveerse de buques con que ejercer la piratería en las costas de Arauco.

La isla de Santa María cierra al oeste la ensenada de Arauco. Sus terrenos, que abarcan una estension de 25 kilómetros cuadrados, son bajos, con escasos árboles pero muchas aguadas i vejetacion herbácea. Al este i al norte se abren dos ancladeros para buques medianos. Desde antiguo tocaban aquí las embarcaciones en viaje que tenian necesidad de refrescar su tripulacion, renovar el agua i acopiar algunas provisiones naturales.

En los últimos dias de marzo arribó a la isla una fragata inglesa llamada *Perseverance*, que se dedicaba a la pesca de ballenas i lobos marinos. Luego que se supo en el campamento realista el arribo a la isla de este buque, Pico i Benavides se propu-

sieron apresarla. En efecto, alistó el primero cuatro botes, que tripuló con 10 hombres armados de fusil i 24 de lanzas i se arrojó al mar cuando cerraba la noche del dia 28. A las once el caudillo español se hallaba al costado de la *Perseverance* i la abordaba resueltamente. En persona dió muerte al centinela e hizo amarrar al capitan llamado Guillermo Clarck, al piloto i 35 marineros de la tripulacion. Cuando logró tener aterrada la jente del buque, mandó que enderezaran su proa hácia el rio Tubul, en la parte sudoeste de la ensenada de Arauco. Al llegar aquí encayó la embarcacion, probablemente por impericia de los que la dirijian, aunque en ese tiempo se creyó fuese intencional para saquearla con mas facilidad.

Benavides se trasladó a la *Perseverance* a dirijir la descarga de los efectos que contenia. Tres dias permaneció a bordo dedicado a tarea tan conforme a su carácter i al consumo del ron i los licores que se hallaron en las bodegas.

Estrajéronse de la fragata dos cañones de calibre menor, doce fusiles, un barril de pólvora, paño, provisiones abundantes i lo que mas llenó de gozo a Benavides, mil pesos en dinero.

Ya se habia hecho bajar a tierra al capitan Clarck, al piloto i la marinería, amarrados como infames. Las protestas del primero, sus arranques de indignacion, sus amenazas de la represalia de las embarcaciones de su gobierno, habian sido ecos perdidos en esa turba de inconscientes como Benavides i de



CORONEL
DON AGUSTIN LOPEZ

individuos dominados por pasiones nacionales irresistibles como Pico. Clark, el piloto i tres marineros cayeron una noche asesinados a sable por acuerdo de los que dirijian a las turbas embriagadas.

A los diez dias de la captura de la *Perseverance*, se supo en Concepcion la noticia de estas incidencias por un marinero ingles que logró huir burlando la vijilancia de los soldados de Benavides. Produjeron estos hechos una impresion de asombro por la audacia con que se habian consumado i la influencia que podian tener en el curso de las operaciones.

Tan pronto como el jeneral Freire supo el golpe atrevido de piratería ejecutado por Benavides, lo puso en conocimiento del gobierno. El director supremo O'Higgins, en la imposibilidad de tomar medidas represivas inmediatas por estar la escuadra en el Perú, comunicó a su vez al jefe de las fuezas navales inglesas en el Pacífico el peligro que amenazaba a los buques mercantes la presencia de piratas en la costa chilena. El comodoro sir Thomas Hardy no acojió este aviso con la atencion que merecia, i Benavides, sobre permanecer impune por el atentado reciente, quedaba en condiciones de seguir verificando otros mayores (Gaceta Ministerial, noviembre de 1821).

Efectivamente, a principios de mayo hizo equipar i salir en direccion a Talcahuano siete chalupas, bien tripuladas i a las órdenes de Pico. Llevaba esta flotilla el encargo de penetrar de noche a la bahia

i apoderarse de cualquiera embarcacion que pudiese abordar. Perdidas de su derrotero por la neblina, de esas chalupas, solo tres llegaron a su destino, sin ser notadas por las autoridades marítimas, para retroceder acto continuo a la rada de Arauco.

A los pocos dias lo vino a compensar de este fracaso una nueva presa que cayó a la trampa de la isla Santa María. El bergantin norte americano *Hercilia*, que venia del sur, del Cabo de Hornos, ancló en uno de los fondeaderos. Benavides tenia de antemano una guarnicion a cargo del oficial don Miguel Riobó, con instrucciones de sorprender a cualquier barco que ahí se detuviese. El oficial Riobó se puso al acecho: en el momento en que la tripulacion bajaba a tierra, recibíola con descargas de fusilería, que causaron la muerte de 6 hombres. Se apoderó de los botes, amarró a los marineros aprisionados i se encaminó, en la noche del 10 de mayo, al costado del bergantin. El capitan i 5 marineros permanecian únicamente a bordo; sin dificultad el oficial realista se apoderó del buque, hizo levantar anclas i se dirijió a Arauco.

Benavides i su jente salieron a la playa a recibir, con el estandarte real desplegado i salvas de fusiles, al buque recién apresado i a sus felices captores.

Un rico botin contenia la *Hercilia*; en sus bodegas se amontonaban 11 mil cueros de lobos i focas, sal en abundancia, telas de algodón i muchos víveres.

Doce hombres sobrevivientes de la tripulacion i

el capitan Sheffield, fueron llevados a tierra i distribuidos como sirvientes entre los jefes i vecinos de Arauco. Como parecia natural, el capitan quedó con el primer jefe ejerciendo a su lado los quehaceres de un mozo o mayordomo. Benavides dió el mando del bergantin, armado en corso, a Maineri, a quien confirió el grado de teniente de la real armada i poderes ámplios para proceder contra todo buque contrabandista o de procedencia no española. Embarcáronse tambien un piquete como de 24 fusileros i 50 hombres de lanza i armas de abordaje, al mando del capitan español don Antonio Carrero.

Pronto cayó otro bargantin americano en poder de los realistas de Arauco, entregados ahora de lleno a la piratería ántes que a las empresas militares. Tenia por nombre *Hero* i venia cargado con gran cantidad de tejidos i bastimentos.

Luego que hubo anclado en la isla, una partida oculta dió muerte a los tripulantes que bajaron a tierra i asaltó el buque.

Miéntas que se descargaba en Arauco, sus marineros, esperando proteccion de un bergantin de guerra de la armada chilena llamado el *Brujo* que se divisaba por esos contornos, se hicieron de repente a la vela.

Por desgracia, el capitan del *Hero* i un niño hijo suyo habian quedado en tierra. Enfurecido Benavides por lo que creia una burla, condenó a muerte al padre i al hijo. Ejecutó la bárbara sentencia el

oficial Juan de Dios Azócar, mas tarde incorporado al ejército patriota.

No era la última presa; otra mucho mas valiosa que las precedentes vino a recupletar los almacenes de las tropas reales, en vía de rehacerse con abundancia por estos medios no calculados en la prevision de los caudillos. Los agentes realistas del Rio de Janeiro, despacharon para el ejército del Perú un bergatin llamado *Ocean*, que venia con armas desde Estados Unidos.

En los últimos días de julio, su capitán Moison se resolvió a recalar en la isla Santa Maria para renovar su provision de agua y de leña. La guarnición que Benavides tenia oculta en ella, se apoderó por sorpresa del buque, como se habia hecho con los otros.

Desmensurado fué el regocijo que causó entre los montoneros de Arauco el hallazgo de armas encajonadas en el *Ocean*, pero el número de éstas no alcanzaba a la crecida cantidad que Benavides exajeraba para hacer circular en la Araucanía su situacion brillante i poderosa. En realidad, los fusiles no pasaban de tres mil i de alguno centenares los sables i las pistolas. Fueron almacenados en la capilla del lugar.

Con todo, estas armas i los elementos obtenidos en los saqueos anteriores, exaltaron el orgullo del caudillo jefe i dieron a la plaza cierto carácter de abundancia, que parecia esplendidez en comparacion a la pobreza jeneral de los otros cantones de

montoneros. Circuló la voz de tal holgura por todas partes, i comenzaron a afluir a la aldea algunos hombres que podian incrementar las fuerzas realistas (Archivo del Ministerio de la guerra, 1821).

Miéntras que verificaban el despojo de las naves apresadas en la isla, alistábase la *Hercilia* en su fondeadero de Tubul para hacerse al mar. Había proyectado Benavides un viaje de esta embarcacion a Chiloé, con el objeto de pedir al gobernador Quintanilla que auxiliase a la division que se organizaba en Arauco con algun material de guerra i en particular con oficiales i clases instructoras. El comandante español Carrero llevaria la direccion superior de la espedicion.

El 13 de julio se hizo a la vela el bergantin pirata con rumbo al sur.

Desde ántes que este buque dejara su fondeadero, se sabia en el norte que se armaba en corso i se suponía que iba a merodear por la costa i a causar estragos en las embarcaciones mercantes.

Por eso el gobierno comenzó desde principios de julio a dar a conocer este peligro al jefe de las naves británicas, al de la escuadra chilena, entónces en el Perú, i a los gobernadores marítimos. El jeneral Zenteno advertia en sus comunicaciones que el bergantin *Luisa* era el que se habia armado con una pieza de 12 i dos de 9 (Ministerio de la guerra. Gaceta Ministerial de julio de 1821).

Llegó a darse como un hecho el 4 de julio en Valparaiso que el buque pirata voltejeaba por afue-

ra de la bahía. El director supremo quiso desvanecer los temores infundados del público i ordenó que la corbeta *Chacabuco*, desmantelada, se armara a toda prisa i saliera en exploracion.

Miéntras tanto, la *Hercilia* llegaba el 17 de julio a San Carlos de Ancud. Quintanilla acojió bien al emisario Carrero, en virtud de instrucciones que tenia del virrei Pezuela para proteger al jefe realista de la frontera. Puso a disposicion del enviado de Benavides un continjente escaso, el único que podia suministrar en circunstancias de expectativas para él i consistente en 7 oficiales, 8 sarjentos, 4 cabos, 2 soldados i 6 cañones de distintos calibres, 11 fusiles i algunas municiones.

El primero en grado i merecimientos de estos oficiales era el capitan don Miguel Senosiain Ochotorena, vizcaíno, que pertenecia ya al número de los militares españoles que habian servido gloriosamente en Chile bajo las banderas reales. Seguíanle los tenientes Manuel Arregui, recomendado en especial por Quintanilla; Gregorio Peña, Manuel Asencio i Martin Gatica; los subtenientes Eusebio Torres i Matias Pinto.

El 17 de agosto entraba de regreso a la rada de Arauco el bergantin *Hercilia*.

Los recursos que Benavides habia sacado de sus piraterías, le permitieron aumentar sus elementos bélicos i desplegar la actividad que lo distinguia para atender los detalles i la aptitud de instructor para prevenir tropas.

Su pequeña columna comenzó a inscrementarse notablemente con los voluntarios que habian afluido a Arauco i los dispersos diseminados al sur del Biobío. Ordenó, ademas, un alistamiento en masa, en las secciones adictas al rei de uno i otro lado del Biobío, de todos los individuos aptos para cargar armas, desde 12 a 60 años.

Arbitrios económicos preocupaban igualmente la atencion de Benavides. En la imposibilidad de proporcionarse metálico para sostener sus últimas i mas terribles campañas, decretó por bando, el 28 de julio de 1821, la emision de vales o papel moneda de curso forzoso, especie de billetes de banco, desde un real hasta un peso, autorizados con su firma i la de un funcionario de su personal administrativo titulado ministro del tesoro.

Conminó con penas severas a los que rehusaran recibir estos vales. En una ocasion mandó azotar a dos mujeres que, seguramente por no saber leer, se negaron a recibir uno de estos papeles, del valor ínfimo de medio real.

No solo en lo civil i militar ejercia sus atribuciones Benavides, sino tambien en lo eclesiástico; creíase con facultades análogas a un capitán jeneral. En esta persuacion, dispuso a principios de mayo que se efectuara en Arauco un capítulo de curas para elejir un provisor i vicario capitular en sede vacante, en reemplazo de don Pablo de la Barra, que se hallaba ausente al norte del Biobío. Reuniéronse, en efecto, seis curas i designaron para el puesto va-

cante a don Benito José Domínguez, antiguo párroco de Concepcion. Benavides sancionó solemnemente tal eleccion i le dió «el debido curso» (*Guerra a muerte*, Vicuña M).

Creció la arrogancia de Benavides una vez que se vió con muchos soldados sobre las armas: embriagado con un éxito que no esperaba despues de sus últimos desastres, creyéndose fuerte i seguro, se dejó dominar, como todos los caractéres ineptos de ordinario, por sus peores pasiones. Nada contuvo su crueldad injénita: ademas de hacer azotar a las mujeres que no recibieron un vale, mandó fusilar un dia a tres soldados que estaban de guardia en su casa por haberle sustraído un pedazo de carne de cerdo; el cabo que los vijilaba recibió doscientos palos. Condenaba a la pena de muerte a los que intentaban desertarse, i por las faltas mas leves mandaba aplicar a su capricho durísimos castigos.

La desconfianza, como sombra negra que oscurecia su cerebro, trastornaba su criterio. En todas partes veia traidores i de todos se guardaba. Residia en una casa de teja, única que no tenia techo de paja, aislada en el cerro de Colocolo. Ahí se montaba una guardia para cuidar su persona, i los miembros de su familia tomaban precauciones minuciosas en los alimentos i bebidas a él destinados (Noticias comunicadas al autor por un nieto de Benavides).

A menudo le asaltaban dudas acerca de la fidelidad de sus cooperadores, sobre los cuales trataba

de inquirir pormenores de vida para eliminarlos. Tal aconteció con su viejo amigo i querido compadre el coronel don Felipe Diaz Lavanderos. Informáronle que éste habia recibido de Freire el encargo de envenenarlo; como habia salido ya a campaña, manda en su seguimiento al capitán don Jervasio Alarcon; traído a su presencia, lo interroga i cerciorándose de su culpabilidad, ordena que lo fusilen, el 9 de septiembre, en su presencia. Despues de confesarse, Diaz Lavanderos recibe la muerte en la plaza, sentado en unos adobes. Al comunicar a Pico este suceso, al dia siguiente, le encarecia la necesidad de tomar precauciones a fin de que los oficiales i la tropa no fuesen envenenados en la comida o en las bebidas, i le aconsejaba la medida de obligar a probarlas primero a los que las vendieran o suministraran.

No descuidaba el equipo i organizacion de sus tropas. Dió a Bocardo la comision de formar en Quilapalo un rejimiento de caballeria que denominó «Húsares de la muerte». Este jefe, enemistado con Elizondo por la organizacion de tal cuerpo i sindicado de flaquear en sus convicciones realistas, vino a Arauco a sincerarse ante el suspicaz Benavides i a llevar las armas que necesitaban sus soldados. Senosiain recibió, asimismo, la comision de organizar otro cuerpo de escolta del comandante en jefe, titulado «Guias» i al cual ingresaron los voluntarios decentes que no tenian colocacion en las demas unidades. A él se afiliaron don Nicolas Rute, jóven es-

pañol de distinguidas prendas personales, los cuñados de Benavides Juan Ruiz i Eusebio Torres i hasta su propio padrastro.

Reorganizáronse, por último, los dragones, la vieja i aguerrida guardia de los monteros de la Araucanía. Aquí se incorporó a los marineros de los buques apresados, los cuales quedaron bajo la severa vijilancia de sus oficiales; algunos que intentaron desertarse, fueron fusilados sin trámite ninguno.

Para equipar su nueva division, Benavides aprovechó todo el material que le suministraban las naves caidas en su poder.

De las velas hizo arreglar uniformes de brin para sus soldados i del paño, trajes para sus oficiales; los cueros de lobos le sirvieron para la confeccion de morriones i arreos de montar; el hierro que, en distintas formas existia en cantidad sobrada, tuvo aplicacion en las astas de lanzas i en los innumerables usos que exige una porcion de ejército. Utilizó hasta las planchas de cobre en la fabricacion de cornetas, a las que daba marcada i ridícula importancia el que tantos años habia obedecido a ellas.

Trabajando sin cesar en estos pormenores i viendo que su division crecia, Benavides llegó a recobrar una inmensa confianza en sí propio i a imaginarse que dentro de poco iba a desembocar de una manera fulminante al norte del Biobío. Todos sus secuaces abrigaban igual confianza en la victoria.

La division realista, fuerte de mas de 1,500 hom-

bres, quedaba así organizada en los cantones militares de Arauco i Quilapalo, en la márjen izquierda del Biobío i a algunos kilómetros al este de Santa Bárbara.

Los Pincheiras permanecian aun con su montonera, a principios de 1821, en un paraje selvoso e inaccesible denominado Roblehuacho, del interior de los Andes que enfrentan a Chillan, por la cercanías de unas lagunillas que dan nacimiento al rio Ñuble. Como segundo de la guerrilla continuaba el temible Julian Herмосilla, sujeto de familias conocidas de Rere, que despues de haber servido como sarjento en el n.º 3, desertó en Arauco para servir a los realistas.

No retenia Benavides la totalidad de su jente reconcentrada en Arauco; para establecer un servicio de seguridad, habia destacado piquetes en los lugares de Pileo, Palco i Santa Juana, en la márjen izquierda del Biobío.

Si Benavides aparecia en este período de la guerra de la frontera como jector puntual de los por menores, el coronel don José Manuel Pico seguia levantando su atencion a miras jenerales: él ideaba por lo comun los planes de ataque, i en esta guerra de sorpresa, su mirada de águila descubria con facilidad los errores militares de sus enemigos, lo que esplica el temor que infundia su nombre. Acostumbrado a la fatiga, su vigor físico i su actividad, como su talento brillante i variado, no decaian un punto, a pesar de la profundidad de su pena por el

hundimiento del réjimen monárquico en América.

En cambio del buen pié en que se encontraban las fuerzas realistas, las divisiones de Concepcion i Chillan pasaban por un estado de precaria escasez. Los soldados carecian de vestuario i su alimentacion era de mala calidad i sobre todo insuficiente. La caballada i las municiones habian disminuido en proporcion tal, que el ejército del sur carecia ya de los elementos mas indispensables de esta guerra.

Los zonas ocupadas por los patriotas no podian suministrar ni medianos recursos al ejército, porque se hallaban en una decadencia agrícola i comercial mayor que la de los años precedentes: los campos no se cultivaban por la escasez de brazos i los perjuicios que traian sobre ellos las operaciones militares; las industrias agrícolas, únicas que funcionaban ántes, ahora estaban paralizadas. No habia, por lo tanto, animales i cereales ni para los mismos habitantes de estas secciones.

Muchos oficiales i jefes de esperiencia en la guerra del sur i, por consiguiente, necesarios para proseguirla en este año, comenzaron a ausentarse al norte con permiso, deseosos de poner término con un cambio de guarnicion a las penurias tanto tiempo sufridas.

Cansado el jeneral Freire de representar al gobierno esta miseria, que en verdad comprometia el prestigio de la superioridad de sus armas i las esponia a un fracaso, resolvió trasladarse a Santiago para conseguir en persona lo que no habia obtenido

por escrito. Al promediar el mes de julio emprendió su viaje. Dejó encomendadas la division i la provincia de Concepcion al coronel don Juan de Dios Rivera. Este jefe conocia a fondo los negocios del sur, como orijinario de esta ciudad i vinculado a la aristocracia penquista. Era un militar de antecedentes meritorios, instruido i de talento, contenido i calculador, idóneo, por consiguiente, para quedar airoso en cualquier puesto superior.

El 21 de julio se detuvo el jeneral en Chillan, para informarse de las circunstancias relativas a la segunda division i delegar el mando militar i de la provincia en el coronel don Joaquin Prieto, a quien le correspondia por su antigüedad.

El coronel Prieto se trasladó a Concepcion en los primeros dias de agosto. Desde esta ciudad reiteró al gobierno sus anteriores comunicaciones, en que pedia recursos de guerra con que afrontar la nueva campaña; agregó ahora las mas desconsoladoras noticias acerca de la pobreza jeneral de la rejion i del estado insostenible del ejército, hasta el de carecer de provisiones para la comida diaria.

Esta miseria extrema alentaba a los realistas, quienes estaban al corriente de cuanto pasaba entre los patriotas por las noticias que les suministraban sus espías. Para evitar este espionaje, denunciado por una junta de vijilancia que funcionaba en la ciudad, el coronel hizo fusilar en la plaza a dos mujeres i dos hombres reincidentes i confinar a otros ménos culpables.

Al comenzar el mes de Setiembre recibió por mar algunos recursos, que llegaron cuando ya no habia ningun comestible para el rancho de la tropa. Llególe tambien la noticia de la ocupacion de Lima. Púsola en circulacion por toda la Araucanía i al mismo Benavides se la comunicó enviándole un emisario para invitarlo a deponer las armas. El envanecido caudillo, acaso no dándole crédito, rechazó esta proposicion.

En seguida el coronel Prieto dedicó toda su atencion a la parte militar, para estar apercebido al combate. Las fuerzas patriotas quedaron distribuidas en un vasto sector.

En Chillan quedó siempre la segunda division, a las órdenes de Arriagada, con un efectivo mui disminuido, 62 artilleros, 129 infantes i 307 jinetes.

En Yumbel, llave del campo estratéjico, mandaba el comandante Viel una columna de 300 hombres, infantes i de caballería.

El mayor Salazar resguardaba la zona de Nacimiento con su partida de milicianos de la Laja.

En Rere se hallaba el comandante Cruz a la cabeza de un escuadron de la escolta.

En Concepcion i plazas circunvecinas permanecia reconcentrado el grueso de la tercera division.

Por último, un destacamento de voluntarios i veteranos operaba en el interior de la Araucanía, por el lado de Puren i Lumaco.

Ascendia el ejército del sur, sin contar las mili-

cias de Itata que se habian licenciado, a cerca 1680 plazas.

Habíase decretado tambien, el 26 de enero, la disolucion del aguerrido batallon número 1 de cazadores de infantería o Coquimbo. En febrero llegó la órden a Concepcion, i le cupo al sarjento mayor don Manuel Gregorio Quiroga, arjentino, la triste mision de darle cumplimiento, con honda pena de la tropa que lloraba enternecida al ser incorporada al número 3 de infantería: el soldado chileno adquiere fácilmente el honor de cuerpo, exaltado hasta el cariño.

En los araucanos se habia operado desde los primeros meses de 1821 una franca reaccion en favor de las patriotas. Los del norte de la costa, los mas decididos ántes, no se prestaban ahora de buen grado para seguir a los realistas al norte del Biobio, porque con el mayor peligro de sus incursiones a esas zonas, disminuia la probabilidad del botin. A mediados de este año habian tomado tal miedo a los patriotas, que al solo anuncio de su aproximacion se dispersaban i huian las partidas (Gaceta Ministerial).

La zona de los llanos, desde Nacimiento hasta Lumaco i Cholchol, se habia puesto resueltamente del lado de la patria. En las indiadas de los contornos de Nacimiento ejercia un ascendiente mui marcado el cacique Pichuñmanque, unido a Colipi i Pinolevi, dueño de una viña i hospedador obligado de los jefes indíjenas en tránsito al norte o sur del territorio (Datos recojidos por el autor).

Ahora aparecian secundando a Colipi, por las orillas del rio Vergara, los caciques Monche Paillamilla, de Vutaco, fuerte por su numerosa parentela, i Ancapi, el mismo que desde tiempo atras acompañaba a los patriotas como perteneciente a los indios angolinos i de Huequen, pero que residia en Pello-menco, lugar situado un poco al norte de Angol; era deudo del renombrado cacique Colima de la misma reduccion (Datos al autor del anciano indijena Lipai, orijinario de estas comarcas).

Los indios de Picoiquen, donde ahora está la ciudad de Angol, prestaban sus lanzas a la patria, mandados por Lincogür, conocido tambien por sus pasados servicios.

Dábanse la mano los indios de estas comarcas con los de las riberas orientales de los rios Vergara i Rehue, los de Malleco, Huequen i Trarulemu, acaudillados por los mismos caciques de las campañas precedentes i en particular por Calvugür i Meligür. Aparecian ahora como los mas resueltos en favor de sus aliados, Tramomilla de Huequen i Raiñancu de Trarulemu.

Las densas agrupaciones que seguian al sur estaban igualmente decididas. Meliñancu de Lilpuilli, en el actual pueblo de los Sauces, projenitor de la célebre familia de los Melin, seguía con entusiasmo a Colipi. En otro lugar inmediato a éste, llamado Trihuelemu, dominaba uno de los suegros de Colipi, el cacique Ancamilla, hijo de otro que con autoridad



CORONEL
DON DOMINGO DE TORRES

habia figurado como partidario de los patriotas, el viejo Coñoemilla.

Por Lumaco habian depuesto las armas i se manifestaban adictos a la patria los caciques enemigos de Colipi, entre los cuales figuraban sus deudos Cadiñ i Coliman. Por esta zona no tenia contrapeso el poder de Coñoepan, que disponia del destacamento que le dejó el mayor Ibáñez. Apoyado en esta tropa, dominaba a sus antiguos enemigos. Vengóse de los indios de Voroa, sus rivales encarnizados, imponiéndoles una contribucion de animales para su jente.

El sarjento Juan de D. Montero, perteneciente a los veteranos que dejó Ibáñez a Coñoepan, hacia espediciones por las orillas del Cautin hasta la poblada agrupacion de Maquehua, contraia relaciones con los caciques de mas influjo i los predisponia a favor del nuevo réjimen.

Los indios de la jurisdiccion de Valdivia se contaban asimismo entre los mas resueltos partidarios de las autoridades patriotas. Los del sur, de Cudico i otras reducciones, habian protestado su fidelidad al gobernador de esa ciudad, i otro tanto habian hecho las del norte, por intermedio del capitán de amigos don Juan Mera (Oficio del gobernador Letailier a Freire).

Los pureninos únicamente quedaban por las faldas orientales de Nahuelvuta hostiles a los patriotas, favorecidos por la topografía inespugnable de sus tierras.

Inflexibles se manifestaban asimismo los grupos

que obedecían a Mariluan i al cacique Coliman de Quilapalo, i sobre todo los arribanos, manejados en absoluto por Mangin. No ménos tenaces permanecían los pehuenches, cuyos jefes principales se hallaban sometidos a la voluntad de los Pincheiras.

Desde ántes que las fuerzas realistas se reconcentrasen hácia las márgenes del Biobio, los combates parciales eran frecuentes entre las partidas lijeras de los belijerantes. Tuvo lugar uno de estos encuentros el 16 de febrero de 1821 entre una montonera de los Pincheiras que bajó de las montañas de Chillan, a las órdenes de Hermosilla, i un piquete de caballería patriota, mandado por el guerrillero Rodríguez, conocido con el apodo «el Macheteado». En el choque perdieron los montoneros 4 hombres i el mismo Hermosilla tuvo que huir á pié por una quebrada para escapar con vida.

En marzo se internó a la montaña el comandante Torres. Logró tener a su alcance una partida que atacó nada mas que con 20 dragones; dejó en el campo 18 muertos i regresó a la ciudad el 16 con un botin de muchas armas.

En pleno invierno, en el mes de mayo, ordenó el coronel Prieto que el comandante Arriagada hiciese una batida seria a las bandas de Pincheira por el boquete de Alico. En el choque de Rodríguez con Hermosilla, consiguió el primero atrapar a cuatro malhechores de fama. Tres fueron pasados por las armas, i por la intervencion del comisario del ejército Castellon, se perdonó la vida a uno de ellos,

de nombre Manuel Turra, célebre como espía i correo pedestre de las bandas de Pincheira. Llevando por guía a este individuo, que desde entónces permaneció fiel a los que le perdonaron la vida, Arriagada se dirigió al campamento de los Pincheiras.

Pudo llegar sin ser notado al paraje donde tenían sus cuarteles las guerrillas. el cerro de los Pangues, como a cuatro leguas de Alico para adentro.

A las dos de la mañana cayó Arriagada sobre ellas de improviso. Defendiéronse los Pincheiras con 80 infantes i lanceros i un grupo de indios en el paso del torrente los Guindos; pero atacados con enerjía por el mayor don Miguel Soto i el capitán Silverio Arteaga, se fugaron a los bosques inaccesibles de las inmediaciones. Seis leguas los cargaron sus vencedores sin darles alcance. En cambio, les quitaron 120 caballos i mulas, 300 vacunos, víveres i armas, botín que fué distribuido a la tropa. Los fujitivos tuvieron varias bajas i ninguna sus perseguidores (Parte del comandante don Pedro Ramon Arriagada a Freire, en el archivo de Gay, cedido por la señora viuda de Morla Vicuña a la Biblioteca Nacional).

Después de este fracaso, trasladaron los Pincheiras su campamento a las vertientes orientales de los Andes, al lugar llamado Malbarco, donde quedaban a salvo de sorpresas. Se dijo por entónces que el principal de los Pincheiras había meditado pasarse a los patriotas poco ántes de ser sorprendi-

do, pero comunicaciones i el título de capitán que le envió Bocardo, lo obligaron a desistir de tal propósito.

Por la parte del este de los Anjeles, hacía Santa Bárbara i Tucapel, comenzaban a efectuarse de igual modo que en las montañas de Chillan los encuentros parciales repetidos, que preceden a las operaciones de mayor trascendencia. Uno de éstos fué el del guerrillero patriota Barra con el montonero realista José Peña, conocido este último desde las campañas del año anterior por sus correrías i su ferocidad contra los insurgentes, a quienes jamas, cuando caian en sus manos, dejaba con vida. Barra iba de Yumbel a Santa Bárbara al frente de 60 hombres. En el camino tropezó con Peña, el cual arrolló a su jente, le quitó un arreo de animales que conducia i lo fusiló al instante.

Por este mismo tiempo el comandante Viel despachó a un cabo Bustos de granaderos, con la comision de ir a batir en Tucapel a un guerrillero realista Contreras con un piquete de su cuerpo. Dió afortunadamente el cabo con él, le mató 12 hombres i, pereciendo en la refriega, le cortó la cabeza, que llevó a su jefe; ensartada en un palo, se dejó en el cerro del Centinela para escarmiento de ladrones i montoneros.

Tuvo resonancia entre los patriotas otro hecho de armas acaecido en Tucapel en el mes de mayo. Como importante i céntrica, se habia establecido en esta plaza con un respetable destacamento el gue-

rrillero i capitán de dragones don Juan Bautista Espinosa, para asegurar el tránsito a Quilapato i montañas de Chillan. El comandante Viel hizo salir de Yumbel un piquete de 40 dragones para que lo desalojasen de esta posicion. Con pérdida de 20 hombres muertos i 7 fusilados, Espinosa se vió forzado a retirarse, pero a los pocos dias se presentó al coronel Prieto, quien, obedeciendo a su política de atraccion, lo recibió benévolutamente i le otorgó el honor de nombrarlo juez del partido de Trilaleo, algunos kilómetros al norte de la actual poblacion de Yungai, donde ejercia una preponderancia mui efectiva (Comunicacion de Prieto a Freire en 29 de mayo de 1821, del archivo de Gay, Biblioteca Nacional).

El gobernador de Puchacai consiguió, a su vez, alcanzar al guerrillero don Juan Ignacio Chávez, que tenia como campo de correrías el camino de Chillan a Concepcion, i lo pasó por las armas en union de 7 de sus afiliados (Ministerio de la guerra).

Por su parte, Bocardo acometió con ventaja en Cholguan, en la seccion superior del rio Itata, sobre un grupo de caballería que mandaba el capitán don Francisco Búlnes. Salieron tras él desde Chillan el teniente don Manuel Zañartu, de dragones de la patria, las partidas de Riquelme i el macheteado Rodríguez i lo corrieron de las montañas a su campamento de Quilapalo.

Tanto en Chillan como en Concepcion, el coronel Prieto habia concretado sus miras, en lo que iba

corrido del año, a destruir a toda costa las bandas de montoneros que desolaban el este del territorio e interceptaban las comunicaciones; porque estaba persuadido, contra el parecer o la negligencia del jeneral Freire, de que la guerra no habia concluido i de que esas partidas podian crecer e incomodar a una division en campaña. Así lo hacia ver al director O'Higgins en su activa correspondencia i le agregaba la necesidad que habia de prevenirse, de no estar a la defensiva, sino obrar en conjunto sobre pueblos i campos dominados por los enemigos.

Entre las juiciosas disposiciones que tomó en Concepcion, debe contarse el arbitrio a que recurrió para procurarse algunos recursos rentísticos que le permitieran salir de los apuros del momento. De acuerdo con varios comerciantes, el 16 de septiembre emitió una cantidad de vales con obligacion de canjearse indefectiblemente por metálico cuando llegaran los fondos prometidos de Santiago.

Habiendo conseguido Benavides cuantos alistamientos i equipos deseó, ya se aprestaba a comenzar las hostilidades a mediados de septiembre. El coronel Prieto, estaba al corriente de lo que sucedia entre los realistas por los espías que tenia a su servicio, i con su ordinario buen sentido, calculó que el objetivo del enemigo no podia ser otro que Chillan. En consecuencia, se trasladó con el comisario de ejército Castellon a esta ciudad, el 16 de septiembre, a fin de trazar el plan de operaciones que convenia seguir en caso tan urgente como grave.

Oportuna determinacion habia sido la del comandante en jefe interino del ejército del sur, pues Benavides se movia en direccion al Biobio, llegaba el dia 20 de septiembre al vado de Monterrei, frente de San Rosendo, i atravesaba el rio en balsas sin ningun tropiezo. Como de costumbre, marchaba Pico a la vanguardia, con cierto enojo i reservas que revelaban las fluctuaciones de una alma ajitada, pero desplegando siempre un poder fascinador sobre los que iban a sus órdenes. Para distraer a la fuerza de Concepcion, una pieza de artillería no cesaba de lanzar sobre la ciudad sus proyectiles, que por fortuna quedaban cortos. Vijilaba los movimientos de los realistas el comandante don José María Cruz, apostado con un destacamento en las inmediaciones de Rere. Desprendió al instante correos que llevaran con toda rapidez la noticia a Chillan i Concepcion.

Benavides siguió a Yumbel, donde se le reunió Bocardo con los húsares; se agregó tambien en el trayecto Pincheira con unos pocos de los suyos. Faltaron a esta última campaña realista sus indispensables aliados, los araucanos, que causaban tanto miedo a las poblaciones i no ménos cuidado a los militares. Continuaron marchando todos por el rio Claro hasta Quillon, para cruzar el Itata por Cuca, poco ántes de su junta con el Ñuble.

Interpusiéronse de este modo entre las dos ciudades; mas, se advirtió desde el primer momento la vacilacion del cuerpo realista para ejecutar el

plan que se habian propuesto sus jefes, que consistia, sin duda, en batir en detalle a las dos divisiones i apoderarse de San Cárlos i Cauquenes para amenazar la línea del Maule.

El coronel Rivera, en cuanto supo el avance de Benavides, tomó sin demora medidas que precaviesen de un fracaso a la division confiada a su mando. Citó a una junta de guerra para deliberar sobre lo que debia ejecutarse en esta eventualidad. Unánimes estuvieron las opiniones en el sentido de evacuar sin dilacion la ciudad i correr en socorro de Chillan por el camino de la costa, hasta donde el Itata vacia sus aguas en el mar.

El vecindario se alarmó en extremo con este acuerdo, que lo dejaba espuesto a ser fácil víctima de una embestida de las fuerzas de Benavides o de cualquiera guerrilla ávida de saqueo i a pagar, por lo tanto, la dolorosa contribucion de sangre de otras ocasiones. Despachóse un correo a Santiago para llamar en auxilio de las familias abandonadas al popular jeneral Freire.

Se calmó al dia siguiente el espíritu público, pues el coronel Rivera varió de plan, acaso por la escasez de medios de movilidad; constituia la falta de caballos la dificultad de mas bulto. Creyó que, en vez de ir la primera division en auxilio de la segunda, debia enviar ésta su caballería a Concepcion.

Por fin, quedaron de manifesto los propósitos de Benavides de maniobrar sobre Chillan. En conse-

cuencia, el comandante Cruz recibió instrucciones de picarle la retaguardia i los guerrilleros de Rere Dámaso Morales i José Quezada, de cerrarle el paso por los vados del Laja i el Biobío, si se escapaba por ahí deshecho i desbandado.

Sentíase, miéntras tanto, el coronel Prieto acometido de verdadero temor en Chillan, no como alma pusilánime sino como militar de experiencia que, sin exajeraciones, sabe medir la gravedad del peligro. La miseria de la division no se habia remediado en nada: la tropa, sobre ser insuficiente para resistir un ataque, continuaba mal equipada; faltaba sobre todo la caballería, que era el resorte real de esta guerra de cargas i carreras.

No obstante, se preparaba con toda prontitud a la defensa. Creyó que el cuadro o la plaza del pueblo se prestaba mas que cualquier otro lugar para la resistencia: hizo fosear las esquinas i construir trincheras de adobes en ellas, arreglar parapetos i troneras en las calles que daban acceso a este recinto i dispuso que se distribuyeran armas a los vecinos; hasta las mujeres tuvieron ocupaciones adecuadas a su sexo. Los habitantes de los campos cojieron sus animales, i juntamente con los de la division, metiéronlos dentro de estas obras improvisadas.

A cada uno de los defensores civiles de la ciudad se le señaló su puesto, i si es cierto que no constituian un núcleo serio de combate, habia que apro-

vechar como estímulo para la tropa el espíritu que animaba al conjunto.

El coronel Prieto esperaba, además, refuerzos que había pedido a Concepción i al norte.

Benavides había acampado en el lugar llamado Huechupin, en la parte occidental de Chillan, allegado a la confluencia del río Ñuble con el Itata.

Por los informes de sus espías estaba al tanto de lo que pasaba entre los independientes. Al revés, se resentían de vagos e incompletos los datos que recibía el coronel Prieto del teniente de dragones don Manuel Zañartu, destacado en Collanco. Deseando tenerlos más precisos, llamó al macheteado Rodríguez, con razón aplaudido en el ejército del sur por su osadía i perspicacia, i le dió la comisión de confianza de ir a buscarle noticias más amplias i exactas.

Elijó Rodríguez a tres individuos resueltos como auxiliares. Se acercó sigilosamente al campamento de Benavides i al amanecer del día 1.º de octubre llegaba a corta distancia del vivaque realista; se ocultó con sus compañeros para dar un golpe de mano. Pronto cuatro oficiales se apartaron del campamento en dirección a un rancho inmediato. Rodríguez cambia con sus hombres algunas palabras en voz baja, desenvainan los sables i se arrojan al correr de sus caballos sobre ellos. Lo inusitado del lance sobrecoje de asombro a los que lo presencian, no sabiendo al principio a qué atribuirlo.

«Tres de los oficiales, luego que los vieron, hu-

yeron; pero el capitán don José Ignacio Neira, el más valiente oficial de Benavides, aguardó a pié firme i disparó un pistolazo sobre el Macheteado que le pasó el poncho con la bala, en el instante mismo en que el último le descargaba un feroz sa- blazo en la cabeza.—Alejo Lagos le iba a segun- dar otro, pero el herido dijo.—Señor Alejo; no me mate Ud.—Lagos le preguntó—¿Quién eres?—Soi Neira, le contestó.—Monta en el acto en mis ancas! le dijo precipitadamente; i a la vista del ejército de Benavides, se enmontañaron con la presa i llegaron con el prisionero como a las ocho de la mañana del día primero de Octubre» (Relacion de Castellon).

Puesto en presencia de Prieto i convencido de su inmediato fusilamiento, Neira fué declarando al se- cretario del coronel cuantas noticias sabia del efec- tivo de las tropas realistas i de los propósitos de sus jefes. Se preparó en seguida a morir como buen cristiano i valiente, pero el comisario Castellon pro- puso diferir la ejecucion por razones de convenien- cia militar, lo que se aceptó, mui a disgusto de sus aprehensores.

Al día siguiente de esta escena, que dejó sincera- mente doloridos a los guerrilleros, Benavides dis- puso el avance de sus huestes en direccion a Chi- llan. En la mañana del 2 de octubre ocupó las co- linas de Collanco, a dos mil doscientos metros al poniente del pueblo.

Prieto sacó sus tropas afuera de la poblacion i las colocó en una posicion ventajosa, en contacto

con las casas i cercados; dejó entre ellas i las contrarias un espacio de terreno pantanoso i bajo, formado por el riachuelo Maipon o de las Toscas. La inferioridad en número i la escasez de caballería, lo obligaban a resguardarse en un punto estratégico inabordable.

Los tiradores de uno i otro lado abren el fuego. Dos piezas de artillería patriota, aprovechando la ventaja del terreno, obran con buena puntería. Los realistas marchan por el flanco izquierdo hasta llegar al camino, que permite el acceso al pueblo; los patriotas hacen igual movimiento i quedan de frente.

Los primeros disponen su caballería para cargar i los segundos preparan también la suya, aunque inferior en mucho a la otra.

Los tiradores de Prieto continúan sosteniendo, entretanto, un fuego violento i bien dirigido, que desconcierta la caballería e infantería de Benavides i las compele a retirarse.

Soldados i vecinos, al ver esta retirada, estallan en vivas a la patria i en una ruidosa gritería o *chivateo*, según la espresion chilena. Varias bajas dejaron en el campo los agresores de la ciudad i los patriotas solo tuvieron 2 oficiales heridos i 4 soldados.

Prieto no pudo emprender la persecucion por ser milicias mal montadas su caballería, ni quiso apartarse del pueblo por temor de una contramarcha del enemigo. Las partidas de Rodriguez i otros gue-

rrilleros fueron pisándoles sin tregua los talones por algun trecho.

A eso del medio dia se detuvo Benavides en el lugar conocido con el nombre de Monte de Urra, un poco al este de Chillan.

El resultado no habia correspondido a la arrogancia con que el caudillo realista habia emprendido sus maniobras sobre Ñuble. Los soldados se manifestaban temerosos i entre los jefes cundia un sordo sentimiento de disgusto. El cuerpo patriota quedaba al contrario en una excelente actitud.

La confusion de ideas empieza a invadir a los principales capitanes de los batallones del rei. Sorprendidos i desconcertados, recurren al ridículo espediente de mandar a Prieto un oficio en que lo desafiaban a batirse en campo abierto. Entre otros pensamientos, la pieza en referencia contenia los siguientes.

«En efecto, cuando pensaba tener la gloria de encontrarlo en Concepcion, se me notició que habia vergonzosamente desamparado aquella ciudad, huyendo a encerrarse a esta de Chillan. Yo, por no faltar a mi palabra, i por coadyuvar al entusiasmo jeneral de los dignos jefes, oficiales i tropas de este ejército de mi mando, me encaminé a este punto, con el objeto de presentarme a Ud. en el campo de honor a definir la cuestion. Bajo este concepto tendrá Ud. la bondad de salir con sus tropas a esterminar de una vez los únicos restos de las tropas reales que le quedan que vencer, cuya resolucion

espero sea dentro de una hora en el paraje que mejor le acomode. Con la intelijencia que no verificándolo, experimentará todos los rigores de la guerra i oscurecerá las glorias que tiene adquiridas en la larga serie de sus triunfos, dejando en los fastos de la historia la negra mancha de cobarde.

Tambien le prevengo se abstenga de irrogar el menor perjuicio al capitan de Dragones don José Ignacio Neira, que se halla en poder de Ud. pues de lo contrario acabaré con el inmenso número de familias que tengo facilidad de castigar dentro de breves momentos.

Dios guarde a Ud. muchos años. —Campamento jeneral del ejército real, a orillas de Chillan, a las doce i media del dia 2 de Octubre de 1821.—Vicente Benavides.—Juan Manuel de Pico.—Vicente Antonio Bocardo.—Antonio Carrero.—Vicente de Elizondo.—Mariano Ferrebú.—Agustin Rojas.—Miguel Senosiain.—Pedro Pablo Villeuta.—Pedro Briones de Maldonado.—Manuel Ascencio».

Por cierto que el coronel Prieto no dió la menor importancia a esta inútil fanfarronada; no pensaba dejar por ningun motivo el punto sólido en que se defendia. Lo que hizo en esta circunstancia fue reiterar con toda apremio a Concepcion el envio de tropa.

Afortunadamente el dia 6 de octubre llegó un importante refuerzo que conducia el comandante don Santiago Diaz, compuesto del batallon núm. 3 o Arauco, los cazadores, una compañía de jinetes

milicianos, agregada a la de plaza de Concepción, i dos piezas de artillería. Venia tambien con algunas lanzas el cacique Venancio Coñoepan, residente por entónces en la plaza de Santa Juana, en este auxilio, a indicacion de Prieto (Nota de este jefe a Freire, 30 de septiembre de 1821, en el volumen 34 del archivo de Gay).

El jefe que llegaba con esta brigada auxiliadora en tan propicios momentos, comandante del 3.º o Arauco, era un viejo militar cargado de méritos, que había servido en el ejército de soldado, con anterioridad a la revolucion; hombre de mucho espíritu i de estrictez reconocida para imponer la disciplina.

En condiciones de poder destruir a los realistas con su division reforzada, Prieto salió a buscarlos el dia 7 de octubre. Despues de su intentona de apoderarse de Chillan, Benavides se corrió hácia el norte, inclinándose a la montaña, atravesó primero el río Cato i en seguida el Ñuble por el vado Nahueltoro, para penetrar, por último, a la villa de San Carlos sin dificultad alguna. Por despecho i para hacer algo que levantara el ánimo decaido de los suyos, iba cometiendo a su paso depredaciones de todo jénero.

El 8 de octubre el coronel Prieto llegaba al Ñuble por el paso de Cocharcas i, como no encontrase aquí balsas, hizo cruzar por el vado de la Rinconada del Cato a la caballería i al batallon núm. 3. Pero ese mismo dia Benavides evacuaba la villa de

San Cárlos, repasaba los rios Ñuble i Cato i emprendía la retirada al sur por el camino de la montaña.

La division patriota corrió a su alcance durante el dia 9 i, sufriendo las consecuencias de una lluvia copiosa, llegó a las márgenes del rio Chillan en la noche, donde alojó en un bosque de esa comarca.

Algunos pequeños grupos confiados a los capitanes de guerrilla Rubilar, Arteaga i Rodríguez salieron en exploracion. Bien pronto dieron con el enemigo i enviaron a decir a Prieto que se hallaba como a dos leguas distante de él, en las Vegas de Saldías, lugar situado a inmediaciones de la ribera norte del rio Chillan i no léjos de la actual villa de Pinto.

A las dos de la mañana del 10, el coronel Prieto pone en marcha su division aprovechando la luz de la luna. Benavides supo o calculó este movimiento i a su vez corrió a pasar el rio, que arrastraba por la lluvia reciente un grueso caudal de agua. Para ocultar su retirada, recurrió al ardid de presentar en el sitio que abandonaba las apariencias de un cuerpo de ejército que vivaqueaba, con los fuegos encendidos i los centinelas alerteándose. No se dejaron engañar las partidas avanzadas i una de ellas, la del guerrillero Rubilar, cayó sobre el finjido campamento i apresó a los individuos que hacian de centinelas i al oficial que los mandaba, llamado Jacinto Ruiz.

El descontento crecia en las filas realistas; los capitanes de mayor mérito i popularidad censuraban

con desembosada actitud a Benavides, i el mismo Pico, por lo comun tan anhelante de hacerse valer, caminaba ahora terco e irritado. El temible Pincheira desavenido, asimismo, con el primer comandante, se desbandó esa noche para sus escondites de las cordilleras de Chillan con los oficiales Pablo Zapata, el capitán Torrealba, Pedro Diaz Lavanderos, hijo del coronel del mismo apellido, recién fusilado en Arauco, i el sarjento español José Tomas Godez, que se distinguió mas tarde en esas bandas.

La division patriota avanzó con rapidez en seguimiento de los cuerpos realistas que procuraban cubrir su retirada con los árboles de las selvas, por ahí mui tupidas.

A distancia conveniente, el coronel Prieto ordena su línea. Ocupó el centro la infantería, compuesta del núm. 3, las compañías nacionales de Talca i la de cazadores de Chillan, con un piquete de San Carlos, mandada por el comandante don Santiago Pérez García. Dos cañones que dirijia el capitán Márquez, se situaron en los flancos de los infantes. En el ala derecha tomaron colocacion los cazadores a caballo, 220 hombres, i las partidas de Arteaga i Rubilar, avanzadas sobre el campamento enemigo; a la izquierda los dragones de la república, 150, con su comandante accidental capitán don Francisco Búlnes. En la reserva formaban los húsares, 60, al mando del capitán don Francisco Capilla, i destacamentos de las milicias de Concepcion, Parral, San Carlos, Linares i Cauquenes, que obedecian al co-

ronel Merino. Acompañaban al comandante en jefe grupos de civiles i voluntarios agregados.

Benavides se vió detenido en la celeridad de su retirada por las aguas del rio Chillan, de avenida con la lluvia reciente; quedó así acorralado entre este obstáculo i las fuerzas que lo perseguían.

Cuando Prieto lo tuvo al alcance de sus fuegos, ordenó que la caballería se adelantase. Los húsares iniciaron un tiroteo de carabina, que fué contestado con una acometida de los jinetes contrarios. Cargan en estos instantes los capitanes Búlnes con 84 cazadores i Arteaga con su partida, a continuación los dragones i sucesivamente la demas caballería. El batallon núm. 3 se desplegó a la orilla del rio i abrió el fuego sobre los que habían ganado la otra parte.

Bastó esta carga escalonada para que cedieran los dos únicos cuerpos que resistieron, los dragones con Agustin Rojas i los guías con Senosiain, i para que la derrota se pronunciara de un modo completo. Los fujitivos se arrojaban al rio, el que mui pocos podían vadear, perecían bajo el filo de los sables de sus agresores o se disparaban por entre los senderos que conducían a la montaña.

El comandante Elizondo pereció ahogado, i al del 4.º escuadron de dragones, Agustin Rojas, celebrado entre los suyos por su coraje i odio a los insurjentes, se le volcó el caballo en unas cangrejas i cayó prisionero. Conducido a presencia del jefe de estado mayor Elizalde, fué pasado por las armas en

el término de minutos, para satisfacer la vindicta del ejército.

Destacamentos de caballería se repartieron por los contornos del paraje en que se habia obtenido la victoria. Ahí mismo redactó Prieto el parte de la accion, que despachó con toda premura a Concepcion i Santiago.

Cuando no quedaban dispersos en esas inmediaciones, destacó partidas mas fuertes de caballería en persecucion de los que habian pasado el rio o tomado los caminos de la montaña. Las que siguieron al sur lograron alcanzar o recojer muchos prisioneros, contándose entre ellos oficiales i soldados. No escasearon los que voluntariamente se rindieron, para libertarse del servicio forzado a que los habia reducido el caudillo jefe de los realistas. Encontrábase en este número el capitán José Maria Calvo, tomado en uno de los asaltos a Talcahuano.

Perdieron los vencidos cerca de 300 hombres entre muertos i heridos i se presentaron 9 oficiales, entre ellos 2 tenientes coroneles, i cerca de 250 soldados. Los vencedores no tuvieron ningun muerto sino contusos leves, que nunca faltan en una empresa armada. Quedaron, ademas, en el campo de la accion un cañon, 150 fusiles, otras armas, muchas municiones i como 800 animales vacunos i caballares (Parte de Prieto, en la Gaceta Ministerial de 17 de noviembre de 1821).

Entre los prisioneros se hallaba el padre franciscano Waddington, de mucha autoridad en el ejér-

cito real del sur i consultor infalible de Benavides. Remitido a Santiago, su propio conductor, don Antonio Solar, lo ultimó por el camino i dió como excusa de este acto el motivo de habersele fugado.

Para realizar tan feliz empresa, habíase revelado Prieto como un militar de miras elevadas, que prepara planes acertados de operaciones, i a la vez militar de batalla, que toma con oportunidad sobre el terreno las medidas segun las eventualidades del momento. No fué esto solo cuanto prestijaba su accion: persistiendo en agregar al éxito de las armas el de la política para apresurar la pacificacion, a su vuelta a Chillan, que se verificó el 24 de octubre, puso en libertad a muchos prisioneros, que llevaron a las faenas de los campos el necesitado concurso de sus brazos.

Se trasladó sin demora de este pueblo a Concepcion. Aunque nadie dudaba en esta ciudad de la victoria, la guarnicion i los habitantes habian permanecido durante la campaña en ese estado de zozobras que causa lo esperado con impaciencia. La noticia de los Vegas de Saldías se recibió, pues, con expansiones de júbilo. El coronel Rivera se preparó inmediatamente para operar sobre Arauco.

El 16 de octubre se embarcó en la corbeta *Chacabuco*, anclada en esos dias en Talcahuano, una columna de infantería del núm. 3, que mandaba el capitan don Jacinto del Rio. El mismo dia tomó el camino de la costa con un escuadron de caballería el sarjento mayor don Manuel Quintana, harto co-

nocido ya por su denuedo en esta guerra de la Araucanía.

En la mañana del 18 de octubre el mayor Quintana encimaba la cuesta de Villagran. Con no poco asombro vió desde la altura que la plaza de Arauco estaba convertida en una hoguera; léjos de tomar la determinacion irreflexiva de retrogradar por este motivo, como lo habia hecho Freire en otra ocasion análoga, siguió su marcha con mayor diligencia i a la caída de la tarde llegaba a pernoctar a la colina llamada cerro de Colocolo.

¿Qué habia sucedido en esta plaza por estos dias? A cargo de una reducida guarnicion se hallaba el secretario de Benavides don Nicolás Artigas i un oficial Millas. Sobrevínole un cúmulo de contratiempos simultáneos. El bergantin *Brujo*, arrendado i equipado por el gobierno para suplir la falta de buques, habia rondado primero por la rada para inmovilizar las embarcaciones de los realistas i recoger algunos marinos de los caídos en su poder. A continuacion llegó la corbeta *Chacabuco* a practicar tambien un reconocimiento; por los informes que recojió, se supo la situacion exacta en que se hallaba la plaza. Coincidió, asimismo, el arribo a Talcahuano de la corbeta británica *Conway*, que venia con la comision de reclamar los buques i los tripulantes de su nacionalidad i norte-americanos apresados por Benavides. Esto, las noticias de la derrota de las Vegas de Saldías i la marcha de Quintana, obligaron a los jefes de la guarnicion de

Arauco a retirarse en la mañana del 18 (Partes de Prieto, Gaceta Ministerial, 1821).

Antes de hacerlo, allegaron fuego a las casas de la villa, todas de techo pajizo, i a los buques *Hercilia* i *Perseverance*, que aun estaban en Tubul, e internaron con ellos al capitan Mr. Moisson del *Ocean* i a unos cuantos marineros.

Quintana despachó, por falta de tropa, en persecucion de los fujitivos al cacique Pinolevi, que se hallaba con él. No dió alcance el cabecilla indio sino a dos estraviados i a una mujer; ultimó a uno de los primeros, vendió otro al jefe de la plaza en cuatro pesos, que lo necesitaba para saber noticias, i dejó la mujer para sí, aun cuando el capitan de la *Conway*, que se encontraba ahí en busca de los prisioneros de los buques, le ofreció por ella treinta pesos. El capitan Mr. Moisson consiguió fugarse del campamento de los que huían.

A la caballería de Quintana se unió la infantería que desembarcó la *Chacabuco*, ménos 9 hombres que perecieron ahogados en la operacion de saltar a tierra. Con este trozo de las dos armas, el emprendedor oficial que lo mandaba se creyó capaz de disputar esta posicion al caudillo que en tantas ocasiones habia buscado este refujio salvador.

No demoraron en aparecer por esas comarcas los vencidos de las Vegas de Saldías, haciéndose portadores de los efectos desastrosos de la derrota: unos venian a ocultarse a las montañas i otros se presentaban a los patriotas a pedir amnistía, re-

sueltos a no tomar en adelante ninguna participacion en una guerra insensatamente sostenida. El coronel Rivera habia hecho pasar el Biobio a cortos destacamentos para que recojieran a los dispersos i a los que a voluntad se entregasen; muchos se presentaron, en efecto, i recibieron el perdon prometido, ya que, por lo jeneral, casi todos habian obrado a influjo de la propia ignorancia, del engaño, del fanatismo o de la fuerza.

De manera que, cuando Prieto llegó a Concepcion en las conclusiones del mes de octubre a poner en práctica su antiguo plan de arrebatarse Benavides el foco de sus recursos, donde se rehacia por encanto tras sus derrotas al parecer irreparables, ya Arauco se encontraba en poder de un núcleo de resistencia no insignificante. Hizo reforzar, sin embargo, la plaza i encomendó su defensa al capitán del núm. 1 de infantería don Jacinto del Río. Para asegurar los caminos que conducian del Biobio a Arauco, destacó a San Pedro con alguna tropa al capitán Calvo, recién entregado, i a Santa Juana, al comandante Cruz con una porcion de los cazadores i la partida del capitán Salazar. -

Dedicó en seguida sus atenciones a la ejecucion de un plan de doble entrada a las fronteras de la costa i del centro. Se proponia dirigir en persona la del litoral i encomendar la otra a su sobrino el capitán don Manuel Búlnes, oficial cuyo nombre se habia popularizado en el ejército por su temple de alma i sus talentos militares.

A la baja frontera iría el grueso de la división de Concepción i a la costa, una brigada de 400 jinetes, 100 infantes i un cañon de montaña. Se incorporarian a esta última las crecidas bandas de lanceros indígenas mandadas por Coñoepan i Pinolevi, que estaban ya entre los patriotas.

El ruido de un encuentro en que habian resultado desastrosamente batidos los realistas, cundió por todo el territorio. Las agrupaciones contrarias a la república, perdieron su preponderancia i sufrieron los ataques continuos de las otras: las que en 1819 estuvieron acorraladas en las montañas, repelian ahora desordenadamente a los rincones mas apartados de la Araucanía a sus vencedores de entonces. Las reducciones amigas de los patriotas, desde Lumaco i Angol hasta Nacimiento, bajaron, pues, en compactos escuadrones a la línea del Biobio a requerir de Prieto su ayuda para emprender una correría formal contra las que aun permanecian hostiles.

En grave compromiso ponía al coronel Prieto la presencia en Concepción de los indios amigos, dada la escasez de bastimentos que existía en la ciudad i en los cuarteles. Mas que para complacerlos, había-los agregado a la brigada de Búlnes para evadirse de sus exigencias, segun lo decía al director O'Higgins en esta carta del 14 de noviembre. «Sin embargo, por hacer marchar a los indios, que han consumido aquí un caudal en víveres, vino, agasajos i dinero, he dispuesto salga una división de cer-

ca de quinientos hombres, asociada de los caciques amigos. Estos no querían irse sin fuerza. Yo no podía moverme, i era preciso no mandarlos descontentos cuando ellos estaban tan bien dispuestos. Han mandado llamar su indiada i piensan caer sobre Mariluan i despues sobre los demas. El éxito parece será feliz».

Miéntras que las fuerzas victoriosas de Prieto hacían sus preparativos para entrar en campaña, los restos vencidos de los realistas se alistaban también para seguir sosteniendo su causa con las armas, apoyados en adelante principalmente en los indios que les permanecían fieles. Cuando hubieron pasado el Biobio, distribuyéronse los jefes en distintos cantones: Pico i Bocardo fueron a rehacerse a Quilapalo, donde se encontrarían resguardados por las indiadas de Mariluan i Coliman; Mariano Ferrebú ganó asilo en la cordillera de la costa, por las cabeceras de Santa Juana, entre los indios de esas comarcas; Benavides acompañado de su deudo el español Carrero, se corrió a sus escondites de Arauco, si bien el esposo de su sobrina se le juntó solo para desconocer su autoridad en un momento oportuno i no por un sentimiento de adhesión personal.

Desde las últimas operaciones a la zona del Nuble, los jefes de oríjen español, Pico, Senosiain i Carrero, se manifestaban francamente desagradados con la conducta del comandante en jefe, a cuyo carácter vacilante se atribuía el fracaso reciente. Ani-

mados de una pasión enérgica de nacionalismo, su orgullo se exaltaba al verse bajo el mando de un criollo inepto i cobarde, enaltecido por los esfuerzos i los consejos de sus cooperadores. Pico calculaba con la exactitud peculiar de su talento que con este hombre, que podía venderlos en cualquiera oportunidad a trueque de su perdón, estaban perdidos. Acordaron, por consiguiente, quitarle el mando en jefe i dejarlo espuesto a su propia suerte.

El comandante Carrero, a título de casado con una sobrina de Benavides, i con el escuadrón de su mando, se encargaría de acompañarlo a Arauco, de enemistarle la tropa i desconocer su autoridad cuando las circunstancias se prestasen a ello. Dirijéronse a las reducciones de los indios Malil, de la jurisdicción de Arauco.

Al pasar por esta plaza i divisar la tropa que la guarnecía, arrebatóse el caudillo caído i, volviéndose a los centinelas, profirió con el ademán i la palabra amenazas terribles de pronta represalia, pueril arranque en verdad de una alma débil.

Cuando hubieron llegado a las tierras de los Malil, 25 de noviembre, Carrero sublevó su tropa contra Benavides, a quien acusaba de inútil, cobarde i traidor. Acto continuo se alistó para llevar sus escuadrones contra la guarnición de Arauco. Benavides casi solo, atormentado su cerebro con imágenes de futuras desgracias, huyó a ocultarse en dirección a Levu.

Carrero, al mando de su escuadrón i de algunos

grupos de indios, se encaminó a Arauco viendo si se presentaba alguna eventualidad favorable; pero apenas se hubo acercado su jente a la plaza, el capitán del Río la recibió con algunos disparos de cañón, suficientes para hacerla retroceder en desorden (Ministerio de la guerra, parte del capitán del Río).

Oficiales i tropas no se batian al presente con la pasión de otros tiempos; al contrario, buscaban la oportunidad para presentarse a las guarniciones patriotas. En esta empresa abortada de Carrero abandonaron a sus empecinados camaradas el capitán de dragones don Jervacio Alarcon, acompañado de su esposa la señora Nieves Alemparte, de familia de patriotas; dos oficiales i varios soldados, todos los cuales pasaron a prestar sus servicios desde entónces a la causa de la independencia. El capitán Alarcon fué destinado a la brigada de Búlnes. (1) Alarcon, procedente de noble alcurnia española, era hijo de don Matias Alarcon, chileno i dueño de la hacienda «Portezuelo» de Itata i de doña Catalina Godoi, de Rere. Su padre murió en las filas realistas

(1) El mismo día que Alarcon se entregaba en Arauco, murió ahogado en la bahía su cuñado el capitán don Pedro Alemparte, que se embarcaba para conducir la correspondencia a Talcahuano. Don Jervacio Alarcon falleció viejo i acaudalado en Chillan, en 1870, despues de haber contraído segundas nupcias con la señora Cármen Robles, de Rere. De él se orijinan las familias Alarcon Ulloa, Alarcon del Canto, Alamos Alarcon i Cortínez Alarcon.

en el sitio de Chillan, en 1813, aplastado por una muralla que derribó una bala de cañon. Esta muerte decidió al hijo a militar en las filas de los sostenedores del rei. Suministraron estos presentados al capitán del Rio informes mui precisos acerca de las intenciones i paradero de los fujitivos, que sirvieron para arreglar un plan eficaz de persecucion.

La poblacion del sur era, en efecto, la que mayor tenacidad habia demostrado en las contiendas de la independenciam, revelando hábitos guerreros mas acentuados que en las otras secciones del pais. Por eso el director O'Higgins habia preferido sacar de aquí en los grandes apuros de la patria crecidos contingentes para el ejército.

Pretenden algunos atribuir al factor de la raza un papel primario i esclusivo en esta capacidad militar. En esto, como en otras particularidades de los procesos sociales de nuestra nacionalidad, se atribuye una accion exajerada a la raza. En la persistencia batalladora de los hombres del sur de esta época, han obrado causas complejas.

Puede aducirse entre una de las causales el hecho económico. Las industrias agrícolas, únicas en la rejion, se hallaban paralizadas; los campos, talados i sin ganados, por las requisiciones de los bandos belijerantes: la guerra, semejante a un ciclón que todo lo arrasa, no habia dejado nada en pié, ni en los apartados rincones de las zonas vecinás a las fronteras araucanas. Habia, sin duda, un desequili-

cia esta propension a la tenacidad belicosa: terrenos quebrados, pantanosos, llenos de bosques, montañas i rios de gran caudal, influyendo tal vez en la naturaleza mas fuerte i sufrida de los hombres, les ofrecian numerosos parajes de ocultacion.

Causas sociales hai que tomar tambien en cuenta para esplicar la inclinacion a guerrear de estos habitantes. La vida rural del sur se desarrollaba desde un siglo atras por lo ménos en propiedades inmensas, en campiñas solitarias, donde no alcanzaba la vijilancia de las autoridades; en ellas los hombres se atacaban i defendian sin cesar, en los caminos i en las habitaciones, sin que pudieran mediar las fuerzas de las plazas militares; las luchas individuales o de grupos, a lanza, cuchillo o sable, jeneraban el culto del valor personal i el desprecio por la vida (Informes i tradiciones recojidas por el autor).

La vecindad de los araucanos, en constantes malones para arrebatat animales, para incendiar o armar sorpresas, incrementaba el atavismo guerrero en el alma de esta poblacion.

La relijiosidad de la época se exaltó en el sur hasta el estremo i retardó la comprension del concepto de la nacionalidad independiente, mediante la propaganda febril en favor del réjimen monárquico de todos los sacerdotes que buscaron asilo en estas latitudes.

En el sur, con mayores proporciones que en el norte, surgió, por último, el caudillaje del patron,

especie de caballero feudal, lo que vale decir, despótico, autócrata, que rebosaba adhesión por su rei; dueño sin contrapeso de sus inquilinos, semejantes a siervos, a quienes arrastraba con facilidad a sus designios.



CACIQUE CON TRAJE DE JENERAL I SOMBRERO CIVIL



CAPITULO VII

LA PERSECUCION

Fusilamiento de Mariano Ferrebú.—Persecuciones contra Benavides. - Entrada de Búlnes a la alta frontera.—Combates de Huelehueico i Mininco.—Campana de Prieto a la baja frontera.—Prision i muerte de Benavides.—Motin militar de Osorno.—La disciplina militar en la independencia.—Campanas de Beauchef por el norte de Valdivia.—Capitulacion de Quilapalo.—Combate de Pile.—Los pehuenches en 1822.—Combates entre araucanos en el valle central.—Campana del mayor Picarte a la zona de la costa.—Las monjas trinitarias.—Fusilamiento del cura Ferrebú. —Muerte de Pico.

Desde la plaza de Santa Juana despachó el comandante Cruz diversas partidas de caballería para que corriesen detras de los vencidos que vagaban en algunos parajes i reducciones indígenas de la costa. La del capitan don Valentin Chavez consi-

guió dar alcance el 5 de noviembre al comandante don Mariano Ferrebú, que habia militado con tan largo denuedo bajo las banderas reales. Entregáronse, ademas, un oficial, 32 soldados i 108 civiles. Ordenó el coronel Prieto dejar en libertad a estos últimos i fusiliar a Ferrebú (Archivo del Ministerio de la guerra, partes de Cruz i Prieto).

El comandante de la guarnicion de Araucó, capitán don Jacinto del Rio, se propuso por su parte acosar sin descanso a Benavides i mandó un destacamento que le siguiera la pista con toda diligencia. Tomando las precauciones necesarias para no ser notado, se acercó este piquete al Rosal, sobre la ribera norte i en el curso medio del rio Levu, donde se habia establecido Benavides; pero el desconfiado caudillo sospechó la aproximacion de jente que lo buscaba i se alojó esa noche en otro sitio oculto de las cercanías. Sus perseguidores solo pudieron apresar a los capitanes Dámaso Herquíñigo i Manuel Arregui, los mismos que habian venido en el refuerzo de Quintanilla. El primero, mal querido entre los patriotas por sus antecedentes de crueldad. I el otro no despertaba odiosidades por su juventud. Un capitán Miguel González fué ultimado a sable, quizas en represalia de actos sanguinarios ejecutados por él. Se dejó en libertad a un prisionero Zabala, de la tripulacion del *Ocean*, a quien se habia enrolado a la fuerza en un escuadron realista (Parte del coronel Prieto).

Benavides se hallaba entregado a penosas emo-

ciones, hasta desconocido por los indios, que le negaban la comida para los de su comitiva. Un nuevo golpe acabó de anonadarlo. Para ponerse a salvo de otras pesquisas, trasladóse del Rosal a un recóndito paraje de las montañas de Pilmaiquen, en las tierras históricas de Caupolican. Uno de sus secuaces de ilimitada confianza, a quien profesaba mucha benevolencia personal por ser su cómplice, llamado Jorge Arévalo, andaba por entónces en Tubul procurando reunir dispersos, con un grupo de 20 hombres. Este individuo, que tenia el grado de subteniente, conoció que todo estaba perdido i se convino con otro compañero de nombre Dionisio Aguayo para cojer de sorpresa a su jefe, a fin de hacerse perdonar de los patriotas. El 4 de noviembre, al venir el día, llegaron de repente al alojamiento de Benavides para tomarlo, pero él tuvo tiempo de huir a medio vestir, con su mujer i algunos deudos que le quedaban fieles.

Arévalo i Aguayo dieron cuenta al comandante de la plaza de Arauco de esta incidencia i como testimonio de veracidad le enviaron el caballo, la ropa i las armas del que ántes habia sido admirado superior. Pedíanle su cooperacion para continuar la empresa principada (Ministerio de guerra, comunicacion de Arévalo i Aguayo).

La persecucion que se emprendió a raiz de este hecho no dió el resultado que se esperaba. Únicamente sirvió para recojer algunos pasados. El de mas importancia fué el subteniente Juan de Dios

Azócar, sujeto de la misma talla moral que los anteriores i preferido por Benavides para la comisiones delicadas de matar prisioneros. Su valor, el conocimiento que tenia de esos lugares i los servicios notorios que despues siguió prestando al ejército, contribuyeron a borrar la memoria de su pasada conducta. En 1824 se le dió de alta como capitán del batallón núm. 3 a sarjento mayor de Arauco.

Benavides, se escapó a la desembocadura del Levu, sin otros compañeros que su mujer, su secretario Artigas i el marinero Maineri, presto en huir para no pagar en la horca su complicidad en tantos crímenes. Tenian el propósito de embarcarse para el Perú.

Al tomar esta postrera resolucion, hizo una parodia de transferir el mando en su cuñado el capitán Eusebio Torres, de limitados alcances intelectuales i militares, al decir de las crónicas de estos sucesos. Con esta persecucion coexistia la del centro. En conformidad al plan formado por el coronel Prieto, el 14 de noviembre partió el capitán Búlnes a la alta frontera con su pequeña brigada de las tres armas. Acompañábanlo como auxiliares los escuadrones indíjenas de Angol, Puren i Lumaco, que mandaban como cabezas principales Pinolevi, Liempi i Coñoepan.

Estas fuerzas maniobrarian por Quilapalo i Mulchen para destruir la que tenian reunidas Bocardo i el cacique Coliman, Pico i Mariluan. Luego que se consiguiera este objeto, reconcentrándose si era po-

sible con una fraccion de la brigada que llevaria por el litoral el coronel Prieto, alcanzaria hasta la márjen izquierda del rio Cautin, para acosar en sus mismas tierras a los indios de Catrileo en Puren, de Calvuqueo en Voroa i Mariqueo en Truftruf, todavía indomables i sangrientamente hostiles a las tribus adictas a la república.

Avanzó Búlnes hasta Nacimiento. Aquí se encontraba disponiendo los últimos preparativos de su campaña cuando se le avisó que Pico i Mariluan se hallaban con 200 guerrilleros i 600 indios en Huelehueico, al este de Angol. Salió a toda prisa el 24 de noviembre de 1821 para ese lugar. En la mañana del 25 estuvo a la vista del enemigo, que lo esperaba dispuesto a batirse.

Búlnes tendió su línea de batalla: quedó en el centro la infantería de 100 hombres del número 3, mandada por el capitan don José María Quinteros; a la derecha de ésta se situó el único cañon; por este mismo flanco se formaron el escuadron de granaderos denominado húsares de Marte, a las órdenes del teniente José Maria Videla, i una partida de cazadores o escolta directorial, i por la izquierda, el escuadron de dragones de la república, a cargo de su comandante accidental don Francisco Búlnes, i las milicias. Con 80 tiradores se adelantó a vanguardia el teniente de cazadores don Eusebio Ruiz, a menudo colocado en los puestos delanteros de los combates. Venancio Coñoepan i Pinolevi, animadísimos

en esta ocasion, se distribuyeron a los dos costados de la línea.

Siempre que Pico dirijia una maniobra, los jefes patriotas tomaban toda clase de precauciones, porque sabian que a su coraje habitual unia su habilidad de táctico. Tambien él temia el valor impetuoso de este capitan Manuel Búlnes. Iban, pues, a medirse dos paladines del antiguo cuño castellano. El español era superior en el juicio, del que emanan las mejores precauciones; Búlnes, como mas jóven, tenia la ventaja de la actividad, que multiplica las medidas.

El sagaz español se retiró, al parecer en direccion al sur; era una retirada simulada. Búlnes, sin perder su formacion, mandó desmontarse a los jinetes i sacar los frenos a las cabalgaduras; toda la tropa quedó en descanso. A las tres horas aparece de improviso Pico i conduce con rapidez i lanza en ristre a sus escuadrones contra sus contrarios. Enfrenan éstos, saltan sobre sus caballos i se ponen en movimiento. Búlnes avanza de frente a distancia de tiro de fusil, cerca de 500 indios procuran flanquear a los de Pico. Se abre el fuego del lado de los chilenos i los realistas vuelven caras. Carga en estos instantes la caballería de los primeros i tras ella, los indios, que atropellan i desorganizan a sus compañeros de arma. Tuvieron que retirarse por este motivo los jinetes de Búlnes a retaguardia de la infantería, que contuvo a tiempo a los otros. Acómeten de nuevo los húsares i un peloton de dragonès por

el costado derecho i a continuacion otra columna del mismo cuerpo, bajo el mando del alférez don Agustin Valdivieso.

La derrota se produjo i comenzó la persecucion de costumbre. Mas de una legua los indios aliados fueron clavando sus lanzas sobre los retrasados de la masa en fuga. Quedaron 80 muertos en el espacio de la refriega i se tomaron algunos prisioneros, «los que fueron fusilados en el acto», dice el parte de Búlnes.

Las bajas de los patriotas alcanzaron a 16: 12 muertos i 4 heridos.

Hiciéronse notar en este combate el capitán don Jervasio Alarcon, recién ingresado a las filas, i el de infantería don José María Quinteros, orijinario de los Angeles, oficial tan aguerrido i resuelto como festivo, el cual, ántes de comenzar la pelea, provocaba a gritos al enemigo, a la manera de los indios, para infundir brios a sus soldados (Apuntes del coronel Zañartu).

Búlnes ejecutó al sur un movimiento rápido, por la orilla del rio Malleco, en seguimiento, sin duda, de las bandas empujadas por ese lado. Al dia siguiente le salió otra vez el coronel Pico en actitud ofensiva i con una aglomeracion de indios i montoneros que no bajaria de 1,500 combatientes. Ocupó en unas alturas posiciones ventajosas, que abandonó mui luego para seguir hasta Nininco (1).

(1) Los documentos hablan de Mininco, que es otro lugar al este de Angol.

El capitán Búlnes no se había detenido en su marcha. En la tarde vió, cuando ménos lo imaginaba, que el enemigo se le venía encima. Ganóse a una altura próxima. Formó el cuadro i dejó en las faldas a los indios amigos.

Pico creyó suya la victoria en esta ocasion i arremetió con enerjía. Búlnes lo recibió con un nutrido fuego de fusil i de cañon, que contuvo a sus agresores. Sale entónces el alférez Ruiz al frente con 50 tiradores i en seguida Salazar con su guerrilla. Como ésta fuese rechazada, la refuerzan 25 húsares que manda el alférez Cabrera. Los escuadrones de Pico dan la espalda i se diseminan. Los indios amigos salen con ímpetu tras ellos i los van lanceando en un largo trecho.

Pico perdió 2 oficiales, 60 indios i un capitán de éstos llamado Celestino Búrgos; los patriotas, 3 muertos i otros tantos heridos (Parte de Búlnes, *Gaceta Ministerial*).

Elojios del jefe de la columna mereció en esta jornada el capitán don Luis Salazar, quien condujo a sus milicianos a la pelea con la bizarría que acostumbraba.

Haciendo honor a su compromiso de aliados, muchos de los caciques de la seccion de los angolinos ayudaron a Búlnes en estas dos jornadas con sus lanzas o con su auxilio de otro jénero. Con él estuvieron Ancapi, de Pellomenco, i Monche Paillamilla, de Vutaco, ámbos lugares un poco al norte de Angol. El segundo de estos *lonko* o cabezas tenia

marcado poderío por su estensa parentela; hermanos suyos eran los caciques Tromo, Millaleo, Quin- tre i Calvuen, dueños los dos últimos de las tierras donde hoi se encuentra el lugar de Trintre, al que legaron su nombre.

Cooperaron igualmente al triunfo Lincongür, de los lados del Picoiquen; Calvungür i Melingür, de los del Malleco; Raiñancu, de Trarulemu, de la familia indíjena Marin; Tramonilla, de Huequen i otros de estos contornos.

Asistieron gustosos a este encuentro, en particular, por ser enemigos de Catrillanca, Marillanca i Huaiquillanca, agentes de Mariluan en Huelehueico (Datos recojidos por el autor).

Sin adversarios que le disputaran el paso, Búlnes se precipitó al sur por el camino de Lumaco i Puren. Marchaba confiado en la proteccion que le prestaban las tribus por donde iba a transitar, todas en alianza con los Pinolevi i su hermano Lorenzo Colipi. En Trihuelemu, cerca de Sauces, vivia el suegro del último, el cacique Ancamilla; en Lilpuilli encabezaba Meliñanca el grupo respetable de donde salieron las familias de sus hijos Pincon, Domingo Huaiquin, Minchiqueo i Toro Melin. En Queuque, al norte de los Sauces, tenia sus posesiones el aguerrido Quilapi (Datos recojidos por el autor).

Defendiéndose bizarramente en varias escaramuzas, Búlnes llegó hasta Lumaco i de aquí hasta

Cholchol, donde su aliado Venancio habia levantado su reducto o *malal*.

Bien que mas distante del centro de la contienda, en estas comarcas la guerra de tribus habia asumido un sesgo en extremo encarnizado. No peleaban por patriotas o realistas en buenos términos, sino por ódios nacidos de causas múltiples, como un *malon*, una ofensa, un cargo de brujería, un robo de animales i tantos otros motivos que en la vida indíjena jenera ese estado perpétuo de agresion.

Dos bandos bien diseñados se presentaban por entónces en la contienda de estos lugares. Los Catrileo, Cadúñ i otros de ménos representacion, desde Puren, Lumaco i Colpi, peleaban con los Pinolevi i Colipi por el norte i con Venancio Coñoepan, por el sur.

El canton indíjena que imponia a Venancio por su densa poblacion, por su topografía adecuada a la defensa i la unidad de miras de sus caudillos, era el de Voroa, que se estendia al sur del rio Cautin, por su confluencia con el Quepe. Ejercian dominio sobre los grupos de esa comarca, por el año de 1821, los caciques Ñonqui, del que proviene la familia dominante de los Neculman; Callvuqueo, Don diau, Melillan, de consideracion este último no por su fuerza efectiva sino por su valor como capitán de guerra, i Curiqueo, de Queipúe. al sur del área ocupada por la colectividad.

Aunque se entendian con Mangin, no pertenecian en realidad a la alianza realista, quizas no compren-

dida por ellos a consecuencia de su aislamiento. No se veía en su impetuosidad guerrera otro móvil que sus enconadas odiosidades con vecinos que los resistían o los atacaban, entre los cuales se contaba, por cierto, en primer término Venancio Coñopan.

Unían sus lanzas i sus odios a los voroanos, las indiadas que se estendían al poniente, por donde al presente se encuentra la población de Nueva Imperial, i las de Quepe, por las dos riberas del río de este nombre. Obedecían las de esta agrupación a Ambrosio Pemolef, padre de los Manquian, i a otro cacique de fama llamado Huircan, quien por haber sido patriota i atacado de los indios realistas triunfantes, se corrió a estos lugares. Los de Voroa lo atrajeron a su causa, i su hijo Hunuñ capitaneaba con él la jente que ponían en campaña.

Al este de Voroa, entre los ríos Cautin i Quepe, se dilataba la estensa comunidad de Maquehue, compuesta de varios grupos emparentados. El mas viejo de sus caciques se llamaba Ramon Ancamilla, jefe que gozaba de tal respeto en las guarniciones chilenas, que se le recibía en Nacimiento cuando iba a esa plaza, con honores extraordinarios, que tocan el lado sensible del indíjena, como disparos de fusiles o dianas de la música. Seguíanle en autoridad sus sobrinos Alcavilu, Ñancuvilu, Filumilla, Lincovilu, Loncomilla i Painevilu, correspondiendo al primero por su mayor edad la primacía del mando.

Los maquehuanos profesaban por estos años una enemistad abierta a los de Voroa, tal vez por alguna remota discordia de las muchas que emanaban de las costumbres de la raza i que se enconaban de modo extraordinario con la vecindad. Dábanse frecuentes i mútuos malones.

La vasta agrupacion de Maquehua permaneció en los primeros años de la independenciam indiferente por los bandos en lucha. Algo simpatizó con los patriotas cuando los sucesos fueron avanzando, mediante la amistad que existia entre sus caciques i los de las reducciones de Santa Fé, particularmente con el capitan de amigos Neculpan, sostenedores sin reserva de la patria.

Esta simpatía, de ningun valor real, se manifestó mas concreta en 1821. Contribuyó a ello la propaganda del sarjento Francisco Montero, que habia quedado en las tierras de Venancio con el destacamento de veteranos de caballería que dejó aquí el mayor Ibáñez en su entrada a la Araucanía.

Montero recorria en son de guerra o como amigo las comarcas adyacentes; daba asaltos o adquiria vinculaciones amistosas. Deteníase con frecuencia en Maquehua, donde tomó despues por mujer a la hija de Alcamilla, que se llamaba Ngimaifilu. Orjinóse de esta union la familia de esa reduccion que todavía lleva el apellido de su projenitor. Hijo del sarjento de cazadores fué el cacique Maripan Montero, que heredó el ímpetu batallador de su padre. Capitan predilecto de sus tios los Vilu, pocas

veces desamparaba del cinto el sable con que mandaba los escuadrones puestos a sus órdenes o dirimía los pleitos de los litigantes de mala fe, pues pasaba, asimismo, por un conocedor eximio del derecho tradicional indígena. Mas de una vez condujo a los maquehuano en los malones contra los de Voroa, i el año de la fundacion de Temuco peleó al lado de las tropas del gobierno contra los indios de Llaima, que encabezaba el cacique Cotar (Datos al autor de la familia indígena Montero de Maquehua) (1).

Los caciques de Santa Fé conocidos con los nombres de Marinao, Cuminao, Antepan i Huaiquinao, vencidos u hostigados sin descanso en la época de las victorias realistas, emigraron al sur, adonde sus amigos maquehuano; con su proteccion, fundaron en la márjen derecha del Cautin, en el lugar de Votrolhue, frente de Maquehua, una comunidad que creció rápidamente e incrementó el poder bélico de sus protectores.

Pero este refuerzo traído a los de Maquehua se encontraba contrapesado de sobra con las agrupaciones enemigas que los rodeaban por otros lados. Por el oriente los asediaban Huichacura i Curamil, de Collahue; Imalaf, de una comarca que hoi se conoce con el nombre de Roble Huacho. Dándose las manos con éstos se estendian por las orillas del

(1) En el liceo de Temuco estudia en la actualidad un bisnieto del sarjento Montero.

Cautin las indiadas de Truftruf, mortales enemigos de los maquehuanos i aliados del extremo sur de los arribanos de Mangin. Tenian colocacion prominente en este canton el cacique Juan Quidel, pero por su enerjía batalladora se reconocia como principal a otro llamado Curihuinca, padre del último cacique guerrero de esa seccion, Estéban Romero.

Mas que los caciques de primera talla de la misma reduccion ejercia predominio en los negocios bélicos el cacique Curiqueo, del oriente de Pillanlélvun, secundado por su hermano Maliqueo, con cacicazgo independiente, i otro jefe no ménos batallador, Traipe, de una reduccion que con el nombre de Muco se estendia no léjos del actual pueblo de Lautaro.

Rio Cautin por medio, no distante de la actual ciudad de Temuco, se levantaban, por último, las viviendas del *mapu* de Nahuelhuen, padre de Ramon Lienan i abuelo del último poseedor de esta comarca, Huirio Lienan. Era ahora, como habia sido ántes, adversario de todos los que no seguian a su deudo Mangin i, por lo tanto, de los maquehuanos.

Pero el núcleo de Venancio superaba, sin disputa, a todos los de sus rivales en poder, mucho mas por los meses en que Búlnes ejecutaba su temeraria invasion a la Araucanía con tan escasos elementos.

Fuera de su propia reduccion, dilatada, llena de jente de armas i sostenida por sus hermanos Call-

vupan, Huenche, Nahuel i Millapan, secundaban sus planes los caciques Nahuelhual, Huentel, Paillal e Inal, hermano este último de una de sus mujeres. (Datos recojidos por el autor entre los descendientes de estas familias).

El aliado mas fuerte de Venancio era indudablemente el cacique Juan Painemal, de Carriñirri, por las márgenes occidentales del Cholchol. Provenia este *lonko* de un Iquelme Painemal, emigrado de Villarrica a las montañas que bordean el Cholchol; tenia nueve hijos, de los cuales fué el mayor el heredero del cacicazgo Antonio Painemal, de célebre actuacion en la época de la ocupacion definitiva de Araucanía. El poder de Juan Painemal se basaba, como el de los jefes mas poderosos, en la crecida parentela, que le permitia movilizar una hueste crecida de lanzas.

Entre las posesiones de Nahuelhuen de Temuco i las de Venancio i sus aliados de Cholchol, mediaban no pocas agrupaciones de apretada poblacion que ocupaban lomas suaves o altiplanicies de corta estension, como Tromen i Collimallin. Pertenecian todas al *vutranmapu* o tierra grande de los Painemal i Venancio, sin tener por esto buenas relaciones con el dominante Colipi.

Toda la Araucanía se hallaba dividida en estos núcleos antagónicos, si bien por ahora envalentonados i encima los partidarios de los patriotas. No era, por otra parte, nuevo semejante estado guerrero de los araucanos: desde la época de la con-

quista venia persistiendo esta índole agresiva de los grupos, característica en los pueblos bárbaros. Al presente se hacia mas violenta i ostensible porque dos bandos estraños en lucha estimulaban el ardimiento habitual i los enconos de los caciques.

Segun esta filiacion guerrera, de las tribus araucanas, el capitán Búlnes se convenció de que no habria jamas quietud en las márgenes del Cautin, desde su confluencia con el Cholchol para arriba, sin venir a las manos con los indios de Voroa. A su llegada a los dominios de Venancio, todas las agrupaciones de la orilla izquierda del Cautin se habian dado cita para reunirse en Voroa, segun tradiciones que aun se conservan entre los indios de esos lugares. Debian juntarse en uno de los *plom*, sitio bajo i llano para reuniones i juegos de chueca, los de Mañio, donde está el pueblo de Nueva Imperial; los de Quepe, Collahue, Truftruf i Pillanlelvun. La primera víctima de esta coalicion irresistible iba a ser la parcialidad de Maquehua.

Búlnes se adelanta en esa direccion de Voroa con su caballería i los escuadrones de indios amigos, atraviesa el rio Cautin i cae resueltamente, el 24 de diciembre, sobre los grupos coaligados; a pesar de su inferioridad numérica, consigue desconcertarlos, para replegarse a tiempo a su infantería.

Mientras tanto, Curiqueo marchaba hácia Maquehua al mando de todas las partidas de Pillanlelvun, Truftruf i Collahue. Se desprende entónces de la fuerza de Búlnes una columna de jinetes vete-

ranos i de indios auxiliares para ir en defensa de los amigos. Las bandas de Curiqueo retroceden atemorizadas i perseguidas por los maquehuanos por el camino de Collahue.

Curiqueo, indio arrebatado i diestro lancero, se queda atras i con gritos injuriosos llama a pelear con él a los cobardes que lo persiguen. Cayuman Huilcan, capitanejo del cacique Alcavilu de Maquehua, se adelanta a carrera tendida i llega a donde el provocador: describen los dos un rápido círculo a caballo i se embisten en seguida de frente i lanza en ristre; Cayuman esquivo el golpe de su contrario i le tira un lanzazo que lo hiere con violencia i lo derriba. El vencedor de este encuentro tan veloz i singular, vuelve con lijereza a reunirse a sus compañeros. Lamentada sobremanera fué entre los arribanos la muerte del caudillo (Datos dados al autor por el viejo cacique de Maquehua Painevilu, nieto de Alcavilu. Los araucanos conservan la historia de los hechos memorables de sus familias, transmitiéndose de padre a hijo las tradiciones, que así se recuerdan a veces muy exactas hasta la tercera o cuarta jeneracion).

Despues de esta escursion temeraria, Búlnes regresó a Cholchol. Coñoepan lo urjia para ir en busca de Mariluan i los arribanos; los indios del norte que lo acompañaban querían tambien tornar a sus tierras.

Se dispuso, en consecuencia, a retrogradar al norte. Dejó un piquete de caballería en las posesiones

de Venancio, a cargo de los sarjentos Francisco Montero i Pedro Manzor, i emprendió la marcha por el mismo camino que habia traído (Hoja de servicios del capitán don Pedro Manzor, 1867).

Penoso debió ser este movimiento retrógrado para el incansable oficial, porque a medio camino tuvo la tropa que hacer la marcha como infantería, a consecuencia de haber perdido los caballos en el consumo urgente, en la confección de *ojotas* i con probabilidad en escaramuzas i emboscadas de los indios que lo empujaban vivamente por la retaguardia (1). No libró su tropa i aun su vida, en riesgo inminente en una ocasión, sino a fuerza de su presencia de ánimo i del exacto conocimiento que de las cosas de la frontera tenían sus oficiales i soldados (2).

Solo cuando mediaba el mes de enero de 1822 pudo arribar Búlnes a Nacimiento con su tropa abatida, hambrienta i casi desnuda.

El coronel Prieto, atribuyendo una importancia decisiva a la campaña de la baja frontera, quiso

(1) Para el significado de chilenismos de este libro, véase el *Diccionario* de palabras indígenas del doctor don Rodolfo Lenz.

(2) Búlnes haría con seguridad alojamientos mas o ménos largos en las residencias de los caciques aliados al gobierno i sometidos a Colpi i los Pinelevi. Queda la tradición entre los indios de Guadavade que el renombrado cacique Huencheal de esta parcialidad, conocía como padre al protagonista de esta empresa.

llevarla a cabo de manera que coincidiese con la de Búlnes. En las conclusiones del mes de octubre habia llegado a Concepcion i el 17 de noviembre de 1821 partia camino de Arauco, al mando de una brigada que componian el batallon n.º 3, 200 hombres del n.º 1, dos escuadrones de cazadores i cuatro piezas de artillería, que obedecian al mayor don Ramon Picarte, casi la totalidad de la division de Concepcion. En calidad de agregados se incorporaron al cuerpo espedicionario los comandantes don Jorje Beauchef i don Benjamin Viel, que habian llegado de Santiago anhelosos de agregar otros servicios a los ya prestados a la patria adoptiva.

El coronel Rivera quedó a cargo de la guarnicion i de la intendencia de Concepcion.

Entre las ventajas que el coronel Prieto se proponia al acometer esta empresa, se contaba la de tomar o por lo ménos acorralar a Benavides en sus escondites de Levu, a la par que someter a Carrero, al cual habia escrito insinuándole su defeccion. Demoróse, por consiguiente, algunos dias en Arauco para inquirir noticias del paradero de aquél. En tales afanes se encontraba el jefe de la brigada cuando llegaron a sus manos comunicaciones de Benavides, en las cuales proponia al gobierno su total sometimiento, el de los indios i, lo que era mas, la entrega de los que habian sido sus compañeros de sacrificio, sus amigos en la buena i adversa fortuna, los subalternos obedientes: prueba este acto de baja traicion la insensibilidad moral que se des-

tacaba en los trazos de su psicología (Ministerio de la guerra).

Prieto envió estas comunicaciones a Concepcion al general Freire, quien habia llegado a esta ciudad a fines de diciembre. No dió crédito a las proposiciones que hacia el caudillo prófugo, i parece que esta opinion predominó en los círculos del gobierno i en el ánimo de Prieto. En consecuencia, esté último jefe quiso llegar con toda prontitud a Levu para ver modo de acercarse a Benavides. Tomó el camino que conduce a la Albarrada, como a 14 kilómetros al sur de Arauco, i de aquí se aproximó a Cupaño, de la zona de Levu, el 26 de diciembre.

Los indios se movian i retiraban al sur por todas partes; desde Cupaño habian asumido una actitud ofensiva con la fuerza en marcha. No habia duda que se preparaban a resistir. En efecto, supo el coronel Prieto que en un paraje cercano al rio Levu se reunian gruesos pelotones de indios i montoneros para cerrarle el paso. Concibió en el acto el proyecto de cojerlos desprevenidos i se puso en marcha durante la noche para ocultar su movimiento. Las dificultades insuperables del terreno, en particular para la conduccion de la artillería, retardaron el avance, i al rayar el alba del dia siguiente, los indios vieron el peligro que los amenazaba i comenzaron a preparar emboscadas a los invasores: así, los patriotas, en vez de sorprender, pasaron a ser sorprendidos. Pero el mayor Picarte fué ahuyentando esos grupos con el fuego de sus cañones i en

seguida la caballería con sucesivas escaramuzas.

En una de estas acometidas, el fogoso comandante Beauchef estuvo a punto de perder la vida, pues quedó con unos cuantos soldados frente a un grupo de araucanos, él apuntando con su pistola, los cazadores con sus tercerolas i los indios amenazándolos con sus lanzas en ristre; a no haber creído éstos que se acercaba un refuerzo, ni uno solo de los primeros habria quedado vivo. En igual riesgo estuvo ese mismo dia el comandante Viel: creyéndose llamado para una entrevista pacífica por una porcion de indios del otro lado de Levu, metióse entre ellos con dos hombres, pero conoció pronto su imprudencia i, diciéndoles que les iba a buscar una carga de aguardiente, clavó espuelas de repente a su caballo i se echó a todo correr al rio; repuestos los indios, lancearon enfurecidos a los dos acompañantes de Viel. (*Memorias inéditas* del comandante Beauchef).

La brigada avanzó hasta la planicie de las alturas de Cupaño. Intentaron aquí los indios otra sorpresa. Beauchef hizo formar la línea de batalla en el orden acostumbrado i Viel ocupó la retaguardia con 200 hombres.

Hicieron los indios algunas embestidas atropelladas, en las que no consiguieron sino dar muerte a un artillero; mas, viendo que Viel se movia a cerrarles la retirada a los bosques contiguos, huyeron al toque del cuerno (kullkull).

No se habia disipado la impresion de esta esca-

ramuza cuando se acercaron de nuevo los indios i recurrieron a un ardid ingenioso, que puso en aprieto a la columna. Los araucanos, como todas las sociedades primitivas, tenían una inventiva fecunda para hacer la guerra de sorpresas i trampas, en compensacion de su mediocridad en el arte de maniobrar sobre el terreno. Se valian a veces del incendio del pasto seco de los campos, a favor del viento. Cuando las llamas desorganizaban al adversario, ocultos en la humareda, caian sobre él por los flancos i la espalda. Fué lo que hicieron esta vez: una línea de llamas amenazaba a los patriotas, que retrocedian con órden; ellos, tras las densas nubes de humo, avanzaban en medio de una gritería atronadora.

El coronel Prieto, cuyo talento propendia en primer lugar a la prevision, habia hecho conducir con la brigada un acopio de herramientas. Ordena, por lo tanto, que la tropa trabaje sin dilacion un foso que sirva de cortafuego. Al propio tiempo el mayor Picarte hace funcionar los cañones a traves del humo. Así pudieron conjurar el peligro i correr a los indios.

Por fin, hubo de convencerse el jefe de la brigada que estas emboscadas inútiles estenuaban su tropas, amenazaban concluir con las cabalgaduras i subsistencias restantes, sin predisponer de ningun modo a la paz a los indios, ni darle lugar de buscar a Benavides. Determinó volver a la plaza de Arauco, a donde llegó el 31 de diciembre, no sin haber deja-

do de ser perseguido a cierta distancia por partidas de indios i unos pocos montoneros. En represalia de esta actitud i para hacer pesar sobre los indígenas las consecuencias de una rebeldia obstinada, la tropa iba quemando en su marcha sembrados i viviendas, que son para ellos los bienes que mas estiman. Castigábase igualmente con la pena de muerte a todo natural que se encontraba por el camino i hubiese hecho armas contra los patriotas. Este fin tuvo el cacique Juan Neculman de Llico, en la estremidad poniente de la rada de Arauco (Ministerio de la Guerra, parte de Prieto a Freire).

Se detuvo el coronel Prieto algunos dias en Arauco, para tomar medidas conducentes a establecer en esta plaza el centro de las operaciones de la rejion marítima.

Con este objeto emprendió algunas obras de fortificacion para poner al abrigo de todos los ataques a las tropas que la guarnecieran. Despachó tambien 150 hombres a Santa Juana, amenazada por Pico i Mariluan, i hácia las orillas del Levu salió Beauchef con un destacamento de caballeria a sorprender a Carrero, único que por el litoral araucano incitaba a los indios a seguir peleando; tuvo esta empresa mal éxito por haber rehuído el comandante español el encuentro.

Despues de rechazar las intentonas de los indios de acercarse a las fortificaciones de Arauco i de encomendar el mando de la plaza al mayor Picarte, el coronel Prieto se dirijió a Concepcion i de ahí a

Chillan, donde el vecindario le tributó los aplausos i las distinciones que merecia por sus servicios militares i su circunspeccion política. Desde esta ciudad elevó al gobierno su renuncia, que fundó en el motivo de hallarse disuelta de hecho en esta fecha la segunda division; pensaba quizas quedar por esto en una posicion molesta i casi humillante. Ascendido a brigadier, regresó a Santiago en marzo de 1822. Lo agració, ademas, el gobierno con una propiedad rural de la provincia de Concepcion, la hacienda de Peumo, secuestrada al exaltado realista don Pablo Hurtado (*Gaceta Ministerial* de 15 de diciembre de 1821).

Nó habia sido sincero Benavides al proponer a Prieto entrar en arreglos de amnistía para él i sus servidores fieles; queria poner únicamente en juego los medios de dilacion que otras veces le habian producido efectos tan satisfactorios. Hallábase a mediados de enero en ansiedad estremada, pues se veia espuesto a caer de un momento a otro en manos de los independientes que lo buscaban i hasta de sus antiguos compañeros, o bien a sufrir algun percance con los indios que lo admitian en sus reducciones como huésped arruinado. No le quedaba otra salvacion que huir por mar al Perú; la navegacion a Chiloé ofrecia dificultades invencibles.

Encontró por suerte una lancha en el rio Levu, que aprovechó sin tardanza para la ejecucion de sus pensamientos. Maineri estaba a su lado, por cierto que no era tarea difícil para este marinero

repararla i ponerla pronto en condiciones de servir para una larga travesía. Proveyéronla de comestibles i agua con todo sijilo. Sin comunicar a nadie la empresa, se embarcaron en ella Benavides, su mujer con un niño de pecho, su secretario don Nicolás Artigas, el alférez don José María Jaramillo, tres soldados i un muchacho indijena, hijo del cacique Gudel de una de las reducciones Arauco.

Maineri largó las velas con rumbo al norte el 21 de enero de 1822. Los vientos del sur empujaron con toda felicidad la embarcacion en los primeros nueve dias; pero como escaseara el agua, calculada por Maineri hasta Valparaiso i la direccion parecia en ocasiones errada, la sospecha comenzó a roer el alma de Benavides; éste i sus compañeros de viaje hacian cargos i amenazaban al aventurero italiano.

El 30 de enero se concluyó totalmente el agua i hubo necesidad de recalar en Topocalma, caleta situada en la costa del departamento de San Fernando. El soldado Francisco González arregló una balza de dos odres i se acercó a tierra. Se le aleccionó para que dijese que se trataba de unos mercaderes de mariscos, allegados por ahí para llenar sus odres de agua; pero el soldado González se encaminó a la choza de un campesino i, acaso por estar de acuerdo con Mainere o para no seguir un viaje que no le agradaba, reveló la procedencia i calidad de los tripulantes de la lancha.

La nueva se divulgó mui pronto en el lugar, por-

que el campesino, que desempeña el oficio de baquero de la hacienda, fué a comunicarla a su patron don Francisco Fuenzalida. Notició éste a su vez del suceso a su vecino don Francisco Hidalgo, al juez del partido o subdelegacion don José Antonio López de Lisboa i al de playa don Tomas Caroca. Acercáronse pequeñas partidas de campesinos para no despertar sospechas i despacharon a González a la lancha.

Supo Benavides el 10 de febrero por el soldado que el agua estaba lista i que no habia peligro en bajar a tierra para trasportarla. Desembarcaron, en efecto, en la mañana del día siguiente; mas, viéronse rodeados i apresados al instante. Benavides, siguiendo su antiguo sistema de embustes, pidió un correo para enviarlo a Santiago con oficio para el director O'Higgins, en el que le comunicaria que venia a entregarse i proponer los medios de pacificar el sur de la república.

Hacendados i autoridades legales no accedieron a esta peticion i condujeron a los prisioneros a las casas de la hacienda de Topocalma. El 3 de febrero se les condujo a San Fernando bajo la vijilancia del mayor don José Maria Argomedo, que habia llegado de esa ciudad con un piquete de milicianos. Se aseguró a Benavides con cuerdas i una barra de grillos.

Así llegó la comitiva por el camino de la costa a la hacienda del Rosario. Desde aquí remitió Benavides a O'Higgins el oficio de que habia hablado.

Aseguraba en esa pieza al director que, en virtud de sus comunicaciones anteriores, transmitidas por intermedio del coronel Prieto, venia a presentarse de propia voluntad para tratar el sometimiento definitivo de la Araucanía i hasta de Chiloé, sin necesidad de «aventurar un solo hombre».

El comandante don Mariano Melo, al mando de 50 cazadores, lo tomó en este lugar i despues de conducirlo por varias haciendas i por el pueblo de Melipilla, llegó a los suburbios de Santiago el 13 de febrero. El ministro Rodríguez Aldea mandó que se detuviese al reo en lo suburbano de la ciudad para obligarlo a una entrada ridícula i humillante, no esplicable tal bufonería oficial en funcionarios serios, sino en virtud de los sentimientos mezquinos que enjendran las épocas de revolucion i a la vez por la odiosidad pública tan estendida contra el nombre de Benavides. Se le obligó a vestir su uniforme de coronel español, se le puso una faja de papel al pecho semejante a una banda i se le grabó en el sombrero de felpa esta inscripcion: «Yo soi el traidor e infame Benavides, desnaturalizado americano» (1).

Montado en un asno, se le condujo a la cárcel de la plaza de armas, por la Alameda i calle de Ahumada, dentro de un cuadro de infanteria i rodeado

(1) En el equipaje de Benavides aparecieron, ademas de su uniforme de coronel, los siguientes objetos: un reloj de bronce con sobrecaja de carei i oro, otro de plata, una gargantilla de perlas, cruz de oro, otra de plata, un par de he-

por el pueblo que venia a conocer la fisonomía de un hombre tan temido. Habiéndose verificado en un escenario tan distante de Santiago los hechos trágicos de que se acusaba a este caudillo, la muchedumbre no asumió una actitud irritada i tumultuosa, sino de simple novedad. «Solo vióse que al penetrar en la plaza, cierta señora conocida se precipitó sobre uno de los soldados del cuadro en que venia el asesino de Tarpellanca, i arrancando a aquél la bayoneta, intentó lanzarse sobre el prisionero llamándole asesino de su hijo. Era la madre del abanderado del núm. 1 de Coquimbo, que no fué dueña de su horror a la vista del inmolador de su sangre» (*Guerra a muerte de Vicuña M.*)

Acto continuo se inició el sumario por el asesor del ejército del sur, don Gabriel Palma. Breve tuvo que ser la tramitacion, por cuanto los delitos de Benavides se hallaban oficialmente comprobados i solo se queria investigar con qué elementos bélicos aun contaban los rebeldes de Arauco i qué vinculaciones habian tenido con el partido carrerino. En lo tocante a los hechos, luego se manifestó la aptitud a la simulacion de Benavides, su capciosidad cínica, que contituian rasgos bien marcados de su contec-tura psíquica. Inculpó de los asesinatos de Santa

billas de oro, grandes cuadrilongas; cuatro cubiertos de plata, dos bombillas de plata, tres jarros chicos de loza, dos dorados i uno acerado; dos platos de café acerados, una copa i un posillo, un envoltorio negro de plata (Biblioteca Nacional, archivo de la contaduría).

Juana al capitán español Arias; de los de Tarpe-
llanca i Yumbel, al lenguaraz Tiburcio Sánchez; jus-
tificaba los de Arauco, a los tripulantes de los bu-
ques apresados, con las órdenes ineludibles del vi-
rrei Pezuela i hasta del monarca español.

Renegando sin delicadeza de una antigua frater-
nidad de armas i de causa, estampó en una de sus
declaraciones una categórica retractacion de prin-
cipios i una protestas contra los españoles, a quie-
nes acusaba de sus errores i de sus desgracias.

En una semana estuvo concluido el proceso i Be-
navides resultó, como era de esperarlo, condenado
a muerte. El director O'Higgins confirmó la senten-
cia el 21 de febrero con la declaracion de que el reo
fuése ajusticiado «del modo mas público, debiendo
ser ahorcado i quedar pendiente su cadáver hasta
ponerse el sol, i su cabeza i miembros mas princi-
pales remitidos a la provincia de Concepcion para
que el señor intendente los mande colocar en altas
picas en los lugares mismos donde ha cometido los
mayores delitos i el resto de su cuerpo sea quemado
por el verdugo a estremuros de la ciudad» (Nota de
O'Higgins).

Durante la tramitacion de la causa tuvo la necia
avilantez de ofrecer la suma de 25 mil pesos por su
rescate i su libertad para trasladarse al Perú, pro-
posicion que, por cierto, mereció el desprecio de las
autoridades.

Como a las diez de la noche se le notificó la sen-
tencia i la resolucion del director; con una humildad

que no guardaba relacion con la soberbia del ocupador de pueblos, besó el pliego i se lo colocó en la cabeza, a la manera que se hacia con los autos reales, como señal de profunda reverencia. Se le puso al instante en capilla. Comenzó desde ese momento la tortura moral que aflije al delincuente de nuestras clases inferiores en este trance supremo, abismado en los pensamientos de ultratumba i dado con emociion a las prácticas religiosas con que se le apremia.

A las 11 de la mañana del 23 de febrero salia de la cárcel arrastrado en un seron a la horca, que se habia armado en la plaza. Iba pálido, abstraído en las oraciones que recitaba, indiferente al espectáculo de su alrededor, sin manifestar ni un detalle que revelara enerjía de voluntad, la sangre fria del militar que ha espuesto su vida en los combates. Innumerales espectadores presenciaban la ejecucion. El verdugo practicó la última operacion miéntras Benavides repetia: «¡Madre mia de Mercedes! ¡madre mia de Mercedes!» El cadáver quedó pendiente de la horca i permaneció así a la espectacion pública hasta entrada la noche.

El tronco del cadáver fué quemado en el llano de Portales, de Santiago, i la cabeza, brazos i piernas, enviados al sur para dar cumplimiento a la órden suprema. El historiador español don Mariano Llorente agrega esta noticia sobre el particular: «No contentes los rabiosos insurjentes con presenciar esta horrible catástrofe, quisieron llevar su odio i crueldad hasta el estremo de colocar la cabeza de

este mártir de la lealtad en la ciudad de Concepcion, su patria, sus brazos en Araucanía, las piernas en Tarpellanca i Manzano, quemando el resto de su cuerpo en el llano de Portales i arrojando al aire sus cenizas.» (*Historia de la revolucion de Chile 1810-1820*).

Las depredaciones de Benavides en el sur, las matanzas de prisioneros que él i sus secuaces ejecutaban i la série de enormes delitos de otro orden que se recordaban con rencor entre los habitantes, habian concluido por jeneralizar un odio profundo a su nombre. El jeneral Freire desde Concepcion i el coronel Prieto desde Chillan, reflejando esta aversion, pidieron al reo para verificar la ejecucion en la ciudad cabecera de sus jurisdicciones, satisfacer así la vindicta pública i escarmentar a los que porfiaban en seguir la guerra; pero el gobierno se negó a semejante pedido, que revela por otra parte los signos del tiempo.

La mujer de Benavides, Teresa Ferrer, despues de varios meses de prision en Santiago, estuvo algun tiempo recluida en el monasterio de las trinitarias de Concepcion; se la otorgó, por último, el permiso para vivir en una casa particular, donde murió mui anciana, sin olvidar jamas la memoria de su marido (Datos de un nieto de Benavides).

Habia sido en sus mocedades esta mujer no mal parecida, si bien algo distante de ser una belleza; de tipo bajo i moreno, resaltaba, sin embargo, en su persona, cierta simpatía atrayente. Pertenecia a

una familia modesta i de antecedentes no dudosos, inclinada a la república, en cuyo hogar los oficiales patriotas solian buscar una decente expansion a la monotonía del oficio. Ahí la conoció Benavides i en cuanto hubo conseguido casarse con ella, llevóla consigo dentro de los muros de Talcahuano, cuando Ordóñez resistia en esta plaza (1).

Maineri anduvo afortunado en esta sancion de pasados delitos, pues se le desterró al Perú. Pero volvió otra vez a su vida de incorregible corsario, i al servicio de Quintanilla ejerció la piratería en la costa del Pacífico. En 1824 atacó a la corbeta francesa *Diligente* con tan malos resultados, que cayó prisionero. Trascurridos algunos años de esta fecha, residia en la Coruña como empleado oficial. Los demas tripulantes que acompañaron a Benavides en la travesía de Arauco a Topocalma, fueron indultados.

Como queda narrado, en las semanas de la pri-

(1) Benavides tuvo varios hermanos, tres hombres, Timoteo, que murió fusilado cuando él se finjió muerto; José María, patriota, i otro cuyo nombre no se conserva, a quien mató una bala de cañon en San Pedro, i dos mujeres. Paz, casada con el capitán realista don Eusebio Torres, i Josefa, con don Juan Ruiz. Dejó varios hijos, lejítimos i naturales: uno de estos vivió en Angol, vecino honrado, con hijos que distaban de ser modelos en conducta; otro, Antonio, fué sarjento del batallon cívico de Concepcion, con hijos que se dedicaron a músicos en esta ciudad i en Molina. Uno de estos nietos de Benavides ha sido meritorio servidor del ejército antiguo, residente en la actualidad en un pueblo del sur (Datos de este nieto de Benavides, que ha pedido al autor reservar su nombre).



INDIA DE VOROA

sion i muerte del primer comandante realista, la guerra no se estinguia en las fronteras araucanas. Al contrario, noticias llegadas del sur alentaban la resistencia.

En la retirada del coronel Prieto de Cupaño a Arauco, algunos montoneros escaramuceaban sus caballos hasta muy cerca de los soldados para tener oportunidad de proferir amenazas e insultos groseros. Uno se acercó lo bastante para dejarse oír i gritó: «Vayan a Valdivia i serán bien recibidos». Se tomó este reto como una argucia sin fundamento, pero aludía en verdad a hechos ya consumados.

El 10 de noviembre habia estallado un motin de cuartel en la guarnicion de Osorno. El gobernador de Valdivia, teniente coronel don Cayetano Letelier, supo en la primavera de 1821 que Quintanilla intentaba expedicionar sobre este canton militar i llegar primero por el sur hasta Osorno. Para atajarlo en este avance, trasladó a esta ciudad la fuerza acantonada en Valdivia. Formaban la base principal de la guarnicion un cuerpo de infanteria que se habia formado con los restos de las compañías del núm. 3, con el nombre «provisional» o Valdivia.

Beauchef, jefe de este batallon, dejó su mando i se trasladó a Valparaiso en junio de 1821, despues de haber organizado en Cudico dos escuadrones de caballería i atendido la defensa de la línea de Osorno, para cerrar la entrada por ese lado a Quintanilla. Correspondia el mando de esta unidad por su

graduacion al sarjento mayor don José María Vicente, antiguo capitan del núm. 1, no mui estimado por sus costumbres soldadescas.

Le profesaba la tropa una malquerencia franca i sin ambages, que estalló en el acto de darlo a reconocer, pues con las armas en la mano «pidieron imperiosamente que el mayor Beauchef quedase i que solo a él lo quería por comandante» (Ministerio de la guerra, nota de Letelier).

Semejante insubordinacion, si bien dió a comprender al comandante de la plaza que la disciplina se hallaba minada en este cuerpo, no fué bastante a obligarlo a tomar medidas de precaucion, ni a sacarlo del imperio de fatales distracciones orijinadas por deslices amorosos.

Traian exasperada a la tropa el rigorismo disciplinario, estremado por algunos oficiales hasta con las clases; los trabajos de fortificacion en la línea estratéjica, la deuda de sus haberes, la persuacion de mal recompensados servicios, la desnudez en un clima crudo i lluvioso, la exigüidad i mala clase de las raciones. Tales sufrimientos se atribuian a la desidia i dureza del comandante Letelier.

El sarjento don Juan García, de antecedentes de educacion i familia no vulgares, se propuso provocar un motin. A las causas antedichas, obraba en él cierta rivalidad contra los oficiales, que frecuentaban el hogar de una dama cuyos padres no aceptaban su modesta situacion.

Obra corta i hacedera fué para García hacer en-

trar en la confabulación a las clases i soldados. Secundáronle en sus designios particularmente los sarjentos Andres Silva, Miguel Bustamante, José Galaz i el cabo José Casas. Quedaron convenidos los cabecillas en aprovechar la mejor oportunidad.

En la noche lluviosa del 13 de noviembre los oficialés asistían a un baile en casa de un vecino i se retiraban a sus alojamientos a media noche. Unas compañías pernoctaban en su cuartel de la plaza del pueblo; otras estaban distribuidas en los fuertes de los suburbios. A esa hora tomaron los primeros sus armas i, mandados por el sarjento Silva, se dirijieron a la habitacion del comandante, situada en la misma plaza, en casa del cura frai Miguel Ovalle, con el propósito de apresarle i no con el de matarlo.

Letelier sabia por un anónimo hallado en la iglesia parroquial que se tramaba una conspiracion, pero no dió crédito a un denunció recibido de semejante modo. El ruido de los conjurados que llegaban lo despertó; vistióse mui de prisa con su uniforme de parada, abrió la puerta de su dormitorio i salió con la espada desnuda, a pesar de las instancias del cura para que se escondiera. Llamó al órden a los sediciosos, pero su voz se perdió en el tumulto de las armas i de los gritos. Dobló su rodilla sobre una campana que habia en el suelo i, con la espada tendida hácia adelante, esperó que lo acometieran. Simultáneamente lo hieren una bayo-

neta por la espalda i en el pecho una bala que le dispara el sarjento Silva.

Coincidia con esta escena trájica el asesinato del capitan don Manuel Baldovinos, malquerido tambien por su severidad, i del ranchero Patricio Lagos, que dormian dentro del cuartel. Corrieron en seguida al fuerte de Santa Isabel, en la confluencia del Rahue i el Dama, donde estaba el sarjento García. Regresaron todos los amotinados sin demora ni sujecion a ningun jefe i se diseminaron por las calles del pueblo, para saquear i perpetrar atentados contra el honor de las mujeres.

Buscaban de preferencia a los oficiales, que no habian oido el estrépito de la sedicion. El teniente don Domingo Anguita recibió la muerte en su lecho; el capitan don Manuel Cortes i el teniente José Miguel Alfaro, llevados al cuartel desnudos, perecieron a bayonetazos; igual suerte corrió el teniente arjentino don José María Carvallo, a orillas del rio. El teniente don Juan de Dios Vial, escondido en una viga, fué derribado de un balazo. Advertido por un cabo el mayor Vicente huyó a esconderse al campo i otro tanto hizo el capitan don José M. Labbé, a pesar de que, por su trato escepcional con la tropa, no se contaba entre los condenados a morir.

El sarjento García, que no habia tomado injerencia directa en la perpetracion de estos crímenes, fué aclamado jefe de la plaza por la soldadesca su blevada. Asumió el mando con el título de «coman-

dante jeneral de la division nacional de observacion en Osorno». Por medio de un bando informó a la provincia de los sucesos de la revuelta, de los motivos que la habian orijinado i de sus designios de seguir sirviendo la causa de la patria.

Dentro de su plan de órden i moderacion, comunicó, ademas, al cabildo de Valdivia las incidencias de la sublevacion i lo invitó a concurrir, para el 27 de noviembre, a una asamblea que habia convocado en Trumao para elegir por votacion un gobernador que reemplazase a Letelier.

La eleccion se verificó el 28 de noviembre i favoreció a don Pedro de la Fuente, patriota de las costas de Curicó relegado por motivos políticos a Osorno. El malicioso desterrado no aceptó el cargo i compelido a ejercerlo, renunciólo un mes despues, cuando ya habian cesado en mucho los trastornos de la conspiracion. El Cabildo nombró entónces a don Jaime de la Guarda, tesorero de la provincia i persona de consideracion social.

Las clases elevadas a oficiales i los soldados en soberbecidos con el éxito i la impunidad, perturbaban todavia el órden público, los primeros con su altanería i los segundos con sus violencias i robos. Garcia desplegó una enerjía salvadora para poner atajo a mayores males; en un intento de sublevacion en las cercanías de Osorno, hizo fusilar a 11 individuos. En la marcha que ordenó efectuar al batallon a Valdivia, condenó a la pena capital a otros 6.

El gobernador de la Guarda, temeroso de la responsabilidad que pudiera afectarle i de futuros trastornos, despachó el 28 de diciembre en una lancha una comision de don Juan Moreno i don Vicente de la Guarda, con informes minuciosos al gobierno acerca de los sucesos que habian acontecido en la provincia.

El 4 de enero de 1822 entregaban los delegados del gobernador de Valdivia las comunicaciones de que eran portadores a las autoridades de Concepcion, de donde se remitieron con toda premura a Santiago. Continuaron ellos su viaje por mar a Valparaiso, a fin de completar verbalmente los informes que contenian los pliegos; pero naufragó, por desgracia, en el puerto de Nueva Bilbao (Constitucion) la embarcacion que los conducia i perecieron ahogados.

En Concepcion i en Santiago causó la noticia del motin una impresion dolorosa: si esos sucesos no influian en la marcha de los acontecimientos de la independencia, quebrantaban, en cambio, la moral del ejército i alentaban el teson de un enemigo que en el sur lidiaba con el encarnizamiento de la desesperacion. No divulgó el gobierno por el momento las incidencias de Osorno i tomó las providencias mas urgentes, conforme lo permitian las circunstancias angustiosas por que atravesaba el pais, para que se organizara una espedicion a Valdivia. Mientras tanto, partió el 30 de enero desde Valparaiso

la fragata mercante la «Peruana» con un acopio de provisiones i elementos de guerra.

El director O'Higgins llamó a Santiago al comandante Beauchef, el mas apto para acometer la empresa de dominar la conspiracion, tanto por su valor i circunspeccion como por su conocimiento de las localidades. Guardando muchas reservas para que la noticia no trascendiera al público en forma alarmante, se encargó a Beauchef que alistase a la mayor brevedad una columna espedicionaria.

Alistó en Santiago i Valparaiso el diligente oficial un cuadro de tropas compuesto de estas fracciones:

Artillería	22	hombres
Guardia de honor	148	»
Compañía del núm. 7.	113	»
C. ^a de plaza de Valp..	48	»

Sumaban estas porciones 331 plazas, en su totalidad de reclutas, bien que a su mando iban militares de confianza i pericia, como los capitanes Jiménez i Manuel A. Labbé, los oficiales Verdugo, antiguo dragon, Garcia i Riquelme, con el tiempo jenerales de la república. Dejó su ocupacion de comerciante por el grado de capitan de milicias de esta espedicion un jóven entusiasta, de orijen inglés, don Fernando de Vic-Tupper.

El 1.º de abril de 1822 se daban a la vela hácia el sur la corbeta «*Chacabuco*» i la fragata «*Lautaro*» con las fuerzas del comandante Beauchef.

Es indudable que fuera de las causales espuestas por las clases i soldados del Valdivia, hubo otro móvil propulsor del motin de Osorno. En los ejércitos contendientes de la revolucion de la independencia existian porciones criminales, que se juntaban en las filas como resultante del sistema de reclutamiento en práctica. Condenábanse entónces al servicio forzoso a los delincuentes de cierta categoría, como a los malhechores de los campos, a los vagos i rateros de los pueblos, a todos los que de algun modo. amenazaban la tranquilidad social. No se tenia en vista la seleccion de costumbres sino las particularidades de salud, talla i normalidad física.

Desde las primeras campañas del sur se puso en vijencia este procedimiento de recluta. En 1817 el jeneral O'Higgins lo recomendaba a las autoridades locales, según se ve en la siguiente comunicacion. «Aunque U. se ha esforzado para hacer las remesas de reclutas de ese partido, en ninguna ha llegado el número que ha designado U. en sus comunicaciones.

«En consecuencia prevengo a U. que continúe enviando cuanto recluta pueda para limpiar ese partido de jente ociosa i mal entretenida, que solo está a la expectativa para fomentar el desórden i la inquietud: ella se hará útil bajo la subordinacion militar i cumplirá con su primario deber en defensa de la patria. Así es que espero de la actividad i celo de U. que sin la menor demora remitirá a este campamento la espresada recluta, en el mayor nú-

mero posible, i precavida de que deserte en el camino. Dios guarde a U. muchos años. Cuartel Jeneral frente a Talcahuano. Diciembre 8 de 1817.— Bernardo O'Higgins. Al teniente gobernador del partido de Linares». (Documento orijinal obsequiado al autor por don Leoncio Rivera).

A pesar del sistema de ríjida disciplina construido por la ordenanza militar de ese tiempo, con sus bárbaros castigos como «la carrera de baquetas», los motines, las deserciones i los delitos de otro órden se repetian con demasiada frecuencia. Provenian, sin duda, de esta contextura moral deficiente los excesos de sangre en los campos de batalla, como la decapitacion de cadáveres, las hecatombes de prisioneros i heridos.

El batallon Valdivia, si bien es cierto que conta todavía con veteranos de conducta formada en la escuela de los grandes sacrificios, habíase completado su efectivo con 200 presidiarios de Santiago (Memorias de Beauchef).

Este era el personal del batallon que Beauchef debia someter con el tino i la enerjía que el gobierno esperaba de él. Arribó a Corral la columna espedicionaria, sin ningun contratiempo, el 14 de abril. Al mando de 100 hombres i con el título de capitan se hallaba aquí el sarjento Andres Silva, a quien acompañaba como consejero i amigo de su intimidad un español de apellido Rubio, antiguo soldado realista i surjido ahora con el fermento del motin en calidad de 1.º de compañía.

Silva, para manifestar obediencia o estudiar las intenciones de Beauchef, subió a la fragata *Lautaro*, donde éste se encontraba. Después de una entrevista de mútuas desconfianzas, Silva volvió a tierra i se preparó a romper el fuego de los diez cañones de los fuertes. Una mujer vino a advertir a Beauchef el peligro que corria; pero este jefe desechando el parecer del capitán de navío que mandaba los buques, don Carlos Wooster, para ponerse fuera del alcance de las balas, desembarcó acompañado de su ayudante Tupper i se encaminó al cuartel. Se impuso a los soldados, que obedecieron al querido i antiguo comandante; hizo tomar a Silva i a Rubio, a los que mandó engrillados a uno de los buques. En seguida ordenó bajar a tierra la tropa i se trasladó solo a Valdivia, en compañía de unos cuantos oficiales.

Ocultando toda intencion de castigar a los autores mas comprometidos del motin de Osorno, a tenor de las instrucciones que le entregó el ministro Rodríguez, i pregonando una próxima invasion al territorio de Chiloé, que podria ser campo de glorias para muchos, llegó a Valdivia, donde asumió el mando de la provincia i comenzó a reconcentrar los piquetes destacados fuera de la poblacion. Cavilosos los oficiales, finjian agrado por concurrir con Beauchef a una campaña a Chiloé, i mas sinceros los soldados, no disimulaban su adhesion al antiguo comandante.

En realidad, los sarjentos improvisados en oficia-

les seguian maquinando. Tramaron una nueva conspiracion contra el comandante Beauchef para asesinarlo en el cuartel en union de sus oficiales i a la hora de retreta. Un sarjento reveló a su comandante la conjuracion; éste a su vez se puso de acuerdo con sus oficiales para sorprender a los conjurados, caer sobre ellos ántes de que pusieran en ejecucion su plan, ultimarlos o desarmarlos.

Así se hizo: a la hora de la retreta los sarjentos, considerados i vestidos como oficiales, dan la señal convenida. Uno, el sarjento Galaz intenta dar un tiro a Beauchef; mas desviada el arma por el oficial Verdugo, cae la bala al suelo; viénese encima la guardia, a la que detienen Tupper i el oficial Sayago. Corre Beauchef a las escuadras, perora con presencia de ánimo a los soldados, que ya habian tomado sus fusiles, los pone de su parte i apresaa los amotinados. Los hizo llevar a Corral i por sentencia de un consejo verbal, fueron fusilados el 8 de mayo, Andrés Silva, José María Galaz, Miguel Bustamante, José Casas i el español Rubio. Ordenóse colocar la cabeza de Silva en el sitio en que habia asesinado a Letelier en Osorno (1).

(1) Por decreto de 8 de marzo de 1822 se mandó reservar la hacienda de la Palma, en el partido de Talca a la mujer o hijos del teniente coronel don Cayetano Letelier, "debiendo gozar del montepío militar que por ordenanza les corresponde, dice esa disposicion, luego que se avecinden en el Estado i entren en posesion de la citada hacienda" (Biblioteca Nacional, archivo de la contaduría).

No se ejecutó al sarjento Garcia, retirado en Osorno, en atencion a no haberse comprobado su participacion en ningun delito i por su firmeza para contener a la tropa amotinada, pero se le condenó a destierro en Concepcion. Otros fueron trasportados como reos a Valparaiso i puestos a disposicion del gobierno, i los ménos comprometidos continuaron en el ejército.

Cuando se hubieron mitigado los efectos del último lance de cuartel, Beauchef se entregó de lleno a preparar una campaña a Chiloé, i algunos dias se sustrajo a las preocupaciones cotidianas del servicio para recibir a la dama que desde Santiago venia a encontrarlo a las soledades australes, despues de haber concedido su mano a un apoderado del galante frances, el ministro de la guerra.

La estacion avanzada de invierno i la escasez de tropas, obligaron a Beauchef a diferir su proyecto de invasion a Chiloé, aun cuando 900 hombres i dos buques estaban listos, para realizarlo en mejor época i con fuerzas suficientes.

Se concretó entónces a un plan de operacion al norte de la provincia, donde los indios andaban revueltos por sujestiones de algunos montoneros.

Entretanto, el motin de Osorno habia tenido tambien influencia en los sucesos que se desarrollaban en la línea del Biobío. Las primeras noticias causaron al jeneral Friere una visible ansiedad, por cuanto se inclinaba a creer que los amotinados, para sustraerse al castigo, entregarían la plaza de Val-

divia a Quintanilla, oficial agudo i de dotes sobresalientes, que vijilaba atento ese territorio, o bien marcharian al norte a engrosar la fuerza en decadencia de Benavides.

En tal emergencia quiso valerse de medios políticos, que no habian sido en esta guerra los de su gusto.

El 1.º de enero de 1821 escribió a Pico i a los jefes realistas de mas conocida autoridad proponiéndoles negociar un tratado de amnistía, en vista de la inutilidad de la resistencia que mantenian. Para hacer eficaz su proposicion, puso de mediador al coronel Lantaño, militar de mérito superior, antiguo realista hecho prisionero en el Perú i al presente dado de alta en el ejército de la república.

Lantaño se habia situado en Tucapel, para tener a la vista a Pico acampado con Bocardo en Quilapalo i estar al cabo de los movimientos de los Pincheiras. Desde este punto comisionó a su turno como emisario al capitán don José Ignacio Neira, el capturado en las Vegas de Saldias i persona grata en el campamento realista, a fin de que llevase comunicaciones suyas a Pico, Bocardo i al padre frai Jil Calvo.

Freire i Lantaño se forjaban la estraña ilusion de que doblegarian a Pico, en el cual, como mui bien debian calcular, se habia hecho estremada la pasion a la resistencia.

Efectivamente, contestó la comunicacion de Freire con otra llena de altivez, que en síntesis decia

que estaba dispuesto a morir en la contienda, sin que le arredrasen las amenazas de nadie. En su contestacion a Lantaño estuvo áspero i desbordante en ironías contra el que habia abandonado la causa de su rei i de su honor, i concluia por desafiarlo a un encuentro singular con sus respectivas fuerzas, obedeciendo en esto al concepto mui comun entónces de que en los asuntos de la guerra podia reemplazarse el cálculo por el sentimiento.

Sin embargo, no cayeron esas insinuaciones en terreno estéril, porque ya el desaliento se habia apoderado de muchos de los segundos i subalternos de Pico.

En presencia de tal negativa, Lantaño se resolvió a atacar las posiciones de Quilapalo en union del capitan don Manuel Búlnes, que se encontraba en Nacimiento. Antes de verificar una concentracion de fuerzas con Lantaño, se trasladó el 22 de marzo a Tigueral, un poco al norte de Angol, donde lo llamaban los indios amigos para celebrar un parlamento. Desde el 23 al 25 se efectuó una *parla*, despues de la cual Búlnes arrastró consigo a los escuadrones de indíjenas, ganosísimos ahora de entrar en pelea con los de Mulchen.

El 23 llegaba Lantaño a Santa Bárbara, punto de cita con el capitan Búlnes. Aproximóse a la orilla derecha del Biobío; Bocardo, informado de la presencia de aquél, acercóse a la ribera opuesta, al oscurecerse de ese mismo dia, hora elejida tal vez para no ser visto de los parciales de Pico. El rio se estre-

cha en ese sitio hasta poder oirse la voz fuerte de un lado a otro.

Lantaño dijo a Bocardo que el objeto de su expedicion era concluir la guerra por las armas o proponiendo un perdon para todos. Exijió el último que se estamparan por escrito las condiciones del indulto, i como así se hiciera, pidió un dia de plazo para consultarse con los caciques aliados, en particular con Mariluan.

No asistia a Bocardo completa seguridad de las promesas de los patriotas en lo tocante a su persona, sindicada de complicidad entrecha en los actos de Benavides. Tampoco podia hacer ostensibles sus deseos de rendirse, pues se esponia en tal caso a ser eliminado por el puñal de los mas hostiles. Nacian de estos temores las perplejidades de su espíritu i los plazos dilatorios que pedia a Lantaño. Por fortuna, Pico se hallaba en el interior de la Araucanía reuniendo algunas partidas de indios, porque al encontrarse en Quilapalo o cerca de este lugar, Bocardo no se habria atrevido a recibir ni un recado ni una letra de paz.

Habiéndose cumplido el término en que Bocardo debia dar una respuesta definitiva i como no lo hiciera, Lantaño ordenó cañonear a los de la opuesta ribera, quienes contestaron a su vez con algunos tiros.

En la tarde del dia 26 se presentaron o la orilla del rio el cacique Coliman i el padre franciscano frai Jil Calvo, hombre insinuante i de mucho con-

sejo entre los caudillos de Quilapalo, i manifestaron que aceptaban las proposiciones de paz a condicion de que las fuerzas invasoras se retirasen a Tucapel i Nacimiento, para conseguir de este modo una resolucion favorable de Mariluan.

Cuando se verificaba esta entrevista, llega a Lantaño un aviso de que la columna de Nacimiento caminaba a cuatro leguas de distancia. Búlnes habia retardado su marcha por tener que repeler por el lado de Mulchen algunas partidas que se le atravesaron en el camino. En consecuencia, Lantaño contestó a los emisarios de Bocardo que habia pasado la hora de los tratados i que no quedaba otro partido que rendirse.

El 27 llegó Búlnes a Santa Bárbara, i en la tarde de ese mismo dia atravesó el rio la division unida en derechura a Quilapalo, como a seis kilómetros de la márjen sur del Biobío. Pronto apareció el padre Calvo i exijió la promesa formal del perdon para rendirse; Lantaño i Búlnes ratificaron a nombre del gobierno lo prometido.

Comenzaron a presentarse numerosas familias, asiladas en el centro del pequeño valle de Quilapalo desde la retirada de Sánchez a Valdivia. No ménos de tres mil personas, de las incapaces de cargar armas, como viejos, niños i mujeres, habian ido a ocultarse en ese rincon para no ser víctimas de los desmanes de los insurjentes, pintados con tan negro colorido por los realistas i padres misioneros. En un estado de suma miseria, tuvieron que protegerlas

Búlnes i Lantaño con escasos auxilios materiales i devolverlas a sus antiguas residencias.

Se rindieron, asimismo, los siguientes militares i sacerdotes:

Coronel Bocardo;

Teniente Coronel, Pedro Pablo Villeuta;

Capitanes, Raimundo Arias, José Maria Acuña i José G. Zabala, del bergantin *Ocean*;

Ayudante, Nicolas Reute i Antonio Ibar;

Tenientes, Antonio Calvet, Manuel Ibáñez e Ignacio Henriquez;

Alféreces, José Maria Henriquez, Alejo Garreton i Dionisio Sánchez;

Clérigos, Matias Garcia i Pedro Espinosa;

Padres, Jil Calvo, Antonio Curriel, Ramon Manriquez i Juan Silva.

Un reducido parque i los únicos 12 soldados que habia quedaron tambien en poder del coronel Lantaño.

El cacique Coliman huyó con su indiada a la cordillera (Partes de Lantaño i Búlnes, *Gaceta Ministerial*, 1822).

A fin de evitar que Bocardo faltase a sus compromisos de sometimiento, se le tuvo relegado en Santiago, donde vivió retraido i olvidado para volver dentro de algunos años a su propiedad de Rere.

Miéntas tanto, Pico habia llegado con algunos fusileros i 600 indios al valle de Pile, atravesado por el riachuelo del mismo nombre, que desagua poco mas abajo de la villa Santa Bárbara. Lantaño i Búl-

nes levantaron su campo en esa direccion el 1.º de abril. Encontraron al enemigo apoyado en un bosque donde la ventaja del terreno le permitia defenderse i estendieron su línea para acometerlo: quedaron en el centro la infantería i los cañones, en los flancos el escuadron húsares de Marte, una compañía de carabineros, 30 hombres de la de plaza de Chillan i algunas partidas de milicias. Piñolevi i Coñoepan mandaban los escuadrones indijenas.

Salieron a tirotearlos con sus compañías los capitanes Salazar i Ventura Ruiz. Presentan los atacados una defensa denodada i obligan a retroceder a sus agresores. Salen los indios amigos a protegerlos: con ímpetu extraordinario i con una gritería tremenda se embisten los llanistas de Mariluan i los angolinos; empujaron éstos a los otros hasta el bosque, pero reforzados los últimos, rechazan a todos los contrarios. Despléganse en estos instantes la compañía de carabineros i la de plaza de Chillan, se reponen los indios angolinos, i todos juntos cargan por tercera vez. La línea de Pico recibió de plano el choque de la caballería chilena i de la indijena, se desorganiza i vuelve las espaldas.

Perseguidos tres leguas hasta el rio Bueno, dejaron en el camino de la refriega i en el trayecto de la persecucion 60 cadáveres, muchas armas i caballos ensillados; los indios vencedores se apoderaron como de un centenar de éstos. Los patriotas perdieron al teniente de milicias don Juan de Dios Pinto,

2 soldados i 10 naturales; resultaron, ademas, 19 heridos.

Al día siguiente se presenta a los vencedores un número considerable de familias i pasados (*Gaceta Ministerial*, 1822).

Dando por terminada esta campaña de resultados tan beneficiosos a la pacificación de la Araucanía, regresaron Lantaño a su posición de Tucapel i Búlnes a Nacimiento.

Si en Quilapalo i Pile recibieron rudos golpes los empecinados realistas, por el sur emprendia en este año el comandante Beauchef una campaña de trascendencia para la pacificación de la Araucanía. Habiéndose convencido este jefe de la imposibilidad de expedicionar a Chiloé, por los informes desfavorables que le trajo en el mes de diciembre la corbeta *Independencia* de la escuadra, mandada a explorar la isla grande, se propuso ir a someter a los indios de las márgenes del Tolten i comarcas adyacentes, alteradas por las instigaciones de un ex-sarjento llamado Florentino Palacios.

Estos indios se manifestaban revueltos desde 1820. Cuando las fuerzas realistas se retiraban en definitiva al sur, despues de la derrota del Toro, algunos vecinos de Valdivia, que sentian perder las ventajas i honores del réjimen colonial, emigraron al norte i se armaron en guerrilla en las riberas del rio Cruces.

Figuraban como cabecillas en este grupo de realistas despechados un señor Camilo Figueroa, el ofi-

cial del batallón fijo de Valdivia don Juan Carvallo, el padre misionero español Salvador Racela i el sarjento de milicias Palacios.

Trataron estos sujetos de ganarse a los indios comprendidos entre el río Cruces i el Tolten, donde habitaban las importantes parcialidades de Lanco, Loncoche, Quitratúe, Donguill i Pitruñquen. Pero en esta sección, como en toda la Araucanía, las opiniones de los caciques se hallaban divididas, acaso por motivos locales mas que por principios que no comprendían ni les importaban. Los del sur, inmediatos al Cruces, habían abrazado el bando de los patriotas, arrastrados por un cacique influyente que las crónicas de esos tiempos solo mencionan con el nombre de Juan José. Los del norte en particular de Pitruñquen, habían tomado partido entre los sostenedores del rei; obedecían al cacique Calcufura, (tal vez Calcufuri, brujo por detras); hombre gordo en exceso i poseedor de muchos rebaños, lo que equivale decir, de bastante influjo en los contornos de su parcialidad.

Siendo la composición social de las tribus araucanas las del patriarcado absoluto, se habrá podido ver que en estas decisiones por un bando únicamente se dejaba sentir la voluntad del cacique, robustecida por los grupos familiares vecinos; la opinión colectiva no tenía existencia, aparecía sumisa i pasiva.

Entre los revoltosos de Pitruñquen se contaba un lenguaraz de apellido Jaramillo, a quien los indios

llamaban Calcufu (semejante a brujo). Era de Arauco i habia servido a Benavides como correo de sus comunicaciones al sur. Pertenecia a esos tipos de malhechores que, refugiados entre los indios o en contacto continuo con ellos, aprenden su lengua i agregan a sus malos instintos los hábitos del natural.

No aviniéndose quizás a la vida i peligros de montoneros, abandonaron la empresa sus mas caracterizados iniciadores i dejaron que la continuaran por su cuenta el padre Racela, Palacios i Calcufu. De estos tres, se suponía con razon que el primero seria el alma de la agitacion, por su cultura i sentimientos mui hostiles a los independientes, detentadores infames para todos los españoles residentes en Chile de los dominios del monarca.

Cuando la montonera de Pitrufulquen estuvo organizada, se encaminó al rio Cruces i dió un *malon* al cacique Juan José, el que pereció asesinado por sus agresores. Esta audacia irritó a Beauchef i se propuso apoderarse desde luego del padre Racela. Despachó con algunos soldados al capitán don Pedro Alemparte en esta comision. Embarcados en un bote, remaron una noche de lluvia por el rio Callecalle hasta llegar a la reduccion de Arique, donde se sabia que estaba oculto Racela. Apresáronlo de improviso en su vivienda i lo trajeron a Valdivia con los papeles que le hallaron i una mujer que lo acompañaba (1).

(1) Algunas relaciones, la del señor Vicuña M., entre

La lectura de los papeles de Racela reveló a Beauchef una conspiracion que se habia estado tramando contra la guarnicion de Valdivia i de consiguiente contra su misma persona. Habiéndose agravado la salud del comandante por las heridas, no bien curadas, que recibió en Talcahuano en 1817, se puso en manos de un empírico español llamado Blas Saldes. Tenia este relaciones de amistad mui estrechas con el barbero del pueblo Ramon Palacios, padre del sarjento sublevado.

Convinieron ámbos en interesar a Racela en una aventura de sorpresa a Valdivia i le escribieron para que la montonera descendiese por el rio i se tomara el cuartel.

Beauchef, vivo i dado a obrar por el primer impulso, quiso fusilarlos a todos desde el primer instante de saber este proyecto; pero, calmándose luego, mandó instruir un sumario. Componian el consejo, el mismo comandante, los capitanes Francisco Fuenzalida, Manuel Baldovinos i Gregorio Henriquez; teniente Vicente Sotomayor i sarjento Narciso Carvallo. Este tribunal militar condenó a muerte el 4 de diciembre al peluquero Palacios i a un individuo de nombre José Hernández, autor del asesi-

otras, dan como ahogado en Arauco el capitan Alemparte el mismo dia que se entregaba su cuñado Alarcon.

Parece que en tal afirmacion hai un error, porque don Pedro José Alemparte, cuñado de don Jervasio Alarcon, no pereció ahogado en Levu, sino que sobrevivió a estos sucesos.

nato de unos soldados; perdonó a Saldes por ser el único cirujano de la provincia i acordó la relegación de Racela a Santiago (Biblioteca Nacional, archivo de la contaduría).

Al punto prepara Beauchef una columna de 300 hombres isale para las tierras de Calcufura, a quien consiguió apresar ántes que huyese. Prometió enmendarse el cacique i no hacer causa comun en adelante con el sarjento Palacios, asilado por esos dias entre los voroanos.

A su regreso a Valdivia dejó el comandante patriota 80 hombres destacados en un fortin de la mision de Cruces, 25 kilómetros al norte de aquel pueblo.

En tal estado se hallaban los asuntos de la guerra cuando el mayor don Cayetano Letelier tomó el mando de la provincia, el 25 de mayo de 1820.

Los caciques de Pitrufquen cumplieron su promesa de mantenerse fieles al gobierno, pues en abril de 1821 mandaron de emisario ante Letelier al lenguaraz Juan Mera para protestar fidelidad, (Comunicacion de Letelier a Freire, archivo de Gay, cedido por la señora viuda de Morla Vicuña a la Biblioteca Nacional).

El motin de Osorno parece que alentó para tomar la ofensiva a Palacios i Calcufu o Jaramillo, hasta entónces entre los indios i ántes en comunicacion con Benavides. Movilizaron una partida de indios, a la que Calcufura agregó tambien algunas lanzas, i sorprendieron al fuerte Cruces, a cargo del comisario de naciones don Leandro Uribe. Cal-

cufu degolló por sus propias manos a este encargado de la guarda i defensa del fuerte. Una vez que hubo consumado esta alevosía, el sarjento Palacios corrió a refugiarse a la parcialidad del cacique voroano Melillan.

En cuanto supo Beauchef este hecho temerario, alistó una columna lijera de 500 infantes i un destacamento de caballería, i el 17 de diciembre de 1822 partió por el rio Cruces en balsas i otras embarcaciones menores. En San José de Mariquina se le juntó el sarjento mayor don Manuel Antonio Labbé con la compañía de Plaza de Valparaiso, destacada en Osorno. Agregósele igualmente el mayor Rodríguez, que capitaneaba una guerrilla recién vuelta de una entrada implacable hasta cerca del Tolten. Como «lengua jeneral» i reemplazante de Uribe; iba don Luis Agurto, funcionario de mucho acomodo para los indios amigos que acompañaban a la columna i para los que fuesen alistándose como tales.

Acompañaba, además, a Beauchef el cirujano inglés don Tomas Leyhton, que escribió un diario o cronología de esta espedicion.

El 18 de diciembre por la mañana las fuerzas unidas tomaban por tierra el camino del norte. Marchaban en la delantera un peloton de indios amigos i en pos la caballería de Labbé i Rodríguez. Aunque los infantes iban con lo indispensable para una campaña rápida, con sus municiones i un cuero de oveja para dormir, la marcha tuvo que ser lenta por la inclemencia del clima en esta latitud i por

las dificultades topográficas, de terrenos pantanosos, bosques impenetrables i quebradas difíciles.

Se concibe que para hacer la travesía de estas regiones, sin caminos entónces, el soldado debia sentir la estenuacion física i moral por el cansancio, el hambre, a menudo, las lluvias i los frios de la noche.

El 21 llegó Beauchef al canton de Pitrufquen, hermosa i fértil residencia de indios, que se extendia por los terrenos bajos que corren paralelos al rio i los altos que se dilatan en una estensa llanura, alternada de prados i bosques. Se impuso a Calcufura la provision de la tropa, que le hizo un consumo abundante de sus animales i chicha de manzana. Dúctil i maliciosos el cacique bajo la presion de la fuerza, se avino a cuanto se le pedia, i hasta agregó al cuerpo invasor una cuadrilla de sus lanceros.

Dos dias hacia que Calcufura soportaba con forzada complacencia a sus huéspedes, cuando llegó al campamento patriota el anuncio de que el sargento Palacios i Calcufu habian pasado el rio Toltén i se acercaban a Pitrufquen con un número crecido de voroanos, sin sospechar el arribo de la guarnicion de Valdivia.

Sin demora Beauchef ordena apercibirse a su tropa i sale en la mañana del 23 al encuentro del enemigo.

Avanzó a la descubierta una fraccion de 200 hombres que mandaba el mayor Rodriguez, compuesta

de infantes de línea, a las órdenes de Tupper; un piquete de caballería i los indíjenas amigos de Agurto i los agregados de Calcufura.

A poco andar, esta descubierta vino a tropezar con la banda de Palacios, fuerte de 300 indios voroanos i algunos tiradores chilenos, de los desbandados de Valdivia o Arauco. Los del ex-sarjento atropellaron a los indios amigos de Rodriguez, que retrocedieron perseguidos i lanceados por la espalda.

Estuvo a punto de perecer en esta correteada el capitán sueco Arengren, al servicio de los patriotas i que por el deseo de combatir habia tomado la delantera.

En estos momentos atravesaba el resto de la fraccion una quebrada estrecha i cubierta por los costados de matorrales infranqueables.

Obstruido su frente por los contrarios, vióse en verdadero aprieto: se forma en columnas la infantería i los de adelante rompen el fuego; Palacios comprende que están delante las fuerzas regulares de Valdivia i retrocede a todo correr de los caballos. Los indios amigos i de perseguidos hacia un momento, se vuelven ahora perseguidores i, con la gritería característica de sus peleas, siguen un buen trecho a los fujitivos.

Palacios pudo retirarse a continuacion de este descalabro sano salvo i repasar a nado el Tolten; pero dejó en el campo de la pelea no ménos de 40 muertos i un indio voroano vivo, que los de Agurto

i Pitrufquen colocaron a caballo dentro un círculo i acribillaron en seguida a lanzazos.

En la tarde llegó Beauchef al desfiladero del combate i ahí se alojó para seguir adelante al día siguiente, por la márjen meridional del Tolten. En un sitio en que el rio abria sus aguas i presentaba un vado, hizo cruzarlo a Tupper con 60 hombres de infantería; luego lo pasó él, i con una lluvia continua que caia sobre su tropa, siguió adelantándose al norte en demanda de los voroanos.

En este trayecto se le juntó con algunos tiradores montados el sarjento Juan de Dios Montero, el cual, como se recordará, desde la entrada del mayor Ibáñez a Cholchol, no habia cesado de merodear por las tribus enemigas de la patria (1).

Era un auxiliar utilísimo en estas circunstancias, como guía i conocedor de los indios de esa rejion. Anunciaba Montero la proximidad de Venancio Coñoepan, que se acercaba con su jente. En efecto, pronto se presentó este cacique, i sus indios se fueron sobre los patriotas a toda rienda, lanza en ristre i con su gritería de costumbre; era el saludo de estilo o en *avuin*, jirar en torno de alguien, que los últimos tomaron al principio como una sorpresa (Memorias de Beauchef).

Una de las partidas destacadas en seguimiento

(1) Juan de Dios llaman los documentos a este hombre extraordinario de las luchas de la independenciam.

Sus nietos de Maquehua lo nombran Francisco.

de Palacios, logró cojer por casualidad a Jaramillo o Calcufo, el cual se habia acercado a ella creyéndola de indios conocidos suyos. El comandante en jefe mandó juzgarlo por un consejo verbal, que lo condenó a muerte por traidor a la patria i por estar confeso de varios asesinatos, siendo el principal el del comisario Uribe. Segun la práctica de esos tiempos, su cabeza se puso ensartada en un palo para atemorizar a los que no dejaban las armas. Aun cuando Jaramillo contaba sesenta años de edad, no habia perdido todavía el nervio de la juventud para el sufrimiento de la intemperie i para organizar cuadrillas de indíjenas i conducir las a sus correrías. Su cabeza habia sido, pues, una presa de valor para los espedicionarios.

Llegó, por último, Beauchef a la agrupacion de Voroa del cacique Melillan, amparador de Palacios. Rodeó con soldados e indios a pié el corral atrincherado o *malal*, donde se habia metido el cacique con sus mujeres i animales; forzó el *lulli* o única entrada i apresó a la familia, mas no al *uilmen*, que huyó a los bosques vecinos. Se presentó, no obstante, dentro de poco al jefe patriota para hacer las paces i le prometió remitirle al sarjento Palacios a Valdivia.

Confiado en la promesa de Melillan, volvió Beauchef a Valdivia el 4 de enero de 1823 i arribó a esta poblacion a los nueve dias de viaje. El cacique no faltó a lo convenido i al cabo de quince dias remitió a Palacios. Como su padre, sufrió el jóven

capitanejo, de veintiseis años de edad, la pena de muerte.

Beauchef recibió en Valdivia una comunicacion del jeneral Freire, que le traia apresuradamente un correo que venia tras él a pocas jornadas. Lo imponia del movimiento de opinion contra el gobierno que se habia operado en el sur i norte de la república, i le ordenaba reconcentrarse con la fuerza de su mando a Concepcion.

En tanto que la columna de Valdivia operaba sobre las indiadas de Voroa, el capitán don Juan de Dios Azócar, el mismo que abandonó a Benavides para alistarse entre los patriotas, ejecutaba una hazaña propia de la época i mui aplaudida entre sus camaradas i jefes. De órden superior, desprendióse de la plaza de Arauco en los primeros dias de enero de 1823 a la cabeza de un destacamento de 27 tiradores montados, trasmontó la sierra de Nahuelvuta, en medio de tribus hostiles; pasó a donde Venancio i llegó hasta el canton de los voroanos. Trabajó una refriega con uno de los grupos, en la cual tuvo 1 muerto y 4 heridos, tres de ellos oficiales, i dió la vuelta a su cuartel con la misma premura.

A esta partida pertenecia el correo que iba en alcance del comandante Beauchef, i la presencia de Azócar por esos lugares, contribuyó sin duda a la caida de Palacios en manos del cacique Melillan.

Se decretó una gratificacion en dinero para los autores de esta proeza, que era mucho para los tiempos.

«Concepcion, Enero 31 de 1823.—Los Ministros de Hacienda entregarán en gratificacion a los individuos de la lista de la vuelta, al capitán 20 pesos, 15 al teniente, 12 al alférez, 3 a los sarjentos, 20 reales a los cabos i 2 pesos a cada soldado que se hallaron en la accion distinguida del 7 del presente contra los voroanos, cuyo dinero recibirá el señor jeneral Freire. Los señores Ministros se servirán entregar esta cantidad al capitán don Agustin Elizondo.—*Rivera.*

Recibí en la Tesorería Jeneral 103 pesos 4 reales, importe de la gratificacion señalada a los oficiales i tropa de milicias que constan en la relacion de la vuelta.—Concepcion, fecha ut supra.—*Agustin Elizondo* (Biblioteca Nacional, archivo de la Contaduría)».

Este castigo que cayó por todas partes contra los araucanos realistas, alcanzó tambien a los pehuenches ménos a la mano de las reparticiones patriotas. El cacique Melipan, de la alianza del pertinaz Martin Toreano, se habia decidido en 1822 por la patria.

Con el auxilio de algunos húsares i cazadores, se dirigió al campamento de su antiguo camarada, hoi su émulo. Toriano lo esperó en campo abierto i se trabó una accion campal. El primero mató a este último cerca de doscientos indios i lo empujó a las pampas argentinas.

En sus correrías, Melican llegó hasta las fronteras de Buenos Aires i libertó muchas cautivas en

Meliqué i otros lugares, conducidas ahí desde Chile (Comunicacion de Freire al ministro de la guerra, 20 de abril de 1822).

Este golpe contra los pehuenches no disminuyó el poder de los Pincheiras. Habíanse, al contrario, robustecido sus bandas con los derrotados i corridos en los postreros encuentros. Seguian aun siendo los secuaces mas activos de estos montoneros el capitán Francisco Rojas, Pablo Zapata, el teniente Lavanderos, Gaticá i otros de no menores bríos.

Antonio Pincheira bajó de la montaña i el 2 de mayo de 1822 se dejó caer sobre la descuidada villa de San Carlos. El gobernador Muñoz lo rechazó con los disparos de un cañon puesto en una trinchera. Retiróse a su campamento de la montaña despues de este intento frustrado de apoderarse del pueblo, no sin haber cometido ántes violaciones, saqueos i robos de animales.

Los indios pehuenches formaban el mayor número en esta banda de los Pincheiras.

En septiembre volvieron a descender al llano por los caminos de los rios Virhuin i Longaví. Asaltaron la villa del Parral, que tomaron sin ningun impedimento: diéron libertad a los presos de la cárcel, saquearon, cometieron atentados contra el honor de las familias, degollaron en la villa i en los campos 68 personas, cautivaron niños i mujeres. El gobernador don Alejandro Urrutia no tuvo elementos para perseguirlos en su retirada.

En los llanos recojieron cuanto animal encontra-

ron; fué esta incursion repentina un alud devastador.

La montonera de los Pincheiras recibió en esta ocasion un refuerzo considerable, i continuó creciendo con los desertores i bandoleros que buscaban en ella la inmunidad de sus delitos.

Lantaño por su parte no perdía de vista desde Tucapel a los pehuenches. Se había hecho de un cooperador de grandes dotes de actividad, hombre valiente i equilibrado, mui conocedor de estos indios, don Domingo Salvo. Antiguo guerrillero de Benavides, se le había dado de alta en el ejército con el grado de teniente en abril de 1822, en el cual siguió prestando sus servicios contra los indios hasta su ancianidad, hasta el grado de comandante, como soldado sencillo i prudente, puntual i enérgico en la obediencia.

Como los pehuenches, los indios de la costa no deponían sus armas. Irritados por las batidas que los patriotas hacían a sus tierras i movidos por los montoneros que les pedían auxilio, se avenían a vivir saqueando mas que a la tranquilidad de la paz.

Desde la retirada del coronel Prieto de Cupaño venían desplegando mayor audacia i apercibiéndose para mover sus masas de jinetes a donde acordaran los guerrilleros asilados en sus reducciones.

Los mas valientes i determinados de estos últimos sostenedores del régimen colonial eran, sin disputa, el cura Ferrebú i el comandante Carrero. Por sus conocimientos en milicias i por su discrecion en

las operaciones, podia éste conceptuarse como el único hombre técnico que seguia manteniendo planes de trastornos en el litoral. Orijinario de Santiago de Galicia, habia venido a Chile como soldado del batallon Talavera. Su talla de granadero, su rostro moreno i avinagrado i su bravura probada muchas veces, le daban cierta notoriedad en su cuerpo. En Chacabuco cargaba el galon de oficial i cuando llegó en 1819 a continuar peleando al lado de Benavides, tenia en el ejército realista el grado de teniente.

En la primavera se vieron asomar por Arauco las lanzas de los indios, tan temida de los pacíficos habitantes de las villas i de los campos. El 8 de octubre rodea la plaza de Arauco un cuerpo numeroso de indíjenas i tiradores montoneros, dividido en tres fracciones: una que mandaba Carrero, se desplegó al sur; otra que encabezaba Ferrebú, tomó colocacion al frente del reducto, si bien fuera del alcance de los cañones; un guerrillero chilote de nombre Melchor Mansilla, que dirijia la tercera, cerró por el norte la pasada del rio Carampangue, para impedir a la guarnicion que se proveyera de agua.

Este despliegue tenia las apariencias de un verdadero asedio para rendir a la tropa por hambre i sed, como a gritos lo decian algunos guerrilleros que se aproximaban a las fortificaciones.

Por estar ausente en Concepcion el mayor Picarte, mandaba las fuerzas sitiadas el capitán del nú-

mero 1 don Jacinto del Rio, acostumbrado aquí mismo a estos lances de sitio.

Los asediados solian salir fuera de los muros a batirse en grupo con los sitiadores. El capitán Azócar, el día de la escursión a Voroa, verificó una de estas salidas sin que se le atreviese ninguno de los capitanejos enemigos a cargarle; contentáronse algunos montoneros con escaramucear sus caballos i gritarle insultos.

En tanto que Arauco pasaba por estos apuros, un destacamento del fuerte de Colcura, que mandaba el capitán del núm. 3 don José Miguel Millas, recibió el ataque imprevisto de un grupo como de 300 indios que animaban algunos guerrilleros. Aunque agobiado por el número i débilmente establecido detras de una empalizada, defendióse con osadía i mediante un fogueo sostenido, hizo perder terreno a los asaltantes i abandonar, por fin, la empresa; pero no pudo tender la mano a los de Arauco para suministrarles los comestibles que habia recibido de Concepcion.

Los araucanos rechazados en Colcura se corrieron al norte hasta San Pedro, i a la vista de aquella ciudad saquearon i lancearon a los habitantes de los contornos (Ministerio de la guerra, parte de Millas a Freire).

El mariscal Freire, temiendo que la guarnicion de Arauco pudiera ser capturada i destruida, pasó al ministro de la guerra un oficio en que pedia auxilios urgentes. Abandonando contemplaciones

compatibles con la disciplina, se manifestaba en esta comunicacion descontento con la indiferencia del superior jerárquico, duro en la forma i en el concepto, amenazante en el sentido de evacuar la frontera si no se le protejia con la oportunidad que exijía.

Determinó, entretanto, que Picarte preparase un pequeño cuerpo de refuerzo para proteger a los sitiados de Arauco, en el que fuesen cuatro piezas de artillería. El 18 de octubre partió este jefe, i, forzando las indiadas que intentaron atajarlo por Chivilinco, a 8 kilómetros al sur de Lota, logró llegar a los cuarteles de Arauco, sin mas bajas que 5 hombres muertos.

Carrero i el cura Ferrebú, cuando vieron consumada esta reconcentracion que desbarataba sus cálculos, se resolvieron a retroceder a Cupaño. En la retirada sólo dejaron en poder de los defensores de Arauco al capitan de guerrilla Javier Arévalo, apresado por Azócar en los momentos de querer abordar una embarcacion con víveres.

Sirvió este prisionero para canjearlo por cinco mujeres cautivas, hermanas de Azócar dos de ellas, canje que dió ocasion a Picarte para proponer a Carrero su defeccion i su ingreso al ejército de la república.

Carrero, que estaba persuadido de que la terquedad de Pico i Senosiain los arrastraba a una resistencia loca, entró en correspondencia con Picarte, a quien aceptó una suspension de armas, exijiéndolo-

le exactitud i franqueza en sus compromisos. Envió a Freire una carta en la que imponia la condicion para rendirse de ingresar al ejército con el grado de sarjento mayor de caballería. El mariscal acepta sin vacilacion el deseo de un militar que seria útil para el desempeño de comisiones que exijan juicio i valentía.

Con la aquiescencia del nuevo camarada, Picarte proyectó una entrada al interior, hasta el rio Levu, que tendria el doble fin de dar un golpe a los araucanos i rescatar a las monjas Trinitarias, detenidas en esos sitios desde 1819. Carrero simularia una actitud hostil para no despertar la malicia de los indios i contribuiria al mejor resultado de los designios de Picarte.

Internóse este jefe a mediados de diciembre al frente de una porcion de soldados de caballería i llegó hasta la orilla derecha del Levu. Carrero finjió algunos movimientos para dar tiempo a los jinetes de Picarte a que sacasen a las monjas de su residencia. Despues de varios cambios de domicilio, se hallaban ahora en el Rosal, punto medio en el curso del Levu. Guiadas por un fuego que se encendió como señal, salieron del galpon en que vivian para juntarse a sus libertadores.

El 15 de diciembre Picarte dió la vuelta hácia Arauco. Venian las monjas a las ancas de la caballería i, poseidas de espanto por los peligros del viaje, no cesaban de rezar el rosario en alta voz.

En esta marcha de regreso, tuvo que sostener la

fuerza algunas escaramuzas no exentas de contra-tiempos con los indios que le salian al camino. El mismo Picarte dió cuenta a Freire de las incidencias de su comision en estos términos:

«Nada en sustancia de lo que US. pensaba i yo queria se ha podido lograr, a causa de la prevenzion que tenia el enemigo de nuestra internacion i de estar creido que aun estábamos por la Boca de Levu, por los hombres que de ésta se habian marchado ántes de mi salida en busca de frioleras. Así es que, aunque pude aproximarme hasta éste sin ser sentido, no se logró pasar sin serlo, i aun así habia logrado alguna hacienda mediante la rapidéz del movimiento; pero desgraciadamente se le encomendó ésta a unos milicianos para que la condujesen a la orilla del rio donde yo me hallaba, los que por ocuparse en saqueos i otros entretenimientos, no solo la perdieron, sino hasta sus caballos ensillados i aun sus vidas hubieran peligrado si no toman el recurso de echarse al monte. El resultado, por último, de toda la espedicion ha sido sacar veinticinco monjas con sus respectivas criadas, un padre capellan de éstas, dos señores Urrejolas, tres Cuestas, un oficial i un paisano: catorce o dieciseis mujeres con el resto de la familia Altamirano, dieciseis animales vacunos i algunos pocos caballos, mulas i yeguas.

«Los enemigos habian perdido de 10 a 12 hombres muertos, fuera de heridos que deben ser bastantes. Las casas se les han incendiado aprove-

chándose la tropa i paisanos de lo que han hallado en ellas, cuyo botin, segun entiendo, no ha sido tan malo. De nuestra parte hemos tenido un cabo del 3 muerto, i heridos un oficial de cazadores, un tambor i dos soldados con dos caballos de la milicia.

«Yo espero que US. me diga cuándo debo remitir a estas relijiosas, porque ellas de por sí absolutamente no se pueden mover por su edad, achaques i estado de mendicidad en que se hallan, tal que ellas precisamente deberian perecer, a que se agrega que están penetradas que si se ha hecho la expedicion ha sido solo con el objeto de sacarlas, cuya idea he fomentado i trato llevarla adelante hasta saber la resolucion de US. que es cuanto tengo el honor de poner en su conocimiento. Dios guarde a US. m. años, Arauco, Diciembre de 1822.—*Ramon Picarte*». (Parte a Freire del mayor Picarte, archivo Gay, cedido por la señora viuda de Morla Vicuña a la Biblioteca Nacional, tomo 34).

Las monjas fueron trasladadas dentro de pocos dias a la ciudad de Concepcion, donde se las recibió con repiques de campanas i con el regocijo jeneral de la poblacion (Gay, *Historia*).

El 18 de enero de 1823 se efectuó tambien la presentacion oficial a la plaza de Arauco del mayor Antonio Carrero, al cual acogieron sus camaradas de hoi con las distinciones que merecia el noble adversario de ántes. La superioridad militar lo destinó a la alta frontera, donde prestó valiosos

servicios i tuvo que pelear contra los que habian sido sus amigos predilectos.

En cambio de la fortuna que alcanzaban las armas de la república en el territorio de la frontera, la miseria en su forma terrible i estremada se dejaba sentir en todas partes. Los campos se hallaban talados, sin habitantes ni animales. En las villas i ciudades, sin esceptuar la de Concepcion, en las que se acumulaba la poblacion rural, la pobreza era jeneral; por la carencia absoluta de recursos de subsistencias, la jente menesterosa moria de hambre; cerca de 700 personas, dicen, los documentos de esa época, perecieron en 1822.

La conviccion que abrigaba el vecindario de Concepcion del abandono en que se le habia tenido por el gobierno i los habitantes de Santiago, acreció la solidaridad provincialista, que entónces, con el aislamiento de los pueblos, se manifestaba mas acentuada que al presente. Unidas las familias por los vínculos del parentesco o de la amistad, estrechada con la tertulia nocturna del juego, a que eran aficionadas las sociedades lugareñas de ese tiempo, dominaba a las personas dirigentes con sentimiento comun, para apreciar los sucesos del dia. Este rejionalismo de órden familiar fué el que mantuvo en Concepcion, en varias épocas de crisis políticas, la oposicion armada contra el gobierno central de Santiago.

De este infortunio unánime no estaban exentos los batallones del ejército; como el resto de la po-

blacion, carecian de vestuario i alimentos, siendo que el estado debia subvenir a sus necesidades. Les faltaban municiones i se hallaban impagos desde tiempo atras oficiales i soldados; a lo mas, solia dárseles un anticipo. Tal estrechez rebajaba la disciplina i hacia temer a los jefes un estallido violento.

A fin de remediar en parte mínima que fuera semejante estado de miseria en la provincia de Concepcion, el director supremo autorizó una suscripcion de dinero en Valparaiso. Dió esta colecta la suma de 1440 pesos, de los que 500 pertenecian a la cuota de O'Higgins (*Gaceta Ministerial*, decreto de 18 de noviembre de 1822).

El mariscal Freire, a quien traia caviloso por estos meses el proyecto de revolucion contra el gobierno, exajeraba en sus manifiestos los estragos del hambre i ocultaba en esta causa la honda turbacion que ajitaban su alma las pasiones políticas i de malquerencias personales.

No encuadraria bien en el plan de esta relacion la historia de los acontecimientos que llevaron al poder a este benemérito fundador de nuestra nacionalidad. Basta recordar que el 3 de febrero de 1823 se embarcaba en cuatro buques en la bahía de Talcahuano con los batallones 1 i 3, la division de Beauchef i la artillería, encomendada a la pericia de Picarte. Por el camino de la costa partieron a Casablanca 600 hombres de caballería.

El retiro del ejército del sur tuvo que producir

necesariamente un retroceso en la obra de la pacificación, acometida con tanta fortuna hasta entonces. En efecto, las partidas de montoneros se engrosaron cuando ménos lo esperaban con los desbandados del ejército de Freire, que habian tirado sus fusiles para no seguir al jeneral que pretendia llevarlos a pelear al norte; el bandolerismo recrudció como nunca; la disciplina se relajó en los destacamentos: todo se resentia de inseguro en las dos fronteras.

El 18 de marzo estalló un motin en Tucapel; 80 dragones que habia destacados en este lugar se sublevaron, dieron muerte al teniente de milicias Navarro que los mandaba i se fugaron al campamento de los Pincheiras. El coronel Lantaño despachó en persecucion de los sublebados al teniente Salvo, el cual logró alcanzarlos en el interior de la cordillera i traerlos casi en su totalidad a Tucapel (Hoja de servicios de Salvo).

En la noche del 19 de ese mes, un grupo de las montoneras de Pincheira se apoderó de la caballada del destacamento de Chillan i mató a 2 soldados que la cuidaban.

El 26 de abril descendieron los Pincheiras de la montaña con una fuerte partida de pehuenches i montoneros i asaltaron el pueblo de Linares. Asesinaron al gobernador don Dionisio Sotomayor i a muchos otros vecinos; saquearon por espacio de algunas horas, cautivaron mujeres de todas condiciones sociales, robaron animales i emprendieron

la retirada en direccion al boquete de Alico. El gobernador de Parral, don Julian Astete, veterano en esta clase de lances, reunió con diligencia 50 carabineros i 300 milicianos i les salió de flanco. Hubo una vivísima refriega, en la que pereció de un balazo Antonio Pincheira. Astete consiguió recuperar a varias mujeres cautivas; pero, habiéndose plegado muchos de sus soldados a la montenera, experimentó un descalabro que puso en peligro su fuerza i su propia existencia.

Habria tomado el trastorno de la frontera proporciones incalculables si Freire no adopta ántes de sacar el ejército del sur dos determinaciones singularmente aceptadas. Fué la primera encomendar al comandante don Pedro Barrenechea la direccion militar de la alta frontera, desde el cuartel central de Yumbel.

Este jefe unia a la circunstancia de estar mui enterado en los asuntos de la Araucanía, un discernimiento militar nada comun. Bajo las formas toscas del disciplinario de la vieja escuela, ocultaba un tino a toda prueba, una profunda sutileza de espíritu i disposiciones de organizador de tropas.

Fué la segunda medida previsorá de Freire movilizar algunos destacamentos de las guarniciones, para amenazar a los indios i tenerlos en constante preocupacion de su defensa.

Era el mas fuerte de estos cuerpos de mucha movilidad uno de 210 cazadores, a las órdenes del capitán don Eusebio Ruiz, que se adelantó desde Na-

cimiento a las reducciones de Venancio Coñoepan. Unido a este cacique, Ruiz pasó el Cautin i puso a raya a las tribus contrarias por las comarcas de las dos riberas del rio. Cuando no dirigia él mismo las correrias, facilitaba piquetes de pocos hombres a los caciques amigos para que los encerrasen en sus recintos fortificados o para que hicieran en su compañía irrupciones a las tierras de sus adversarios. Como un año permaneció este capitán en semejante guerra de merodeos, tan oscura en sus pormenores como eficaz en sus consecuencias (Tradiciones anotadas por el autor de guardias prestadas a los caciques Venancio, Colipi, Pinolevi i Alcavilu, de Maquehua).

Carrero, Búlnes i el mayor arjentino Urquizo peleaban sin descanso por otros puntos. El primero tuvo un encuentro el 16 de febrero en el Carrizal, del distrito de Santa Juana, con su paisano i ex-camarada Senosiain; herido éste i dejando muerto su caballo, tuvo que huir en otro.

El mayor Búlnes se encontró a su vez el 30 de marzo con Pico i Mariluan por los lados de Mulchen i trabaron combates vigorosos, bien que indecisos.

El 7 de abril rechazó por Duqueco el mayor Urquizo a los dos anteriores, inseparable el cacique en la mala fortuna ordinaria del español, como lo habia sido en la próspera.

En julio el coronel Barrenechea, confirió al teniente don Domingo Salvo la comision de aniquilar con una compañía de caballería a los montoneros que

habian venido a sorprender a un piquete destacado en Antuco. Salvo les da alcance en un lugar llamado Quintraman; se embisten con resolucion i, aunque con ventaja para los perseguidores, el teniente recibe dos lanzadas i se retira.

El 4 de agosto el mismo Salvo recibe de Urquizo el encargo de ir a destruir un peloton de indios que organiza en la cordillera aquel cacique Coliman de Quilapalo, insigne batallador i el primer auxiliar de Mariluan. Dió con él, lo mató i trajo la cabeza del indio tenaz i 15 montoneros que lo secundaban. A su vuelta salió a cortarle la retirada Pico en persona, acaso con la intencion de dar al subalterno de otros años una severa leccion; tuvieron un reñido encuentro, en que el soberbio español salió vencido, con pérdida de varios muertos, entre ellos un cacique, i 6 prisioneros.

No se reponia de las fatigas de la escursion precedente el férreo oficial, a la fecha de 44 años de edad, cuando el mayor Carrero lo despachaba el 15 de agosto en direccion a Santa Bárbara, a un paso de los campamentos de Pico i Mariluan. Batióse con una montonera enemiga i le tomó prisionero a su capitan i 12 individuos, a todos los cuales presentó amarrados, como trofeo de victoria, a su mayor Carrero (Hoja de servicios de Salvo).

Meditaba Pico despues de estas acciones una operacion mas vasta i atrevida: pretendia invadir por la cordillera las provincias centrales, desguarnecidas por el envío de una division auxiliadora al Perú.

Distrajéronlo de sus propósitos la movilizacion de dos columnas que penetraron a los Andes por Alico i Antuco, bajo la direccion del coronel don Clemente Lantaño i del mayor Carrero. Esta última, en la que iba el teniente Salvo, dió batidas sin cuartel a los indios i los corrió hasta el declive oriental de los Andes.

No obstante, Pico no desistió de su plan, que habia impuesto a la ruda intelijencia de los Pincheiras i al limitado alcance estratéjico de sus secuaces. Cuando la fuerza del sur partió a la espedicion de Chiloé, puso en ejecucion su proyecto: movióse por los valles andinos hácia el norte i pasando por los de Longaví, Maule i Lontué, se adelantó hasta el el pié del Planchon de Curicó. Marcábase el paso de estas masas movibles de indios i montoneros con violencias, muertes i robos contínuos. Pico no se atrevió a bajar al valle central, pues su seguro juicio le indicaba que tamaña empresa requeria fuerzas regulares, obedecientes al vigor i a la prontitud del mando. Tuvo que retrogradar i volver a la Araucanía a prolongar la resistencia entre los indios llanistas i arribanos.

En la rejion de la costa, por las cercanías de Cupaño, mantenía la rebelion el cura don Juan Antonio Ferrebú, reconocido como cabeza principal, no tanto por su destreza militar i su bravura personal, sino por sus aptitudes para sujestionar a los hombres, por su arte para idear argucias, en lo que era sobresaliente. Aparecian como sus ayudantes inme-

diatos Melchor Mansilla, Juan Saez, Clemente González i un tal Leal, individuos mediocres en todo sentido.

Contenia a Ferrebú por el norte el mayor don Hilarion Caspar, atrincherado en Colcura.

A fin de quedar a la mano con la ciudad de Concepcion i poder reconcentrar elementos con prontitud si las operaciones lo exijian, se evacuó la plaza de Arauco, demoliéndose previamente las obras de fortificaciones, i se reforzó el fuerte de Colcura, que vino a ser el cuartel avanzado del litoral.

El mayor Gaspar habia venido a reemplazar a Picarte, sacado de la baja frontera por Freire para darle el mando de la artillería i en seguida el de la provincia de Valdivia.

Esta era la situacion de los bandos contrarios en la costa al comenzar el año 1824.

El primero en abrir las hostilidades fué el cacique Venancio; trasmontó la sierra de Nahuelvuta con sus indiadas i los soldados patriotas destacados en su *malal* i cayó, por Tucapel, sobre la retaguardia de Ferrebú: pelearon un buen trecho los dos escuadrones i, aunque con desventajas para los costinos o *lavquenche*, los de Venancio retrogradaron a sus posiciones.

A continuacion de este encuentro, el cura Ferrebú hizo avanzar una columna de guerrilleros a Colcura. Salió a batirlo el mayor Gaspar con la de su mando i en la Albarrada lo derrotó por completo i le mató a su capitan Juan Saez.

No desanimado Ferrebú por este contratiempo de sus armas, envió otra partida mas fuerte que la primera a Colcura a cargo de Leal. Mientras se adelantaba esta guerrilla, Gaspar le preparó una emboscada: a las órdenes de Juan de Dios Azócar ocultó a orillas del Laraquete un trozo de caballeria superior al que traia Leal. Cuando ménos lo pensaban los de Ferrebú, Azócar arremetió sobre ellos, al despuntar el dia del 21 de mayo, i los destrozó en pocos momentos; en la pelea i persecucion, feroz como todas las de esta guerra, murieron 18 montoneros i 27 araucanos, sin contar los que fueron tomados con vida.

Gaspar, a título de antiguo amigo de Ferrebú, le habia escrito ántes de estos fracasos para llamarlo a un sometimiento amistoso. Despues del golpe de Laraquete, renovó sus comunicaciones para insistir en el mismo propósito; otro tanto hizo el coronel Barrenechea desde Yumbel, pero Ferrebú se encerró en una negativa llena de disculpas i subterfujos.

Así las cosas, presentóse a Gaspar el teniente de Ferrebú Clemente González con 10 hombres. A trueque de su perdon, ofrecia apoderarse de la persona del cura. Gaspar aceptó sin vacilar, por cierto, i le proporcionó algunos soldados para la realizacion de su intento.

Ferrebú tenia su escondite en un lugar denominado Panguilemu. Ahí llegó Clemente González una noche i sorprendió en su lecho al cura. Su asistente

Candelario Cruz pudo salir fuera del rancho i comenzó a tocar a las armas con una corneta; Ferrebú, temeroso de morir degollado, gritó a su jente que se sosegara. Amarrado de piés i manos, fué conducido a Colcura.

El intendente de Concepcion, jeneral Rivera, ordenó que se le fusilara. El 2 de septiembre se cumplió esta órden. Ferrebú no murió con la entereza de un hombre de valor i de profunda conviccion; sus últimas declaraciones fueron arguciosos embustes, encaminados a probar que su presencia entre los indios obedecia al designio de contenerlos en su ardimiento bélico (Ministerio de la Guerra, comunicaciones de Rivera) (1).

Candelario Diaz, el asistente de Ferrebú, llevó la alarma a los indios, i a la cabeza de una partida se vino a Colcura a salvar a su jefe, pero habiendo sabido su fusilamiento, retrocedió al sur. Cuatro meses mas tarde, una columna patriota lo alcanzó en Cayucupil i dispersó su gavilla, parte de la cual fué a unirse a los Pincheiras, en las montañas de Chillan.

Desde la desaparicion de los montoneros, los indios de la costa se tranquilizaron. Reconstruyóse la

(1) Ferrebú tenia otro hermano que no tomó participacion en la guerra, llamado Juan Julian i una hermana, doña Catalina. Los últimos vástagos de esta familia se extinguieron en Curicó, doña Juana i don Manuel Ferrebú, hombre de iglesia, que tocaba el órgano; corpulento, pero afeminado i malediciente.

plaza Arauco, para afianzar del todo la pacificación, i se encomendó su defensa al comandante don Luis del Río. Mantuvo este jefe con mano enérgica a los araucanos, i en una ocasión en que hicieron demostraciones de sublevarse, los atrae a la plaza con pretexto de una *parla*, los sablea de repente i les causa muchas bajas i un terror que se cambió con los años en odio i desconfianza a toda colectividad armada (Hasta hace poco tiempo quedaban tradiciones entre los indios de este acto inhumano de que dan cuenta sucinta los señores Barros Arana i Vicuña Mackenna).

Todas las cabezas de los caudillos realistas habían caído al golpe implacable de sus adversarios triunfantes, todas las voluntades de los sobrevivientes se habían doblegado a la fuerza de los acontecimientos consumados. Solo el coronel Pico permanecía inflexible. Discurría que su participación dirigente en la guerra áraucana lo obligaba a jugar su fortuna en el campo de batalla. Tampoco podía pedir amnistía quien no había cesado en la tarea de infundir aliento a los partidarios del rei i en condenar con amargas recriminaciones a los que lo abandonaban con detrimento de su honor i de su patria. La resolución de este hombre extraordinario, reflejados en sus actos de la época de los reveses irreparables, parece encerrarse en este dilema supremo: morir o salir del país con honor.

Aunque su carácter parecía cambiado por la tristeza i el desaliento, su actividad no disminuía un

ápice para trasladarse de un punto a otro de la frontera o para juntar a los indios i arrastrarlos a la pelea; pero en verdad, se encontraba encerrado en un círculo de hierro que se estrechaba para oprimirlo: en Tucapel lo vijilaban Lantaño i Carre-ro; desde Yumbel, Barrenechea le entibiaba a sus indios llanistas con insinuaciones de paz, i Salazar se mantenía en acecho en Nacimiento para aprovecharse de cualquiera ocasion propicia.

Barrenechea habia entrado en franca conniven-cia con Mariluan miéntras que Pico espedicionaba al norte por la cordillera. Con fecha 20 de Abril de 1824 comunicaba al jeneral Rivera que se tenia ganado a este caudillo sin igual entre los llanistas i que habiéndole exijido garantías de seriedad en sus compromisos, le envió de parlamentarios a José Huaiquillanca, su sobrino; a José Paillamilla, hijo del cacique gobernador Dumocan; a Juan Marillanca, lucido capitanejo de guerra como su padre Carrillanca; a los capitanes Manuel i Agustin Burgos, i cuatro mocetones. Pedíale con urgencia los recursos necesarios para rematar esta paz, es decir, dinero, comestibles, aguardiente, i artículos de regalo.

Servíale a Barrenechea en estos trajines el lenguaraz Rafa Burgos, cooperador ladino i diligente de Benavides i hoi entregado en secreto a los patriotas.

Mariluan i sus lugartenientes se inclinaban, verdaderamente, a dar por concluida una guerra que no les ofrecía el botin de pasadas campañas, sino

derrotas que agotaban la jente de la tribu. Las disposiciones guerreras del año del Pangal i Tarpe-llanca, aparecian quebrantadas de una manera notable.

Por eso al llegar Pico de su escursion al norte con los Pincheiras, notó que los ánimos de sus aliados estaban decaidos, pero en lugar de entregarse a la pesadumbre i a las recriminaciones, trató de realzar el corazon de su amigo i compadre Mariluan, i lo consiguió sin dificultad, porque ejercia un gran predominio en su voluntad.

Alistó Pico, en consecuencia, una porcion de indios al principiar el mes de junio i la movilizó hácia el norte, llevándose consigo a Mariluan. Creia el jefe español que la estacion de invierno le facilitaria su avance hasta Chillan.

Atravesó el Biobío i siguió adelantándose hasta llegar, el 3 de Julio, a la márjen izquierda del Duqueco, el cual se proponia pasar para recorrer con rapidez la rejion llamada Isla del Laja. Barrenechea perdió todo su aplomo, todo su talento para la guerra defensiva con la noticia de esta maniobra i solicitó de Concepcion refuerzos inmediatos i bastantes para detener a Pico. No hubo necesidad de entrar en campaña, por suerte; porque al llegar a la orilla del Duqueco, falló por primera vez la resolucion de Mariluan, del invariable adicto a la voluntad de Pico: díjole que no pasaba mas adelante, donde iria al sacrificio seguro de su jente, i que cumpliria siempre con sus deberes de amigo i aliado

en las empresas que se intentaran al sur del Biobío.

Tuvo que retrogradar Pico al canton de Mariluan i sujetarse a la lei de los hechos ineludibles, bien que experimentando una honda turbacion por las resultas que este incidente acarrearía a su suerte futura. Se establecieron en un paraje del valle que forma el riachuelo de Manquecuel, que nace al este de Mulchen i desagua en el Bureo a corta distancia de su union con el Biobío. Las condiciones topográficas del terreno hacian imposible una sorpresa armada (1).

Barrenechea, obedeciendo a sus propensiones de negociador habiloso, se valió del espediente de ganarse a Pico por la persuacion i le escribió para disuadirlo de la inutilidad de continuar la resistencia i de lo conveniente que sería para él entrar en

(1) Don Ramon Isla Sepúlveda publicó en Mulchen en 1884, un folleto titulado *Los últimos dias de Pico*. En esas páginas el autor describe así el campamento de Bureo, llamado ahora «Vegas de Coronado»: «Situadas al oriente de la ciudad de Mulchen al otro lado de Bureo, quedan las vegas encerradas en un triángulo escaleno, cuyos dos lados sur i poniente son formados por una cuesta de poca elevacion. El lado mas corto es el del poniente i está apoyado en el Cerro del Castillo, el mas largo es el del noreste. Cerrada por la naturaleza, surcadas de numerosas vertientes que brotan de quebradas boscosas, pobladas de manzanares silvestres i de otros árboles i enredaderas, con una vejetacion de 200 hectáreas mas o ménos de estension, hacen un lugar mui a propósito para alojar por mucho tiempo un campamento».

un avenimiento. El español respondió con irónicas negativas.

En el campamento tenían repartidos sus ranchos de material pajizo los jefes, oficiales, montoneros i los indios. El de Pico se hallaba no léjos del que ocupaba Mariluan.

Algunos montoneros de larga actuacion en esta guerra, que permanecian aun fieles a la causa, se asilaban en este oculto paraje, como Senosiain, los capitanes Lerzundi i José Antonio Zúniga, de mucha nombradía posterior el segundo en las crónicas de la ocupacion del territorio araucano, i los lenguaraces Francisco i Tiburcio Sánchez.

Pico no dejaba en la inaccion a su tropa. Despachaba con frecuencia partidas volantes a los campos inmediatos a los Angeles i Nacimiento, a fin de que se proveyesen de animales para la manutencion.

A fines de Octubre salió una de estas partidas corredoras. Dos de los pocos soldados que la componian, llamados Mariano i Pedro Verdugo, se desertaron, irritados con Pico, que habia hecho azotar a uno por el robo de unas espuelas que le pertenecian.

Presentáronse en la noche del 27 de Octubre al fuerte de Nacimiento. Guarnecia esta plaza una compañía voluntaria de milicianos al mando del capitán don Luis Salazar i con la siguiente dotacion: capitanes, Pedro Zambrano Meritorio i Nicolas Salazar; teniente, Lorenzo Coronado; alférez, Antonio Garces; 6 sarjentos, 7 cabos i 68 soldados (Biblioteca Nacio-

nal, archivo de la contaduría). Hacía la guardia el teniente don Lorenzo Coronado, jóven alentado para cualquiera aventura arriesgada. Lo informaron los Verdugos de la ubicacion del campo de Bureo i de otros pormenores, comprometiéndose al mismo tiempo a sorprender i matar a Pico.

Se interesó Coronado en el lance i fué a dar aviso al mayor Salazar, su tio, de la llegada de los Verdugos, de los informes que traian i de las pretensiones que abrigaban, i concluyó por solicitar su vénia para acometer por su cuenta la hazaña de ir a capturar a Pico.

Espuso el precavido Salazar algunas objeciones, para persuadir al subalterno de las dificultades que se presentarian a la ejecucion de una empresa tan aventurada; mas, cedió a sus reiteradas exigencias i quedó convenido en que iria a Bureo. Uno de los Verdugos quedaria en el fuerte para responder con su vida acerca de la efectividad de sus informes, pues si se trataba de alguna emboscada, seria fusilado en el acto.

Salazar mandó escojer los mejores caballos i 30 hombres de los mas apropiados para esta comision, que encargó dirigir a Coronado i a su otro sobrino Anjel Salazar, tambien del personal de la guarnicion.

El capitan Salazar aleccionó mui bien a los dos comisionados i los despachó con su destacamento en la mañana del dia 28. Tomaron la delantera con 6 soldados i con Mariano Verdugo, que servia de

guia; su hermano Pedro quedaba en el fuerte como prenda i seguridad de sus leales intenciones.

El grueso del piquete guardaria las espaldas a los de adelante i para engañar al enemigo, si se tropezaba con él en mayor número o si se alteraba en el instante del golpe, tocarian algunos soldados cornetas que llevaban para este objeto.

Avanzaron con una noche lluviosa que, si bien molestaba a los asaltantes, en cambio ocultaba su marcha i desprevenia a los del campamento de Pico. Indicaba Mariano Verdugo los senderos i atajos que habia que seguir en el trayecto.

El rio Bureo arrastraba un caudal de agua mui superior al ordinario con la última lluvia. Aunque con las dificultades consiguientes, lo atravesaron todos sin ninguna contrariedad personal. Acercáronse al campamento con minuciosas precauciones.

Siempre bajo la taciturnidad que lo dominaba desde semanas atras, comió Pico esa tarde en la vivienda de Zúñiga; no se le oyeron esta vez las expansiones familiares con que solia entretener a sus oyentes. En la noche, despues de pesar una plata chafalonía en la habitacion del lenguaraz Francisco Sánchez, se recojió a su rancho, encaminado hasta la puerta por el capitan Lertzundi.

Llegaron, pues, los asaltantes sin ser oidos hasta el alojamiento del jefe realista. Se desmontaron los dos oficiales i 8 soldados i se deslizaron favorecidos por las sombras de la noche, siempre guiados

por Verdugo. Rodean unos el rancho i otros con el teniente Coronado se avalanzan sobre la frájl puerta, la derriban i penetran al interior. Cierta o no, los narradores de este episodio agregan el detalle de que un perro de Pico, al quellamaba «Insurgente», saltó sobre Coronado i éste lo recibió con una puñalada en el pescuezo.

Pico, que dormia con un asistente, salta de su lecho, comprendiendo el peligro que corre, se mete por un agujero de escape que tenia el rancho i sale a uno de esos corrales de gruesos maderos que se contruyen en el sur, contiguos a las habitaciones. Coronado pasa tambien por esa tronera i llega al exterior cuando Pico intenta saltar la empalizada para ganar el campo, a los gritos de «¡compadre Mariluan! ¡compadre Mariluan!» Lo toma de una pierna i lo atrae hácia atras. Caen los dos al suelo i se traba una lucha cuerpo a cuerpo, en la que el oficial chileno habria sucumbido si no llegan sus compañeros. Uno de éstos, de apellido Alberde, le da un golpe en la cabeza con la culata de la carabina. Pico, herido, se rinde i suplica que se le lleve con vida a donde Barrenechea.

Era tarde: esta rápida i estraña escena habia trascendido afuera, el asistente da la voz de alarma, i los indios primero i en seguida los montoneros, se ponen en movimiento. Los asaltantes estaban perdidos si trascurrian algunos minutos. En tal emergencia, un soldado asesta a Pico una puñalada en el corazon i, por órden de Coronado, le corta la cabeza.

Todos huyeron precipitadamente, ménos Anjel Salazar que se distrajo en recojer algo que tal vez pertenecia al español recién inmolado. Llegan los del campamento i encuentran el cadáver decapitado. Se concibe el tropel i el desórden que se formaria: muchos montan a caballo i corren tras de los fujitivos. Salazar estuvo a punto de caer prisionero i solo se salvó por haber alcanzado a ocultarse en un bosque.

La partida de Coronado habia sacado ventaja, i sus perseguidores no lograron tenerlos a la vista ni dar siquiera con el rastro del camino que tomaron.

En la noche de 29 de Octubre llegaban los ejecutores de esta hazaña al fuerte de Nacimiento i pocas horas despues, Salazar.

Hubo una alegría estrepitosa en el cuartel, i se cuenta que el capitan Salazar presentó a sus oficiales en una fuente la cabeza de Pico a la hora de almorzar: chanza grosera, pero mui propia de esos tiempos, si es verídica.

Al dia siguiente llevó el jefe del fuerte de Nacimiento este trofeo al coronel Barrenechea a Yumbel. El domingo 31 de Octubre, a la salida de la misa, los habitantes de la villa se agrupaban en la plaza a contemplar la cabeza de Pico puesta en una escarpia.

Habian recojido i velado con recojimiento el cadáver las mujeres de Bureo i los hombres lo sepultaron con respeto en un cementerio de indios.

Coronado, joven de veintidos años a la fecha, murió a la temprana edad de treinta, cuando estaba todavía fresca la memoria de su proeza.

Así pereció Pico, hombre digno del respeto histórico por la firmeza de sus convicciones, por su bravura i su tacto militar. Solo al escenario en que le tocó obrar se deben los actos sangrientos con que empañó su nombre i su postrera dedicacion al corruptor oficio de merodeador. En resúmen, la vida militar de don Juan Manuel de Pico fué un conjunto de vicios de su época, equilibrados por grandes dotes de intelijencia i la férrea contextura del carácter (1).

El director Freire premió con el regalo de un uniforme para cada soldado la jornada del 28 de Octubre i la constancia de la guarnicion de Nacimiento, que habia contenido e incomodado mas de cerca a la montenera de Bureo.

El teniente coronel don Hilarion Gaspar quedó encargado de formar el presupuesto de 65 uniformes, pagar su confeccion i entregarlos a la compañía acreedora a la jenerosidad del estado.

Costaron en globo 723 pesos, 6 i medio reales, i cada uno, 9 pesos i 4 reales.

(1) Numerosas relaciones han dado cuenta del episodio de la muerte de Pico. Sobresalen las de Gay por el acopio de noticias, la de Vicuña Mackenna por su colorido, aunque recargada de pormenores no del todo verosímiles, i la de Barros Arana, por su circunspeccion histórica.

Un documento relativo a este obsequio enumera los detalles de los uniformes.

«Ochenta i cinco vestuarios de paño segunda, compuesto cada uno de chaqueta azul con vivo encarnado i botones de metal amarillo, distribuidos ocho en el frente o solapa, dos en las mangas i dos en el talle; pantalon ancho, color mezclilla, gorra azul piramidal con borla en el extremo i visera o faja encarnada de paño al frente, i una camisa de bayeta, advirtiéndose que la chaqueta debe estar forrada en bayeta con dos broches en el cuello, i los pantalones con el necesario forro en la pretina, tapa i bolsillos de la misma bayeta».

El capitán Salazar se manifestó reconocido de la munificencia oficial. «Doi las gracias al Gobierno, primeramente a US., que se haya dignado oír las lamentaciones de estos beneméritos voluntarios, que una cosa es contarle a US. i otra cosa es verlo, pues no hai hombre que aguante hacer una hora en la noche de centinela, segun la desnudez de ellos. Todos ellos son acreedores al beneficio que el Gobierno se ha dignado hacerles, pues los que ménos servicios tienen, pasa de un año» (Biblioteca Nacional, archivo de la Contaduria).



CAPÍTULO IX

LA PAZ

La Araucanía después de la muerte de Pico.—Mariluan celebra un parlamento.—Los cazadores sublevados atacan el pueblo de San Carlos.—Barrenechea sorprende a Senosiain en las orillas del Bureo.—Juntas de paz en algunas reducciones.—Combates del Parral i Longavi.—Campaña del brigadier Borgoño contra los Pincheiras.—Derrota i sometimiento de Senosiain.—La paz en la frontera.—La Araucanía en 1827.—Suerte posterior de los caudillos indígenas.

La muerte de Pico produjo entre los montoneros i las indiadas de los llanistas i de los arribanos un efecto moral creciente, pues desaparecía la primera espada del rei en la Araucanía, que tantas veces los habia llevado a la victoria i a la conquista de va-

lioso botin. Mariluan, si bien ahora bajo la influencia de Senosiain, se inclinaba a la paz; Mangin, mas inaccesible i a trasmano en sus mesetas elevadas, daba reposo a sus lanzas, siempre terco i desconfiado de los españoles, término jeneral para él en su odio de raza.

En el curso de la guerra araucana el ejército patriota habia invadido varias veces la rejion del litoral hasta el otro lado del rio Levu, algunas divisiones habian recorrido tambien las faldas orientales de la sierra de Nahuelvuta, desde Nacimiento hasta las márgenes del Cautin, cuajadas de agrupaciones belicosas; los mismos pehuenches, guarecidos en los valles apartados i escabrosos de la cordillera andina, espermentaron repetidamente la presencia de las tropas independientes. Pero a las altiplanicies de los arribanos, desde Renaico hasta Temuco, en el trayecto mas o ménos aproximado del ferrocarril central, no alcanzaron a penetrar los cuerpos chilenos.

Fué, sin disputa, un error estratéjico que trajo para lo futuro consecuencias mui graves, por cuanto quedaban en el centro de la Araucanía núcleos intactos de resistencia.

La poblacion indíjena se encontraba distribuida en el territorio araucano, desde el Biobio al Cautin, en estensas secciones paralelas, formadas por grupos familiares sin unidad social, por lo comun. Desde el mar hasta la sierra de Nahuelvuta se estendian los costinos; al oriente de esta serranía i en sus con-

trafuertes que se avanzan al centro, vivían innumerables indiadas, en las que estaban comprendidos los llanistas; en las mesetas altas del valle central se agrupaban los arribanos; desde la márjen izquierda del río Cautín hasta la cordillera, residían las tribus subandinas, i en los valles de los mismos Andes, las poderosas comunidades montañosas o pehuenches (de *pehuen*, *araucaria imbricata*). Desde las faldas del levante de la cordillera real hasta el interior de las pampas argentinas, se dilataban centros indígenas poderosos, de distintas denominaciones locales, pero todas de origen araucano.

Los arribanos quedaban, por consiguiente, en el centro de tan vasto territorio de aborígenes. Libre de una presión armada permanente, continuaron manteniendo su autonomía territorial i desarrollando su población a favor de esta independencia. Robustecieron sus tribus i surgieron fuertes grupos familiares que, acostumbrados a las luchas intestinas i con los adversarios de la raza, llegaron a constituir desde el período de la independencia hasta la total pacificación de la Araucanía, el baluarte de la resistencia.

Quedaba en pleno crecimiento la familia de los Quilahueque, en la cual figuraba como cacique mayor Colicheo. Tuvo éste por hijos a Huentecol i Curihuan, de los cuales se originaron Faustino Quilahueque, Montri i Martín Quiñenaó, fundadores de otros tantos grupos guerreros.

No menor preponderancia siguió adquiriendo la

parentela de los Pailahueque. Pariente de Mangin era el viejo cacique Enefhueque, del cual se derivaron Pailahueque i su hijo Anselmo Pailahueque.

Formaban otra rama poderosa los Lemunao. Hijo del cacique de este nombre fué Nahuelcura, padre de otro Lemunao i abuelo del actual jefe de la familia Calfucura, cacique meritorio por su seriedad i dedicacion al trabajo.

Al núcleo de los arribanos pertenecia la tribu de Temuco, cuyo fundador habia sido Nahuelhuen, projenitor de Ramon i Huirio Lienan.

Estas familias se enlazaban comunmente por uniones entre primos: si un hombre tenia una hermana, podia casarse la hija del primero con el hijo de la segunda. Las madres concertaban la union cuando los prometidos eran niños; esta promesa de matrimonio se denominaba *ngillatu kunun*, i se colocaba a la niña un collar como signo de posesion del hombre.

Estos arribanos, con Mangin a la cabeza, seguian dominando en 1824 a los indios subandinos del lado oriental del Cautin i mantenian relaciones amistosas con los pehuenches i los araucanos de las pampas.

Por el poniente se veian únicamente cohibidos por las fuerzas chilenas i el poder creciente de Coñoepan i en particular de Colipi, enemigo jurado de Mangin (avenida de rio).

Colipi no descansaba en arrebatarse aliados a su émulo. Por este año habia segregado de la alianza

de los arribanos al canton de Quecheregua, manejado por el cacique Millavill, íntimo de Mangin, i su hijo Huenuvill; los atrajo a un *coyagtun* o parlamento para hacer las paces; se verificó en Trihuelemu, por el norte del pueblo de los Sauces.

Le quitabá, además, a Mariluan algunos de los aliados que le quedaban por Huequen, Huelehueico i Malleco, en la zona de Angol (Datos recojidos por el autor entre los hijos de los caciques).

Por Lumaco i Cholchol, el *vutranmapu* (federacion o tierra grande) que manejaban Venancio, los Painemal i los Pinolevi, no tenia ya rivales que le inspirasen temor. Estaban cada dia mas sometidos Coliman, de Rapanilahue, en la junta del Colpi con el Lumaco; Cadiñ, de Idaico; Melipan, Paillalef i Paillahuaia, cabecillas de otros tantos lugares de esa seccion.

Solo Catrileo, de Puren, no se rendia, i defendiéndose en las ciénagas i montañas de sus tierras, resistia o esquivaba los malones de Liempi i capitanes de Colipi.

Los voroanos soportaban con disimulo, para sacudir en hora propicia, el yugo de la autoridad de Coñoepan, sostenida por piquetes de caballería del ejército.

Alcavilu, de Maquehua, dirigido todavía por Juan de Dios o Francisco Montero, mantenia a raya a sus enemigos de la vecindad, los de Truftruf, Collahue, por el frente sur de Temuco, i Quepe.

El mismo Mariluan se inclinaba a la paz, gana-

do por las jestioncs de Barrenechea. Este jefe, a tenor de los deseos del gobierno i del congreso, que en 1823 aprobó un proyecto ilusorio de parlamento i reconstrucción de ciudades, aspiraba, i en ello obedecía a las inspiraciones de su política, a celebrar con los indios una de esas grandes i ceremoniosas reuniones de amistad, que solian comprometer la palabra de los caciques.

A fines de 1824 invitó con instancia a Mariluan para verificar una junta en las inmediaciones de Yumbel. Aceptó el viejo guerrero llanista, i el 1.º de Enero de 1825 se reunieron sus indiadas i la guarnición de Yumbel en los llanos de Tapihue, inmediatos a esa villa. Se verificó la parla con las solemnidades de estilo: hubo discursos, cambio de banderas entre los jefes i promesas recíprocas de buena amistad. Mariluan se comprometió a suspender las hostilidades, aceptar el nuevo sistema de gobierno i propender a la tranquilidad del territorio; Berrenechea reconoció a los naturales los mismos derechos de que gozaban todos los ciudadanos de la república (LETELIER, *Sesiones de los cuerpos legislativos*). Los indios recibieron los agasajos que en estas reuniones era de etiqueta hacerles. Cuatro dias permanecieron en el campo de Tapihue entregados a las expansiones que seguian a estos parlamentos.

La cordialidad de Mariluan i Barrenechea se estremó hasta el punto de hacerse compadres, vínculo a que el araucano presta un respeto sumo.

Aun cuando este tratado no iba a ser del todo eficaz, por cuanto quedaban Senosiain i otros caudillos al sur de Biobio con el beneplácito de Mari-luan. Servia por lo ménos para desarmar al cacique i para obtener la libertad de algunas familias cautivas i montoneros que no deseaban continuar en la peligrosa ocupacion de merodeadores. Hubo, sin embargo, hombres i mujeres que prefirieron quedarse entre los indios ántes que volver al seno de la sociedad civilizada.

Desde ahora pasó a ser el centro de la resistencia el territorio de los pehuenches de uno i otro lado de la cordillera, donde los hermanos José Antonio, Pablo i Santos Pincheira tenian establecido su campamento. Aquí disponian a su antojo de estos serranos batalladores, en los cuales, como en los demas araucanos, se despertaban sus instintos guerreros siempre que tuvieran la expectativa del botin o siempre que hubiese entre ellos individuos que los incitaran a las correrías. El araucano poseía el hábito del *malon*, i a eso se reducía la mayor parte de sus operaciones militares, a los asaltos del amanecer.

Pero los Pincheiras contaban por este año para engrosar sus bandas con auxiliares mas útiles que los indios, con los desertores i amotinados del ejército.

Desde que el jeneral Freire sacó del ejército del sur para llevarlo a Santiago i apoderarse del mando, surgió un período de motines sucesivos. El siste-

ma defectuoso de reclutamiento entónces en vijencia i las penurias que sufrían los soldados, por falta de vestuarios a veces i de ordinario por sueldos insolutos, eran los motivos inmediatos de las sublevaciones. Pero actuaba, además, otra causa en el quebrantamiento de la disciplina. Cuando los jenerales utilizan sus tropas para producir trastornos políticos, se exaltan en el soldado los instintos destructores i de rebelion, i penetrándose de su rol necesario, crecen sus exigencias, que trata de imponer de un modo colectivo i violento.

El mas peligroso de estos motines, el que proporcionó a los Pincheiras el contingente mas importante, fué el de los cazadores en Chillan. Cuando terminaba el año 1824, se movilizó desde esta ciudad a las montañas una brigada que debia operar contra los Pincheiras bajo el mando del comandante don Manuel Búlnes. En la noche del 2 de enero de 1825, estalló en los Guindos, a nueve kilómetros al noreste de Chillan, un motin del escuadron de cazadores. Hallándose ausente Búlnes, los soldados apresaron a sus oficiales, i ocultando su marcha, tomaron el camino de San Cárlos. Cuando nadie lo sospechaba, se dejaron caer sobre el pueblo, apresaron al gobernador, arrastraron en el motin a una compañía de infantes que habia de guarnicion i cometieron en pocas horas los robos i atentados propios de una soldadesca alterada i ébria. Retiráronse en seguida a la montaña con los infantes a las ancas.

Búlnes pidió apresuradamente desde Chillan auxilio de tropas al intendente Rivera, para defender la poblacion de un posible ataque de sus soldados. Se desprendió entónces desde Yumbel a ese pueblo con una columna el comandante don Manuel Jordan.

El motin de los cazadores repercutió pronto en Yumbel. El 16 de Enero se sublevó la infantería de esta plaza, a la cual hubo necesidad de apaciguar con otros cuerpos i los cañones de la artillería.

Los cazadores pudieron, en consecuencia, incorporarse sin dificultad a la montonera de los Pincheiras.

Todo el invierno de 1825 permaneció el comandante español don Miguel Senosiain por los lados de Bureo, con la tolerancia de Mariluan, ocupado en reclutar indios i montoneros para efectuar correrías parciales i esperar la próxima estacion en que se proponia abrir una campaña mas seria por la isla del Laja.

Barrenechea lo vijila con los ojos abiertos a fin de impedir el éxito de esta tentativa. Miéntas llegaba la oportunidad de batirlo, desprendió a ultracordillera, en todo el rigor del invierno, un destacamento que debia agredir al cacique pehuénche Amuncheo. Lo mandaban el capitan don Pedro Alarcon i el teniente don Domingo Salvo. Los dos oficiales llegaron en el mes de mayo al término de su viaje, asaltaron la reduccion de aquel cacique i la destrozaron, pero Salvo resultó con dos heridas graves de lanza (Hoja de servicios de Salvo).

En septiembre de este año, 1825, Senosiain, heredero de la tenacidad de Pico, estaba listo en las orillas del Bureo para invadir el territorio del norte de los rios Biobio i Laja. Barrenechea creyó llegado el momento de anonadarlo. Una columna de 200 hombres avanza rápida i precavidamente a la orillas del Bureo i de sorpresa cae sobre los indios i montoneros del español. Es de suponer el encarnizamiento de la tropa que atacaba, impaciente de venir pronto a las manos: el campo quedó sembrado de cadáveres i la guerrilla disuelta a todos vientos; ni Senosiain quedó exento de esta furia, pues, herido de una lanzada, tuvo que huir a la montaña i sufrir oculto mas de un mes de enfermedad. En seguida se unió a los Pincheiras. Barrenechea no dió cuartel a las montoneras por esos lugares. El 24 de octubre tuvo de nuevo a su alcance otra partida i la dispersó a filo de sable.

En tanto que el norte de la Araucanía central se iba tranquilizando con la traslacion de las operaciones a las faldas orientales de los Andes, por el sur se consolidaba la obra de la pacificacion. Ambrosio Pinolevi proyectaba reunir un parlamento que decidiera a los caciques todavia vacilantes, como consta de esta comunicacion dirigida al jeneral Rivera: «Con motivo de tener que regresar al interior de mi pais natal, cual es al Lumaco, lo mas breve que sea posible, segun he noticiado a V.S. i de aquel punto convocar a toda mi tierra el Malal, la Costa e igualmente invitar a las reducciones

que hasta ahora no han abrazado el sistema liberal de la madre Patria, como son los Collicanos, Quechereguas, Malleco, Canglo, Bureo i hasta el mismo Mariluan, i reunidos que estemos en una junta a donde mis antepasados la hicieron para asentar la tierra, trataremos acerca de transar el espíritu de la pacificación i de la reconciliación en ámbas partes; por este medio quedaremos satisfechos de los pueblos que aun desean conservar el fuego devorador de la discordia, para menoscabar con sus hechos depravados al país a donde vieron la primera luz; i entónces nosotros movidos de la humanidad, nos revestiremos de una enerjía para perseguirlos hasta los últimos confines del Universo i aniquilar las últimas reliquias al séquito del principal vándalo de los hijos de Iberia. Por eso necesito que V.S. me coadyuve con un rasgo propio de su jenerosidad, para una empresa grande; no se puede prescindir de hacer algun corto gasto; así estimaré en grande manera a V.S. se sirva franquearme doce cargas de vino, veinticinco yeguas, dos piedras de sal i ocho almudes de ají, porque la jente que va a venir es numerosísima: de esta manera conocerán todos mis paisanos, que sabe V.S. distinguir a los que se sacrifican por la felicidad comun. Intertanto deseo la mejor salud de V.S.—Dios guarde ¡a V. S. ms. as.—Septiembre, 15 de 1825.—*Ambrosio Pino Levi*.—Señor gobernador Intendente don Juan de Dios Rivera».

Se encargó a un oficial la compra i entrega de

los artículos pedidos por el cacique, al cabo de mucho papeleo i de avaluar cada arroba de vino a 12 reales, las yeguas a 3 pesos, el quintal de sal a 18 reales i el almud de ají a cuatro (Biblioteca Nacional, archivo de la contaduría).

Libre tambien Marituan de la incómoda presencia de Senosiain, queria tratar de la paz con los capitanejos de sus estensos dominios. Asintió al proyecto de celebrar una *parla* solemne en el lugar de Collico, segun el anuncio i la peticion que esta carta contiene, dirigida a su compadre Barrenechea (1).

«Pilquen, 30 de Noviembre de 1825.»

Mi querido compadre:

Hoi mismo he sabido por Caivulao de la junta que tienen en Collico, que, segun pienso, se hace dentro de once dias, desde hoi. El parlamento que Ud. me anuncia, hemos quedado que se efectuará el 16 del que viene, pues pidieron todos los cabezas de Collico a los seis dias debian de estar en Los Angeles, sin la menor falta.

Compadre, hemos hallado tambien por conveniente que pase para ésa don Antonio Caivulao en solicitud de los auxilios que necesito para una junta, que son 12 cargas de vino i 12 yeguas, a lo acos-

(1) En la toponimia indijena es mui comun la denominacion de Collico (agua colorada).

tumbrado, que es conforme se ha hecho en la antigüedad, i juntamente su bandera de paz. Por consiguiente. que allí mismo se ha de levantar la cruz que habia antiguamente en el citado lugar, con el bien entendido que para esto debia estar presente el comisario jeneral. Como ahora no lo hai, es necesario que Ud. eche o elija un hombre que haga las veces del comisario, que en todo ha de estar presente para que se haga todo en conformidad i en los términos que se debe.

El cacique de Lumaco Tranamilla les ha mandado decir que él montará a caballo i vendrá a pasear i asistirles en su parla, que él está mui contento por habersabido de su trabajo i que así se unan. El capitán Ortiz queda aquí por lo que se me pueda ofrecer. No se ofrece otra cosa. Disponga de este su amigo i compadre.

J. FRANCISCO MARILUAN.

Tambien han pedido 10 soldados para que les hagan las salvas a sus jentes».

Aunque la junta de guerra de Concepcion aceptó este gasto, parece que el parlamento quedó sin efecto en virtud de esta resolucion dilatoria de tesorería: «Con la fecha de este decreto, se consultará la aprobacion de este gasto a la Junta Superior de Hacienda.—*Binimelis*».

En esta primavera de 1825 los Pincheira habian hecho una irrupcion por el lado arjentino i alcanzado hasta cerca del límite sur de la provincia de San.

Luis. La huella de bárbaros araucanos, desertores i bandoleros, fué señalándose por una serie de asesinatos, cautividad de mujeres i robos de animales.

A su regreso concertaron con Senosiain una entrada a Chile por el canton de Chillan. Prepararon como 200 hombres, entre montoneros i de los que habian sido de tropas regulares, i agregándoles otros tantos indios, se precipitaron por los caminos que conducen a la villa del Parral. En la mañana del 27 de Noviembre penetraron al pueblo, que no esperaba semejante ataque por estar defendido por una compañía del núm. 3. Las familias corrieron en tropel a refugiarse en la iglesia. El capitán don Agustín Casanueva que mandaba esta infantería, se apostó tambien en la iglesia. La caballería de Pincheira i de Senosiain se arrojó sobre él, pero los infantes repelieron victoriosos sus cargas i la arrojaron a fuego i bayoneta hasta la plaza, donde, cortados algunos grupos, pagaron con la vida su audacia.

La compañía del núm. 3 tuvo 4 muertos i muchos heridos, i los montoneros dejaron el sitio del combate lleno de cadáveres, entre ellos 18 de los cazadores sublevados en Chillan.

El comandante don Manuel Jordan, que se hallaba destacado en Longaví con 60 dragones, les salió al encuentro cuando se retiraban. Aguijoneados los que huían por el encono de la reciente derrota i movidos los otros por un ardor inaudito, se estrellaron con furia. Envueltos los dragones, aplastados por

una superioridad abrumadora, perecieron casi todos, 52 hombres; entre los muertos quedó el comandante Jordan, acribillado de lanzadas (Archivo del Ministerio de la guerra).

Estas invasiones atrevidas de los Pincheiras alarmaron al gobierno i a los pueblos del norte. Créese un nuevo canton militar comprendido entre el Cachapoal i el Maule, i se organizó en el sur una division exploradora a la cordillera. Del primero se hizo cargo el jeneral Benavente, que no estuvo a la altura de su nombradía, i de la segunda, el coronel Barrenechea.

Este jefe obraria a tenor de las instrucciones que se le habian trazado, consistentes en interponerse entre las montoneras en campaña por la cordillera de Talca i las que se encontraban en el sur al mando de Senosiain, a quien debia llamar a una capitulacion i en subsidio, atacarlo con enerjía.

En el mes de enero de 1826, inició las operaciones Barrenechea. Su division se fraccionó en dos brigadas, una al mando suyo i otra a la del comandante don Domingo Torres. El jeneral Freire, que volvía de su campaña de Chiloé, agregó a la comision al comandante realista don Tadeo Isla i un oficial subalterno, recién sometidos, para que se acercasen como emisarios de paz a Senosiain.

Barrenechea trasmontó la cordillera por Antuco. Para ocultar sus movimientos, tenia que caminar de noche, con dificultades casi insuperables. Al fin, el 25 de febrero llegaba a las riberas del rio Neuquen,

del lado argentino. Senosiain i uno de los Pincheirastenian por ahí una porcion de 800 hombres, entre indios i montoneros chilenos.

Sin tomar en cuenta la gran desproporcion numérica en que se hallaba, Barrenechea se resolvió a entrar en combate. Pasó el rio i atacando de improviso a la vanguardia contraria, la deshizo i puso en fuga.

El comandante Isla i el oficial realista don Dámaso Herquíñigo se acercaron a Senosiain en calidad de parlamentarios, lo impusieron de los acontecimientos de Chiloé i lo llamaron a un avenimiento a nombre de las autoridades militares; pero el jefe español, temiendo la responsabilidad que le cabia en tantas empresas i actos delictuosos de las bandas irregulares i de nombre fatídico de los Pincheiras i en particular ser víctima de una insidia, se negó a someterse.

Barrenechea dispuso algunas correrías. El teniente don Domingo Salvo sorprendió i derrotó en sus reducciones a los caciques Neculponen, Columilla i parte de los montoneros. Como no pudo verificarse su union con el comandante Torres i como Pincheira reforzaba sus partidas, retrocedió a la plaza de Yumbel.

El invierno, tan riguroso por esas alturas, no puso término a las hostilidades. En el mes de julio los destacamentos chilenos dispersaron dos veces a los indios montoneros que recorrian en son de guerra los campos de Mulchen. El 21 de agosto estas mis-

mas partidas de indios sorprendieron i mataron en Antuco a la guarnicion chilena de 7 soldados i el oficial Herquíñigo. En Trapatrapa, en el nacimiento del Queuco, afluente del Biobio, el cacique Huesnal derrotó a Salvo, que resultó con tres heridas de lanzas i tuvo que huir a Tucapel. En agosto entraron nuevamente a la cordillera el capitan don Luis Salazar i el teniente Salvo i vencieron en el lugar de Pilque a un famoso cacique.

En el año 1826 los choques se sucedian con extraordinaria frecuencia, alternativamente ventajosos o desgraciados para las fuerzas chilenas. Era la guerra larga i encarnizada de otros años, que se habia trasladado a las tierras de los pehuenches.

En el invierno de 1826, los Pincheiras se preparaban para renovar sus campañas al norte de la república por los valles i desfiladeros de la cordillera. Juntaban elementos, i jente les llegaba de sobra; indios de uno i otro lado de los Andes, bandoleros i desertores venian a engrosar sus filas.

El intendente de Concepcion, jeneral Rivera, impuso al gobierno de la efectividad de que los Pincheiras moverian sus masas en la próxima primavera.

Los habitantes de la seccion comprendidas entre Chillan i Talca temblaban de susto a la idea de ver asomar las lanzas de estas hordas de forajidos. El cabildo de San Carlos pidió al congreso que arbitrarse los medios de resguardar las vidas i los intereses de los moradores de esta zona.

El gobierno tuvo que rendirse ante unánimes testimonios i pensó en la manera de afrontar la amenaza. Se trató desde luego de organizar una division respetable contra los Pincheiras. En los apuros financieros porque atravesaba el estado, el congreso autorizó al gobierno para levantar un empréstito forzoso de cincuenta mil pesos entre el vecindario de Santiago. Con veintinueve mil pesos que dió este arbitrio i los exiguos recursos del erario de la nacion, se tuvo lo necesario para equipar una unidad regular de las tres armas.

El 25 de octubre de 1826, se estendió el decreto en que se nombraba al brigadier don José Manuel Borgoño jeneral en jefe de esta division i del territorio que se estendia desde el rio Cachapoal hasta la Araucanía, el cual se declaró en estado de asamblea o sometido a las leyes militares

Fraccionó el jeneral Borgoño su division en tres brigadas, con los cuerpos i jefes que siguen:

1.^a, con el batallon Pudeto núm. 8. de 280 plazas i dos escuadrones de cazadores a caballo con 260; en todo 540 hombres, mandados por el coronel don Jorge Beauchef, comandante a la vez del Pudeto.

2.^a, con dos compañías del batallon Maipo núm. 6., con 101 plazas; un escuadron de cazadores a caballo con 138, i medio de dragones con 48, que hacian un efectivo de 291 hombres, al mando del teniente coronel don Manuel Búlnes.

3.^a, con un escuadron i medio de dragones, de 160 plazas; dos compañías del Carampangue núm. 3.

de 107, i una compañía de voluntarios de Tucapel de 55; formaban un conjunto de 322 hombres, que se entregaron al comando del teniente coronel don Antonio Carrero.

4.^a, brigada de reserva, acantonada en Chillan, con el batallon Chacabuco núm. 1, de 244 plazas; dos compañías del núm. 6, de 122; dos del núm. 3, de 150; caballería, 462; artillería, 22. Quedaba a las órdenes inmediatas del jeneral. En calidad de jefe de estado mayor iba el coronel don Benjamin Viel.

Equipo, armas i vestuario de cada soldado: el correspondiente de cada cuerpo i tres pares de zapatos para los infantes.

Viveres: charqui, harina tostada, aguardiente i artículos para regalos de los indios (1).

Convoi: 100 mulas de carga.

A pesar de la prisa que se dió el brigadier Borgoño para principiari las operaciones, solo pudo llegar a Talca en diciembre. Obtuvo en esta ciudad informes acerca de las posiciones del enemigo, i en conformidad a ellas, combinó su plan de campaña. Los Pincheiras permanecian acampados en el valle del Neuquen, en las faldas orientales de los Andes, por el frente de Chillan.

Habia que maniobrar de manera de tener siempre al cuerpo de montóneros, de mas de 600 hom--

(1) El congreso autorizó al gobierno para gastar en regalos a los indios la cantidad de 2 a 3 mil pesos anuales.

bres, entre dos fuegos para evitar así que pusiera en ejercicio su táctica evasiva. Por consiguiente, quedó acordado que el coronel Beauchef, partiendo de Talca, remontara la cordillera por el rio Claro i saliera al este por el valle de los Jirones. El segundo cuerpo, el del centro, bajo las órdenes de Búlnes, se internaría por Longaví i Alico. El que maniobraba por el sur, del comandante Carrero, penetraría por Antuco i se desprendería al Neuquen con los indios auxiliares.

El brigadier Borgoño, sin fijarse en las eventualidades diversas de una travesía tan larga, fijó el día 2 de febrero para la reconcentracion en Neuquen.

Dió instrucciones terminantes a los jefes de estas unidades para que hicieran una guerra en todo regular, sin los excesos que acostumbraban los soldados en sus marchas, sin las exacciones de los jefes, a título de la necesidad del ejército.

El 30 de Diciembre partió de Talca el coronel Beauchef i arribó con la dilijencia que lo distinguia al valle de los Jirones, donde hizo alto para dar tiempo a los otros cuerpos que avanzaran.

El comandante Búlnes habia seguido su camino, arrollando algunas partidas que se dejaron ver a su paso, i llegado sin novedad al Neuquen.

El comandaute Carrero no pudo mover su columna con exactitud rigurosa, por haber tenido que cambiar de camino a causa de la defeccion de los indios agregados. Decian éstos que los enemigos

de su misma raza se preparaban para atacar en su ausencia sus tierras i que ellos tambien serian en seguida víctimas de una agresion. Este motivo habia estorbado, pues, la oportuna llegada de Carrero al lugar de la cita.

El coronel Beauchef se adelantó al campamento de los Pincheiras; en su tránsito buscaba por amistad a los caciques pehuenches i los agasajaba con los regalos que conducia con este objeto. Destacó en exploracion una partida de 50 individuos de caballería i 100 indios ausiliares a las órdenes del capitan don Eusebio Ruiz, curtido en cien combates de esta guerra contra araucanos i montoneros. Este oficial se condujo con la pericia, actividad i denuedo que le habian dado fama; pero no fueron suficientes estas cualidades para ocultar su aproximacion a los Pincheiras i contener a los indios amigos, poco a poco desbandados unos i tibios otros en secundar su accion. Tuvo que juntarse con el comandante Búlnes, que concurría con puntualidad al lugar fijado para la reconcentracion.

Entretanto, José Antonio Pincheira evadió el encuentro i sin demora cambió su campamento a otro sitio mas seguro i distante, con mucha parte de la muchedumbre de mujeres cautivas, niños i personas indefensas que componian su séquito. Por eso, cuando el comandante Búlnes i el coronel Beauchef, unidos el 3 de Febrero, asaltaron su campo, encontraron únicamente algunas mujeres, niños de corta edad i abundante número de animales vacunos i

caballares. Pasaron el Neuquen i siguieron al este en busca de los fujitivos hasta llegar al rio Malbarco, afluente de aquél. Atravesáronlo en un puente suspendido que habia por ahí, i no distante, dieron con una especie de villorrio desocupado, de casas de paja i chozas de cuero de las que usaban los pehuenches. Todas esas viviendas, residencia de invierno de los montoneros, se redujeron a cenizas.

Desprendiéronse piquetes de avanzada para estrechar i, si era posible, alcanzar a Pincheira. Inútiles carreras; los montoneros tenian la pampa inmensa donde poder huir i ocultarse. Solo se logró juntar muchos rezagados i mujeres cautivas, tomadas por Beauchef bajo su proteccion para ponerlas a salvo de la rapacidad de los indios amigos que las reclamaban como botin.

El comandante Carrero se incorporó a la division de Beauchef, i era de sentir que se continuara la persecucion; mas, este jefe no quiso agotar sus fuerzas en estrañas maniobras i pensó en retrogradar al lado occidental de la cordillera.

Antes se propuso invitar a Pincheira a que se acojiese a un indulto jeneral para él i su jente, i le escribió en tal sentido. Se negó el caudillo de los montoneros i el mayor de los tres hermanos a todo sometimiento i contestó que seguiria obrando como mas conviniera a sus miras.

En las conclusiones del mes de Marzo, la division emprendió la travesía de la cordillera, con el emba-

razo consiguiente a las familias rescatadas i con la escasez de bastimentos. El coronel Beauchef salió por Antuco i el comandante Carrero por Alico (Archivo del Ministerio de la Guerra).

El brigadier Borgoño habia seguido de Talca a Chillan, a donde llegó el 8 de Enero de 1827. Desde esta ciudad, convertida en cuartel jeneral, hizo salir a fines de Enero una columna de 400 hombres, infantes i de caballería, al mando de los comandantes don Pedro Godoi i don Guillermo De Vic-Tupper. Estaba destinada a proteger las espaldas de la division que operaba en la cordillera, enviarle víveres i ahuyentar algunas montoneras que campeaban por las montañas. Una vez que hubo cumplido su mision i entrado hasta el punto llamado Roble Huacho, volvió a Chillan.

De esta ciudad Borgoño se trasladó a la plaza de Antuco i se entregó a la tarea de repoblar la isla del Laja con las familias arrebatadas a los Pincheiras. Se manifestó estricto para reaccionar contra la práctica jeneralizada entre los miembros del ejército de apropiarse de los animales i bienes de los particulares. En los Anjeles exoneró al coronel Viel de su empleo de jefe de estado mayor i lo obligó a trasladarse a Chillan por no haber tenido la enerjía suficiente para reprimir abusos de esta clase.

Senosiain permanecia, miéntras se verificaba la campaña de la cordillera, en las comarcas del Bureo, amparado por el versátil Mariluan. Habia experimentado reveses que lo tenian, sino rendido, por

lo ménos en la impotencia para emprender alguna tentativa formal.

El coronel Barrenechea habia sido reemplazado, por el rigor de sus prácticas disciplinarias, por el comandante don Juan Luna. Residia este jefe en Yumbel, al presente cuartel jeneral de la alta frontera.

Luna permanecia al corriente de lo que hacia Senosiain. En Octubre de 1826 le renovó la invitacion de Barrenechea para que se sometiera definitivamente, i como el comandante español no diese ninguna respuesta, se decidió a perseguirlo. El 17 de Diciembre de este mismo año, lo tuvo a su alcance, en las cercanías de Nacimiento, una columna que lo buscaba i lo hizo sufrir un descalabrò, aun cuando opuso una resistencia obstinada. Se escapó hácia la comarca de Huelehueico, dentro de los dominios de Mariluan. El 27 de Enero de 1827 lo alcanzó de nuevo la tropa que lo perseguia en las orillas del rio Malleco i por segunda vez lo derrotó. Huyó de aquí a esconderse a Bureo, donde tendria mas prontos i seguros medios de ganar la montaña i unirse a los Pincheiras.

El comandante Luna le ofreció todavía, por intermedio de un comerciante frances de Yumbel i antiguo oficial de Napoleon, M. Bertrand Mathieu, indulto absoluto para él i los individuos de su partida, la proteccion i libertad de las leyes de la república para los que desearan vivir en el pais i el permiso incondicional para trasladarse a España a

los que no tuvieran agrado de permanecer en Chile. Estas proposiciones, hechas con la intervencion del Borgoño, no obtuvieron tampoco respuesta, acaso por la desconfianza que abrigaba Senosiain de que se les diese cumplimiento.

No obstante, convencido al fin el caudillo español de la sinceridad de estas promesas, el 22 de Abril de 1827 se presentó a Yumbel acompañado de otros 40 individuos i firmó el acta respectiva de sometimiento.

Vino asimismo, a deponer las armas el cacique Mariluan i sus capitanejos mas comprometidos, todos resueltos a mantenerse fieles a las autoridades de la nacion. Remitidos a Chillan estos amnistiados, el jeneral Borgoño ratificó el acuerdo i los trató con esquisitas contemplaciones.

Senosiain se trasladó a Santiago i en un buque guerra frances, a Europa. De regreso a España, se incorporó al ejército, en el cual continuó prestando servicios a su patria hasta llegar a la mas alta categoría militar, al puesto de jeneral.

Con la caida del último jefe español de la Araucanía, la paz se cimentó de un modo definitivo en el territorio de las dos fronteras.

Antes que concluyese el año 1827, el gobierno se resolvió a preparar otra espedicion en contra de los Pincheiras, en virtud de los informes recojidos acerca de la actitud siempre agresiva de estos caudillos. Bien que sin los elementos ni el número de montoneros de años precedentes, practicaban los prepa-

rativos necesarios para renovar sus acostumbradas correrías por el declive occidental de los Andes.

El 27 de Noviembre el gobierno decretó el nombramiento de jeneral de la division que entraria en campaña a favor de Borgoño. En los primeros dias de Diciembre partia este brigadier a Chillan, ciudad en que estableció el cuartel jeneral.

Hizo el jeneral una entrada a la montaña i pudo convencerse de que los Pincheiras tenian por esos puntos muchos espías, no tan solo entre los campesinos vulgares i ladrones, sino entre propietarios acomodados, que deseaban tal vez contemporizar por miedo con aquellos cabecillas. El coronel Viel, jefe de estado mayor, penetró a la montaña para castigar a estos traidores. Fraccionó sus tropas en varios destacamentos i los distribuyó por distintas sendas. Apresados algunos de estos espías, pagaron la traicion con la pérdida de su existencia.

Pablo Pincheira se aprovechó de la reconcentracion de las fuerzas en Chillan para avanzar en Diciembre sin temor al norte. Llegó hasta el rio Claro, afluente del Teno, i amenazó el pueblo de Curicó. Temiendo verse atacado por la guarnicion que suponía en esta villa, se retiró al norte con un botin abundante de animales. Como de costumbre, los robos i asesinatos fueron el cortejo obligado de sus gavillas. Un escuadron de caballería que salió a perseguirlo, no logró acercársele.

El coronel Búlnes entró por las montañas de Chillan con una columna de 300 hombres de infante-

ría i jinetes para salirle de traves. Trasmontó la cordillera i descendió a los valles del este. Sus partidas se echaban encima de las reducciones de los pehuenches i perseguian a los enemigos, favorecidas por las dificultades del terreno. Hubo, sin embargo, un ataque afortunado a las posiciones de un cacique Gorrian, de Codihue, cuyas reducciones i capitanejos cayeron prisioneros.

En cambio de ventajas militares, rescató muchas familias cautivas i recuperó una cantidad enorme de animales robados por los Pincheiras.

Los pehuenches, que habian sido los mas perjudicados en esta campaña, se sintieron flaquear i nueve caciques bajaron a Chillan a ofrecer su amistad i adhesion a las autoridades militares. Presentáronse tambien algunos montoneros de cierto valer, entre los cuales sobresalia don Pedro Lavanderos.

Luego que el jeneral Borgoño hubo dado remate a esta entrada de Búlnes a ultra-cordillera, pasó al sur a continuar la repoblacion de las villas i campos destruidos de la isia del Laja. La confianza renació en esta seccion que habia servido de teatro de la guerra araucana. Los antiguos moradores regresaron a sus propiedades abandonadas para darles vida con su trabajo, i en las aldeas se reconstruian las casas reducidas a escombros. Así comenzó la reconstruccion de Los Angeles i Nacimiento. Las ciudades de Chillan i Concepcion-fueron adquiriendo paulatinamente su antigua importancia. Las villas de Santa Juana, Colcura i Arauco tomaron tambien

cierto desarrollo inmediato, no lo mismo las de Yumbel i Rere, que permanecieron mas estacionarias por su aislamiento.

En la alta i baja frontera reinaba la tranquilidad. Los indios no sometidos, sin tener en sus cantones caudillos españoles o chilenos que los incitaran a la revuelta, se mantenian quietos. Hasta los pehuenches de este lado de la cordillera no querian seguir una guerra en que mas perdian que ganaban. Los grupos que ahora reclutaban los Pincheiras pertenecian a las indiadas de los valles del oriente de Los Andes o de las comunidades poderosas diseminadas en las pampas.

A fines de Mayo de 1828 regresó Borgoño a Santiago, llevando al gobierno la seguridad de que por el lado de Chile la guerra habia concluido (Archivo del Ministerio de la guerra, partes sobre esta jornada i hojas de servicios de jefes i oficiales).

Pero los Pincheiras siguieron oponiendo una resistencia obstinada hasta que en el mes de Enero de 1832 el jeneral don Manuel Búlnes aniquiló por completo su último cuerpo de montoneros. Desarrolladas las operaciones que se sucedieron a la del año 1828 contra los Pincheiras léjos del territorio araucano i sin relacion con los indios que lo habitaban, no tendria cabida su narracion en el cuadro de los sucesos de la guerra araucana durante la independencia.

Basta saber para el conocimiento cabal del último período de esta contienda, la forma cómo quedó or-

ganizada la defensa de la Araucanía i la suerte que corrieron los protagonistas araucanos.

En 1827 manejaba los negocios militares de la alta frontera, en el carácter de comandante de esta seccion, el coronel don Manuel Quintana, conocido por su heroica firmeza en los combates desde que era un simple capitán.

Distribuidos en los fuertes i guarniciones de los pueblos quedaron los batallones de infantería Maipo núm. 6 i el veterano núm. 3, que desde Noviembre de 1826 cambió su nombre de Arauco por el de Carampangue; una fraccion de artillería, escuadrones de cazadores i granaderos i el rejimiento de dragones, denominado desde 1824 «de la libertad». Completaban estas unidades las milicias, las guardias de plaza i los indios amigos, que recibian del estado gratificaciones i víveres para sus familias (Biblioteca Nacional, archivo de la contaduría).

Los dragones de la libertad constituian la base de esta brigada de observacion. En 1824 se organizó con esta planta de oficiales:

Comandante, coronel don Domingo Torres.

Teniente coronel, don Bernardino Escribano (argentino).

Comandante del tercer escuadron, don Pedro Barrenechea; del 4.º, don Manuel Jordan.

Ayudante mayor, don Florentino Cabrera.

Portas, Pedro Aguilera, Camilo Prado, Patricio González i Antonio Barroso.

Agregados, sarjentos mayores Antonio Carrasco

i Justo Pastor de Luna; capitanes, Gregorio Pradines, Santiago Licogür (araucano); tenientes, Fernando Hermosilla, Gregorio Murillo, Justo Barriga; alférez, José Bernardo Gómez.

1.^a compañía del primer escuadron: capitan, Fernando Cautiño; alféreces, José Maria Reyes; cadetes, José Maria Beltran. 2.^a compañía: capitan, Francisco Campillo; tenientes, Agustin Baldovinos, Cefirino Vargas i Gregorio Fernandez; alférez Francisco Vietes; cadete, José Maria Zañartu.

1.^a compañía del segundo escuadron: capitan, Juan Bautista Fuenzalida; tenientes, Francisco Saavedra, José García i Alejo Zañartu; alférez, Calisto Baez; cadete, Andres Roa. 2.^a compañía: capitan, José Maria Videla; tenientes, José Antonio Quezada, Francisco Gómez; alférez, José María Ayala; cadete, Rufino Anguita.

1.^a compañía del tercer escuadron: capitan, Ramon Navarrete; tenientes, Agustin Quezada i José Maria Concha; alférez, Pedro Martínez. 2.^a compañía: capitan, José Gregorio Robles; tenientes, Dámaso Herquíñigo i José Manuel Dávila; alférez Manuel Briceño,

1.^a compañía del cuarto escuadron: capitan, Pedro Alarcon; tenientes, Melchor Nogueira i Juan Pablo Molinet; alférez, Segundo Tolosa. 2.^a compañía: capitan, José Manuel Luque; tenientes, Ramon Landaeta; alféreces, Fermin Salgado i José Antonio Graso.

De estos cuerpos de ejército o de las milicias so-

lian tener algunos piquetes a su disposicion los caciques de mayor autoridad, como Colipi, Coñoepan i Alcavilu. Acertada medida fué, sin disputa, robustecer de este modo el mando de estos caudillos indígenas, porque así contenian a sus contrarios i llevaban a su mente la idea concreta de la fuerza de la entidad llamada «gobierno» que habia sustituido al rei.

Instalaban estos piquetes ausiliares en sus malales o recintos atrincherados. En sitios defendidos por la naturaleza, como quebradas con altas murallas laterales, trabajaban algunas obras de fortificacion; obstruian la estrecha i única entrada con grandes troncos de árboles i fosos. En el interior habia algunas viviendas para las familias de los caciques, colocadas igualmente en algun punto estratégico. Solia ensancharse este espacio de manera que presentaba algunos prados pequeños para los animales. En ocasiones la defensa se concretaba a la puerta de entrada i en otras se simulaba dejarla libre o cederla en la resistencia para que el enemigo penetrara i se viera rodeado de repente i arrinconado. A veces el *malal* o corral se construia en una altura de difícil o imposible subida. Casi todos los caciques que tomaron participacion activa en esta guerra, fabricaron estas obras de primitiva defensa, que han dado a la toponimia araucana tantos nombres en que entra la palabra *malal* (Informes dados al autor por caciques de muchas reducciones).

Con el apoyo de estos piquetes, creció en parti-

cular el poder i la arrogancia de Colipi. Su voluntad tenia la fuerza de un mandato que nadie se atrevia a contrariar. Disponia de la vida de sus vecinos i allegados, i cuando desconfiaba de alguno, lo mandaba fusilar o lancear.

Entró en sospecha un dia de la sinceridad de su deudo cercano Coliman, cacique de Rapanilahue, ántes alternativamente su adversario i amigo. Lo manda invitar a una fiesta, a la cual concurre el confiado pariente con un animal de regalo. En el momento de verlo, sin concederle siquiera el saludo del imprescindible del araucano, ordena a cinco soldados que estaban a su disposicion que lo saquen al monte i lo maten. Como un deber de compensacion, tomó bajo su proteccion al hijo de este cacique: obraba así en él un vago concepto de la razon de estado (Datos de un nieto de Coliman).

Colipi, negociador de arreglos mas que conductor de batalladores, sin dejar de ser por eso arrojado i diestró en la lanza, adquirió a raiz de la pacificacion un influjo absorbente que no alcanzó ninguno de los caciques descolilantes por sus servicios a los patriotas: él a la sombra del gobierno iba haciéndose irresistible en los cantones indígenas del centro i el hombre necesario para las autoridades militares. Los otros no pudieron refrenar el instinto a la agresion del hombre primitivo, desarrollados con una lucha constante de varios años i continuaron peleando en otra parte, en las pampas argentinas.

Efectivamente, en este período de la guerra de realistas i patriotas el hábito de la contienda, del *malon*, i la práctica de los ejercicios bélicos, tomaron proporciones no conocidas hasta entónces.

Los desertores i los soldados de guarnicion en algunas reducciones, los instruyeron en el arte de formar una línea de combate i desplegarla con cierto método. De este aprendizaje surjieron los capitanes de los caciques o instructores en el arte nuevo de estas maniobras i en el antiguo del manejo de sus armas.

Practicaban habitualmente el *lekaitum* o ejercicio de la boleadora, i el *waiquitum* o de la lanza. Con esta arma se adiestraban a pié i a caballo, al ataque defensivo i ofensivo.

Con no ménos frecuencia se dedicaban a los ejercicios de equitacion, de ordinario sin montura. Reputábase rara habilidad subir sobre un caballo al galope, saltarlo cuando estaba parado i dejarse arrastrar tomándose de la cola (Datos suministrados al autor por viejos caciques que alcanzaron a ver estos ejercicios).

Mangin asombraba en su juventud a los indios por su destreza para saltar un caballo i tomar al galope lanzas i piedras que arrojaba al aire.

Los hombres no tenian otra ocupacion esencial sino la de la guerra. Las faenas escasas de la agricultura i del ganado estaban encomendadas a las mujeres, los niños i los viejos.

La mujer, aunque de gran vigor corporal por los

trabajos pesados que ejecutaba, no podia participar de las empresas bélicas. Al contrario, se la excluia como *tabú*, o cosa vedada para los hombres que pensaban entrar en campaña. Tan pronto como se fijaba la fecha de la movilizacion, el guerrero araucano separaba lecho, (*udá cudun*, dormir aparte), para no perder sus aptitudes de lijereza i valor. Solia cooperar a la accion de los hombres cuando el encuentro tenia lugar dentro del *malal*, i antiguamente, en los tiempos de la conquista, cuando los tercios castellanos invadian un grupo i combatian con él dentro de sus límites.

Por eso es de creer que en la leyenda de aquella amazona Janequeo, que en la conquista acaudilló un dia a los araucanos i entró con ellos al combate, haya mucho de fantasía o que se trate de una de las mujeres adivinas, especie de *machi*, que tomaban injerencia en los negocios de la guerra para predecir la victoria o el fracaso i aconsejar las medidas que en uno u otro caso convenia seguir.

Habiéndose sometido del todo de las agrupaciones vencidas i hallándose, en particular, pobres de animales i otros bienes, los vencedores llevaron su empuje guerrero al otro lado de los Andes i aun los primeros buscaron en esa direccion los recursos que se habian agotado en sus posesiones. Todos pasaban la cordillera halagados con la esperanza de un botin copioso i confiados en la superioridad de combatientes que tenian sobre las agrupaciones de las pampas.

Juan de Dios Montero, como lo llamaban los documentos de esa época, o Francisco, según el recuerdo de sus descendientes de Maquehua, contribuyó en mucho a que se activasen estas irrupciones armadas. Con el grado de teniente, acompañó en la expedición a ultracordillera, de principios de 1827, a la columna de Carrero. No volvió con ésta, sino que se quedó en las pampas con una mitad de caballería i con la comisión de hostilizar a los indios partidarios de los Pincheiras.

Montero asociado de Coñoepan i sus mocetones i ayudado por la guarnición argentina del sur de Mendoza, cumplió con usura su encargo.

Al año siguiente continuó sus correrías. Había venido a reforzarlo de Chile los caciques Alcavilu i Ñancuvilu, de Maquehua.

Parece que este cuerpo numeroso de indios chilenos se lanzó por las pampas a los malones i merodeos sin hacer ya distinción entre enemigos o partidarios de las dos repúblicas. En una de sus escursiones llegaron hasta los límites de Bahía Blanca i trabaron riña con los indios pampas. Vencidos completamente, perecieron en la refriega Coñoepan, Nancuvilu i los demás caciques. Alcavilu, herido de una lanzada, i el teniente Montero huyeron al poniente.

Alcavilu se encaminó a Chadico, a la comunidad del araucano Calfucura, convertido ya en irresistible cacique; por aquí lo encontró Huircan, su ene-

migo de Voroa, i lo victimó sin compasion (1). El teniente Montero fué remitido preso a uno de los fortines arjentinos, i por haberse considerado que sus últimos actos de corredor de aventuras lo colocaban fuera de la lei militar, lo fusilaron en alguna guarnicion o en Buenos Aires (Datos de los caciques de Maquehua).

Poco despues forma Nahuelhuen, de Temuco, un cuerpo de 400 merodeadores para ir a la Arjentina, de sus lanzas i de las de Inal i Nahuelhual, hermanos de Cholchol i el primero cuñado de Coñoepan; Huircan, Dondeau i Malin, de Voroa.

Tenian en perspectiva un copioso botin. Cuando el éxito estimulaba la modalidad guerrera del indio, las alianzas se hacian fáciles, se ensanchaban con rapidez; todos querian participar de los despojos del enemigo. Pero, cuando el fracaso aplastaba a un grupo, los otros permanecian indiferentes o solo tomaban sus precauciones para ponerse a cubierto de igual suerte.

La banda araucana de Temuco i Cholchol se pone en marcha; atraviesa la cordillera i llega a «Salinas Grandes», donde dominaba Calfucura. Presentan sus regalos al compatriota de Llaima, entónces en el auge de su dominacion de la comunidad inde-

(1) En las reducciones de Cholchol adquirió en tiempos de la pacificacion definitiva de Araucanía mucha preponderancia otro cacique Venancio Coñoepan, sobrino del otro. De esta igualdad de nombres han provenido algunas equivocaciones.

pendiente fundada por él; le piden respetuosos el paso, a lo que accede sin dificultad. Se internan por la inmensa pradera Argentina.

Tras ellos llegó a «Salinas Grandes» una partida de jinetes que Colipi mandaba a donde Calfucura, con proposiciones de dar a los otros una sorpresa a su regreso. El plan se acepta i se acuerdan los pormenores de su ejecucion.

Ocultáronse los *conas* de Colipi en pequeños destacamentos i esperaron con paciencia la vuelta de los expedicionarios.

Al fin, estos se presentaron cargados de botin i con recuas numerosas de animales. Acamparon no léjos de la habitacion de Calfucura.

Aquí los fatigados escuadrones de Nahuelhuen i de Inal se entregaron al reposo, a la comida abundante de carne de yegua i al consumo del licor disponible. Cuando los vapores de la chicha i del aguardiente habian adormecido la ferocidad de los recién llegados, se presenta Calfucura a los grupos alegres i entra con ellos en trato para cambiarles sus lanzas por animales i licor. Muchos cayeron en el engaño.

Desarmados unos, dormidos otros, el *malon* para los de Colipi no ofrecia seria dificultad. Acercáronse cautelosamente; estrecharon el círculo. A una señal dada, caen sobre sus desprevenidos enemigos con un vocerío atronador. Los sorprendidos no tienen tiempo para defenderse: muchos son lanceados al incorporarse, pocos saltan sobre sus caballos para

huir en pelo, pero caen derribados a lanzadas. La matanza es jeneral i el campo queda sembrado de muertos en una área dilatada, entre ellos los caciques.

Uno que otro sobreviviente consigue internarse en la llanura sin fin, trasmontar los Andes i llegar al suelo natal con la noticia de tamaño desastre. Mangin se sintió vivamente afectado con la victimacion cobarde i traidora de su pariente Nahuelhuen i mandó emplazar a Calfucura para un próximo combate en sus mismas tierras, amenaza que no cumplió mas tarde. En 1873 Calfucura sucumbió al peso de los años i de las hazañas de su vida nómada.

Sucedióle su hijo Manuel Namuncura. En 1878 las fuerzas argentinas emprendieron una campaña asoladora contra las indiadas de la pampa. La monarquía de Calfucura fué barrida i los restos que escaparon con vida huyeron a Chile. Namuncura vino a pedir asilo a los descendientes de Huichacura de Collahue, aquel viejo que habia llevado a su padre a los asaltos del otro lado de la cordillera.

Mangin i Colipi ya no existian. Gobernaba la reduccion de Temuco un nieto de Nahuelhuen i deudo de Huichacura, uno de los Lienan, el cual, por atenuarse los efectos de la venganza en jeneraciones lejanas, no hizo responsable al hijo de la felonía de su padre.

Namuncura volvió a su patria amnistiado, i ahí murió hace pocos años en calidad de ciudadano

arjentino (Episodios anotados para el autor por un nieto de Nahuelhuen).

Los años de la ancianidad impedían que Mariluan se mezclara en estas aventuras remotas i lo obligaban a mantenerse en sosiego aun dentro de los límites de su mismo señorío; pero mientras vivió, no depuso jamás su odio contra Colipi.

Murió en 1836, mas o ménos, en Pilguen o Pilhuen, como a 18 kilómetros al sur este de Mulchen. Vino despues a tomar posesion del cacicazgo su hijo Fermin Mariluan, el cual, como oficial de caballería, asistió a la guerra del Perú en 1839. Sucumbió el heredero del nombre i las hazañas de su padre a manos de Colipi. Un dia del año 1850 viajaba éste de Nacimiento al sur con una escolta de 30 mocetones i en las cercanías de Angol dió por casualidad en el camino con Fermin Mariluan, que recorria con dos indios las tierras de su tia Cármen Mariluan, mujer del cacique Calvun de Huequen. Inmediatamente lo mandó lancear por sus mocetones (Datos dados al autor por el cacique Calvun, sobrino de Francisco Mariluan).

A su vez Colipi no cesaba de ser el blanco de los ataques de sus enemigos tradicionales, los arribanos. En el levantamiento de los araucanos en 1835, estuvo a punto de perecer, pues contra él se dirigió un *malon* enorme, i únicamente pudo salvarse por la fuga i por la intervencion del ejército de la frontera, bajo las órdenes del jeneral Búlnes. Sus hijos mayores Pedro i Coñelef, fueron victimados en los

Pantanos, cerca de Nacimiento, por unos mocetones de Mangin despues de su repentina muerte.

En 1850 falleció Colipi en el trascurso de pocas horas, en viaje de Nacimiento a Puren, con el hijo de aquel cacique Coliman, su deudo, que habia hecho matar por sospechar de su lealtad. Antes de ponerse en marcha, lo invitó a beber aguardiente el oficial don José Antonio Zúñiga, que militó en las filas de los Pincheiras hasta sus últimas campañas. Llamaban los indios a Zúñiga Neculpan i teníanlo por mui amigo de Mangin. Receló Colipi en el primer momento de la invitacion; pero, al fin, obligado por las instancias del invitante, tuvo que acceder i bebió aguardiente. A medio camino se sintió mortalmente enfermo i llegó a morir a su residencia de Remehueico. En el ánimo de todos sus parientes quedó arraigada la persuacion de que Zúñiga habia envenenado a Colipi en el aguardiente con *kalku* o brujería.

Con la muerte de Colipi desapareció la preponderancia de su familia. Le sucedieron en el cacicazgo su hijo Pedro i su yerno Catrileo, de la familia de aquel cacique batallador que victimó a Alcázar. Hubo con este motivo una junta en Remehueico para proclamar a los sucesores. Concurrieron jefes i oficiales de Nacimiento para dar el pésame a la familia; pero los indios presentes se burlaron de esta condolencia, porque los tales herederos no tenian prestigio sino en sus respectivas reducciones i no en la antigua alianza.

Mas tarde el gobierno asignó a Juan Colipi, hijo de Lorenzo, una subvencion de 300 pesos anuales, como capitán de amigos, pero su carácter sin consistencia nunca le granjeó entre los suyos el poder que tuvo su progenitor (Archivo del autor).

A su turno cayó Zúñiga en 1851. Enviado por las autoridades militares del gobierno, que trataba de derribar el jeneral don José María de la Cruz, con la mision de reunir a los indios de Cañete, lo sorprendieron por la espalda el 6 de noviembre los caciques Colipi, hijo de Lorenzo; Catrileo, Melin, Coliman i Calvun, todos parientes i amigos del viejo caudillo; lo acribillaron a lanzadas i le cortaron la cabeza.

Mangin sobrevivió a los dos caciques protagonistas de la guerra de la independenciam en Araucanía.

Nunca se doblegó ni a las amenazas, ni a los halagos de las autoridades militares de la frontera. Aunque anciano i achacoso, presidia las juntas de guerra, daba instrucciones i aconsejaba no soltar jamas las armas a los caciques de la vasta confederacion de los arribanos, a quienes habia comunicado su espíritu de rebeldía i su odio a la raza española. En los trastornos políticos de 1851 i 1859 estuvo de parte de los revolucionarios.

Su muerte acaeció allá por el año 1861 en Adencul. i no presenció, por lo tanto, la humillacion de ver levantarse pueblos en el territorio de sus mayores. Poco ántes de morir acercó a su lecho a su hijo Quilapan, a sus deudos i amigos presentes i los

exhortó a mantenerse firmes contra los invasores.

Su hijo Quilapan, heredero del cacicazgo, lo enterró con una casaca galoneada que le había regalado el jeneral Cruz.

Cuando las tropas chilenas empujaron al sur a Quilapan, años mas tarde, trasportó en carreta los restos de su padre a Loncoche, al este del pueblo actual de Lautaro, i lo sepultó en secreto en un sitio apartado, para que los soldados chilenos no los vejasen desenterrándolos i los vencieran con partículas de ellos, que podian comunicar las propiedades escepcionales del paladin a quien habian pertenecido (Apuntes recojidos por el autor en las tribus de los arribanos).

El odio atávico a la raza dominadora, exaltado por el contacto comun con maldicientes de los chilenos i su gobierno, i el hábito guerrero del hombre inferior, inmensamente desenvuelto por la lucha perpétua de una existencia, formaban los rasgos dominantes de Mangin. El hijo heredó esta característica. A su preponderancia personal agregaba, pues, el recuerdo imperecedero de su padre entre los arribanos.

Lo dicho i aconsejado por Mangin se respetaba como un axioma. Una vez Quilapan reunió una junta en Trapihue, al otro lado del Cautin, frente de Lautaro. Era cuando el ejército chileno venia adelantando la línea de frontera. A esa asamblea concurrieron todos los descendientes de los caciques emparentados i amigos de Mangin. Ahí estaban Mari-

hual de Chanco, Levio de Nielol, hijo de Catrileo; Catricura de Loncoche; Montri de Rehuecollan, Perquenco, hijo de Huentecol; Calvucoi de Púa; Quiñe-nao de Perquenco, hijo de Lemunao; Ñancuqueo de Collico; Huirio Lienan de Temuco; Esteban Romero de Truftruf, hijo de Curihuinea; Pancho Curamil de Collahue, hijo de Huichacura; Picunche, de Cajon, i tantos otros de no menor importancia.

Quilapan comienza su discurso, que dura casi medio dia completo. Los araucanos son estremadamente aficionados al ejercicio de la palabra. En círculo, el orador se coloca frente del mas anciano i respetable, a quien dirige su arenga; este interlocutor va aprobando o rectificando. El discurso, por lo comun, es largo i en esto estriba su mérito, porque va repleto de saludos a los caciques presentes, de enumeracion de sus méritos i antecedentes de familia. Las inájenes que adornan estas piezas de buen decir, se sacan del ambiente que rodea al indio i de sus costumbres habituales. El tono es golpeado, a modo de mandato. La última vocal de cada período se prolonga con regularidad.

Quilapan entra en materia i les dice que Mangin defendió sus tierras i que siempre dijo que si los españoles se apoderaban de ellas seria para tomar a sus mujeres i para maltratar i convertir en sirvientes a sus hijos.

El deber de sus parientes era seguir ese ejemplo i observar esos consejos para no verse despojados de los chilenos.

Reprochó la conducta de los descendientes de Coñoepan i Painemal, a quienes engañaba el gobierno. Esos, dijo, son como las vacas maneadas, que se dejan sacar leche mansamente. Nosotros nó, somos hombres, tenemos que defendernos.

Trazó en seguida un plan defensivo i nombró a los capitanes que debían secundarlo.

No aplauden los araucanos en sus discursos ni parecen impresionarse intensamente, pero en esta ocasion se retrataba en todos los semblantes una sensacion mui amarga i por muchos de esos rostros bronceados se deslizaban furtivas lágrimas. Tanto sería el ascendiente de este árbitrio de las tribus, que aun despues de muerto su opinion fijaba rumbos a las jeneraciones que le sucedieron.

De los otros actores que figuraron en estos episodios dramáticos de la revolucion de nuestra independencia en Araucanía, preciso es recordar el fin de Catrileo, el terrible victimario de Alcázar, i Rafa Burgos, el tipo perfecto del lenguaraz de esos tiempos, mezcla de indio i de huaso ladino, con los caracteres peores de las dos razas.

Catrileo murió en la sublevacion de 1835, en un encuentro que hubo cerca de Angol. Rafa Burgos, pasado a la patria a última hora para servir de espía a los realistas, se estableció en Llahuallin, comarca contigua por el sur del barrio padre Las Casas de Temuco. Llamado Llancamilla por los indios, se unió a la mujer de raza Panchita Romero. De su hijo Manuel Romero, provino la fa-

milia indígena de los Burgos, de la comunidad de Maquehua.

La lucha de las tribus entre sí en el período de la independencia, la que sostuvieron unas contra los realistas i otras contra los republicanos, dejaron preparada la contienda de pacificación definitiva, si bien ménos dramática i sangrienta que la precedente, no inferior en interes histórico i en pormenores que ilustran acerca de las peculiaridades guerreras de nuestros aboríjenes i de otros rasgos de su psicología (1).

(1) *Aclaracion.*—Por la confusion de nombres en los documentos de esta época, se dice en una nota del capítulo VII que el capitán don Pedro José Alemparte no murió ahogado en el río Levu sino que sobrevivió a estos acontecimientos. El que pereció de esta manera fué el capitán del 3.º don Pedro Antonio Alemparte. Llegó en el ejército hasta coronel e intendente de Concepcion don José Antonio Alemparte.

TOMAS GUEVARA.





INDICE

CAPÍTULO I

Desde 1810 a 1816

PÁGINAS

La poblacion araucana a principios del siglo XIX.— Contraste de los numerosos núcleos indijenas con las escasas guarniciones militares.— Guarniciones chilenas en 1810.—Las causas de la resistencia de los araucanos.—El nivel de progreso a principios del siglo XIX.—La condicion económica de los in- dios.—Espansion araucana al otro lado de los Andes. —Impulso industrial.—Formacion de unidades con- federadas.—La modalidad guerrera de esta época. —Un parlamento con los patriotas en 1811.—Propa- ganda de los ajentes realistas entre las indios.—Es- pañoles i patriotas se disputan la posesion de la fron- tera.—Vencen los realistas en 1813.—Agrupaciones al servicio de los españoles.— Parlamento de 1816..	3
---	---

CAPÍTULO II

VICENTE BENAVIDES

Páginas

Plan de O'Higgins para apoderarse de la frontera despues de Chacabuco.—Acciones de guerra.—Combate de Carampangue.—Nueva organizacion de la frontera.—Combates en la plaza de Arauco.—Freire se apodera de la posicion de Tubul.—O'Higgins viene al sur i forma un plan de ataque contra los indios i guerrilleros.—La Araucanía despues de la batalla de Maipo.—Avanza hasta Chillan una division del coronel Zapiola.—Retrocede otra vez al norte.—El coronel Español Sánchez resuelve trasladarse a Valdivia.—Llegan al sur el coronel patriota don Ramon Freire i el oficial de oríjen chileno Vicente Benavides.—Trae la comision de atraerse las tropas de Sánchez.—Falta a su compromiso i reemplaza a Sánchez en el mando de las guerrillas.—Antecedentes biográficos de Benavides.—Los rasgos de la psicología de este personaje..... 38

CAPITULO III

GUERRA ARAUCANA

El éxodo de la poblacion realista.—Se asilan en varios puntos de la frontera. La vida que llevan estos emigrados.—Se nombra a Freire comandante en jefe e intendente de Concepcion.—Operaciones que emprende este jefe.—El ejército del sur.—Toma el mando el brigadier don Antonio González Balcarse.—Marcha hácia Los Anjeles.—Preparativos de Sánchez para emprender una retirada al sur.—Estimula a los indios para mantenerse fieles.—Junta que celebra con ellos en Los Anjeles.—Abandona esta plaza i se dirige al Bio Bio.—Pasaje del rio i encuentro con los patriotas.—Retirada de Sánchez desde Nacimien-

to a Valdivia. —Freire ocupa a Concepcion. —González Balcarce regresa a Santiago. — Benavides toma el mando de las guerrillas realistas. — Sus capitanes. — Los caciques araucanos. — Mariluan. — Mangin. — Los de otras agrupaciones realistas. — El cacique patriota Colipí. — Coñoepan. — La guerra araucana. — Benavides entra en accion. — Numeroso hechos de armas parciales durante el año 1819	59
--	----

CAPÍTULO IV

DERROTA DE PANGAL I TARPELANCA

Escasez de recursos i alimentos en el ejército del sur. — Se organiza el rejimiento de caballería dragones de la patria. — Marcha al sur. — Combate de San Carlos i Monte Blanco. — Toma de Valdivia por Lord Cochrane. — Consecuencia de esta victoria en la frontera. — Actitud de algunos Caciques. — Desgraciada expedicion de Alcázar al interior de la frontera. — Freire en Santiago. — Numerosos choques parciales. — Agasajos a los indios amigos. — Aparicion de Pico i nueva organizacion de las tropas realistas. — Los cuerpos patriotas. — Nuevos combates en toda la frontera. — Plan de Pico i Benavides. — Derrota de los patriotas en Pangal. — Derrota de Alcázar en Tarpe llanca. — Carnicería de prisioneros. — Odisea de las mujeres cautivas	110
---	-----

CAPÍTULO V

LAS DERROTA REALISTAS

Freire abandona a Concepcion i se fortifica en Talcahuano. — Benavides ocupa la ciudad. — Medidas que

toma.—Pide refuerzo al virrei del Perú para apoderarse de todo el país.—Pánicos en los pueblos i tropas adictas a la patria.—Viel i Arriagada abandonan las plazas de Chillan i San Carlos.—Las montoneras de Pincheira las ocupan.—Las recuperan en seguida.—Renuncia de Viel por falta de auxilios.—Penuria del gobierno para atender la defensa del sur.—Se organiza una segunda division en el sur.—Se entrega su mando al coronel don Joaquín Prieto.—Plan de movilizacion.—Envío de auxilios a Freire.—Errores militares de Benavides.—Destaca a la zona del Ñuble a Zapata.—La psicología de este guerrillero.—La Araucanía despues de las victorias de los realistas.—Combate de Cocharcas.—Situacion afectiva de Freire en Talcahuano.—Combate de las vegas de Talcahuano.—Batalla de la Alameda de Concepcion.—Fuga de Benavides.—Renuncia de Freire el mando del ejército.—Benavides propone un armisticio.—Campana asoladora de Pico al norte.—Batalla del rio Chillan.—Muerte de Zapata.—Retirada de los indios.....

169

CAPÍTULO VI

LA RELACION PATRIOTA EN LA FRONTERA

Entrada del mayor Ibáñez a Lumaco.—Campana de Freire al interior de la Araucanía.—Las piraterías de Benavides.—Nueva organizacion de sus tropas en Arauco.—Las fuerzas patriotas.—Estado de la Araucanía.—Operaciones militares en el invierno de 1821.—Benavides emprende las operaciones.—Maniobras de los patriotas.—Batalla de las Vegas de Saldías.—Persecucion de los derrotados.—Ocupacion de la plaza de Arauco.—El coronel Prieto en Concepcion.....

229

CAPITULO VII

LA PERSECUCION

Pájinas

<i>Fusilamiento de Mariano Ferrebú.</i> —Persecucion contra Benavides.—Entrada de Búlnes a la alta frontera.—Combate de Huelehueico i Nininco.—Campana de Prieto a la baja frontera.—Prision i muerte de Benavides.—Motin militar de Osorno.—La disciplina militar en la independencia.—Campanas de Beauchef por el norte de Valdivia.—Capitulacion de Quilapalo.—Combate de Pile.—Los pehuenches en 1822.—Combates entre araucanos en el valle central.—Campana del mayor Picarte a la zona de la costa.—Las monjas trinitarias.—Fusilamiento del cura Ferrebú.—Muerte de Pico.....	289
--	-----

CAPITULO VIII

LA PAZ

La Araucania despues de la muerte de Pico.—Mariluan celebra un Parlamento.—Los cazadores sublevados atacan el pueblo de San Carlos.—Barrenechea sorprende a Senosiain en las orillas del Bureo.—Juntas de paz en algunas reducciones.—Combates de Parral i Longavi.—Campana del Brigadier Borgoño contra los Pincheiras.—Derrota i sometimiento de Senosiain.—La paz en la frontera.—La Araucania en 1827.—Suerte posterior de los caudillos indijenas...	381
---	-----